PUBLIO CORNELIO TÁCITO

HISTORIAS

LIBROS I-II

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

HISTORIAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 402

PUBLIO CORNELIO TÁCITO

HISTORIAS

LIBROS I-II

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO Y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO SOCAS GAVILÁN.

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.editorialgredos.com

Primera edición: junio de 2012

REF: GBCC402
ISBN: 978-84-249-3647-1
Depósito legal: M-18.261-2012

INTRODUCCIÓN

PRESENTACIÓN

Tacitus was not an historian but a poet[1]

Estas fueron las certeras palabras escritas por sir Ronald Syme, autor del mejor estudio que se haya escrito nunca sobre la vida, obra, pensamiento y estilo de uno de los dos historiadores más importantes de la antigüedad clásica (el otro es el griego Tucídides, ca. 460-396 a. C.). ¿Quién al leer el saqueo de Cremona (III 33-34), el incendio del Capitolio (III 71-72) o la conquista de la misma Roma (III 84-85) por las tropas flavianas no caería en la cuenta de que estas escenas ya las ha degustado en la caída de Troya del libro segundo de la *Eneida* de Virgilio[2]? Ciertamente, Tácito fue un gran historiador en el sentido antiguo del término, pero por encima de todo ha quedado como un auténtico orfebre de la lengua latina. Después de Virgilio, la épica no fue sino una sombra de la *Eneida* y, después de Tácito, la historia se convirtió en simple cotilleo de biógrafos o reporteros sin arte ni vida. Según aseguró Goodyear[3], «como historiador tiene grandes debilidades, si se le juzga de acuerdo con los rigurosos criterios actuales», pero «la magia de su estilo pervive». Analicemos, pues, con algún que otro detalle la persona de Tácito, su obra, cómo la escribió, de qué medios se valió y sobre quién influyó.

El año de los cuatro emperadores, el 69 d. C., atrajo la atención no solo de Tácito (ca. 55-ca. 120), sino también de Plutarco (50-120), Suetonio (ca. 70-d. 126), Dión Casio (155-229) y, en menor medida, de Flavio Josefo (ca. 37-101). Tácito fue superior a todos ellos. Y también, por otra parte, supera a Salustio (86-34 a. C.) en su brevedad y velocidad narrativa, en el retrato de los personajes y en las sentencias con que remata sus descripciones. El vigor narrativo y la interpretación psicológica de Tácito tampoco se encuentran en el estilo elegante de Tito Livio (ca. 59 a. C.-17 d. C.). El poder oratorio e introspectivo de nuestro historiador se refleja en los discursos, inventados o no, en estilo directo o indirecto. No se olvide que para los antiguos la historia como género literario estaba a caballo entre la oratoria y la poesía[4]. En este sentido, Tácito llega a ser un maestro inolvidable en la narración de momentos de gran dramatismo y emotividad *(páthos),* como el suicidio de Otón, el saqueo de Cremona o la situación de Roma después de la muerte de Vitelio.

Leídas de corrido, las *Historias* de Tácito aparecen como una magnífica novela histórica, basadas en hechos transmitidos por las mismas fuentes que usaron Plutarco o Suetonio y que no han llegado hasta nosotros en su mayor parte. La historiografía

antigua, no se olvide, es muy diferente de la moderna tanto en la forma como en el fondo. El historiador antiguo tenía que combinar lo útil con lo atractivo *(utile et dulce)* y lo conseguía a través de la lengua y a través de la selección y presentación de la materia histórica. Los historiadores podían valerse en general de un estilo periódico (Heródoto, Tito Livio) o conciso (Tucídides, Salustio, Tácito), pero para atraer la atención de la audiencia tenían que variar su estilo dependiendo del asunto que tratasen. No era igual, por ejemplo, el estilo de un discurso, más oratorio, que el de un retrato, más cortado. Y otra forma de cautivar a los oyentes consistía en introducir composiciones genéricas, autónomas: digresiones sobre geografía, religión o costumbres, retratos, escenas de batalla, obituarios. En la variedad tanto de estilo como de materia está el gusto, y los historiadores antiguos pretendían enseñar («la historia como maestra de la vida») y agradar a los lectores *(delectatio lectoris).*

El 9 de junio del año 68 Nerón acabó con su vida atravesándose la garganta con una espada. La dinastía Julio-Claudia, iniciada por Augusto, había llegado a su fin. El Senado eligió para suceder a Nerón al gobernador de Hispania, el septuagenario Servio Sulpicio Galba, que contaba con el apoyo de M. Salvio Otón, gobernador de Lusitania, y de Julio Víndice, al frente de la Galia Lugdunense[5]. Galba se encaminó a Roma durante el verano y el otoño del 68 y entró en ella como el líder del ejército. Sin embargo, Galba, un militar de éxito, era incapaz de sobrellevar bien el imperio. Tácito sentenció en su obituario que «todos por unanimidad le hacían capaz de ser emperador, con la condición de que nunca hubiera llegado a serlo» (I 49, 4). El 15 de enero del año 69 cayó asesinado en el Foro de Roma a manos de sus propios pretorianos, dirigidos por Otón en un hábil golpe de Estado. Pero Otón no sabía que unos días antes el ejército romano asentado en Germania, dirigido por sus comandantes Fabio Valente y Cécina Alieno, había seleccionado como candidato para el imperio al gobernador de Germania Inferior, Lucio Vitelio, un hombre cobarde y de vida regalada. Los dos generales atravesaron los Alpes y vencieron a los otonianos en Cremona en abril del 69. Otón se suicidó con dignidad para evitar un mayor derramamiento de sangre. Los vitelianos alcanzaron Roma y se dedicaron a una vida de lujo y desidia durante un tiempo. Y en julio de ese año los ejércitos de Ilírico, Siria, Palestina y Egipto, que nunca habían aceptado el imperio de Vitelio, se inclinaron por un general que había servido a Nerón en la guerra contra los judíos, Tito Flavio Vespasiano, después de que Gayo Licinio Muciano, gobernador de Siria, y Tiberio Julio Alejandro, prefecto de Egipto, le animaran a asumir el poder. Entre ellos planearon invadir Italia y derrotar a las tropas vitelianas antes de entrar en Roma. Vespasiano, un soldado de 59 años de edad, disciplinado, competente y sin pretensiones, encontró a otro líder militar que sería una pieza fundamental en su victoria sobre Vitelio: Antonio Primo, comandante de la legión *VII Gemina* con base en Panonia. Primo, un general muy querido por sus soldados, dominó el encuentro que los líderes flavianos

mantuvieron en Petovio (Panonia) a finales de agosto del 69. Allí se decidió actuar con rapidez para ocupar el norte de Italia, vencer a los vitelianos y ocupar Roma. En el mes de diciembre todo el plan se había cumplido, incluida la traición de Cécina, que se había unido a los flavianos. Valente, Vitelio y su hermano Lucio fueron asesinados y Antonio Primo entregó Roma en bandeja a Muciano, representante de Vespasiano hasta su llegada de Oriente. Tras los tres primeros libros que forman una unidad estructural e histórica, el libro IV comienza con una especie de coda de dos capítulos y medio del libro anterior. Tácito alterna en este libro la narración de los sucesos en Roma y en el extranjero *(domi militiaeque).* En efecto, nuestro historiador se centra en tres focos de atención: la política dirigida desde Roma, la rebelión en tierras del Rin y la guerra contra los judíos, que se apunta en este libro y se desarrolla en el V. En Roma interesan las relaciones entre el Senado y los representantes de Vespasiano, ausente en el Oriente, mientras que en el extranjero el hecho más importante era la rebelión contra Roma de los germanos, liderados por Julio Civil. Aparecen también algunas digresiones sobre África, Alejandría y el retiro de Antonio Primo. En el libro V, que se corta bruscamente en el capítulo 26, Tácito da cuenta de la historia y geografía de los judíos y de la rebelión judía. Tito decidió acabar con la resistencia judía y comienza el asedio de la ciudad santa, pero no remata con la narración del final de la ciudad *(famosae urbis supremum diem,* V 2, 1), sino que cambia su cámara narrativa a la revuelta de los batavos, dejada en el libro IV. Flavio Josefo (ca. 37-101 d. C.) ha quedado como la fuente de la caída de Jerusalén y Masada, el último reducto de los judíos. De todos estos acontecimientos del año 69 y comienzos del 70 d. C. trata lo que ha llegado hasta nosotros de las *Historias* de Tácito.

VIDA Y OBRA[6]

Tácito nació en el año 56 o 57 d. C. Su padre, de la clase ecuestre, fue gobernador de la Galia Bélgica (PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VII 76). Su familia procedía probablemente de la Galia Narbonense[7]. No sabemos nada de sus primeros años y ni siquiera estamos seguros de que su nombre fuera Gayo o Publio. En los años 74 y 75 Tácito se encontraba ya en Roma aprendiendo de los oradores más prestigiosos de la época *(Diálogo de los oradores* II 1). Vespasiano le concedió el derecho de vestirse con el *latus clavus* o túnica con rayas de púrpura *(Historias* I 1, 3). En el año 77 se casó con la hija de Gneo Julio Agrícola, cónsul y gobernador de Britania *(Agrícola* IX 6). Se supone que alcanzó la cuestura sobre el año 81, lo que le permitiría entrar en el Senado. En el año 88 llegó a ser pretor y miembro del sacerdocio quindecinviral *(XV viri sacris faciundis)*, que organizaba los Juegos Seculares de dicho año *(Anales* XI 11, 1). Se sabe también que tanto él como su esposa estaban en el extranjero cuando falleció su suegro

Agrícola en el año 93 *(Agrícola* XLV 4-5). Tras su regreso a Roma, fue cónsul *suffectus* o sustituto en el segundo semestre del año 97. En los años 112 y 113 fue procónsul en la provincia de Asia[8], el último peldaño de su brillante carrera política. La última referencia que tenemos en su obra es a las campañas de Trajano contra los partos[9] en los años 115-116 *(Anales II* 61, 2). Tácito, pues, murió después del 116.

Según Plinio el Joven *(Cartas* I 20, 24; II 1, 6; VII 20, 4; IX 23, 2), Tácito gozó de una gran reputación como orador[10]. Pronunció en el año 97 la *laudatio funebris* en honor de Verginio Rufo (PLINIO EL JOVEN, *Cartas* II 1, 6)[11] y junto al mismo Plinio se hizo cargo de las acusaciones de concusión y crueldad contra Mario Prisco durante su gobierno en la provincia de África *(Cartas* II 1).

De Tácito nos han llegado cinco obras. En el año 98 Tácito escribió la biografía de su suegro Agrícola *(Agrícola o De vita Iulii Agricolae)*. Por la misma época salió a la luz un pequeño tratado etnográfico sobre las tribus de *Germania (De origine et situ Germanorum)*. Probablemente en el año 102, fecha del consulado de Fabio Justo, a quien Tácito dedica la obrita, se publicó el *Diálogo sobre los oradores (Dialogus de oratoribus)* sobre el declive de la oratoria en su tiempo[12]. Existen dudas sobre su autenticidad, aunque la mayoría de los expertos se inclinan por atribuirla a Tácito, que la escribió con un estilo ciceroniano, propio de la oratoria, y no con el breve, cortante y asimétrico de su obra histórica[13]. Sus obras mayores son dos: a) las *Historias (Historiarum libri*[14]*)*, publicadas sobre los años 107-109 (PLINIO EL JOVEN, *Cartas* VII 33, 1), cubrían los años 69-96, aunque solo se conservan cuatro libros y una cuarta parte del quinto[15]; y b) los *Anales (Ab excessu divi Augusti Annales)*, publicados después del año 113, tras regresar de su proconsulado de Asia, daban cuenta de la dinastía Julio-Claudia (Augusto no incluido) durante los años 14-68.

EL CONTENIDO DE LAS «HISTORIAS»[16]

El libro I

Según nos cuenta en el prefacio de *Agrícola* (3, 3), Tácito tenía la intención de «recordar la pasada esclavitud y rendir tributo a la felicidad presente», es decir, que su obra comenzaría con el imperio de Domiciano (81-96) y continuaría con los de Nerva (96-98) y Trajano (98-117). Por las razones que fueran[17], Tácito se inclinó por narrar en las *Historias* los hechos que transcurrieron desde las consecuencias de la muerte violenta de Nerón, el último emperador Julio-Claudio, hasta el asesinato de Domiciano, el último emperador Flavio. Tácito habría escrito en total doce o catorce libros de *Historias*, de

los que solo han llegado hasta nosotros los primeros cuatro libros completos y un cuarto del quinto[18]. En ellos se narran los acontecimientos del año 69 y una parte del 70.

Se habría esperado que Tácito hubiera empezado las *Historias* con la muerte de Nerón y el ascenso de Galba, ocurridos en el mes de junio del 68. Sin embargo, inició su obra el 1 de enero del año 69 para seguir la tradición analística de los historiadores romanos desde los historiadores arcaicos: «Empezaré mi obra en el año del consulado de Servio Galba por segunda vez y de Tito Vinio» (I 1, 1). Además, el año 69 debió de haber ejercido un atractivo especial en la mente de Tácito, porque llega a decir que «Este era el estado del imperio romano cuando los cónsules Servio Galba por segunda vez y Tito Vinio iniciaron el último año para ellos y casi el año final para el Estado» (I 13, 3). Pocos años fueron tan convulsos y trágicos como el año 69, el de los cuatro emperadores: Galba es asesinado el 15 de enero, Otón se proclamó sucesor de Galba, pero las tropas germánicas habían proclamado emperador a Vitelio el 2 de enero y un poco después las tropas de Oriente se inclinan por Vespasiano. Tantos acontecimientos y tantos movimientos políticos y militares habían atraído la atención de un historiador que captaba como nadie los escenarios de los acontecimientos y las miserias humanas.

Tácito comienza las *Historias* con once espléndidos capítulos de introducción y resumen de toda la obra, siendo el capítulo 2 la quintaesencia de toda la obra con la concisión y rapidez de que Tácito era capaz:

> La obra literaria en la que estoy embarcado es muy rica en desastres, llena de atroces batallas, plagada de luchas civiles, e incluso cruel en la paz. Cuatro emperadores sucumbieron por la espada. Hubo tres guerras civiles, más conflictos en el extranjero y a menudo ambos al mismo tiempo. La situación era favorable en Oriente y adversa en Occidente. El Ilírico era un torbellino, las Galias flaqueaban y Britania fue conquistada e inmediatamente abandonada a su suerte. Se levantaron contra nosotros los pueblos sármatas y suevos, el pueblo dacio se distinguió por victorias y derrotas y casi llegó a movilizarse el ejército [2] de los partos gracias a la impostura de un falso Nerón. También la misma Italia fue víctima de desastres sin precedentes o por lo menos no habían ocurrido desde hacía muchos siglos. Ciudades se habían incendiado o habían quedado sepultadas en la parte más rica de la costa de Campania. Roma fue devastada por incendios que destruyeron los templos más antiguos, llegando las manos de los ciudadanos a incendiar el mismo Capitolio. Se profanaron ceremonias religiosas y se cometieron adulterios sonados. El mar se pobló de exiliados y sus [3] islas rocosas se mancharon de sangre. La crueldad fue más atroz en Roma. La nobleza, las riquezas y los cargos políticos se declinaban o desempeñaban como si fuera un crimen y la recompensa de la virtud era una muerte más que segura. Las ganancias de los delatores eran no menos odiosas que sus crímenes, pues unos conseguían sacerdocios y consulados como si se tratara de despojos, mientras otros alcanzaban puestos oficiales y poder en la sombra, tratando y subvirtiendo todo, provocando el odio y el terror. Se sobornaba a los esclavos contra sus señores, a los libertos contra sus patronos, y quienes no tenían enemigos, caían arruinados por sus amigos.

Se detiene después en la situación de Roma (4-7) y las provincias (8-11): Hispania, Galia, Germania, Britania, Ilírico, Siria, Judea, África, Mauritania, Recia, Nórico, Tracia e Italia. Nada escapa del ojo escrutador de Tácito.

Los capítulos 1-49 tratan del enfrentamiento entre Galba y Otón. Cuando Galba adoptó a Pisón Liciniano, Otón se sintió traicionado por no haber sido él el elegido y preparó un golpe de Estado, él que era un hombre extravagante, disoluto, pero atractivo, contra Galba, un emperador avaro y viejo. Otón se encerró en el campamento con los soldados, a quienes dirigió un discurso lisonjero y lleno de buenas intenciones para asegurarse su lealtad (I 37-38, 2). Galba cayó asesinado por un tal Camurio, soldado de la legión *XV Primigenia*, o por Terencio o por otros. Todo este enfrentamiento entre Galba y Otón, incluido el asesinato del primero, es contado también por Plutarco y Suetonio, que debieron de beber de la misma fuente. La historia de Galba termina con el correspondiente obituario que dice en casi un capítulo (I 49, 2-4) más que en toda una biografía:

> Este fue el final de Servio Galba, quien a lo largo de 73 años [2] había sobrevivido con éxito a cinco emperadores y fue más feliz bajo el imperio de otro que en el suyo propio. Había en su familia antigua nobleza y grandes riquezas. Era de una personalidad mediocre, destacando más por no tener vicios que por estar dotado de cualidades. No despreció ni compró su reputación; no [3] codició el dinero ajeno, fue parco con el suyo y avaro con el público. Era irreprochablemente tolerante con amigos y libertos, si resultaban gente honesta; si resultaban malvados, los ignoraba hasta llegar a ser él también culpable. Sin embargo, su cuna ilustre y el miedo que había en aquella época sirvieron de pretexto para llamar sabiduría a lo que en realidad era desidia. Mientras [4] estaba en la flor de la vida consiguió en las provincias de Germania gloria militar; como procónsul gobernó África con moderación y ya en sus últimos años llevó el control de Hispania Citerior con el mismo sentido de la justicia. Mientras fue un particular pareció superior a un particular y todos por unanimidad le hacían capaz de ser emperador, con la condición de que nunca hubiera llegado a serlo.

El retrato termina con un breve y brillante epigrama que resume la vida política de Galba: *omnium consensu capax imperii, nisi imperasset.* El capítulo 50 sirve de reflexión para perder las esperanzas en dos hombres indignos, Otón y Vitelio, y buscarlas en un tercero, Vespasiano, que inauguraría una nueva época de buen gobierno.

Los capítulos 51-90 giran en torno a las figuras de Otón y Vitelio, los dos nuevos protagonistas. Vitelio y sus generales copan la atención de los capítulos 51-70. Las fuerzas de Vitelio avanzan hacia Italia a través de los Alpes. A la estancia de Otón en Roma reserva Tácito los capítulos 71-90, momento en el que Otón decide salir de allí para enfrentarse a Vitelio. En la parte dedicada a este Tácito hace resaltar su extravagancia y su vida disipada frente a la energía y vitalidad de sus generales Cécina y Valente, a quienes ordena invadir Italia por dos rutas diferentes. A ellos seguiría más tarde el propio Vitelio. Tácito regresa a dar cuenta de los acontecimientos de Roma en los capítulos 71-89 centrándose en los sucesos acaecidos desde la muerte de Galba el 15 de enero, también contados por Plutarco. Destaca la narración del motín de los pretorianos, que termina después de un largo discurso de Otón a los soldados (I 83, 2-84), una magistral pieza de oratoria deliberativa. En las Idus de marzo o día 15 Otón salió de

Roma (I 90) para ir al encuentro de Vitelio. La ciudad quedó bajo el mando de su hermano Salvio Ticiano.

El libro II

El libro II no se inicia como continuación del primero, sino que dedica los primeros once capítulos a detenerse en el anuncio de una nueva dinastía («La Fortuna estaba ya urdiendo en una parte diferente del mundo los orígenes y las causas de una dinastía, que con suerte varia significó felicidad o desgracia para el Estado y prosperidad o ruina para los propios príncipes»), iniciada por Vespasiano y Tito. También se da cuenta de la historia de un falso Nerón y de los asuntos del Senado en Roma. Los capítulos siguientes hasta el 45 se concentran en narraciones militares. Otón salió de Roma para frenar la invasión viteliana por el norte de Italia, pero llegó tarde. Espurina, general otoniano, no pudo contener a los vitelianos y se retiró a Piacenza. Tras una escaramuza del otoniano Marcio Macro al frente de un grupo de gladiadores, los también generales otonianos Annio Galo, Suetonio Paulino y Mario Celso derrotaron a las fuerzas vitelianas mandadas por Cécina en Cástores (II 24-26), pero Paulino no explotó la victoria y los vitelianos pudieron salvarse. Otón intentó acallar las críticas contra sus generales enviando a su hermano Ticiano y a Próculo para que asumieran el mando. Se celebró una asamblea militar. Mientras tanto se produjo en el bando viteliano un levantamiento contra Fabio Valente, quien salvó los muebles por poco. Tácito aprovecha la ocasión para hacer sendas comparaciones entre Cécina y Valente y entre Otón y Vitelio (II 30, 2-31). A ninguno de ellos deja bien parado. Otón celebró una asamblea militar para decidir si actuaban inmediatamente o esperaba refuerzos de Mesia y Panonia. El general Paulino, apoyado por Mario Celso y Annio Galo, defendía el aplazamiento de la batalla, mientras que Ticiano y Próculo instaban a una actuación inmediata. En este punto, tanto en Plutarco *(Otón* IX) como en Tácito (II 37-38), se introducen digresiones para buscar una explicación a una decisión de aplazamiento no conocida antes. La razón de un posible aplazamiento de la batalla residía en un rumor que se había extendido sobre la necesidad de nombrar a un nuevo emperador que acabara con la mediocridad y bajeza tanto de Otón como de Vitelio. Lo cierto es que ganó la opinión de intervenir inmediatamente y de que Otón se retirara a Brixelo para esperar acontecimientos. La primera batalla de Bedriaco (II 39-45), que tuvo lugar sobre el 12 de abril del 69, acabó con la victoria de Vitelio. Las consecuencias no se hicieron esperar. Otón prefirió sacrificar su propia vida a prolongar la guerra, no sabemos si después de enterarse de la capitulación de sus generales, incluido su hermano. Su muerte, propia de un estoico romano, es contada también por Suetonio *(Otón* IX 3-11), Plutarco *(Otón* XV-XVIII) y Dión Casio (LXIV 11). Todos los autores alabaron su muerte en la misma medida que criticaron su vida. Tras la muerte de Otón, Tácito narra el itinerario que recorrió Vitelio desde Colonia hasta

su entrada en Roma sobre mediados del mes de julio. Repasa las reacciones que se produjeron en Roma. De vez en cuando, apela a nuestros sentimientos más hondos, como cuando describe la visión de Vitelio de Bedriaco después de la batalla (II 70):

> El espectáculo fue repulsivo y horrible. Menos de cuarenta días después del enfrentamiento, la visión era de cuerpos lacerados, miembros mutilados, masas putrefactas de hombres y caballos, la tierra infectada de sangre corrompida y una terrible devastación [2] que había arrasado árboles y cultivos. Y no menos inhumano era el tramo de calzada que los cremonenses habían cubierto de rosas y laureles, erigiendo altares y sacrificando víctimas según la costumbre de los reyes orientales. Estas alegrías [3] del momento causaron su ruina más tarde. Le acompañaban Valente y Cécina, que le iban mostrando los lugares de la batalla: desde aquí, le indicaban, se habían lanzado las columnas de las legiones, desde ahí había saltado la caballería y desde allí las tropas auxiliares habían rodeado al enemigo. Y los tribunos y prefectos, exagerando cada cual sus acciones, confundían lo verdadero con lo falso o lo exageraban. También los soldados rasos se desviaban del camino entre gritos de alegría, reconocían el escenario de los combates, miraban y admiraban la pila de armas y los montones de cadáveres. Hubo incluso algunos que derramaron lágrimas y se compadecieron ante la inestabilidad [4] de la vida humana. Vitelio, sin embargo, no desvió su mirada ni sintió horror ante tal multitud de ciudadanos sin sepultar. Incluso estaba contento e, ignorante de la suerte tan cercana que le esperaba, ofreció un sacrificio a los dioses del lugar.

Pero Vitelio no contaba con los movimientos del Este (II 74-86). Vespasiano, un general honesto, disciplinado y con buena estrella, fue apoyado, pese a sus reticencias, por Muciano y Tiberio Alejandro para asumir el imperio. Este último lo proclamó emperador en Alejandría el 1 de julio y el ejército de Judea el día 3 del mismo mes. Se celebró en Beirut una asamblea militar (II 81, 3), donde se diseñó toda la estrategia para arrebatar el poder a Vitelio. Se decidió que Muciano dirigiera las fuerzas hacia Roma y que Antonio Primo fuera la avanzadilla. De este personaje nos ha quedado este retrato de Tácito (II 86, 1-2):

> Este hombre, culpable ante las leyes, condenado por fraude en tiempos de Nerón, había recuperado el rango senatorial en medio de las otras desgracias de la guerra. Galba lo había puesto [2] al frente de la legión VII y se creía que había escrito más de una vez a Otón ofreciéndose como general de su bando. Ignorado por este último, no prestó servicio alguno en la campaña de Otón. Cuando declinaba la estrella de Vitelio, siguió a Vespasiano dando un gran impulso a su causa, pues era un hombre enérgico, de palabra fácil, un artista en sembrar el odio entre los demás, influyente en revueltas y motines, ladrón y despilfarrador, el peor enemigo en la paz y nada despreciable en la guerra.

A partir del capítulo 87, Tácito regresa a Vitelio, que recorre Italia como si fuera el general de un ejército extranjero contra su propia patria. Entró en Roma poco antes del 18 de julio[19], seguido de un ejército indisciplinado y siendo él mismo un hombre glotón, débil y sin criterio alguno para gobernar un imperio. Así que no era de extrañar que las provincias fueran apoyando progresivamente a Vespasiano. Vitelio, alarmado, movilizó de nuevo al ejército al mando de Cécina y Valente, aunque este último retrasó la salida por

enfermedad. El libro termina con la traición de Cécina y de la flota del cabo Miseno. Mal pintaba la situación para Vitelio, casi abandonado por sus propios lugartenientes, que lo traicionaron no por amar la paz y por el interés del Estado, sino por celos entre ellos mismos y por egoísmo (II 101).

El libro III

El libro tercero quizás sea el mejor de las *Historias* de Tácito por su ritmo dinámico y por la variedad narrativa. Se pasa de la batalla y saqueo de Cremona a las luchas en las mismas calles de Roma; se incendia por primera vez el Capitolio, el lugar más sagrado de la urbe, y se culmina con el brutal asesinato de Vitelio. Los flavianos diseñan un plan estratégico que, como habían decidido algunos de ellos en Petovio, consistía en invadir Italia, esperar a Muciano después de atravesar los Alpes con las tropas de Oriente y asegurar el dominio del mar con la flota y el apoyo de las provincias. Sin embargo, Antonio Primo aceleró los planes con una audacia y atrevimiento increíbles. No le importó desobedecer las órdenes que tenía de esperar a Muciano en Aquileya. El éxito en la segunda batalla de Bedriaco sobre el 25 de octubre (III 15-25), cuya descripción gráfica queda grabada en nuestras retinas, y el subsiguiente saqueo de Cremona salvaron a Antonio Primo de un castigo ejemplar por su osadía y precipitación. Merece ser recordado el *páthos* con que Tácito describe el saqueo (III 33):

> Irrumpieron en la ciudad cuarenta mil hombres armados y un número mayor de asistentes y cantineros todavía peor dispuestos a la lujuria y la crueldad. Ni la dignidad ni la edad evitaban que se mezclaran las violaciones con los asesinatos y los asesinatos con las violaciones. Los ancianos de edad avanzada y las mujeres de edad marchita, sin valor para el botín, eran el blanco de sus burlas. Cuando una doncella crecida o alguien que atraía por su belleza caía en sus manos, la fuerza brutal de quienes intentaban cogerlos los despedazaba y esto al final llevaba a los mismos raptores a matarse unos a otros. Cuando uno se apropiaba del dinero o de las ofrendas de oro macizo de los [2] templos, otros más fuertes le cortaban la cabeza. Algunos despreciaban lo que estaba a la vista, buscaban las riquezas escondidas por sus dueños, a quienes azotaban y torturaban, y desenterraban los tesoros bajo tierra. Portaban teas en las manos, que, al terminar el saqueo, arrojaban por gusto a las casas deshabitadas o a los templos vacíos. Y, como era de esperar en un ejército de lenguas y costumbres diversas, que incluía a romanos, aliados y extranjeros, diferentes eran sus ideas de lo que era legal para cada uno de ellos, pero nada les estaba vedado. Cremona les duró cuatro días. Cuando todos los edificios, sagrados y civiles, quedaron reducidos a cenizas, solo el templo de Mefitis permaneció en pie, defendido por su situación o por el poder de su divinidad.

A partir del capítulo 36 Tácito dirige hacia atrás su mirada y cuenta los sucesos acaecidos en Roma desde finales de septiembre. La victoria de Primo ha convulsionado no solo a Roma, sino a todo el imperio romano: Hispania, Galia y Britania se deciden a apoyar a Vespasiano, quien se enteró de la victoria de Cremona en noviembre en su camino hacia Alejandría. Con las victorias de Antonio Primo y la llegada de Muciano a

Italia, Vespasiano solo tuvo que encargarse del bloqueo de Egipto para impedir que llegara trigo a Roma. Mientras tanto, el avance de Primo era imparable. Sobre el 8 de diciembre se encontraba a unos 80 kilómetros de Roma. Allí Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, tuvo que vérselas con los intentos fallidos de abdicación de Vitelio y acabó refugiándose en el Capitolio, la sede de Júpiter Óptimo Máximo, que fue incendiado irresponsablemente por los vitelianos. Junto a Flavio Sabino aparece también el futuro emperador Domiciano, quien salvó la vida por muy poco. Todo esto ocurrió en los días siguientes al 17 de diciembre. Sobre el día 20 Antonio Primo se encontraba en *Saxa Rubra* o Rocas Rojas, prácticamente a las puertas de Roma. El final del libro (III 76-83) trata de las luchas mantenidas en la propia Roma y de la muerte de Vitelio. Se luchó cuerpo a cuerpo por las calles de Roma como si fuera un espectáculo del circo para la plebe romana. Vitelio murió humillado en sus últimos momentos (III 85), abandonado y traicionado por Cécina y Baso:

> A punta de espada se obligó a Vitelio ya a levantar la cara y exponerla a las burlas, ya a contemplar el derribo de sus propias estatuas y, especialmente, los Rostros y el lugar del asesinato de Galba. Finalmente, lo empujaron hasta las escaleras Gemonias, donde yacía el cuerpo de Flavio Sabino. Se le oyó una frase de un espíritu no innoble, cuando a un tribuno que lo insultaba, le respondió que pese a todo él había sido su emperador. Entonces cayó bajo una lluvia de golpes. Y el pueblo se ensañó con el muerto con la misma vileza con que lo había apoyado en vida.

El libro III se cierra con el obituario de Vitelio, hombre vividor, indolente e indeciso, y con la sorprendente aparición de Domiciano, quien se había escapado de la muerte hacía poco, cuando se encontraba en el Capitolio con su tío Flavio Sabino, apuñalado y decapitado unos días antes (74, 2). Con el libro III se culmina el conjunto de los tres primeros libros de las *Historias* formando una unidad en sí mismos, pues acaba el año 69 con la muerte de tres emperadores y se inaugura una nueva época con la llegada al poder de Vespasiano.

Los libros IV y V

El comienzo del IV cuarto es una especie de coda del libro III. Tácito al describir a Roma como una ciudad conquistada expresa su habitual pesimismo sobre la condición humana y el patetismo dramático de los sucesos después de la victoria de los flavianos:

> La ejecución de Vitelio marcó el final de las hostilidades más que el comienzo de la paz. Los vencedores recorrían Roma a la caza de los vencidos con un odio implacable; las matanzas llenaban las calles, los foros y templos estaban teñidos de sangre, pues degollaban por doquier a las víctimas que la suerte les ponía por delante. Luego, al aumentar el libertinaje, buscaban y arrastraban a los que se escondían. Al que veían que llamara la atención por su estatura o juventud lo degollaban sin distinguir a soldados y civiles. Esta crueldad provocada por los odios todavía [2] recientes se saciaba de sangre, pero

> después se transformó en codicia. No respetaban ningún lugar secreto o cerrado con el pretexto de que allí se ocultaban los vitelianos. Ese era el comienzo del allanamiento de casas y, si encontraban resistencia, esa era la excusa para matar. Los más pobres de la plebe y los peores esclavos no perdían la ocasión de traicionar rápidamente a sus dueños ricos. Otros eran denunciados por sus amigos. Por todas partes se oían lamentos, gemidos: era la suerte de [3] una ciudad conquistada, hasta el punto de que se echaba de menos la odiosa indisciplina anterior de las tropas de Otón y Vitelio. Los generales flavianos eran entusiastas para desencadenar una guerra civil, pero incapaces para controlar la victoria, pues en los disturbios y conflictos los peores son los que más pueden, mientras que la paz y la tranquilidad requieren buenas condiciones.

El libro IV, que vuelve a la tradición analística de exponer el material histórico por años, narra los acontecimientos internos y externos *(domi militiaeque)* acaecidos en el año 69 (hasta IV 37) y del año 70 (a partir de IV 38). Unos pocos días antes de finales del 69 Muciano llegó a Roma y el Senado concedió a Vespasiano todos los honores imperiales *(Lex de imperio Vespasiani, ILS* 244). En los asuntos de Roma Tácito fija su mirada en el estoico Helvidio Prisco, yerno de Trásea Peto, y en el delator Eprio Marcelo, quienes defendieron posturas opuestas en el asunto de enviar delegados a Vespasiano. Prisco proponía que los delegados fueran elegidos individualmente por los magistrados bajo juramento, mientras Marcelo defendía el sorteo de acuerdo con la moción del cónsul electo. Tras sendos discursos, reproducidos por Tácito en estilo indirecto *(oratio obliqua)*, Marcelo ganó, porque era lo que convenía al interés tradicional de los senadores. Tras narrar acontecimientos en Roma, Tácito se adentra en el año 70 («Entretanto Vespasiano, por segunda vez, y Tito iniciaron el consulado *in absentia*, al tiempo que Roma se encontraba deprimida y angustiada por una multiplicidad de temores»), repasando de nuevo los sucesos internos de Roma, especialmente las decisiones del Senado (IV 38-47) y los acontecimientos externos, empezando por África (IV 48-50) y Alejandría (IV 51-53).

Una gran parte del libro IV está dedicada a la revuelta de los batavos a lo largo del Rin, encabezada por Julio Civil (IV 54-79 y también en V 14-26), quien se había rebelado contra Vitelio aparentando apoyar a Vespasiano, pero, cuando este asumió el poder, Civil se declaró en abierta rebeldía contra Roma. Su ideal era crear un *imperium Galliarum*, independiente de Roma. La narración continúa en el libro V, en el que se cuenta la lucha que contra Civil mantuvieron Petilio Cerial y Annio Galo, generales nombrados para tal misión por Muciano. El libro queda cortado en el capítulo 26, por lo que no conocemos el destino final de Civil, aunque sabemos que los batavos volvieron a ser aliados de Roma y sirvieron junto a sus ejércitos.

El resto del libro IV (80-86) trata especialmente de Muciano y Vespasiano, aunque también en menor medida de Antonio Primo y Domiciano. Antonio Primo fue apartado del poder por Muciano y optó por marcharse junto a Vespasiano, que andaba por Alejandría entretenido en milagros y augurios favorables. Tras una digresión sobre el dios

Serapis, Tácito vuelve a Muciano y Domiciano, que se habían dirigido hacia Lugduno para participar en la revuelta de los batavos. Domiciano fracasó en su intento de protagonizar acciones militares y se retiró de la escena pública para esperar tiempos mejores. Pero el carácter real del hijo de Vespasiano y hermano de Tito no escapó al análisis reflexivo de nuestro historiador (IV 86, 2):

> Bajo un manto de sencillez y moderación se encerró en sí mismo y simuló interés por las letras y amor a la poesía, con el objetivo de ocultar sus pensamientos y evitar competir con su hermano, cuya forma de ser, distinta a la suya y más amable, la interpretaba al revés.

El libro V trata de la campaña de Tito en Judea contra los judíos, cuya historia traza en una famosa digresión sobre su historia, costumbres y religión (V 2-9). Sigue con el asedio y conquista de Jerusalén antes de regresar al Rin para continuar con la revuelta de los batavos (V 14-26), tratada más arriba.

LOS PROTAGONISTAS

Los emperadores[20]

Galba[21]

Galba fue nombrado emperador a la muerte de Nerón el 9 de junio del año 68 d. C. En ese momento era gobernador de Hispania y contaba con unos 70 años de edad. Era de la clase noble, de rancio y viejo abolengo. Uno de sus antepasados, Servio Sulpicio Galba, fue cónsul en el año 144 a. C. y gobernador de Hispania en el año 151, donde según Suetonio *(Galba* III 2) pasó a cuchillo a treinta mil lusitanos, lo que provocó una guerra contra Viriato (147-139 a. C.). Otro Servio Galba se había unido a los asesinos de Julio César en el año 44 a. C. Galba fue cónsul en el año 33 d. C. a los 38 años, prestó servicios en África, Germania y en la Hispania Tarraconense, donde fue gobernador durante ocho años. Cuando Nerón cayó asesinado, el Senado de Roma lo nombró emperador. Se trasladó con su ejército hasta la capital del imperio, donde pronto fue asesinado en el Foro de Roma junto al lago Curcio el 15 de enero del año 69 d. C. Plutarco nos resume su vida en el correspondiente obituario *(Galba y Otón* XXIX 1-2 y 5):

> Esta fue la suerte de Galba, un hombre que ni por linaje ni por riquezas estaba por debajo de muchos romanos, sino que, [2] juntando riqueza y linaje, aventajaba a sus contemporáneos; Galba, que había sobrevivido al gobierno de cinco emperadores con honor y fama, de tal manera que por su prestigio, más

que [5] por su poder, había acabado con Nerón […] A pesar de estar mellado por la vejez, en lo que se refiere a las armas y a las tropas fue un gobernante competente y respetuoso con las tradiciones. Pero como confió en Vinio, Lacón y en los libertos que vendían todas las posesiones, de la misma forma que Nerón se había fiado de los que eran más insaciables, hubo muchos que lamentaron su muerte, pero no hubo ninguno que echara de menos su gobierno. (Trad. de Juan P. Sánchez)

Otón[22]

M. Salvio Otón no era de una familia tan noble como la de Galba, aunque su abuelo había llegado al Senado y su padre, Lucio Otón, había sido cónsul *suffectus* en el año 33 d. C. bajo el reinado de Tiberio. Perteneció al círculo más íntimo de Nerón («participaba de todos los proyectos y secretos de Nerón», en palabras de Suetonio[23]), hasta el punto de tomar parte en el complot para asesinar a Agripina, madre del emperador, en el año 59 y de renunciar a su propia esposa Popea Sabina para que se casara con Nerón. El emperador lo envió a Lusitania como gobernador para alejarlo de Roma[24]. A la muerte de Nerón, apoyó decididamente a Galba con la esperanza de ser elegido su sucesor y maniobró para ello ganándose la confianza del ejército y de la guardia pretoriana de Roma[25]. Pero, cuando Galba se inclinó por la adopción de Pisón Liciniano, Otón intrigó para perpetrar un golpe de Estado que acabó con la vida de Galba y su acceso al imperio. Poco le duró la tranquilidad al nuevo emperador, porque las tropas de Germania habían elegido emperador a Vitelio. El enfrentamiento final entre ambos tuvo lugar en Bedriaco a mediados del mes de abril con la victoria de los vitelianos. Poco después, Otón se suicidó por dignidad y patriotismo en la mañana del 17 de abril del año 69. Tenía 37 años y solo había reinado durante tres meses. Su vida y muerte es resumida así en el obituario usual de Tácito *(Historias* II 50, 1):

Otón era originario del municipio de Ferento, su padre había sido cónsul y su abuelo pretor. Su linaje materno era modesto, pero no sin dignidad. Su infancia y juventud transcurrió como he referido antes. Por dos hechos, uno muy cobarde y otro heroico, ha merecido de la posteridad tanto mala como buena fama.

Vitelio[26]

Aulo Vitelio nació en el año 15 d. C. Su padre Lucio Vitelio había sido cónsul tres veces bajo los reinados de Calígula y Claudio. De su matrimonio con Sextilia, una mujer de gran prestigio[27], nacieron dos hijos: Lucio y Aulo. Los dos alcanzaron el consulado en el año 48, siendo Aulo cónsul ordinario y Lucio *suffectus* o sustituto. Aulo Vitelio llevó una vida regalada y se distinguió por su avaricia y gula insaciables durante los imperios de Calígula. Claudio y Nerón[28]. Llegó a ser procónsul en la provincia de África en el año 60

o 61 e inspector de obras públicas *(curator operum publicarum)* en Roma. Se casó primero con Petronia y luego con Galeria Fundana y tuvo tres hijos. Galba, ante la sorpresa de todos, lo nombró, seguramente a instancias de Tito Vinio, gobernador de la Germania Inferior para sustituir a Fonteyo Capitón, asesinado por los soldados. A la muerte de Galba, los soldados lo proclamaron emperador. Entró en Italia como con un ejército extranjero y venció a los otonianos en la batalla de Bedriaco, como se ha dicho más arriba. Entró victorioso en Roma y reinó despótica y caprichosamente en medio de su pasión por la comida y su crueldad[29]. Pero lo mismo que había hecho el ejército de Germania contra Otón hizo el de Oriente contra Vitelio. Mesia, Panonia, Judea, Siria y Egipto juraron lealtad a Vespasiano. Intentó derrotar al bando flaviano, pero la gloria que alcanzó en la primera batalla de Bedriaco se tornó en derrota completa en la segunda del mismo nombre. Sin embargo, no tuvo la entereza de rendirse y evitar desgracias mayores, como antes había hecho Otón. En Roma sus fuerzas incendiaron el Capitolio, un crimen execrable, y asesinaron a Flavio Sabino, hermano mayor de Vespasiano. Una avanzadilla del ejército flaviano entró en Roma y Vitelio fue paseado por las calles de Roma, lacerado, ejecutado y arrojado a las aguas del Tíber.

Vespasiano[30]

El primer emperador Flavio es recordado sobre todo por la destrucción de Jerusalén, aunque el ejecutor fue su hijo Tito, y por la construcción del *Colosseum* en Roma. Pero de Vespasiano tenemos la imagen de un general romano pragmático y con un sentido extraordinario de la planificación militar y política. Fue quien puso orden en el caos del final de la dinastía Julio-Claudia, extinguida en el convulso año 68. Él restauró los valores morales por encima de los materiales, además de devolver la esperanza en un futuro estable. Nacido en el año 9, ejerció su carrera política y militar durante los imperios de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Sometió Britania tras unos años de campaña militar (43-47) y redujo Judea por orden de Nerón en el 68. Era un general respetado por todos y ante la situación de desgobierno en todo el imperio supo jugar sus bazas a través de un general hábil y político como era Muciano y a través de un general intrépido, Antonio Primo, que doblegó al ejército viteliano. En el año 70 Vespasiano entró en Roma y logró la estabilidad política y militar tanto tiempo añorada.

Partidarios de los emperadores

R. Ash enumera en su introducción[31] al libro II los protagonistas de dicho libro, que paso a completar con los que faltan del resto de los libros.

A. Galbianos: a) familiares: Cornelio Dolabela, Pisón Liciniano; b) partidarios: Cornelio Lacón (prefecto del pretorio), Tito Vinio (senador).

B. Otonianos: a) familiares: Salvio Otón Ticiano (hermano de Otón), Salvio Coceyano (sobrino de Otón); b) partidarios: los generales Annio Galo, Vestricio Espurina, Suetonio Paulino, Marcio Macro, Mario Celso, Suedio Clemente, Antonio Novelo, Emilio Pacense, Turulio Cerial, Julio Brigántico, Orfidio Benigno, Rubrio Galo (después se hizo viteliano); los comandantes de la guardia pretoriana Licinio Próculo y Plocio Firmo; el tribuno Julio Frontón, el comandante legionario Vedio Áquila, el rey de Comagena Epífanes, el liberto Ceno, el gobernador de Mauritania Luceyo Albino y el orador Galerio Trácalo.

C. Vitelianos: a) familiares: Lucio Vitelio (hermano), Triaria (esposa de Lucio Vitelio), Galeria (esposa), Petronia (exesposa), Sextilia (madre), Germánico (hijo); b) partidarios: los generales Fabio Valente, Alieno Cécina y Julio Clásico, el comandante de la flota Lucilio Baso, el gobernador de Córcega Décimo Picario, los jefes de campamentos legionarios Julio Grato y Alfeno Varo, la esposa de Cécina Salonina, el gobernador de la Galia Lugdunense Junio Bleso, los comandantes de la guardia pretoriana Publilio Sabino y Julio Prisco, los libertos Hílaro y Asiático.

D. Flavianos: a) familiares: su hermano Flavio Sabino, sus hijos Tito y Domiciano y su sobrino Flavio Sabino; b) partidarios: el gobernador de Siria y comandante en jefe Muciano, los generales Antonio Primo, Cornelio Fusco y Petilio *Cerial*, el gobernador de Egipto Tiberio Alejandro, la reina judía Berenice, el rey de Émesa Sohemo, el rey de Comagena Antíoco, el rey judío Agripa, el liberto Asiático, el sacerdote Sóstrato y el astrólogo Seleuco[32].

E. Otros protagonistas: Asiático, Calpurnio Asprenate, Basílides, Vetio Bolano, Fonteyo Capitón, Licinio Cécina, Quincio Certo, Julio Civil, Julio Clásico, Vibio Crispo, Cornelio Dolabela, Annio Fausto, Valerio Festo, Hordeonio Flaco, Tampio Flaviano, Geta, Tetio Juliano, Eprio Marcelo Marico, Valerio Marino, Mario Maturo, Trebelio Máximo, Claudio Pírrico, Asinio Polión, Cluvio Rufo, Verginio Rufo, Aponio Saturnino, Cecilio Símplice, Julio Tutor, Plancio Varo, Julio Víndice.

LAS FUENTES[33]

Cuando Tácito escribió la historia de los años 69-70 en la primera década del siglo II d. C., habían pasado solo treinta años. Eso significa que pudo consultar fuentes documentales, como los archivos, los *Commentarii principum*, las *Acta Diurna*, los *Fasti* y, sobre todo, las actas del Senado *(Acta senatus)* y pudo escuchar no pocos testimonios de personajes todavía vivos, como los de Verginio Rufo, Arrio Antonino o su suegro Agrícola, además de Plinio el Joven, que mantuvo con Tácito una frecuente correspondencia[34].

Flavio Josefo comenta que hubo muchos autores que escribieron sobre los años 68-69 *(La guerra de los judíos* IV 492-496) y el mismo Tácito alude a *scriptores temporum* (II 101, 1) que proliferaron durante el imperio de los Flavios. Tenemos noticia de la existencia de unos *Commentarii* o *Memorias del emperador Vespasiano* (JOSEFO, *Autobiografía* LXV 342; *Contra Apión* I 10), de un poema que Domiciano compuso sobre el asedio al Capitolio (MARCIAL, V 7, 7), de unas memorias del rétor Julio Segundo, secretario personal de Otón (PLUTARCO, *Otón* IX 3), de una biografía de Annio Baso a cargo de Claudio Polión (PLINIO EL JOVEN, *Cartas* VII 31, 5) y de otra de Helvido

Prisco elaborada por Herennio Seneción *(Agrícola*, II 1; PLINIO EL JOVEN, *Cartas* VII 19, 5), de una obra de Titinio Capitón sobre la muerte de hombres famosos (PLINIO EL JOVEN, *Cartas* VIII 12, 4), y de las *Memorias* de Vipstano Mesala *(Historias* III 28, 1). También se citan como fuentes de Tácito obras de los generales otonianos Vestricio Espurina (PLINIO EL JOVEN, *Cartas* III 1, 7) y Mario Celso[35].

Tácito solo nombra a dos autoridades en las *Historias*. En la anécdota de un hijo que mata a su propio padre en la batalla de Cremona *(Historias*, III 25, 2) cita como fuente a Vipstano Mesala, uno de los protagonistas del *Diálogo de los oradores*, y un poco después (III 28, 1) también alude a Mesala y a Plinio el Viejo como autoridades para refrendar el hecho de que Hormo o Antonio Primo pusieran ante los ojos de los soldados el saqueo de Cremona para levantar su moral. Parece que también le sirvió de fuente la *Historia* que escribió Plinio el Viejo en treinta libros *(A fine Aufidii Bassi)*, hoy perdida[36], sobre el principado de Nerón, las guerras civiles y el imperio de Vespasiano[37]. Tácito debió de haberse valido también de otras fuentes, como Fabio Rústico[38] y Cluvio Rufo[39], quien escribió en época de Vespasiano una historia de Roma[40] desde Calígula hasta las guerras civiles del 69. Además, el mismo Gayo Licinio Muciano[41], lugarteniente de Vespasiano, escribió unos *Mirabilia* o *Maravillas*, citadas a menudo por Plinio el Viejo como una fuente de su *Historia natural*.

Algunas veces Tácito alude a sus fuentes con los términos «escritores» *(scriptores)* o «autoridades» *(auctores)*, como en II 37, 1; 101, 1; III 29, 2; 51, 1; IV 83, 1; V 3, 1. Lo normal era que Tácito se refiriera a sus fuentes con frases como «muchos han transmitido» *(multi tradidere* en III 59, 3; 54, 3), «así lo hemos recibido» *(sic accepimus*, III 38, 1), «hay dudas sobre» *(hic ambigitur*, I 42; III 71, 4) o «se cree, se dice» *(tradunt*, I 41, 1). Esto indica que Tácito tuvo en cuenta diferentes autoridades en la composición de sus *Historias* y no dependió de una sola fuente común a todos los historiadores de esta época, según la ley de Nissen[42], aplicable a Tito Livio, que siguió a Polibio en los asuntos del Este que narra en los libros 31-45 de su *Historia de Roma (Ab urbe condita)*. Más bien habría que hablar de una fuente predominante (ese *ignotus* o desconocido precedente) como quiere Goodyear[43], a partir de la cual nuestro historiador iba coloreando, elaborando y dando nueva forma al material recibido.

Por otra parte, se conservan obras de diferentes autores que narran los mismos acontecimientos que Tácito[44]. Es la llamada «tradición paralela». Son Flavio Josefo *(Bellum Judaicum)*, Plutarco *(Galba* y *Otón)*, Suetonio *(Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano)* y Dión Casio *(Historia de Roma* LXIV-LXV en *excerpta* y epítomes). Se cree que esta tradición paralela procede de una fuente común, como se observa en algunos pasajes, como el suicidio de Otón *(Historias* II 47-51; Plutarco, *Otón* XV-XVII; Suetonio, *Otón* IX 3-XII 2; Dión Casio, LXIV 11-15), la batalla de Bedriaco *(Historias*

II 39-44; Plutarco, *Otón* XI-XIV; Suetonio, *Otón* IX; Dión Casio, LXIV 10, 2-3), la visión horripilante del campo de batalla de Bedriaco *(Historias* II 70; Suetonio, *Vitelio* X 3; Dión Casio, LXV 1-3) o la proclamación de Vespasiano como emperador *(Historias* II 80, 1; Josefo, *Guerra contra los judíos* IV 601-604; Suetonio, *Vespasiano* VI 3; Dión Casio, LXV 8, 4). Los detalles de las diferentes narraciones varían, pero la información general es la misma[45]. Veamos un ejemplo: el final de Galba, narrado por Plutarco *(Galba*, XXVI-XXVII), Tácito *(Historias* I 41), Suetonio *(Galba* XX) y Dión Casio (LXIII 6, pero solo un resumen). La fuente es común, pero el tratamiento es diferente, porque diferentes son los géneros literarios (historia y biografía), además del estilo y vigor narrativo de cada cual.

Plutarco, *Galba* XXVI 8-XXVII 1-3:

> Ninguno quiso defenderlo u oponerse, excepto un solo hombre [8] que veía en Galba al único digno del poder romano entre tantos miles que vieron el sol. Fue el centurión Sempronio Denso, un simple centurión que no había sacado un provecho particular de parte de Galba, pero que estaba dispuesto a defender el bien y la justicia, el que se puso delante de la litera. Al principio [9] alzó el látigo con el que castigan los centuriones a los que merecen esos golpes, gritaba a los que se lanzaban al ataque y les pidió que respetaran al emperador. Después, totalmente rodeado, desenvainó su espada y se defendió durante mucho tiempo, hasta que cayó herido en las piernas. XXVII Voltearon la litera de Galba cerca del lago llamado Curcio. Galba, cubierto con su coraza, cayó fuera de ella y los soldados corrieron a golpearlo. Él, ofreciendo su cuello, dijo: «Hacedlo si esto es lo mejor [2] para el pueblo de Roma». Recibió muchos golpes en sus brazos y en sus piernas, pero quien lo decapitó, como así afirma la mayoría, fue un tal Camurio que formaba parte de la cohorte decimoquinta. Algunos dicen en sus obras que fue Terencio, [3] otros que Lecanio, otros que Fabio Fabulo. También dicen que, tras cortarle la cabeza, se la llevaron envuelta en una toga, porque por la calvicie no había por donde asirla. Sin embargo, después, como los que estaban con el asesino no deseaban ocultar el hecho, sino mostrárselo a todos como un acto de valentía, ensartó la cabeza en una lanza y, de esta forma, blandiendo la cabeza de este anciano y honesto emperador, pontífice y cónsul, como si se tratara de «Bacantes», salió a la carrera dando muchas vueltas y agitando la lanza por la que chorreaba sangre. (Trad. de Juan P. Sánchez)

Tácito, *Historias* I 41, 2-3; 43, 1:

> [2] Junto al lago Curcio y debido al pánico de los porteadores, Galba cayó de la litera y acabó rodando por los suelos. De sus últimas palabras se nos han transmitido diferentes versiones dependiendo del odio o admiración que cada cual sentía hacia él. Unos cuentan que había preguntado humildemente qué había hecho para merecer esta desgracia y suplicaba unos pocos días para pagar el donativo. Los más relatan que ofreció voluntariamente la garganta a los asesinos, diciéndoles que actuaran y le asestaran el golpe si eso les parecía que era lo mejor para el Estado. [3] A los asesinos nada importó lo que decía. No hay constancia suficiente de la identidad del verdugo. Unos señalan al veterano Terencio, otros a Lecanio, pero la versión más extendida cuenta que Camurio, soldado de la legión XV, hincando la espada le vació la garganta. Los demás le mutilaron espantosamente brazos y piernas, pues tenía protegido su pecho. La mayoría de las heridas se las infligieron con fiereza y saña a un cuerpo ya degollado.
>
> 43. Nuestra época pudo contemplar a Sempronio Denso, héroe aquel día. Este centurión de la

cohorte pretoriana a quien Galba había destinado a la escolta de Pisón se enfrentó puñal en mano a aquellos hombres armados, reprochándoles su crimen. Y, atrayendo hacia él a los asesinos ya con la mano, ya a voces, permitió la huida de Pisón pese a encontrarse herido.

Suetonio, *Galba* XX 1-2:

Hay quienes afirman que, cuando aquellos se lanzaron a la carga, exclamó: «¿Qué hacéis camaradas?, yo soy vuestro y vosotros míos», y que incluso les prometió un donativo. Pero la mayoría cuenta que les presentó voluntariamente el cuello, exhortándolos a hacerlo y a herirlo, puesto que así lo querían. Lo que podría parecer realmente asombroso es que ninguno de los presentes intentara ayudar al emperador, y que todos aquellos a los que mandara llamar hicieran caso omiso de la embajada, salvo un destacamento de soldados de Germania. Estos, a causa del beneficio que les había dispensado recientemente colmándolos de atenciones cuando se encontraban enfermos y sin fuerzas, corrieron en su auxilio, pero su desconocimiento de la ciudad les hizo equivocarse de camino y llegaron demasiado tarde. Fue [2] asesinado junto al lago de Curcio y abandonado allí tal como estaba, hasta que un soldado raso, que volvía de recoger su provisión de grano, tirando al suelo su carga, le cortó la cabeza; y, como no podía cogerla por los cabellos, la ocultó entre los pliegues de su ropa, luego le metió el dedo pulgar en la boca, y se la llevó a Otón. Este se la entregó a los vivanderos y a los siervos del ejército, que la clavaron en una lanza y la pasearon por todo el campamento, no sin hacer escarnio de ella… (Trad. de Rosa M.ª Agudo)

Dión Casio. LXIV 6, 3-5:

[3] Galba se dirigió al Capitolio para ofrecer un sacrificio. Al llegar al centro del Foro romano jinetes e infantes le salieron al encuentro y allí en presencia de muchos senadores y una multitud de gente asesinaron a este viejo hombre, su cónsul, su sumo pontífice, su César y emperador; y después de abusar de su cuerpo de muchas maneras le cortaron la cabeza y la ensartaron en [4] un palo. Pues Galba había sido golpeado por una lanza en el mismo carro que lo transportaba y al inclinarse fuera de él fue herido y dijo únicamente lo siguiente: «Pero ¿qué mal os he hecho?» Y Sempronio Denso, un centurión, lo defendió cuanto pudo y finalmente, cuando no pudo conseguir nada, se dejó matar [5] sobre el cuerpo de Galba. Y he recordado su nombre, porque es el que más merece que se le recuerde. Pisón también fue asesinado y muchos otros, pero no porque acudieran en ayuda del emperador.

Cuando los soldados realizaron esta acción, cortaron las cabezas de sus víctimas y las llevaron al campamento de Otón y al Senado, de manera que los senadores, aunque se sintieron aterrados, se alegraron, etcétera.

En la narración de la muerte de Galba observamos similitudes y diferencias[46]. En general, coinciden en el relato, lo que demuestra que se valieron de una fuente común, pero tanto Tácito como Suetonio aluden a dos fuentes diferentes en el detalle de las últimas palabras que pronunció Galba («diferentes versiones» en Tácito; «hay quienes afirman» y «la mayoría cuenta» en Suetonio). Pero los relatos también presentan tres grandes diferencias:

1) Tácito (II 41, 2) y Suetonio (XX 1) transmiten las dos versiones de las últimas

palabras de Galba, si bien Suetonio se vale de la cita directa y Tácito de la indirecta: a) por qué lo trataban tan mal y la promesa de un donativo y b) presentación de su cuello para que lo remataran. Plutarco (XXVII 1), en cambio, solo ofrece la segunda versión, mientras que Dión Casio (LXIV 6, 4) ofrece únicamente la primera.

2) Tácito (II 41, 3; 49, 1) cuenta la mutilación del cuerpo de Galba de forma breve en comparación con los relatos de Plutarco (XXVII 2-3), Suetonio (XX 2) y Dión Casio (LXIV 6, 4).

3) La historia del centurión Sempronio Denso es tratada de manera muy diferente. Plutarco (XXVI 8-9) y Dión Casio (LXIV 6, 4-5), de manera algo prolija, dicen que Denso defendió a Galba; Suetonio afirma que nadie ayudó a Galba (cf. Dión Casio, LXIV 6, 5), pues los únicos que lo intentaron, soldados de Germania, llegaron tarde. Tácito, sorprendentemente, cuenta la historia de otra forma, pues nos dice que Denso ayudó no a Galba, sino a Pisón (II 43, 1), el heredero adoptivo del emperador.

Tácito se distingue también de los autores de la tradición paralela por la información que los demás omiten. Destacan dos tipos de materiales: los discursos y la actividad en las provincias. Sirvan de ejemplos el discurso de Galba con motivo de la adopción de Pisón (I 15-16), no citado en ninguna otra fuente, o la información sobre las provincias en los capítulos 8-11 del libro I.

Los historiadores antiguos se informaban cuidadosamente de los hechos que se proponían contar, pero los disponían y los trataban a su modo, con la intención de no faltar a la verdad, pero también con el objetivo de ofrecer ejemplos de buen o mal comportamiento y con la intención de atraer la atención de un público que deseaba aprender divirtiéndose con el fondo y la forma de las historias que oía. Los biógrafos, además, se detenían en los detalles y los chismes. Pero ninguno de los que narraron la muerte de Galba fueron capaces, por ejemplo, de resumir toda una vida de emperador en un final acúleo de seis palabras (II 49, 4), dignas de ser sopesadas y pensadas, no de ser traducidas: *omnium consensu capax imperii nisi imperasset.*

Cualquiera que haya sido la fuente o fuentes de Tácito para elaborar sus *Historias*, su sello personal se hace evidente en la presentación dramática de los hechos, en la concisión con que nos tiene concentrados para seguir el hilo y en sus juicios morales de aplicación universal.

LA COMPOSICIÓN DE LAS «HISTORIAS»[47]

La forma de escribir historia de Tácito ha recibido varias interpretaciones. Unos destacan la presentación visual de las escenas narrativas; otros piensan que Tácito nació

para ser un poeta trágico[48] que cuenta los hechos como si estuviera escenificando los acontecimientos; hay quienes ven en nuestro historiador a un poeta en prosa con profundas influencias del divino Virgilio; y no falta razón a quienes, partiendo de los anteriores, interpretan la forma de escribir de Tácito como pictórica y dramática, cercana a veces a la técnica cinematográfica de presentar los hechos. Todas estas diversas interpretaciones vienen a subrayar la variedad de Tácito en la selección del material, en la forma de tratarlo, en el plan de la obra y en la disposición de la misma.

El material de Tácito incluye la historia de los emperadores, la política del Senado romano y las guerras internas y externas. A ello hay que añadir otros temas tangenciales que el historiador trata a modo de digresiones, unas surgidas de lo que se esté tratando y otras puramente ornamentales, y otras hacen las veces de comentarios o interpretaciones del propio historiador. Al primer tipo pertenecería la larga digresión sobre la historia y costumbres del pueblo judío en el libro V 2-9; al segundo tipo correspondería la digresión sobre el falso Nerón en II 8-9; y al tercer tipo se adaptaría el repaso a la historia de Roma en II 38.

El tono que Tácito emplea en su narrativa es muy variado y va desde el meramente descriptivo, cercano a unas típicas *Memorias* históricas (p. e., III 1), hasta el tono extremadamente patético del saqueo de Cremona (III 33) o la descripción del campo de batalla después del segundo enfrentamiento en Bedriaco, citado antes (II 70).

Tácito comienza las *Historias* según la forma analística, es decir, año a año, siguiendo la tradición de los historiadores romanos desde época arcaica[49]. Sin embargo, en los libros I y II el foco de atención está en Galba, Otón y Vitelio más que en la narración de los sucesos de Roma y las provincias, como es el caso del libro IV. Se podría pensar que el plan de las *Historias* viene marcado por los protagonistas y no por los acontecimientos: Galba, Otón y sus generales, Vitelio y sus comandantes, Vespasiano junto a Muciano y Antonio Primo, o Civil en la revuelta de los batavos.

Uno de los fines de la historia, tal como la entendían los antiguos, es enseñar a los hombres, a partir de los hechos del pasado, a llevar una vida digna y honrada: *historia magistra vitae*. En Roma la historiografía desarrolló de manera especial esta función moralizante, es decir, que el conocimiento de los hechos pasados puede ayudar a la formación del carácter moral de los individuos. De ahí que los historiadores romanos en general y Tácito en particular ofrezcan *exempla* del pasado «para que no permanezcan en silencio las virtudes y para que se tenga miedo a la infamia de la posteridad por las palabras y acciones perversas» *(Anales* III 65, 1). De buenos ejemplos, resume Tácito unos pocos en *Historias* I 3, 1: «Esta época no fue tan estéril en virtudes como para no brindar también nobles ejemplos. Hubo madres que acompañaron a sus hijos en su huida, esposas que siguieron a sus maridos al exilio. Hubo parientes valientes, yernos leales y esclavos de fidelidad inquebrantable incluso a prueba de tortura. Hombres

ilustres se vieron en el último trance, trance que sobrellevaron con valentía, y se produjeron desenlaces fatales comparables a las muertes ilustres de la antigüedad». Y de malos ejemplos, la obra de Tácito está repleta, empezando por la inutilidad de Galba, la ambición de Otón y la cobardía de Vitelio.

Ahora bien, ¿es fiable Tácito como historiador? Desde luego, él siente la obligación de decir la verdad y toda la verdad, como proponía Cicerón[50] *(Sobre el orador*, II 62: *quis nescit primam esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeat? Deinde ne quid veri non audeat?)* Y el mismo Tácito proclama su vocación de imparcialidad (I 1, 3: «quienes hacen profesión de una honestidad insobornable deberán hablar de cada cual sin parcialidad y sin odio») en aquellos tiempos irrepetibles, «en los que se puede pensar lo que se quiere y decir lo que se piensa» *(ubi sentire quae velis et quae sentias dicere licet)*. Claro que todos los historiadores, desde Tucídides hasta Salustio, hacían la misma profesión de fe en la verdad histórica. Y a Tácito se le ha echado en cara que presente el siglo I d. C. como una época de oscuridad, degeneración y opresión, cuando en realidad se vivieron durante dicho siglo tiempos de prosperidad con Tiberio, Nerón, Vespasiano y Domiciano. No se olvide tampoco cómo Tácito presenta en los *Anales* un cuadro muy negativo de Tiberio, sanguinario, rencoroso, hipócrita, que no se corresponde enteramente con la verdad.

LA LENGUA Y EL ESTILO[51]

El estilo periódico de Cicerón, largo y rotundo, había sido sustituido a partir del siglo I d. C. por una prosa concisa y parca, un nuevo estilo preconizado especialmente por Séneca (4 a. C.-65 d. C.). Después de este movimiento literario surgió el clasicista, liderado por Quintiliano (ca. 39-95 d. C.), seguidor acérrimo de Cicerón y contrario a Séneca[52]. Ni una ni otra tendencia cubrían las necesidades de Tácito, quien recurrió a forjarse un estilo en cierto modo diferente. El estilo oratorio de Cicerón se basaba en la riqueza expresiva *(copia verborum)*, en la simetría o equilibrio de las frases *(concinnitas)* y en la estructura periódica de las frases, adornadas de numerosas figuras retóricas. A nuestros oídos la forma de expresarse suena bien, pero se nos hace algo pesada. Tácito, por el contrario, destaca en su obra histórica por la brevedad *(brevitas)* frente a la exuberancia expresiva de Cicerón y por la huida de la simetría en la estructura de las frases *(inconcinnitas)*. Además, Tácito añade un colorido especial a las palabras y su tono es casi siempre elevado *(color poeticus)*. Estas características del estilo de Tácito también aparecen en mayor o menor medida en otros historiadores clásicos, como Tucídides o Salustio[53]. Con todo, hablar del estilo de Tácito es en cierto modo una simplificación, porque no escribe igual en las obras históricas que en el *Diálogo de los*

oradores, cuyo estilo es neociceroniano, como el de Quintiliano. Pero además, dentro de los escritos históricos el estilo varía en los discursos, en los retratos o en las secciones propiamente narrativas. Y el estilo de Tácito fue evolucionando desde el menos comprimido y elevado del *Agrícola* y *Germania* hasta los últimos libros de los *Anales*, genuinamente tacíteo en su brevedad y asimetría o *inconcinnitas*.

Se ha discutido mucho sobre la evolución del estilo de Tácito desde sus obras menores hasta los últimos libros de los *Anales*[54]. Wölfflin[55] mantuvo que la obra de Tácito fue evolucionando desde un estilo normal y descolorido de las primeras obras hasta otro más elevado y singularmente tacíteo en los libros finales de los *Anales*. Le siguieron en dicha apreciación otros filólogos[56], pero esta postura ha sido puesta en duda por Martin y Goodyear[57], porque es muy difícil demostrar la evolución de un estilo a través de simples fórmulas en la elección de las palabras *(delectus verborum)* sin tener en cuenta también la *compositio* de un autor como Tácito, que se mantuvo siempre fiel a su peculiar estilo.

La palabra[58]

Si ha habido tiempos en que se ha puesto en duda la objetividad histórica de Tácito, especialmente en su tratamiento de Tiberio en los *Anales*, nadie ha entrado en disputas sobre la maestría de nuestro autor en el uso de la lengua latina, que comienza precisamente por la selección de las palabras *(delectus verborum)*. Los teóricos clásicos mantenían que en el vocabulario hay tres elementos que realzan y adornan el discurso narrativo (Cicerón, *Sobre el orador* III 152: *tria sunt igitur in verbo simplici, quae orator afferat ad illustrandam atque exornandam orationem)*: las palabras desusadas o arcaísmos *(inusitatum verbum)*, los términos nuevos o neologismos *(novatum verbum)* y la metáfora *(verbum translatum)*.

Los historiadores latinos se valieron con mucha frecuencia de arcaísmos. Y tal elección no es patrimonio únicamente de Tácito, sino que también se encuentra en Catón el Viejo (234-149 a. C.), Salustio, Tito Livio y Quinto Curcio Rufo (siglo I d. C.). Con los arcaísmos los historiadores pretendían insuflar la dignidad de los tiempos antiguos a sus escritos. Así, por ejemplo, Tácito emplea *apiscor* por *adipiscor, claritudo* por *claritas, cunctus* en lugar de *omnis, deum* por *deorum, duint* por *dent, gliscere* en vez de *crescere, metuere* por *timere, tempestas* por *tempus* o *torpedo* por *torpor*[59].

Los neologismos son más propios de la poesía que de la prosa, pero no faltan en Tácito, como *criminator, condemnator, grates, intectus, intutus, praegracilis, peramoenus*. Pero más que crear neologismos lo que hace Tácito es evitar los términos vulgares *(verba sordida)*. Si comparamos la narración del final de Vitelio en Suetonio y Tácito, observaremos cómo Tácito (III 84, 4) transforma una vulgar historia (Suetonio,

Vitelio XVI) en un drama descrito en términos poéticos que evocan a Virgilio *(Eneida* VI 265: *loca nocte tacentia late*; 269: *perque domos Ditis vacuas et inania regna)* en su memorable *terret solitudo et tacentes loci, temptat clausa, inhorrescit vacuis*.

El uso del lenguaje metafórico, más amplio que en Salustio y Livio, es uno de los hechos que más destacan en la lengua de Tácito. La metáfora puede aparecer en un solo término *(plus praedae ac sanguinis Caecina hausit*, I 67, 1; *fides fluitasse*, II 93, 2; *omnis exercitus flammaverat*, II 74, 1; *pandere aciem*, IV 33, 1; *proelia serebant*, V 11, 1) o en una sucesión de imágenes entrelazadas entre sí (sobre un edificio en II 76, 1 *his pavoribus nutantem et alii legati amicique firmabant)*[60].

Tácito tiende a colorear su lenguaje de poeticismos *(poeticus color)* y Virgilio ha sido su principal valedor[61]. Unas veces son escenas enteras inspiradas en la poesía, como la tormenta en la costa de Germania *(Anales*, II 23, 4), todo un tópico épico[62], o el asalto al campamento viteliano por parte de las fuerzas flavianas *(Historias* III 84, 1-3) que está inspirado en el de los troyanos en el libro II de la *Eneida*[63]. Otras veces aparecen reminiscencias que corresponden a frases virgilianas, como *varia pereuntium forma et omni imagine mortium (Historias* II 28), una paráfrasis de *luctus ubique pavor et plurima mortis imago (Eneida* II 369), o la frase, citada antes, *terret solitudo et tacentes loci (Historias* III 84, 4), modelada sobre la virgiliana *loca nocte tacentia late (Eneida* VI 265). Y las más consisten en el uso de términos propios de la poesía, como *senecta* por *senectus, sonor* por *sonitus, remeare* por *redire*, entre otros muchos.

La frase[64]

Tácito heredó de Salustio, su modelo más querido, una estructura de frases que destacan por la brevedad, la variedad y el gusto por las sentencias. La brevedad[65] es sin duda la primera marca del estilo de Tácito. La *brevitas* puede reflejar una forma de pensar y expresarse o puede ser empleada a propósito para objetivos específicos de rapidez narrativa o pinturas de personajes a pinceladas. Con todo, el uso de la brevedad no significa confusión en el mensaje que se quiere transmitir. Tácito es capaz de resumir el contenido de sus *Historias* en una sola frase, rápida y cortante, de cuatro miembros: *opus aggredior opimum casibus, atrox proeliis, discors seditionibus, ipsa etiam pace saevum* (I 2, 1).

La brevedad se consigue, entre otros recursos, mediante el asíndeton, la elipsis y el zeugma. El asíndeton u omisión de conjunciones[66] se manifiesta entre palabras, el más frecuente (p. e., *proelium tota nocte varium anceps atrox*, III 22, 3), o entre frases u oraciones sin conjunción (v. g., *non parare arma, non adloquio exercitioque militem firmare, non in ore vulgi agere*, III 36, 1). La elipsis[67] más normal consiste en la

omisión del verbo «ser», sobreentendido fácilmente, como en I 19, 1: *inde apud senatum non comptior Galbae, non longior quam apud militem sermo*. La elipsis es más frecuente en los retratos, en las descripciones y en la narración de acciones de gran viveza, como la visita de Vitelio al campo de batalla de Bedriaco (II 70). Para conseguir su célebre *velocitas* Tácito se vale de construcciones inteligentes, como el zeugma[68] o silepsis. El zeugma, una especie de elipsis, consiste en emplear un solo verbo con dos sentidos diferentes[69]. como en II 3, 2 *(precibus et igne puro altaria adolentur*, «los altares se honran con preces y se encienden con fuego puro»), donde el verbo *adolentur* hay que traducirlo con un significado para cada nombre; II 19, 2: *provisa parataque non arma modo, sed obsequium et parendi amor* («no solo se hicieron provisiones y preparativos de armas, sino que también se tomaron medidas para asegurar la obediencia y la disciplina». Además de la elipsis de *sunt* en *provisa parataque*, los verbos se emplean con sentidos diferentes para *arma* y para *obsequium et parendi amor*. Y es que Tácito omite palabras o silencia significados, porque se sobrentienden perfectamente y es su deseo imprimir vigor y rapidez a sus frases.

La variedad o *variatio* en la lengua consiste en un cambio deliberado de una construcción gramatical sin necesidad de tener que hacerlo[70]. La practicó Salustio, también Livio[71] y de manera especial Tácito. La *variatio*, que evita el equilibrio y el paralelismo de las oraciones *(inconcinnitas)*, aparece en grupos de palabras, pequeñas frases o en escenas enteras. Así, Tácito varía el vocabulario *(inopes agrestes et vilia arma*, II 13, 1; *Antiochus… ingens et… ditissimus, mox… excitus*, II 81, 1) y las partes de la oración (p. e., adverbio y adjetivo: *palam laudares, secreta male audiebant*, I 10, 2; *quod palam abnuerat, inter secreta convivii largitur*, II 57, 2), une participios en nominativo y sustantivos en ablativo *(nec proinde nutantes e navibus quam stabili gradu e ripa vulnera derigebant*, II 35, 1), varía el uso de las preposiciones *(in civitate discordi et ob crebras principum mutationes*, II 10, 1; *unde longa illis erga Neronem fides et erecta in Othonem studia*, II 11, 1), a un sintagma en ablativo de causa le une una subordinada causal *(nullo apud quemquam Othonis favore, nec quia Vitellium mallent*, II 17, 2), yuxtapone oraciones de diferente tipo, como una oración causal y otra final *(non quia industria Flaviani egebat, sed ut consulare nomen surgentibus cum maxime partibus honesta specie praetenderetur*, III 4, 2), puede emplear asíndeton en la oración principal y polisíndeton en la subordinada *(ut vero deformis et flens et praeter spem incolumis Valens processit, gaudium miseratio favor*, II 29, 3; *Vitellius ventre et gula sibi inhonestus, Otho luxu saevitia audacia rei publicae exitiosior ducebatur*, II 31, 1) o pasa de nombres concretos a abstractos *(strepitus telorum et facies belli*, I 85, 1; *immixtis histrionibus et spadonum gregibus et cetero Neronianae aulae ingenio*, II 71, 1). Se llega a decir que la *variatio* es tan consustancial al estilo de Tácito que otro tipo de *variatio* en su obra es justamente lo contrario, es decir, la *concinnitas* o el

paralelismo *(subruit muros, instruit aggerem, molitur portas*, II 22, 2; *foedum atque atrox spectaculum… dira vastitas*, II 70, 1). También se despliega la *variatio* en escenas enteras. Si la muerte de Galba produjo un enorme terror en Roma (I 50) por miedo a lo que le venía encima con Otón y Vitelio, el final de Otón no produjo alteración alguna en la vida diaria de la ciudad (II 55), mientras que el asesinato de Vitelio desencadenó una venganza terrible contra los vencidos (IV 1).

El gusto por las sentencias le viene a Tácito de su maestro Salustio y del estilo declamatorio del siglo I d. C., como bien se observa en Séneca (4 a. C.-65 d. C.)[72]. Tácito se vale de esa *vox universalis*, como la define Quintiliano *(Inst. orat*. VIII 5, 3), para establecer los principios que gobiernan la conducta humana, especialmente, la mala. Con ellas Tácito se reviste de autoridad para convencer de la verdad de su narración histórica. Las sentencias se ponen en boca del propio narrador o de alguno de los protagonistas de las historias. El estilo declamatorio y conciso se expresa, pues, a través de las sentencias epigramáticas[73], que resumen y describen el asunto o la persona tratada. Cuatro sentencias de este tipo se han hecho famosas, todas procedentes de las *Historias*: I 2, 3 *(corrupti in dominos servi, in patronos liberti; et quibus deerat inimicus, per amicos opressi*, «Se sobornaba a los esclavos contra sus señores, a los libertos contra sus patronos, y quienes no tenían enemigos, caían arruinados por sus amigos»), I 49, 4 *(et omnium consensu capax imperii, nisi imperasset*, «todos por unanimidad le hacían capaz de ser emperador, con la condición de que nunca hubiera llegado a serlo», sobre Galba), III 25, 3 *(nec eo segnius propinquos adfines fratres trucidant, spoliant: factum esse scelus loquuntur faciuntque*, «sin embargo, no por eso se mostraron más remisos para despojar a parientes, allegados y hermanos matados a degüello: hablaban de que se había cometido un crimen, pero ellos hicieron lo mismo») y III 63, 2 *(tanta torpedo invaserat animum ut, si principem eum fuisse ceteri non meminissent, ipse oblivisceretur*, «Tan gran abulia se había apoderado de su ánimo que, si los demás no le recordaran que había sido emperador, él mismo lo habría olvidado»).

La antítesis es otra de las características más sobresalientes del estilo rápido y cortante (el llamado *pointed style)*[74] de Tácito, como en I 8, 1 *(Cluvius Rufus, vir facundus et pacis artibus clarus, bellis inexpertus)*, 10, 2 *(nimiae voluptates, cum vacaret; quotiens expedierat, magnae virtutes)* o 49, 3 *(pecuniae alienae non adpetens, suae parcus, publicae avarus)*. A veces Tácito incluye como apéndice de la oración principal un asíndeton abrupto, como en I 45, 2 *(ad supplicium expostulabant, industriae eius innocentiaeque quasi malis artibus infensi)*.

El estilo periódico[75]

Tácito raramente se vale de una estructura periódica, es decir, el empleo de frases

complejas que alcanzan su clímax en una oración principal después de oraciones subordinadas y construcciones con participio. Y mucho menos emplea largos períodos ciceronianos, excepto en su *Diálogo de los oradores*. Sin embargo, esto no quiere decir que Tácito no usara nunca el estilo periódico en sus obras históricas[76]. Los historiadores se valen de dos tipos de períodos complejos[77]: 1) el período narrativo, que consiste en una o más oraciones subordinadas (o sus equivalentes, como el ablativo absoluto o construcciones con participios) seguidas de la oración principal que suele concluir con el verbo principal, como en IV 27, 2 *(victi, quod tum in morem verterat, non suam ignaviam, sed perfidiam legati culpabant)*; y 2) el período oratorio, en el que las palabras, junturas y oraciones se equilibran entre sí y marcan dicho equilibrio *(concinnitas)* con recursos retóricos como la anáfora, la antítesis y la aliteración[78]. Tácito despliega todo su saber retórico en períodos largos, especialmente en los discursos que él pone en boca de diferentes personajes, aunque tampoco faltan en sus partes narrativas, como por ejemplo[79] en I 4, 1:

Ceterum,
antequam destinata componam,
repetendum videtur,
qualis status urbis,
quae mens exercituum,
quid in toto terrarum orbe validum,
quid aegrum fuerit,
ut non modo casus eventusque rerum,
qui plerumque fortuiti sunt,
sed ratio etiam causaeque noscantur.

El largo período con paralelismo, anáfora variada *(ad ornandam et ad augendam orationem)*[80] y miembros crecientes no tiene nada que envidiar a Livio, el historiador más ciceroniano, aunque los dos términos del final *(ratio causaeque)* nos transmiten más que sesudas y largas introducciones históricas: a Tácito le interesa ante todo la lógica y los motivos que mueven los hilos de la historia de los hombres[81].

El ritmo[82]

En primer lugar, habría que preguntarse si la prosa de Tácito, incluidos los discursos, es amétrica. Parece que al menos en los discursos, más al modo de Cicerón y de Livio que las partes estrictamente narrativas, existe prosa rítmica. Pero no se olvide que el ritmo de la frase se consigue fundamentalmente por la disposición de las palabras en las frases y por el efecto sonoro y armónico de figuras estilísticas como la simetría, el quiasmo, el homoteleuto, la anáfora o la armonía imitativa, por ejemplo.

Salustio[83] se distinguía por el uso de cláusulas métricas compuestas de doble espondeo (-- -x), espondeo más crético (-- ᴗ-x), peón 1.° (-ᴗᴗᴗ) o peón 4. ° (ᴗᴗᴗ-), frente a Cicerón, que prefería el dicoreo (-ᴗ -x), el crético-troqueo (-ᴗ- -x) y el doble crético (-ᴗ- -ᴗx). Además, Salustio, a diferencia de Cicerón, utilizaba como último pie el peón y una de sus cláusulas favoritas era la heroica (-ᴗᴗ -x), propia de la poesía épica, que era rechazada por Cicerón.

Tito Livio se inclina también por el dicoreo (-ᴗ -x) y el crético-troqueo (-ᴗ- -x), cláusulas que eran también del gusto de Salustio. Tácito, por su parte, se sitúa entre Cicerón y los otros historiadores. Le gusta emplear el dispondeo (-- -x) y el dicoreo (-ᴗ -x), favorece el doble crético (-ᴗ- -ᴗx), como Salustio, y no rechaza el uso de la cláusula heroica (-ᴗᴗ -x).

A mí me parece que más que ahondar en el análisis de las cláusulas métricas sin conocer la práctica antigua, mejor sería hablar de ritmo épico o dactílico-espondaico (p. e., III 31, 1), trocaico (III 10), crético (II 99, 1). También se consigue ritmo con la utilización de cantidades largas y breves junto a efectos sonoros (I 40, 1; 66, 3). La lengua latina es muy rica en lograr la sonoridad de la palabra y los miembros de las frases no solo a través de la simetría, sino también por medio de la variedad.

COMPOSICIÓN GENÉRICA

Se entiende por composición genérica aquellas piezas retóricas que se pueden leer como unidades autónomas[84] y que fueron señaladas por los retóricos antiguos con tópicos diversos. F. Cairns[85] ha estudiado las composiciones genéricas (p. e., *epibaterion, genethliakón, kómos*, poema triunfal, *propemptikón, vocatio ad cenam*, etc.) en la poesía griega y latina y ha abierto un camino muy fructífero para entender la técnica literaria antigua. Pues bien, en prosa se podría abrir una misma línea de composición genérica que llevaría mucho tiempo y espacio analizar. Baste por ahora dar un breve repaso a algunas piezas autónomas que se encuentran en las páginas de los historiadores antiguos: el retrato, los discursos, las digresiones, las escenas de batallas y la conquista de las ciudades.

El retrato[86]

Tácito se ha ganado una reputación de moralista y psicólogo por la pintura de las emociones colectivas y por los retratos de los protagonistas de sus historias. Y dicha pintura aparece bajo la forma de toques o pinceladas insertas en el discurso narrativo[87] o a través de lo que Aubrion denomina «retratosmedallones», cuya técnica ya había sido

establecida por Salustio. Los retratos sirven para subrayar el papel de los retratados como agentes de los sucesos que se estén narrando o para ilustrar la conducta humana, tanto la positiva como la negativa. Los historiadores antiguos solían introducir retratos literarios de los personajes más importantes, cuando entraban en escena o cuando fallecían. Y existía sin duda una cierta relación entre el lugar de los retratos y la estructura de la obra, normalmente al principio o al final del discurso narrativo. Salustio fue un maestro consumado del arte de retratar con certeras pinceladas a Catilina, Sempronia, César, Catón, Mario o Sila[88], más reales y directos que los retratos difusos de Aníbal o Catón el Viejo por parte de Tito Livio[89]. Tácito en este sentido es fiel seguidor de Salustio y, por ejemplo, los retratos de Sejano y Popea Sabina *(Anales* IV 1; XIII 45) fueron modelados a partir de los de Catilina y Sempronia *(Conjuración de Catilina* V; XXV)[90].

Los retratos respondían a la teoría de los manuales de retórica[91], aunque tanto Salustio como Tácito se apartan de fórmulas meramente escolares. Con todo, los tópicos del encomio o *laudatio* (retrato positivo) y la *vituperatio* (retrato negativo) están presentes por doquier[92]: origen del personaje, vigor físico *(corpus)*, energía moral *(animus)*, educación y formación, desarrollo de las cualidades del cuerpo, desarrollo de las disposiciones del alma, relación con la sociedad que le rodea. En la forma, los retratos de Tácito destacan por el uso de la antítesis, la *brevitas*, las frases nominales, el empleo de frases lapidarias. Y, en el fondo, Tácito explota más los aspectos psicólogicos que los físicos de sus personajes.

En las *Historias*, en las que abundan más los «retratos-medallones» o directos que los indirectos, aparecen los siguientes: Muciano (I 10, 1-2), Tito Vinio (I 48, 3-7), Antonio Primo (II 86, 2-4), Fabio Valente (III 62, 4-7), Helvidio Prisco (IV 5). Se encuentran también los retratos compuestos, en los que se describe a un personaje por oposición a otro, también descrito, en forma de *sýncrisis*[93] o yuxtaposición de personalidades, como son los casos de Muciano y Vespasiano (II 4, 4; 5, 1-2), Cécina y Valente (II 30, 2-3) u Otón y Vitelio (II 31).

Los historiadores aprovechaban el fallecimiento de sus personajes para dedicarles una necrológica u obituario, en los que se retrataban sus virtudes y/o sus vicios. Servían como una especie de paréntesis en el discurso narrativo[94], aunque colocados en lugares importantes dentro de la estructura narrativa. Son los casos de los emperadores Galba (I 49), Otón (II 50) y Vitelio (III 86, 1-2) y de Flavio Sabino, hermano de Vespasiano (III 75, 1-2), además de las noticias necrológicas de Pisón (I 48, 1) y Tito Vinio (I 48, 1-2), de Junio Bleso (III 39, 2) y de Valente (III 62, 2).

El obituario de Galba (I 49) presenta una estructura típicamente retórica que se repite en todas las notas necrológicas imperiales: a) origen, nobleza, físico, carrera política *(corpus*); b) características psíquicas *(animus)*. Y el fondo fue descrito por una serie de antítesis en la forma, para acabar con el famoso epigrama, ya citado, con el que

concluye el retrato: *omnium consensu capax imperii, nisi imperasset*. Otras necrológicas sirven para ilustrar la lealtad o deslealtad de algunos personajes, como la deslealtad de Fabio Valente (III 62, 3) o los servicios al Estado de Flavio Sabino (III 75, 1-2).

También merecieron una especie de obituario lugares como la ciudad de Cremona tras su asedio, saqueo y destrucción (III 34) y el incendio del Capitolio (III 72), «el desastre más lamentable y vergonzoso que sufrió el Estado del pueblo romano desde la fundación de Roma».

Las digresiones[95]

Existían reglas retóricas para la descripción de lugares *(ékphrasis tópou)*, pues los lectores esperaban que se les delineara claramente las escenas de los relatos históricos[96]. Además, los historiadores se desviaban del tema principal para variar, entretener y descansar un poco del tema central[97]. Así, Tucídides, por ejemplo, comienza la narración de la expedición a Sicilia con la descripción de la geografía de la isla (VI 1-5) o Salustio intencionadamente se desvía del hilo narrativo en la *Guerra de Jugurta* dando cuenta de la etnografía del norte de África (XVII 1-XIX 8), de las discordias civiles en Roma (XLI 1-XLII) o de la leyenda de los hermanos Filenos (LXXIX 1-10). Y es que las digresiones, además de constituir un recurso meramente retórico, se convierten en una pista para averiguar los asuntos que más preocupaban al historiador.

Tácito *(Anales* IV 33, 3) reconoce que «la localización de los pueblos, las alternativas de las batallas, el destino de los líderes brillantes, los éxitos de los generales esclarecidos fascinan y refuerzan la atención de los lectores». Y las *Historias* están salpicadas de digresiones, tanto geográficas como etnográficas: el templo de Venus en Pafos (II 3), el falso Nerón (II 8-9), informe sobre las fuentes y anális del poder (II 37-38), la historia de Cremona (III 34), guerras civiles durante la República (III 51, 2; 72, 1; 83, 3), la historia del Capitolio (III 72), África y Alejandría (IV 48-53), el origen de Serapis (IV 83-84), Judea y los judíos (V 2-9).

Los discursos[98]

Los discursos aparecen en la literatura clásica en la misma épica de Homero. Servían para delinear mejor el carácter de los personajes y para incrementar la tensión dramática en la poesía y en la historiografía, el género en prosa más cercano a ella. Y si una de las finalidades de insertar discursos en las obras históricas era artística, no debemos esperar que las palabras pronunciadas en estilo directo respondan exactamente a la realidad, porque los discursos en la historiografía antigua eran un producto de la *inventio* retórica.

En la antigüedad, aparte de las *notae Tironianae* en Cicerón, no existían ni cámaras ni magnetófonos para dar fe exacta de lo que decían generales o emperadores. Por lo tanto, se tenía libertad para dar cuenta de las palabras pronunciadas por otros. Sea como fuere, en Roma desde la historiografía antigua, como el discurso de Catón el Censor (234-149 a. C.) en favor de los rodios[99], los discursos formaban parte esencial de la historiografía. Salustio y Livio dieron buena cuenta de ellos en sus obras respectivas. Y el maestro en la elaboración de discursos retóricos fue, desde luego, Tito Livio, llamado por el mismo Tácito *(Agrícola* X 3) *veterum eloquentissimus auctor*. Quintiliano (X 1, 101) ensalzó el arte de Livio en los discursos, diciendo que se adaptaban a las circunstancias y al que los pronunciaba. Tácito en sus discursos no siguió el camino trazado por Tucídides[100] y su imitador latino, Salustio, quienes cultivaron en sus discursos un estilo algo oscuro según la opinión de Cicerón *(Orador*, XXX: *ipsae illae contiones ita multas habent obscuras abditas sententias, vix ut intelligantur)*, sino que siguió más bien el estilo ciceroniano de Livio.

Decíamos que no hay que esperar encontrar una fidelidad absoluta en las palabras que Tácito pone en boca de los que pronuncian los discursos, aunque a veces reprodujera casi las mismas palabras *(ipsa verba)* de sus personajes, como las de Vitelio en III 39, 1. Es la excepción. Ya se ha analizado hasta la saciedad el discurso de Claudio sobre el *ius honorum* de los galos de Lyon en la *Tabula Claudiana (CIL* XIII 1668, Dessau, *ILS* 212)[101] y *Anales* (XI 24) para constatar hasta qué punto Tácito, como todos los historiadores antiguos, anteponían el arte narrativo a la fidelidad histórica[102]. Ahora bien, Tácito nunca aburre a los lectores con sus discursos, como a veces ocurre con Tito Livio, ni los hace difíciles de entender, como sucede con los complejos discursos de Tucídides.

En las *Historias* se encuentran trece discursos: Galba a Pisón (I 15-16); Pisón a la guardia del palacio imperial (I 29, 2-30); Otón a las cohortes pretorianas (I 37-38, 2), a soldados rebeldes (I 83, 2-84) y antes de su suicidio (II 47); Licinio Muciano a Vespasiano (II 76-77); Antonio Primo a la asamblea militar en estilo indirecto y directo (III 2) y a los soldados, también mezclando el estilo indirecto con el directo (III 20); Curcio Montano en el Senado contra Aquilio Régulo (IV 42, 3-6); Dilio Vócula a los soldados amotinados en Germania (IV 58); un embajador de los tencteros en Colonia Agripinense (IV 64) y la respuesta de un ciudadano de Colonia (IV 65, 1-3); y Petilio Cerial a tréviros y lingones en una asamblea militar (IV 73-74). Los discursos en estilo directo de las *Historias* se distinguen no solo por sus cualidades retóricas, sino también por su función de delinear caracteres y exponer las causas y consecuencias de los acontecimientos narrados.

Miller[103] distingue seis tipos de discursos, sea en *oratio recta* u *obliqua*: 1) *Contio* o discurso formal a un cuerpo de ciudadanos, al ejército *(cohortatio)* o al Senado; p. e., el

discurso de Galba con motivo de la adopción de Pisón (I 15-16); 2) «Conversación» entre oradores en una asamblea, como la mantenida entre Civil, Tutor y Clásico en IV 76; 3) *Dictum* o comentario breve y conciso, como el de Galba en I 5, 2 («Yo recluto, no compro a mis soldados»); 4) «Resúmenes» de palabras u opiniones sobre un asunto, como los consejos que se ofrecen a Galba entre dos propuestas (defensa o ataque) en I 33; 5) *Formula* a través de un oráculo, una súplica o un edicto, como en *Anales* II 22 (inscripción); III 6 (edicto) o XIII 51 (edicto).

Los discursos pueden versar sobre política interna, política internacional, asuntos militares o personales. A veces se superponen, pero siempre suele predominar un asunto sobre otro. Los discursos se pronuncian en ciertas circunstancias y en diferentes lugares: 1) *in castris*, donde se dirigen discursos en los campamentos a los soldados o a embajadas dentro de un contexto militar, como el discurso de Otón a los pretorianos (I 37-38); 2) *in proelio* o arenga a los soldados antes de la batalla, como la de Antonio Primo a los soldados en estilo indirecto y directo (III 20); 3) *apud populum* o ante el pueblo de Roma u otros ciudadanos, como el de Cerial a los tréviros y lingones (IV 73-74); 4) *in senatu*, como Curcio Montano en el Senado contra Aquilio Régulo (IV 42, 3-6); 5) *in concilio* o dirigido a una asamblea fuera de Roma, como los discursos pronunciados ante la asamblea de los ciudadanos de Colonia (IV 64-65); 6) *apud legationes* o ante embajadas no localizadas ni en el Senado ni en campamentos (IV 32, 2-3); 7) *inter privatos* o discursos pronunciados en contextos diferentes a los anteriores, como el de Muciano a Domiciano en IV 85.

Me voy a detener en el tercero de Otón (II 47), antes de su suicidio. Existen versiones similares en Plutarco *(Otón* XV 4-8), Suetonio (un resumen de las palabras de Otón en *Otón* X 2) y Dión Casio (LXIV 13). El ejemplar, pero inútil, suicidio de Otón se abre con una escena patética antes de una muerte estoica que lavó un poco su sórdida vida. De todas formas, Tácito pretende con esta *mors laudata* despertar las emociones de los lectores[104]. La estructura de esta *cohortatio* parenética es como sigue[105]:

1) *Exordium ab auditoribus et a persona* (47, 1). Otón pide a sus soldados *(ab auditoribus)* que no le aconsejen seguir con vida, porque en la lucha que él *(a persona)* ha mantenido con la Fortuna ha salido perdedor. Por tanto, que no insistan *(ab auditoribus)* en que no ha disfrutado de poco tiempo de imperio, porque es mejor para él *(a persona)* acabar pronto para no caer abusando de un poder que se sabe que durará poco.

2) *Tractatio ab hoste et a me* (47, 2-3a): a) *impium/pium*. Vitelio, no yo, comenzó las hostilidades, un hecho *impium* frente a mi actitud de abandono de las mismas, todo un ejemplo de piedad hacia los demás *(pium*); b) *inutile* (3a). Continuar la lucha supondría la inútil pérdida de la juventud romana, que debe sobrevivir.

3) *Conclusio* (47, 3b). El suicidio irrevocable de Otón será la mejor opción para todos.

Batallas y escenas después de la batalla[106]

La descripción de una batalla naval o terrestre era un ejemplo típico de écfrasis retórica y Tucídides (batallas navales de Patras y Naupacto en II 83-84)[107] era citado por los retóricos como el modelo. Las batallas por tierra son tratadas por Aftonio (XLVI 21), Hermógenes (XVI 17) y Libanio (VIII 460-4). Los retóricos aconsejan claridad *(saphéneia)* y viveza *(enárgeia*[108]) como las virtudes principales de tales descripciones, de manera que se narren las batallas como si estuvieran delante de los ojos del oyente. Invitan, además, a concentrarse en los hechos esenciales y hacer rápidas transiciones de un motivo a otro. Los tópicos en este tipo de descripciones eran numerosos: la posición geográfica, la concentración de los ejércitos, la disposición de los mismos en el campo de batalla, las arengas de los generales, la distinción entre defensores y agresores, los miedos previos a la acción, la lucha, la victoria, la huida de los vencidos, la celebración de la victoria, los trofeos y la visita de los generales al campo de batalla al día siguiente de su celebración.

Lógicamente, Tácito no sigue fría y escrupulosamente todos y cada uno de los motivos prescritos por los retóricos, pero, al leer la emboscada en Cástores (II 24-27), la batalla en el río Po (II 34-36), las batallas de Bedriaco (II 39-45; III 26-35) o el asalto a Cremona (III 21-30)[109], aparecen todos y cada uno de los tópicos señalados antes. Las descripciones de tales batallas pueden degustarse para deleite del lector *(delectatio lectoris)*[110] como piezas autónomas.

Otro motivo frecuente es el de la escena después de la batalla para contemplar sus consecuencias[111]. Los generales y sobrevivientes inspeccionaban los campos de batalla al amanecer del día siguiente[112]. Salustio *(Conjuración de Catilina* LXI) invitaba a los lectores a imaginar el campo de batalla de Pistoya después de un enfrentamiento encarnizado entre las huestes de Catilina y el ejército romano. Titio Livio cuenta la visita de Aníbal al campo de batalla de Cannas (XXII 51, 5-6, 9) y Tácito *(Anales* I 61-62) describe la visita de Germánico y sus soldados al bosque de Teutoburgo, donde fueron diezmadas las tropas de Quintilio Varo en el año 9 d. C. Y el mismo Tácito (II 70) nos cuenta la visita de Vitelio al campo de batalla de Bedriaco. En todos los ejemplos citados el cuadro que presentan los historiadores es lógicamente de horror, destrucción y muerte, un *foedum spectaculum*, como lo describió el mismo Tácito, a quien en su patética descripción le interesa resaltar la humanidad de los soldados y la crueldad de Vitelio. He aquí la escena de Bedriaco después de la batalla (II 70, 1):

> Vitelio se desvió desde Ticino hacia Cremona y, tras presenciar el espectáculo de gladiadores organizado por Cécina, insistió en pasear por el campo de batalla de Bedriaco y contemplar con sus propios ojos las huellas de la reciente victoria. El espectáculo fue repulsivo y horrible. Menos de cuarenta días después del enfrentamiento, la visión era de cuerpos lacerados, miembros mutilados, masas putrefactas de hombres y caballos, la tierra infectada de sangre corrompida y una terrible devastación que había arrasado árboles y cultivos.

Y como Tácito aprovechaba cualquier oportunidad para entrar en el alma de sus personajes, no se resiste a lanzar un dardo envenenado contra Vitelio, a quien despreciaba profundamente por su inutilidad y crueldad cobarde (II 70, 4):

> Vitelio, sin embargo, no desvió su mirada ni sintió horror ante tal multitud de ciudadanos sin sepultar. Incluso estaba contento e, ignorante de la suerte tan cercana que le esperaba, ofreció un sacrificio a los dioses del lugar.

Urbs capta[113]

Cuando Tácito (IV 1, 3) resume el estado de Roma con la entrada de las tropas flavianas en los términos de *ubique lamenta, conclamationes et fortuna captae urbis*, está aludiendo a un motivo literario y retórico[114], el de la «la conquista o saqueo de una ciudad», desarrollado desde Homero hasta la antigüedad tardía en poesía, oratoria e historiografía. Troya se había convertido desde antiguo en el paradigma de una ciudad conquistada. En época helenística las escenas de tomas de ciudades se convirtieron en un tema abusivo, hasta el punto de ser criticado por el mismo Polibio (200-ca. 118 a. C.) en un célebre pasaje (II 56, 7): «Filarco quiere provocar la compasión de sus lectores y hacerles sintonizar con su relato, de modo que describe teatralmente mujeres abrazándose, desgarrando sus cabellos y descubriendo sus pechos; nos habla de lágrimas y lamentos de hombres y mujeres llevadas a cautiverio con sus hijos y sus padres ancianos». Pero el objetivo de tales historiadores era justamente conseguir patetismo y emotividad poniendo ante nuestros ojos la matanza de hombres, el incendio y destrucción de las ciudades, la muerte de niños, las violaciones de mujeres y su sometimiento a la esclavitud y el clima de lamento y desesperación por doquier. La toma de una ciudad era el mayor desastre que podía ocurrir a los hombres libres, porque podían perder su casa, sus propiedades, su familia, su patria y su libertad. Los ejemplos son infinitos desde Homero (*Ilíada*, IX 592-594: «y le contó todas las desgracias que suceden a los hombres cuya ciudad es conquistada: matan a los hombres, reducen la ciudad a fuego y otros se llevan a hijos y mujeres de anchas cinturas») hasta Isidoro de Sevilla[115].

Los dos ejemplos de Tácito sobre una *urbs capta* en las *Historias*, Cremona (III 33) y Roma (IV 1)[116], explotan los tópicos que más le interesan para reflejar no sólo el

saqueo, sino también la actitud moral de los saqueadores: violaciones y asesinatos (33, 1), pillaje (33, 1-2), destrucción de edificios e incendios (33, 2), matanzas y cadáveres (1, 1), avaricia (1, 2), lamentos (1). La retórica aprendida[117] era aprovechada por Tácito no solo para provocar la *miseratio* de la audiencia, sino también para desenmascarar una vez más la miseria del alma humana.

HISTORIA DEL TEXTO[118]

Del autor al libro impreso

Tácito no fue un autor muy popular después de su muerte, pese a que su amigo Plinio el Joven *(Cartas*, VII 33, 1) le augurara inmortalidad. Solo tenemos unas pocas noticias en los siglos posteriores. Tertuliano (ca. 160-ca. 220) tilda a Tácito de *mendaciorum loquacissimus* por sus ataques a los cristianos y judíos *(Apologético* XVI y *A las Naciones* I 11). Por la *Historia Augusta* (siglo IV d. C.) sabemos que el emperador Tácito (275-276 d. C.) ordenó que se hicieran copias de toda la obra del historiador[119] y se albergaran en las bibliotecas públicas. A finales del mismo siglo IV Amiano Marcelino (XXXI 16, 9) confesó que su historia empezaba en el emperador Nerva (96-98) como continuación de la obra de Tácito, que terminaba con la muerte del emperador Domiciano en el año 96 d. C. San Jerónimo (ca. 340-420) en su *Comentario a Zacarías* (III 14) asegura que Tácito escribió la vida de los emperadores desde la muerte de Augusto hasta la de Domiciano (años 14-96 d. C.) en treinta libros, seguramente doce para las *Historias* y dieciocho para los *Anales*[120], de los que han llegado hasta nosotros *Historias* (I-V 26) y *Anales* (I-VI y XI-XVI 35). Son los libros que se conservaron en los monasterios medievales. Las referencias a Tácito en las cartas de Sidonio Apolinar (IV 14, 1; 22, 2) a mediados del siglo V muestran que existían lectores entre la gente letrada de la Galia de aquella época. Y a principios del siglo VI Casiodoro (485-580) hace referencia a «un tal Cornelio» para explicar el origen del ámbar[121]. Entre los cristianos, aluden a él Tertuliano (ca. 160-ca. 220), ya citado, Sulpicio Severo (363-ca. 425) y Paulo Orosio (ca. 383-ca. 420).

Desde la muerte de Tácito en el reinado de Adriano (118-137 d. C.) hasta la primera edición impresa, sobre el año 1470, a cargo de Vindelino de Espira, la obra de Tácito fue copiada con múltipes errores de escritura, sin duda debidos a la dificultad del latín de nuestro historiador. Con todo, la *Germania* era conocida en el monasterio de Fulda en el siglo IX y de Hersfeld procedía un manuscrito del siglo IX, que habría sido el origen de la tradición manuscrita de la obra menor de Tácito y del *De grammaticis et rhetoribus* de Suetonio[122].

Los libros XI-XVI de los *Anales* y las *Historias* I-V[123] se han conservado en un único manuscrito medieval del siglo XI, el *codex Mediceus, Laurentianus 68.2*[124] o «segundo Medíceo» para distinguirlo del «primer Medíceo» o *Laurentianus 68.1* de los *Anales* I-VI. El segundo Medíceo fue copiado en escritura beneventana en el monasterio de Montecassino, siendo su abad Richer, en los años 1038-1055. Este manuscrito transmite también las obras mayores de Apuleyo, *Apología, Metamorfosis* o *Asno de oro* y *Flóridas*. Debió de descender de un antiguo manuscrito escrito en capitales rústicas, pero hay que suponer también la existencia de un manuscrito intermedio copiado en minúsculas. El segundo Medíceo fue usado por Paulinus Venetus, obispo de Pozzuoli, entre los años 1331 y 1344. Boccaccio vio este manuscrito en 1371 y un texto de Tácito se entregó al monasterio de Santo Spirito de Florencia entre los libros depositados allí a su muerte. En el año 1427 el manuscrito aparece como propiedad de Niccoló Niccoli, quien se lo prestó a Poggio para su lectura, siéndole devuelto después. Tras la muerte de Niccoli en 1437, el manuscrito pasó a la biblioteca Laurenziana de Florencia. Este manuscrito fue casi ignorado por la dificultad de la escritura beneventana hasta el año 1607 en la edición de Curtius Pichena. Del segundo *Mediceus* descienden apógrafos directos o indirectos: 33 códices *recentiores*. No obstante, C. W. Mendell[125] creyó erróneamente[126] que el *Leidensis BPL 16B*, copiado por Rudolphus Agricola (1444-1485)[127], representaba una rama independiente del *Mediceus*[128]. Así que el segundo Medíceo es el manuscrito que debe seguirse en el establecimiento del texto de las *Historias*, excepto en los pasajes en los que el Medíceo sea ilegible, presente lagunas, corrupciones o interpolaciones.

Los manuscritos *recentiores*, todos del siglo XV, se dividen en tres grupos[129]. El primero de ellos y el más importante contiene el mismo texto que el *Mediceus*, es decir, hasta *Historias*, V 26, 3 *(Flavianus in Pannonia)*. El primer grupo (I), a su vez, incluye dos subgrupos: uno (Ia), compuesto de ocho códices *(Laurentianus 68.5, Holkhamicus 359, Laurentianus 63.24, Caesaraugustensis 9439*[130], *Yalensis I, Yalensis II, Urbinas Latinus, Yalensis III)*, ofrece un texto muy cercano al *Mediceus*; y otro (Ib), de nueve manuscritos, de los que el más antiguo es el *Vaticanus latinus 1958*, copiado en Génova en 1499 por Joannes Andrea de Buxis; de ahí que a este grupo se le llame «genovés» (cod. Genuani o Genuenses): *Vaticanus latinus 1958, Bodleianus Auct. F.2.24, Guelferbytanus Gudianus 118, Matritensis 8401*[131]. *Harleianus 2764, Malatestianus Caesenos II 13.5, Parmensis 861, Jesu Collegii Oxoniensis 109. Bodleianus Latinus class. D. 16*. Todos los manuscritos de este grupo presentan un comentario marginal a *Historias* III 30, 1 que alude a otra Génova *(status mercatus generales nundinae ut genuae allobrogum urbis hodie est)*. El segundo grupo (II) de *recentiores* termina en *Historias* V 23, 2 *(magnitudine potiorem)* por la ausencia de un folio y es la fuente tanto

de la *editio princeps* de 1472-1473 en Venecia como del *Leidensis* antes citado: *Vaticanus Latinus 1863, Neapolitanus IV.C.23, Venetus 381, Parisinus Regius 6118, Vindobonensis 49, Leidensis BPL 16B, Neapolitanus IV.C.22, Budensis 9*. El tercer grupo (III) acaba en *Historias* V 13, 1 *(evenerant)* con la pérdida de un quinión o cinco folios: *Vaticanus Latinus 1864, Laurentianus 68.4, Vaticanus Latinus 2965, Londiniensis BL Addit. 8904, Neapolitanus IV.C.21, Ottobonianus 1748, Ottobonianus 1422, Haunienis Gl. Kgl. S. 496*. Todos los manuscritos han sido colacionados, hecho muy excepcional en los autores grecolatinos.

Las ediciones[132]

La *editio princeps* de Tácito se publicó en Venecia en 1472 o 1473 y estuvo a cargo de Vindelino de Espira. Contiene *Anales* XI-XVI, *Historias* I-V, *Germania* y el *Diálogo de los oradores*. Los *Anales* aparecen sin título ni división de libros. Las *Historias* terminan en V 23, 2 como los manuscritos del grupo II, citados más arriba. La segunda edición salió a la luz en Milán en el año 1476 o 1477. Su editor, F. Puteolanus, añadió el *Agrícola* a su contenido, tres capítulos más a las *Historias* y puso título a los *Anales (Corneli Taciti Historiae Augustae libri XI)*. Una segunda edición de Puteolanus salió en el año 1497. La primera edición completa de Tácito, una vez redescubierto el *Mediceus primus* con *Anales* I-VI, apareció en Roma en el año 1515 a cargo de Filipo Beroaldo, a quien el papa León X concedió el derecho exclusivo para su publicación.

Durante el siglo XVI e inicio del XVII sobresalieron tres grandes editores de las *Historias*: Beatus Rhenanus, Justus Lipsius y Curtius Pichena. Beatus Rhenanus (1485-1547), discípulo de Erasmo de Rotterdam, editó la obra de Tácito en los años 1533 y 1544, después de haber sacado a la luz la *editio princeps* de Veleyo Patérculo en los años 1520-1521. Para la edición de *Anales* XI-XVI e *Historias* se valió del manuscrito *Yalensis I*. Justus Lipsius (1547-1606[133]) se distinguió en sus sucesivas ediciones de Tácito desde 1574 hasta la póstuma de 1607 por su gran conocimiento no solo de la lengua y el estilo de Tácito, sino también de la historia e instituciones romanas. Introdujo cientos de enmiendas al texto[134], especialmente en los *Anales*. Sus ediciones parece que están basadas solo en tres manuscritos del siglo XV: *Vaticanus 1863, Vaticanus 1864* y *Neapolitanus IV.C.21*. Con todo, Lipsius se ha mantenido como uno de los mejores editores de Tácito de todos los tiempos por la mejora evidente que introdujo en el texto, incluida la separación de *Anales* e *Historias*, y por el primer y excelente comentario completo de las obras mayores de Tácito[135]. Sus ediciones se siguieron imprimiendo un siglo después de su muerte, la última en 1648, en la que se incluyó la obra de Veleyo Patérculo. Por último, Curtius Pichena, una figura menor que los anteriores, tuvo el mérito de contar en su edición de 1607[136] con los códices Medíceos que él había

colacionado antes muy cuidadosamente. Además, introdujo la división de los capítulos que han seguido los editores posteriores.

En los dos siglos siguientes no hubo un progreso evidente en los estudios de Tácito. J. Gronovius (1645-1711) editó a Tácito con las notas de su padre J. F. Gronovius (1611-1671) en los años 1672 y 1721. La edición de T. Ryck de Leiden en 1687 tiene el mérito de haber usado el *Leidensis BPL 16B*, del que se ha hablado más arriba. En el siglo XVII merece ser mencionada la edición de I. A. Ernesti en Leipzig (1752, 1772), aunque no tuvo en cuenta los Medíceos. En la primera mitad del siglo XIX destaca la edición de I. G. Orelli de 1846 en Zúrich. Es inferior a su Horacio de 1843, pero ofrece las lecturas de los Medíceos a partir de las completas colaciones de I. G. Baiter.

El siglo XIX supuso un gran avance en las ediciones de Tácito, porque se reconoció definitivamente la autoridad de los códices Medíceos y se construyó un aparato crítico fiable. K. Halm (Leipzig, 1850) fue el autor de una modesta edición que se convirtió en una especie de vulgata hasta los años veinte del siglo XX. Desde luego, no alcanzó la talla de K. Nipperdey, editor y comentarista de los *Anales* (Leipzig, 1852) y de toda la obra de Tácito (Berlín, 1871-1876). Mejoró el texto y creó un nuevo estilo de comentario, lingüístico, literario e histórico. De él bebieron Furneaux, Koesterman y el mismo Goodyear, como él mismo reconoce[137].

En el siglo XX merecen ser citadas algunas ediciones aseadas, aunque no excepcionales. Así E. Koestermann se hizo cargo de sucesivas revisiones de la edición de K. Halm para la Bibliotheca Teubneriana (1934-1937 y 1949-1950) y de su propia edición de 1961, en la que da equivocadamente una gran importancia al códice *Leidensis BPL 16B*, del que hemos hablado antes. C. Giarratano elaboró una buena edición de las *Historias* basándose en el *Mediceus* II. La Collection Les Belles Lettres editó las *Historias* en 1921 al cuidado de H. Goelzer, pero ha sido sustituida por una nueva edición a cargo de P. Wuilleumier (solo para el tomo I) y H. Le Bonniec con extensas anotaciones de J. Hellegouarc'h *(Histoires* I, 1987; II-III, 1989; IV-V 1992, 2003^2). The Loeb Classical Library en los volúmenes II-III de la obra de Tácito presentó un texto de *Historias* (1925-1931 y sucesivas ediciones) con mínimas nota críticas y traducción inglesa a cargo C. H. Moore. La biblioteca Teubneriana ha editado otras dos versiones críticas de las *Historias*. Una fue publicada en Stuttgart (1978) y fue confeccionada por H. Heubner, también comentarista de la obra en cinco volúmenes (Heidelberg, 1963-1982) y está acompañada de una concisa introducción y un breve aparato crítico, igual que la edición oxoniense de C. D. Fisher (1911). La segunda edición Teubneriana (Leipzig, 1989) a cargo de K. Wellesley presenta un aparato crítico más completo y se viene convirtiendo en la edición crítica de referencia. De ediciones españolas poco hay que decir, a no ser de la de J. Vallejo (Madrid, CSIC, 1942) para los libros I-III (sin aparato crítico) y el texto con comentario de M. Bassols de Climent (I, Madrid, Bosch,

1971; II, Madrid, CSIC, 1946; III, Madrid-Barcelona, CSIC, 1951; IV, Madrid-Barcelona, CSIC, 1951; IV, Madrid-Barcelona, CSIC, 1955).

PERVIVENCIA DE TÁCITO[138]

Tácito fue ignorado en la Edad Media hasta el siglo IX, cuando su obra fue copiada por los monjes de la abadía de Montecassino. Después, se volvió a descubrir en el siglo XIV por obra de Boccaccio[139] (1313-1375) y en el siglo XV ya se encuentran citas de su obra en los humanistas Leonardo Bruni[140] (1370-1444), Flavio Biondo (1392-1463), Lorenzo Valla (1406-1457), Guarino de Verona (1374-1460) y el papa Pío II (Eneas Silvio Piccolomini, 1405-1464). Precisamente, en el siglo XV surgió un fenómeno proteico, el *tacitismo*, que tuvo una influencia grande sobre la historia literaria del latín y de varias lenguas modernas, así como en el pensamiento histórico y político de más de un siglo europeo[141]. Tácito fue admirado como un fino estilista de la lengua latina, como un gran historiador, como un moralista y, sobre todo, como un maestro de la política[142]. Pero también tuvo sus detractores, precisamente aquellos que siempre defendieron la supremacía de Cicerón y de Tito Livio en la prosa latina.

A comienzos del siglo XV el humanista florentino Leonardo Bruni defendió en su *Historia de Florencia* que esta ciudad había heredado las virtudes que la antigua Roma había perdido con los emperadores. Esta misma teoría sobre la falta de libertad en Roma la había señalado Tácito en el comienzo de sus *Historias* (I 1, 1). No obstante, otros humanistas, como Pietro Bembo (1470-1547), le criticaban por escribir un latín malo, en comparación con el de Cicerón y Livio, y por haber ofrecido una imagen negativa de los cristianos *(Anales* XV 44, 2-5), al igual que lo criticó Guillaume Budé (1467-1540) *(omnium scriptorum perditissimus)* en 1508. Antes, Angelo Poliziano (1454-1494) había salido en defensa de Tácito aseverando que el hecho de que el estilo de Tácito fuera diferente al de los puristas no significaba que fuera peor, mientras que el jurista Jean Bodin (1529-1596) señalaba con razón que Tácito vivió en un mundo pagano, no cristiano. En los siglos siguientes se establecieron dos tipos de Tácito: el rojo o «Tacito rosso» y el negro o «Tacito nero», por usar los términos de Toffanin[143]. Por el primero, Tácito es un revolucionario, un historiador malo, un irreverente y una mala persona. Tal fue la postura del poder establecido y fue difundida especialmente por los jesuitas, que idealizaban a Tito Livio. Y, por el segundo, se veía a Tácito como el consejero de los tiranos, príncipes cínicos y cortesanos hipócritas, es decir, el modelo de Maquiavelo o de Bacon.

Beatriz Antón[144] ha establecido varias vías de penetración del tacitismo en España: 1) La «vía hispánica», representada por el humanista valenciano J. L. Vives (1492-1540)

desde los Países Bajos y el llamado «triunvirato aragonés», formado por G. Zurita (1512-1580), A. Agustín (1517-1586) y J. Verzosa (1523-1574), desde Italia; 2) la «vía europea» que se divide en cuatro: a) la «vía italiana» a través de A. Alciato (1492-1550), F. Guicciardini (1483-1540), S. Ammirato (1531-1601), G. Botero (1540-1617), T. Boccalini (1556-1613) y V. Malvezzi (1595-1694); b) la «vía francesa», representada por J. A. Mureto (1526-1585), J. Bodin (ca. 1530-1596) y M. de Montaigne (1533-1592); c) la «vía flamenca» o Lipsiana, liderada por el editor y comentarista de Tácito, Justus Lipsius (1547-1606), ya mencionado; y d) la «vía alemana», a través de los austríacos C. Forstner y M. Bernegger, aunque fue una vía secundaria y tardía. Habría que destacar de manera especial a algunos de ellos.

Francesco Guicciardini (1483-1540), un humanista al servicio de los Medici de Florencia y del Papado, imitó a Tácito en sus análisis de los acontecimientos de su época y en el sentimiento que tuvo de una corrupción a todos los niveles en su *Historia de Italia* (1561). De él se conserva una frase famosa sobre las enseñanzas de Tácito: «Insegna molto bene Cornelio Tacito a chi vive sotto a' tiranni il modo di vivere e governarsi prudentemente, così come insegna a' tiranni e' modi di fondare la tirannide[145]». Nicolás Maquiavelo (1469-1527) salpica de citas de Tácito sus *Discursos sobre la primera década* de Tito Livio (1513-1517) y detrás de *El príncipe* se ha querido ver la figura de Tiberio. Para Momigliano el comentario de C. Paschalius de 1581, publicado en París, representa la inauguración del tacitismo político en Europa[146]. Y, aunque no todo fueron buenas noticias para Tácito en el siglo XVI, pues a M. A. Muretus (1526-1585) se le prohibió enseñar a Tácito en Roma durante las décadas de los setenta y ochenta por sus ataques a judíos y cristianos, sin embargo la situación se inclinó decididamente por la defensa del pensamiento y el estilo de Tácito a partir de Justus Lipsius (1547-1606) y su comentario a los *Anales* (1581), en el que llegó a declarar que la obra de Tácito era «un teatro de nuestra vida moderna». Y tanto Muretus como Lipsius consideraron a Tácito el modelo de una nueva manera de escribir *(genus humile* o estilo sencillo) de forma más cortada, más rápida y más aforística que el latín cieroniano que se cultivaba en escuelas y universidades. De esta manera, el estilo tacíteo se extendió por toda Europa a lo largo del siglo XVI y primera mitad del XVII[147]. Francis Bacon[148] (1561-1626) y P. C. Hooft (1581-1647) siguieron las inclinaciones taciteanas de Lipsius en su escritos[149]. M. Montaigne (1533-1592) enjuicia y se interesa por la obra de Tácito en sus *Ensayos* de 1588. Y para Gabriel Naudé (1600-1653), bibliotecario del cardenal Mazarino y padre de la biblioteconomía moderna, Tácito llegó a ser autoridad destacada en el pensamiento humano y en la actividad e historia politicas. Trajano Boccalini (1556-1613) se valió de cientos de citas de Tácito en sus *Ragguagli di Parnaso* (1612) para aplicarlas a príncipes y cortesanos de su época y póstumamente se publicaron sus *Commentarii sopra Cornelio Tacito* (Ginebra, 1669).

La obra de Tácito también fue utilizada por las víctimas del poder político, como fueron los casos del español Antonio Pérez (1540-1611) contra Felipe II, del que había sido secretario real, o del inglés Ben Jonson[150] (1572-1637), cuya obra teatral *Sejanus: his Fall* (1603) fue criticada por sus enseñanzas insidiosas contra el poder establecido. Esta obra de Jonson junto con el *Britannicus* (1669) de Jean Racine (1639-1699) son ejemplos destacados de tacitismo en el teatro francés e inglés del siglo XVII.

Tácito, a través de su *Germania* y de su descripción de la revuelta de los batavos en las *Historias*, sirvió desde el Renacimiento como guía para sostener que el pueblo germano poseía las cualidades de sus antepasados: valentía, desprecio por el lujo y amor a la libertad. Conrad Celtis (1459-1508), humanista alemán y descubridor de la *Tabula Peutingeriana*, fue el adalid de esta corriente, cuyos ecos llegaron hasta la Alemania nazi del siglo XX. En la misma línea H. Grotius (1583-1645), jurista holandés, sostenía, basándose en Tácito, que Holanda tenía sus raíces en los antiguos batavos y, como estos se atrevieron a enfrentarse a Roma, también ellos se resistían a aceptar el poder de España. Incluso, Justus Lipsius, cuando explicaba en Jena a Tácito en 1572, el mismo año de la revolución de los *Sea Beggars* contra España, sugirió que la doble cara de Tiberio era la viva imagen del duque de Alba, gobernador de los Países Bajos.

Con todo, la preferencia[151] de los españoles por Lipsius fue una consecuencia de la presencia española en los Países Bajos, especialmente desde la conversión de Lipsius al catolicismo en 1591. En Lipsius los políticos de la época encontraban las razones de un Estado cristiano, la doble moral cortesana y toda una casuística moral para la vida cotidiana. Los filólogos y humanistas, por su parte, veían en él a un erudito experto en analizar los textos antiguos. Así que Lipsius influyó[152], entre otros, a B. Arias Montano (1527-1598), Lupercio Leonardo de Argensola (1559-1613) y M. Sarmiento de Mendoza, profesor de Teología en la Salamanca del XVI. La presencia de Lipsius se extendió durante el siglo XVII a los jesuitas P. Ribadeneyra y J. de Mariana y, sobre todo, a tres grandes ensayistas del Barroco español: Francisco de Quevedo (1580-1645), quien, pese a citar numerosas veces a Tácito, lo incluyó entre los impíos en la *Política de Dios*; Diego de Saavedra y Fajardo (1594-1648), aunque sea de manera hostil hacia Tácito y sus comentaristas; y Baltasar Gracián (1601-1658)[153].

El tacitismo comenzó a declinar en el tercer tercio del siglo XVII junto con el declive de la literatura clásica, marcada por la fundación de la Royal Society en Londres con su defensa de un estilo llano y sencillo. La *Battle of the Books* (1697) de J. Swift junto a la *Querelle des Anciens et des Modernes* de finales del siglo XVII en Francia marcaron el final de una época en la que la superioridad de la literatura antigua no admitía discusión alguna. Pese a ello, las grandes figuras de la Ilustración francesa, J. J. Rousseau (1712-1778), D. Diderot (1713-1784) y J. le R. d'Alembert (1717-1783), admiraron a Tácito, a quien tradujeron al francés, como estilista y como republicano junto a Maquiavelo. El

barón Charles Louis de Montesquieu (1684-1755) siguió a Tácito al buscar las razones morales de los cambios sociales y políticos en sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los Romanos y de su decadencia* (1734)[154]. Y no se olvide la presencia de Tácito en *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1788)[155] de Edward Gibbon (1737-1794).

Poco después, Napoleón Bonaparte (1769-1821), dotado de una profunda educación clásica, expresó su hostilidad hacia Tácito[156] por ser un crítico sin piedad hacia los emperadores romanos y por su estilo «impenetrable». Lo contrario que Napoleón pensaron los revolucionarios norteamericanos, que vieron en Tácito a un enemigo de la tiranía y a un modelo de moralismo radical. John Adams (1735-1826) y Thomas Jefferson (1743-1826), segundo y tercer presidentes americanos, tenían a Tácito como su escritor preferido.

La estrella de Tácito empezó a decaer en el siglo XIX, cuando se extendió la llamada historia académica y científica, la que debe contar pura y llanamente «lo que sucedió realmente». Con todo, Stendhal (1783-1842)[157], Th. B. Macaulay (1800-1859) y John Quincy Adams (1767-1848) lo tenían entre sus libros favoritos. Pero, si declinó la fama de Tácito como historiador, su reputación de estilista y pensador se mantuvo intacta. Tanto el alemán F. Leo (1851-1914) como el francés G. Boissier (1823-1908) consideraron a Tácito un gran estilista y un profundo moralista.

En el siglo XX Tácito, como la mayoría de los autores griegos y latinos, no ha tenido gran influencia sobre la vida intelectual, a no ser el fervor que sintieron los nazis por su *Germania*, aunque las ideas de libertad y superioridad germana estaban ya trazadas por los humanistas alemanes. El siglo XX se ha distinguido por los trabajos de investigación filológica de la obra de Tácito. Ediciones, comentarios y artículos científicos, con Syme a la cabeza, han aumentado nuestro conocimiento de su obra, que seguirá viva para enseñarnos a desenmascarar a tiranos como Stalin, Hitler o Pol Pot. Mientras no juzguemos a Tácito con los criterios estrechos de la historia científica y académica de los siglos XIX y XX, Tácito «will once again illuminate the moral and political issues of yet another day[158]».

Solo resta hacer mención a dos libros publicados en los últimos años sobre la época de Tácito. La novela de Juan Luis Conde, *El largo aliento* (1993), trata sobre el alma de Tácito, el Silencioso, a quien describe así (pág. 148): «Primero en el Foro y en la Curia, dominando las pasiones de los otros y sus juicios a placer, y luego también en sus libros de historia, distribuyendo sus argumentos con la astucia del castor, dirigiendo al lector la sentencia interesada de absolución o condena con la misma destreza que a los jueces. Qué ironía. Todos los misterios de su estilo literario, esa personalidad de sus escritos que tanto cautivaban a Gayo, la sintaxis forzada, las palabras extrañas, las máximas metálicas, el caudal de esa garra manaba de la obsesión para convencer, por ser creído». Santiago

Posteguillo ha sacado a la luz en 2011 una nueva novela histórica sobre Trajano *(Los asesinos del emperador. El ascenso de Trajano, el primer emperador hispano de la Historia)*. Las páginas 169-244 reflejan sucintamente lo que Tácito y otros historiadores griegos y latinos contaron sobre los años 68 a 70 d. C.

LAS TRADUCCIONES[159]

La primera traducción de Tácito al español apareció en el año 1590 a cargo de Antonio de Toledo. Comprende *Anales* I e *Historias* I y se conserva inédita en la Biblioteca Real de Madrid (Ms. II/1438)[160]. Nicolás Antonio[161] cita entre los traductores de Tácito a P. Simón de Abril (1530-1595)[162], pero su traducción no se conserva, como tampoco las de Pedro Ponce de León (ca. 1508-1584), Lupercio Leonardo de Argensola (1559-1613), Miguel Clemente y Cristóbal de Benavente y Benavides, quien en sus *Advertencias a Príncipes y Embajadores* (Madrid, 1643) declara que tradujo a Tácito en su juventud. Hay noticias sobre otros traductores de Tácito, como Juan de Verzosa (1523-1574) y Baltasar de Céspedes († 1615), pero sus traducciones tampoco han llegado hasta nosotros. En el siglo XVII, la era del tacitismo español, aparecieron tres traducciones completas de Tácito a cargo de Emanuel Sueyro (Amberes, 1613), Baltasar de Álamos Barrientos[163] *(Tácito español ilustrado con aforismos*, Madrid, 1614) y Carlos Coloma (Douay, 1625, 1629), cuya traducción se ha estado publicando hasta hace bien poco (Madrid, Austral, 1944 y Aguilar, 1961)[164]. Hay que esperar a bien entrado el siglo XX para encontrar una nueva traducción completa de Vicente Blanco García (Madrid, Aguilar, 1957). La última parte del siglo XX y el comienzo del siglo XXI han conocido tres nuevas traducciones de las *Historias*: la fiel al español y al texto latino de Heubner de José L. Moralejo (Madrid, Akal, 1990), la parca de José M. ª Requejo (Madrid, Ediciones Clásicas, 1977), basada en el discutido texto latino de Koestermann, y la de Juan L. Conde (Madrid, Cátedra, 2006), apoyada en el texto latino de Wellesley dirigida al lector de literatura más que a filólogos e historiadores. Por último hay que reseñar la versión al catalán con texto latino de Mariano Bassols de Climent y M. Casas Homs (I-II, Barcelona, Bernat Metge, 1949-1957) y con M. Dolç (III, IV-V, 1957-1962) y la traducción al vasco de Xabier Amuriza (Bilbao, 2005).

La presente traducción se basa en el texto latino de K. Wellesley (Leipzig, Bibliotheca Teubneriana, 1979), excepto en los pasajes enumerados más abajo. Me he beneficiado de los comentarios[165] de Ash (2007), Bassols de Climent (1946-1971), Chilver (1979), Chilver y Townend (1985), Damon (2003), Hellegouarc'h (1987-2003), Heubner (1963-1982), Wellesley (1972) y he tenido siempre a mano las traducciones de Moore (1925, 1980[7]), José L. Moralejo (1990), Juan L. Conde (2006) y Wellesley

(2009). El progresivo alejamiento de los textos originales de la cultura grecolatina de nuestra época me ha obligado a ser un poco más generoso en las notas a la traducción, deudoras no solo de los comentarios citados más arriba, sino también del buen oficio de cientos de filólogos que han dedicado su vida al esclarecimiento de la obra de Tácito. El rico y extenso material que ha llegado a mis manos ha sido posible gracias a la incansable labor del Servicio de Préstamo Interbibliotecario de la Biblioteca de la Universidad de Huelva y a sus recursos informáticos en línea.

NOTA TEXTUAL

	WELLESLEY	LECTURA ADOPTADA
I		
2, 1	tempus... dirum	opus... opimum *(codd.)*
3, 1	fortiter toleratae	ipsa necessitas fortiter tolerata *(codd. aliquot)*
11, 1	domi	domui *(Ricklefs)*
11, 2	Africa cum legione sua	Africa ac legiones in ea *(codd.)*
15, 4	ac	et *(Leidensis)*
31, 2	diffidebat	diffidebatur *(Acidalius)*
	et necdum	necdum *(Nipperdey)*
43, 2	ardentes	ardentis *(Heinsius[166])*

	WELLESLEY	LECTURA ADOPTADA
48, 2	temerasset	temptasset *(Vat. Lat. 1958, a. 1449)*
49, 3	publice	publicae *(codd.)*
50, 3	ituros?	ituros: *(Damon)*
52, 2	impetrandi	imperandi *(codd.)*
58, 2	sedatis	satiatis *(Freinsheim)*
67, 1	soli	olim *(codd.)*
68, 2	iusto	infesto *(Andresen)*
84, 1	at	ut *(M)*
85, 1	peropportuna ad	ad *(codd.)*
90, 3	simulatio	stimulatio (*codd. aliquot*)
	Flavio Sabino	- (*codd.*)

II

6, 1	praecipitibus	pernicibus *(Jacob)*
7, 1	exspectare	exspectari *(codd.)*
7, 1	discordia, ignavia, luxurie	discordiam his ignaviam luxuriem *(codd. aliquot)*
8, 2	multis... erectis	multi... erecti *(Weissenborn)*
9, 2	corpus	caput *(Würm)*
10, 1	terrorem	⟨aliquid⟩ terroris *(Jacob)*
18, 2	proditione	prodi Othonem *(Bekker)*
21, 1	*rem pro portis gerunt*	regerunt *(Puteolanus)*
38, 2	veniam	venio *(codd. aliquot)*
40, 1	confluentes Padi et accolae fluminis	confluentes Padi et Aduae flumi-num *(codd.)*
50, 2	loco	luco *(codd. aliquot)*
53, 2	consultaturi	consiliaturi *(codd. aliquot)*
64, 1	Interamnam	Interamnium *(codd. plerique)*
76, 2	magnificum, iuxta	magnificum. iuxta *(Ash)*
76, 3	non cupisse	concupisse *(codd.)*
77, 2	omnes	tuos *(codd.)*
88, 1	consensu	consensus *(codd.)*
88, 2	sin paréntesis	con paréntesis *(edd. aliquot)*
100, 3	Cremonam	⟨pars⟩ Cremona *(Ash)*

	WELLESLEY	LECTURA ADOPTADA
III		
23, 2	vincla ac libramenta tonorum	vincla ac libramenta tormentorum *(codd.)*
55, 2	hiaverat	hiabat *(J. F. Gronovius)*
66, 3	paucis diebus	casibus dubiis *(codd. aliquot)*
IV		
15, 2	proxima occupat aut	proxima *(Urlichs, Heubner)*
29, 2	cursus	concursus *(C. Heraeus)*
42, 5	visuri	ausuri *(Lipsius)*
42, 6	imperatores	mores *(codd.)*
84, 5	patrui	patrem *(codd.)*
V		
15, 1	illic	illuc *(Madvig)*

Deseo agradecer las correcciones, sugerencias y observaciones a la traducción de José A. Bellido, Vicente Cristóbal, Samuel Díez Reboso, Juan A. Estévez, Juan Fernández Valverde, Ignacio García Pinilla, Luis Rivero, Ángela Suárez del Río y, sobre todo, de Francisco Socas, el revisor del volumen. Sus atinadas advertencias, consejos y mejoras de la traducción son impagables.

En Huelva y Habitat 71, el día de Reyes de 2012

BIBLIOGRAFÍA[167]

REPERTORIOS BIBLIOGRÁFICOS

H. W. BENARIO, «Recent Work on Tacitus (1954-63)», *Class. World* 58 (1964), 69-83.

—, «Recent Work on Tacitus: 1964-68», *Class. World* 63 (1969-1970), 253-267.

—, «Recent Work on Tacitus: 1969-1973», *Class. World* 71 (1977-1978), 1-32.

—, «Recent Work on Tacitus: 1974-1983», *Class. World* 80 (1986-1987), 73-147.

—, «Recent Work on Tacitus: 1984-1993», *Class. World* 89 (1995-1996), 91-162.

—, «Recent Work on Tacitus: 1994-2003», *Class. World* 98 (2004-2005), 251-336.

H. DREXLER, «Bericht über Tacitus für die Jahre 1913-1927», *JAW (Bursians)* 224 (1929), 257-461.

R. HANSLIK, «Forschungsbericht: Tacitus», *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* 13 (1960), 65-102; 20 (1967), 1-32; 27 (1974), 129-166.

—, «Tacitus 1939-1972», *Lustrum* 16 (1971-72), 143-304; 17 (1973-1974), 71-216.

E. KOESTERMANN, «Tacitus. Bericht das Schriftum der Jahre 1931-1938», *JAW (Bursians)* 282 (1943), 78-213.

E. MASTELLONE IOVANE, «Rassegna di studi tacitani», *Boll. Stud. Lat*. 8 (1978), 95-119.

C. W. MENDELL, «Tacitus: Literature 1948-1954», *Class. World 48* (1955), 121-125.

F. RÖMER, E. KLECKER y M. BRETTL, «Forschungsbericht: Tacitus», *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* 37 (1984), 153-208; 38 (1985), 129-204.

M. M. SAGE, «Tacitus' Historical Works: A Survey and Appraisal», *ANRW* II 33, 2 (1990), 851-1.030, 1.629-1.647.

K. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey, 1939-1989», *ANRW* II 33.2 (1991), 1.651-1.685.

EDICIONES Y COMENTARIOS

R. ASH, *Tacitus, Histories book II*, Cambridge, 2007.

M. BASSOLS DE CLIMENT, *Tácito, Historias, libro I*. Introducción, notas y vocabulario, 2.ª ed., Barcelona, 1971.

—, *Cornelio Tácito, Historias: libro segundo*, Barcelona, 1946.

—, *Cornelio Tácito, Historias: libro tercero*, Madrid-Barcelona, 1951.

—, *Cornelio Tácito, Historias: libro cuarto*, Madrid-Barcelona, 1955.

G. E. F. CHILVER, *A Historical Commentary on Tacitus' Histories I and II*, Oxford, 1979.

G. E. CHILVER y G. B. TOWNEND, *A Historical Commentary on Tacitus' Histories IV and VI*, Oxford, 1985.

C. DAMON, *Tacitus, Histories book I*, Cambridge, 2003.

C. D. FISHER, *Cornelii Taciti Historiarum libri*, Oxford, 1911.

C. GIARRATANO, *Cornelii Taciti Historiarum libri*, Roma, 1939.

H. GOELZER, *Tacite: Histoires*, París, 1921.

J. F. GRONOVIUS, *C. Cornelii Taciti Opera*, Ámsterdam, 1685.

J. C. GRONOVIUS, *C. Cornelii Taciti Opera*, Utrecht, 1721.

N. HEINSII *Animadversa ad Tacitum*, en *C. Cornelii Taciti Opera* ex recensione I. A. Ernesti, Lipsiae, 1772, II, págs. 733-745.

J. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires, livre I*. Texto establecido y traducido por P. WUILLEUMIER y H. LE BONNIEC, anotado por J. HELLEGOUARC'H, París, 1987.

—, *Tacite, Histoires, livres II-III*. Texto establecido y traducido por H. LE BONNIEC, anotado por J.

HELLEGOUARC'H, París, 1989.
—, *Tacite, Histoires, livres IV-V*. Texto establecido y traducido por H. LE BONNIEC, anotado por J. HELLEGOUARC'H, París, 1992, 2003[2].
H. HEUBNER, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien, Band I Erstes Buch*, Heidelberg, 1963.
—, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien, Band II Zweites Buch*, Heidelberg, 1968.
—, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien, Band III Drittes Buch*, Heidelberg, 1972.
—, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien, Band IV Viertes Buch*, Heidelberg, 1976.
—, *P. Cornelii Taciti libri qui supersunt. Tom. II, Fasc. I Historiarum libri*, Stuttgart, 1978.
H. HEUBNER y W. FAUTH, *P. Cornelius Tacitus, Die Historien, Band V Fünftes Buch*, Heidelberg, 1982.
J. LIPSIUS, *C. Cornelii Taciti Annalium et Historiarum Libri qui exstant Iusti Lipsi studio emendati et illustrati*, Amberes, 1607-1608.
C. NIPPERDEY, *Cornelius Tacitus recognitus, T. 3 Historias cum fragmentis continens*, Berlín, 1874
J. K. ORELLI y J. C. BAITER, *P. Corneii Taciti Opera*, Zúrich, 1859.
C. PICHENA, *C. Corneli Taciti opera quae extant…*, Frankfurt, 1607.
J. VALLEJO, *Tácito, Historias, libros I-III*, Madrid, 1942.
K. WELLESLEY, *Cornelius Tacitus, The Histories book III*, Sídney, 1972.
—, *Cornelii Taciti libri qu supersunt. II 1: Historiarum libri*, edidit K. Wellesley, Leipzig, 1989.

TRADUCCIONES

C. COLOMA, *Cayo Cornelio Tácito, Historias. Germania*, Madrid, Aguilar, 1961.
J. L. CONDE, *Cornelio Tácito, Historias*, Madrid, Cátedra, 2006.
C. H. MOORE, *Tacitus, The Histories*, vols. II-III, Cambridge, Mass., 1979-1980 (= 1925 y 1931).
J. L. MORALEJO, *Tácito, Historias*, Madrid, Ediciones Akal, 1990.
J. M.ª REQUEJO, *Tácito, Historias*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997.
K. WELLESLEY, *Tacitus, The Histories*, Londres, Penguin Books, 1995, 2009 (introducción de R. Ash).

ESTUDIOS

J. N. ADAMS, «The language of the later books of Tacitus *Annals», Class. Quarterly* 22 (1972), 350-373.
—, «The vocabulary of the speeches in Tacitus' historical works», *Bull. Inst. Class. Stud.* 20 (1973), 124-144.
M. VON ALBRECHT, «Tácito» en *Historia de la literatura romana*, Barcelona, 1999, II, págs. 1.005-1.049.
G. ALFÖLDY, *Fasti Hispanienses*, Wiesbaden, 1969.
P. AMMANN, *Der kunstlerische Aufbau von Tacitus, Historien I-II.51 (Kaiser Otho)*, Berna, 1931.
R. ASH, *Ordering anarchy: armies and leaders in Tacitus' Histories*, Londres, 1999.
—, *Tacitus*, Londres, 2006.
—, «Victim and Voyeur: Rome as a Character in Tacitus' *Histories* 3», en D. J. H. LARMOUR y D. SPENCER, eds., *Sites of Rome*, Oxford, 2007, págs. 211-237.
R. ASH y M. MALAMUD, eds., «*Ingens Eloquentiae Materia*: Rhetoric and Empire in Tacitus», en *Arethusa* 39, 2 (2006), 139-391.
E. AUBRION, *Rhétorique et histoire chez Tacite*, Metz, 1985.
—, *«L'eloquentia* de Tacite et sa *fides* d'historien», *ANRW* II 33.4 (1991), 2.597-2.688.
E. BADIAN, «The Early Historians», en T. A. DOREY, ed., *Latin Historians*, Londres y Nueva York, 1966, págs. 1-38.
T. D. BARNES, «The fragments of Tacitus' *Histories», Class. Philol*. 72 (1977), 224-231.
R. T. S. BAXTER, *Virgil's Influence in Tacitus*, Stanford, 1968, Diss.

H. W. BENARIO, *An Introduction to Tacitus*, Athens, 1975.
A. BIRLEY, «The life and death of Cornelius Tacitus», *Historia* 49 (2000), 230-247.
E. BIRLEY, «*Alae* named after their commanders», *Ancient Society* 9 (1978), 257-273.
S. BORZSÁK, «P. Cornelius Tacitus», *RE* Supp. XI (1968), 373-512.
A. BRIESSMANN, *Tacitus und das flavische Geschichtsbild*, Wiesbaden, 1955.
J. B. CAMPBELL, *The Roman Army, 31 BC-AD 337, A Sourcebook*, Londres-Nueva York, 1994.
—, *The Emperor and the Roman Army, 31 BC-AD 235*, Oxford, 1996.
J.-P. CHAUSSERIE-LAPRÉE, *L'expression narrative chez les historiens latins: histoire d'un style*, París, 1969.
G. L. CHEESMAN, *The Auxilia of the Roman Imperial Army*, Oxford, 1914.
G. E. F. CHILVER, «The army in Roman politics, A. D. 68-70», *Journ. Rom. Stud.* 47 (1957), 29-35.
C. CICHORIUS, «*Ala», RE* 1 (1894), 1.223-1.270.
—, *«Cohors», RE* 4 (1900), 231-356.
L. CONSTANS, *Étude sur la langue de Tacite*, París, 1893.
E. COURBAUD, *Les procédés d'art de Tacite dans les Histoires*, París, 1918.
A. DRAEGER, *Über Syntax und Stil des Tacitus*, Leipzig, 3.ª ed., 1882.
B. DOBSON, *Die Primipilares*, Colonia, 1978.
T. A. DOREY, ed., *Tacitus*, Londres, 1969.
M. DURRY, *Les cohortes prétoriennes*, París, 1938.
P. ERDKAMP, *A Companion to the Roman Army*, Malden, 2007.
P. S. EVERTS, *De Tacitea historiae conscribendae ratione*, Kerkrade, 1926.
P. FABIA, *Les sources de Tacite dans les Histoires et les Annales*, París, 1893.
A. FELDHERR, ed., *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, Cambridge, 2009.
E. FERLET, *Observations littéraires, critiques, politiques, militaires, géographiques sur les Histoires de Tacite*, París, 1801.
G. B. A. FLETCHER, *Annotations on Tacitus*, Bruselas, 1964.
A. FOUCHER, *Historia proxima poetis. L'influence de la poésie épique sur le style des historiens latins de Salluste à Ammien Marcellin*, Bruselas, 2000.
H. FREIS, *Die cohortes urbanae*, Colonia, 1967.
M. FUHRMANN, «Das Vierkaiserjahr bei Tacitus», *Philologus* 104 (1960), 250-278.
H. FURNEAUX, *The Annals of Tacitus*, Oxford, I 18962, II 1907^{2}.
E. GABBA, «True History and False History in Classical Antiquity», *Journ. Rom. Stud.* 71 (1981), 50-62, reimpreso en MARINCOLA, *Greek and Roman Historiography*, págs. 337-361.
A. GERBER y A. GREEF, *Lexicon Taciteum*, Hildesheim, 1964 (= 1903).
A. GOLDSWORTHY, *El ejército romano*, Madrid, 2007^{2}.
F. R. D. GOODYEAR, *Tacitus*, Oxford, 1970.
—, *The Annals of Tacitus, Vol. 1: Annals I.1-54*, Cambridge, 1972.
—, *The Annals of Tacitus, Vol. II: Annals I.55-81 and Annals 2*, Cambridge, 1981.
—, «Tácito», en E. J. KENNEY y W. V. CLAUSEN, eds., *Historia de la literatura clásica, II Literatura latina*, Madrid, Gredos, 1982, págs. 702-715, 949-952.
P. A. L. GREENHALGH, *The Year of the four Emperors*, Londres-Nueva York, 1975.
H. HAYNES, *The History of Make-Believe: Tacitus on Imperial Rome*, Berkeley, 2003.
J. HELLEGOUARC'H, *Le vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la République*, 2.ª ed., París, 1972.
—, «Le style de Tacite: bilan et perspectives», *ANRW* II 33, 4 (1991), 2.385-2.453.
B. W. HENDERSON, *Civil War and Rebellion in the Roman Empire, A. D. 69-70*, Londres, 1908.
P. H. HERZOG, *Die Funktion des militärischen Planens bei Tacitus*, Frankfurt, 1996.
P. A. HOLDER, *Studies in the Auxilia of the Roman Army from Augustus to Trajan*, Oxford, 1980.
D. W. HURLEY, *Suetonius: Divus Claudius*, Oxford, 2001.
T. JANSON, *Latin Prose Prefaces*, Estocolmo, 1964.

B. JONES, *The emperor Domician*, Londres, 1992.
—, *Suetonius: Domician*, Bristol, 1996.
—, *Suetonius: Vespasian*, Bristol, 2000.
C. P. JONES, *Plutarch and Rome*, Oxford, 1971.
E. KEITEL, «The estructure and function of speeches in Tacitus' *Histories* I-III», *ANRW* II 33.4 (1991), 2772-2794.
—, «Sententia and structure in Tacitus *Histories* 1.12-49», *Arethusa* 39 (2006), 219-244.
R. KIRCHNER, *Sentenzen im Werk des Tacitus*, Stuttgart, 2001.
C. S. KRAUS, ed., *The limits of Historiography: Genre and Narrative in Ancient Historical Texts*, Leiden, 1999.
C. S. KRAUS y A. J. WOODMAN, *Latin Historians*, Oxford, 1997.
C. S. KRAUS, J. MARINCOLA y CH. PELLING, eds., *Ancient Historiography and its Contexts*, Oxford, 2010.
W. KROLL, «Die Sprache des Sallust», *Glotta* 15 (1927), 280-305.
F. KUNTZ, *Die Sprache des Tacitus und die Tradition der lateinischen Historikersprache*, Heidelberg, 1962.
A. LAIRD, *Powers of Expression, Expressions of Power. Speech Presentation and Latin Literature*, Oxford, 1999.
M. L. W. LAISTNER, *The Greater Roman Historians*, Berkeley, 1947.
H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, Madrid, 1966, I-III.
—, *Elementos de retórica literaria*, Madrid, 1975.
A. D. LEEMAN, *Orationis ratio: the Stylistic Theories and Practices of the Roman Orators, Historians and Philosophers*, Ámsterdam, 1963, I-II.
B. LEVICK, *Vespasian*, Londres, 1999.
E. LÖFSTEDT, *Syntactica*, Lund, 1933, I-II.
—, «Tacitus as an Historian», en *Roman Literary Portraits*, Oxford, 1958, págs. 142-156.
J. MARINCOLA, *Authority and tradition in ancient historiography*, Cambridge, 1997.
—, ed., *A Companion to Greek and Roman Historiography*, Malden, 2007.
—, ed., *Greek and Roman Historiography*, Oxford, 2011.
R. H. MARTIN, «Tacitus and his predecessors», en T. A. DOREY, ed., *Tacitus*, Londres, 1969, págs. 117-147.
—, *Tacitus*, Londres, 1981, reimpr. 2001.
—, *Tacitus, Annals book VI*, Warminster, 2001.
R. H. MARTIN y A. J. WOODMAN, *Tacitus, Annals book IV*, Cambridge, 1989.
R. MAYER, *Tacitus: Dialogus de Oratoribus*, Cambridge, 2001.
A. MEHL, *Roman Historiography*, Malden, 2011.
R. MELLOR, *Tacitus*, Nueva York-Londres, 1993.
—, *Tacitus' Annals*, Oxford, 2011.
C. W. MENDELL, *Tacitus: the Man and his Work*, New Haven, 1957.
F. MILLAR, *The Emperor in the Roman World (31 BC-AD 337)*, Londres, 1977.
A. MOMIGLIANO, «Reseña de Syme, *Tacitus», Gnomon* 33 (1961), 55-58.
T. MOMMSEN, *Römische Staatsrecht II*, Leipzig, 1887-1888, 3.ª ed.
J. L. MORALEJO, «Introducción», en *Cornelio Tácito, Anales, libros I-VI*, Madrid, 1979, págs. 7-41.
—, «Tácito», en C. CODOÑER, ed., *Historia de la literatura latina*, Madrid, 1997, págs. 605-636.
M. G. MORGAN, *The Year of the four Emperors*, Oxford, 2006.
H. MOURITSEN, *The Freedman in the Roman World*, Cambridge, 2011.
C. L. MURISON, *Suetonius: Galba, Otho, Vitellius*, Hildesheim, 1993.
—, «The Historical Value of Tacitus' *Histories», ANRW* II 33.3 (1991), 1.686-1.713.
—, *Galba, Otho, and Vitellius: Careers and Controversies*, Hildesheim, 1993.
—, *Rebellion and Reconstruction, Galba to Domician: an historical commentary on Cassius Dio's Roman History, books 64-67 (AD 68-96)*, Atlanta, 1999.
R. F. NEWBOLD, «The *vulgus* in Tacitus», *Rhein. Museum* 119 (1976), 85-92.
J. M.ª NIETO, *Flavio Josefo, La guerra de los judíos, libros I-III*, Madrid, 1997.
E. NORDEN, *Die antike Kunstprosa*, Darmstadt, 1958, I-II.

J. NORTH, *Roman Religion*, Oxford, 2000.
S. P. OAKLEY, «The Annalistic Tradition», en *A Commentary on Livy books VI-X*, vol. I, Oxford, 1997, págs. 21-108.
—, *A Commentary on Livy Books VI-X*, vol. II, Oxford, 1998.
—, *A Commentary on Livy Books VI-X*, vol. III, Oxford, 2005.
R. M. OGILVIE, *A Commentary on Livy Books 1-5*, Oxford, 1965, 2.ª ed.
R. M. OGILVIE, y I. A. R. RICHMOND, *Corneli Taciti de vita Agricolae*, Oxford, 1967.
V. E. PAGÁN, *A Companion to Tacitus*, Chichester, 2012.
D. PANIAGUA, *Flavio Vegecio Renato, Compendio de técnica militar*, Madrid, 2006.
E. PARATORE, *Tacito*, 2.ª ed., Roma, 1962, págs. 247-414.
H. M. D. PARKER, *The Roman Legions*, Cambridge, 1958, reimp.
C. B. R. PELLING, *Plutarch and History*, Londres, 2002.
S. E. PHANG, *The Marriage of Roman Soliders (13 BC-AD 235): Law and Family in the Imperial Army*, Leiden, 2001.
H.-G. PFLAUM, *Les carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1960, vol. I.
P. PLASS, *Wit and the Writing of History: The Rhetoric of Historiography in Imperial Rome*, Madison, 1988.
Prosopographia imperii Romani saec. I, II, III, Berlín, 1897-1898, I-III (= *PIR*).
Prosopographia imperii Romani saec. I, II, III, E. GROAG y otros, eds., 2.ª ed., Berlín, 1933 (= *PIR*[2]).
T. REINHARDT, M. LAPIDGE y J. N. ADAMS, eds., *Aspects of the Language of Latin Prose*, Oxford, 2005.
A. RAMÍREZ DE VERGER, «Introducción general», en R. M.ª AGUDO, *Suetonio: Vida de los doce Césares*, Madrid, 1992, págs. 7-59.
—, «Introducción», en J. FERNÁNDEZ y A. RAMÍREZ DE VERGER, *Tito Livio, Historia de Roma, La segunda guerra púnica, I: libros XXI-XXV*, Madrid, 2009[2], págs. 11-49.
L. RICHARDSON Jr., *A New Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Baltimore, 1992.
E. RITTERLING, «*Legio», RE* 12 (1924), 1.376-1.820.
J. B. RIVES, *Tacitus, Germania*, Oxford, 1999.
F. RÖMER, «Kritischer Problem-und Forschungsbericht zur Überlieferung der taciteischen Schriften», *ANRW* II 33.3 (1991), 2.299-2.339.
J. ROUGÉ, *Ships and fleets of the ancient Mediterranean*, Middletown, 1981.
D. B. SADDINGTON, «The Roman *Auxilia* in Tacitus, Josephus adn other early Imperial Writers», *Acta Classica* 13 (1970), 89-124.
—, «The Development of the Roman Auxiliary Forces from Augustus to Trajan», *ANRW* II 3 (1975), 176-201.
M. M. SAGE, «Tacitus' Historical Works: a Survey and Appraisal», *ANRW* II 33.2 (1990), 851-1030 y 1.629-1.647.
D. SAILOR, *Writing and Empire in Tacitus*, Cambridge, 2008.
A. SALVATORE, *Stile e ritmo in Tacito*, Nápoles, 1950.
J. P. SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, *Plutarco: Vidas paralelas*, VII, Madrid, 2009, págs. 553-615.
S. SCHMAL, *Tacitus*, Hildesheim, 2005.
D. C. A. SHOTTER, *Tacitus, Annals IV*, Warminster, 1989.
—, «Tacitus' View of Emperors and the Principate», *ANRW* II 35, 5 (1991), 3263-3331.
—, *Suetonius: the Lives of Galba, Otho, Vitellius*, Warminster, 1993.
R. T. SCOTT, *Religion and Philosophy in the Histories of Tacitus*, Roma, 1968.
P. SINCLAIR, *Tacitus: the Sententious Historian: A Sociology of Rhetoric in Annales 1-6*, University Park, 1995.
G. SÖRBOM, *Variatio sermonis Tacitei aliaeque apud eundem quaestiones selectae*, Uppsala, 1935.
C. G. STARR, *The Roman Imperial Navy 31 B.C.-A.D. 324*, 2.ª ed., Cambridge, 1960.
K. STEGNER, *Die Verwendung der Sentenz in den Historien des Tacitus*, Stuttgart, 2004.
R. SYME, *Tacitus*, I-II, Oxford, 1958 (reimpr. 1997).
—, *Sallust*, Berkeley, 1964.
—, *Ten Studies in Tacitus*, Oxford, 1970.

R. J. A. TALBERT, *The Senate of Imperial Rome*, Princeton, 1984.

R. J. TARRANT, «Tacitus», en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission: a Survey of the Latin Classics*, Oxford, 1983, págs. 406-409.

G. B. TOWNEND, «Some Flavian Connections», *Journ. Rom. Stud.* 51 (1961), 54-62.

—, «The consuls of A.D. 69/70», *Amer. Journ. Philol.* 83 (1962), 113-129.

M. TREU, «M. Antonius Primus in der taciteischen Darstellung», *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* 3 (1948), 241-262.

R. ULLMANN, *La technique des discours dans Salluste, Tite-Live et Tacite: la matière et la composition*, Oslo, 1927, esp. págs. 197-246.

B. R. Voss, *Der pointierte Stil des Tacitus*, 2.ª ed., Münster, 1980.

A. WALLACE-HADRILL, *Suetonius: the Scholar and his Caesars*, New Haven, 1983.

G. WEBSTER, *The Roman Imperial Army of the First and Second Centuries AD*, Norman, 1998, 3.ª ed.

P. R. C. WEAVER, *Familia Caesaris: a social study of the emperor's freedmen and slaves*, Cambridge, 1972.

K. WELLESLEY, «Tacitus, 'Histories': A Textual Survey, 1939-1989», *ANRW* II 33.3 (1991), 1651-1685.

—, *The Year of the Four Emperors*, Londres, 2000, 3.ª ed.

G. WILLE, *Der Aufbau der Werke des Tacitus*, Ámsterdam, 1983.

J. WILLS, *Repetition in Latin Poetry: Figures of Allusion*, Oxford, 1996.

A. J. WOODMAN, *Velleius Paterculus: The Caesarian and Augustan Narrative* (2.41-93), Cambridge, 1983.

—, *Rhetoric in Classical Historiography: Four Studies*, Londres-Sídney, 1988.

—, *Tacitus Reviewed*, Oxford, 1998.

—, *Tacitus, The Annals*, Indianapolis, 2004.

—, ed., *The Cambridge Companion to Tacitus*, Cambridge, 2009.

A. J. WOODMAN y R. H. MARTIN, *The Annals of Tacitus, book 3*, Cambridge, 1996.

TRADICIÓN

B. ANTÓN MARTÍNEZ, «La *receptio* del tacitismo en España: La 'vía hispánica'», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 53 (1991), 329-345.

—, *El Tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de* receptio, Valladolid, 1992.

R. R. BOLGAR, ed., *Classical Influences on European Culture a. d. 1500-1700*, Cambridge, 1976.

D. FLACH, *Tacitus in der Tradition der antiken Geschichtsschreibung*, Gotinga, 1973.

T. J. LUCE, A. J. WOODMAN, *Tacitus and the Tacitean Tradition*, Princeton, 1993.

R. MELLOR, *Tacitus: The Classical Heritage*, Nueva York, 1995.

M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, Madrid, 1952, VIII, págs. 93-101.

—, *Biblioteca de traductores españoles*, Madrid, 1952-1953, I, pág. 328; II, págs. 322-325; IV, págs. 267-270.

A. MOMIGLIANO, «The first political commentary on Tacitus», *Journ. Rom. Stud.* 37 (1947), 91-101.

I. MUÑOZ VALLE, *La verdad de Tácito*, Valladolid, 1975.

P. J. QUETGLAS, «Tácito», en F. LAFARGA y L. PEGENAUTE, eds., *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid, 2009, págs. 1.079-1.081.

F. SANMARTÍ BONCOMPTE, *Tácito en España*, Barcelona, 1951.

K. C. SCHELLHASE, *Tacitus in Renaissance Political Thought*, Chicago-Londres, 1976.

J. VON STACKELBERG; *Tacitus in der Romania: Studien zur literarischen Rezeption des Tacitus in Italien und Frankreich*, Tubinga, 1960.

C. VOLPILHAC-AUGER, *Tacite en France de Montesquieu à Chateaubriand*, Oxford, 1993.

E. TIERNO GALVÁN, «El tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de oro español», *Anales de la Universidad de Murcia* (1947-1948), 895-988 (= *Escritos [1950-1960]*, Madrid, 1971, págs. 13-93).

G. TOFFANIN, *Machiavelli el il 'Tacitismo' (La politica storica' al tempo della Controriforma italiana)*, Padua,

1921.
R. W. ULERY, «Cornelius Tacitus», F. E. CRANZ, V. BROWN y P. O. KRISTELLER, eds., *Catalogus Translationum et Commentariorum 6*, Washington, 1986, págs. 87-174.

[1] R. SYME, *Tacitus*, Oxford, 1958, 1997², I, pág. 362.

[2] Cf. E. HENRY, «Virgilian Elements in Tacitus' Historical Imagination», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 33.4 (1991), 2.987-3.005.

[3] F. R. D. GOODYEAR, «Tácito», en E. J. KENNEY y W. V. CLAUSEN, eds., *Historia de la literatura clásica, II Literatura latina,* Madrid, Gredos, 1982, pág. 715.

[4] Cf. CICERÓN, *Las leyes* I 5 («la historia es especialmente una obra oratoria»); QUINTILIANO, *Instituciones oratorias,* X 1, 31 («la historia está muy cercana a los poetas y en cierto modo es como un poema en prosa»); E. ARISTIDES, *Discursos* XXVIII 68 («los historiadores se encuentran entre los poetas y los oradores»).

[5] Cf. PLUTARCO, *Galba* II-VII; TÁCITO, *Historias* I 4, 8-9; SUETONIO, *Galba* IX-XI; DIÓN CASIO, LXIII 22-29.

[6] Sobre la biografía de Tácito, cf. R. SYME, «The career of Tacitus», en *Tacitus*, Oxford, 1997², I, págs. 58-74 y II, págs. 520-584, 611-634; A. R. BIRLEY, «The life and death of Cornelius Tacitus», *Historia* 49 (2000), 230-247; R. MARTIN, *Tacitus*, Londres, 2001 (= 1981), págs. 26-38 y 246-248.

[7] SYME, «The origin of Cornelius Tacitus», en *Tacitus* II, págs. 610-624.

[8] SYME, *Tacitus*, págs. 664-665.

[9] G. W. BOWERSOCK, «Tacitus and the province of Asia», en T. J. LUCE y A. J. WOODMAN, eds., *Tacitus and the Tacitean Tradition*», Princeton, 1993, págs. 3-10.

[10] Cf. W. DOMINIK, «Tacitus and Pliny on oratory», en W. DOMINIK y J. HALL, eds., *A Companion to Roman Rhetoric*, Oxford, 2007, págs. 323-338.

[11] Cf. D. C. A. SHOTTER, «Tacitus and Verginius», *Class. Quarterly* 17 (1967), 370-381, esp. pág. 379.

[12] Cf. R. MAYER, *Tacitus: Dialogus de Oratoribus*, Cambridge, 2001, págs. 22-27.

[13] Sobre la obra menor de Tácito, léanse las introducciones respectivas a las tres obras de J. M. REQUEJO, *Cornelio Tácito, Agrícola, Germania, Diálogo de los oradores*, Madrid, Gredos, 1981; cf. MARTIN, *Tacitus*, págs. 39-66 y 248-251.

[14] El título de *Historiae* o *Historias* está atestiguado en la juntura *historias tuas* de PLINIO, *Cartas* VII 33, 1), en TERTULIANO *(Apologético* 16: *Cornelius Tacitus… in quinta historiarum suarum… in eadem historia*; cf. *Ad Nat*. 11). También se ha visto el comienzo mismo de sus *Historias* como un eco del inicio de las de SALUSTIO (fragm. 1 Reynolds).

[15] Léase a M. M. SAGE, «Date of Composition», en «Tacitus' Historical Works: A Survey and Appraisal», *Austieg und Niedergang der römischen Welt* II 33.2 (1990), 859-864.

[16] Cf. R. MARTIN, *Tacitus*, Londres, 2001 (= 1994), págs. 67-103 y 251-253; SAGE, «Tacitus' Historical Works…», págs. 864-890; MURISON, «The Historical Value…», págs. 1.696-1.710.

[17] Tal vez pensara lo mismo que PLINIO EL JOVEN *(Cartas* V 8, 12): «Sin embargo, piensa tú ya en la época histórica en particular que yo podría abordar: ¿Viejos tiempos sobre los que han escrito otros autores? El material está disponible, pero su colación es un trabajo duro. ¿Los tiempos recientes que otros no han tocado? En este caso, hay grandes posibilidades de ofender y pocas de agradar».

[18] La obra completa de la historia desde Augusto hasta Domiciano abarcaría treinta libros; cf. JERÓNIMO, *Comentario a Zacarías* III 14.

[19] Cf. C. L. MURISON, «Some Vitellian Dates: An Exercise in Methology», *Trans. Amer. Philol. Assoc.* 109 (1979), 187-197, esp. 194-197.

[20] MURISON, «The Historical Value of Tacitus' *Histories*», págs. 1.696-1.706.

[21] E. KOESTERMANN, «Das Charakterbild Galbas bei Tacitus», *Navicula Chiloniensis*, Festschrift F. Jacoby, Leiden, 1956, págs. 191-206; Ch. L. MURISON, *Galba, Otho and Vitellius: Careers and Controversies*, Hildesheim, 1993, págs. 27-74.

[22] Cf. F. KLINGNER, «Die Geschichte Kaiser Othos bei Tacitus», en V. PÖSCHL, ed., *Tacitus*, Darmstadt, 1969, págs. 388-412 (= 1940); Y. A. SOCHAT, «Tacitus' Attitude toward Otho», *Latomus* 40 (1981), 365-377; MURISON, «The Historical Value of Tacitus' *Histories*», págs. 1.699-1.705; C. A. PERKINS, «Tacitus on Otho»,

Latomus 52 (1993), 848-855; MURISON, *Galba, Otho and Vitellius…*, págs. 75-142.

[23] *Otón*, III 1 : *omnium consiliorum secretorumque particeps*.

[24] PLUTARCO, *Galba* XX 1; SUETONIO, *Otón* III 2; TÁCITO, *Anales* XIII 46, 3.

[25] TÁCITO, *Historias* I 23, 1; PLUTARCO, *Galba* XX, 2-4; SUETONIO, *Galba* XIV 2.

[26] Cf. A. MOMIGLIANO, «Vitellio», *Stud. Ital. Filol. Class.* 9 (1931), 117-161; MURISON, «The Historical Value of Tacitus' *Histories*», págs. 1.699-1.705; MURISON, *Galba, Otho and Vitellius…*, págs. 81-119, 143-155; ASH, *Ordering Anarchy…*, págs. 95-125.

[27] Cf. TÁCITO, *Historias* II 64, 2: III 67, 1; PLUTARCO, *Otón* V 2 y XVI 2; SUETONIO, *Vitelio* III 1.

[28] SUETONIO, *Vitelio* III.

[29] SUETONIO, *Vitelio* XIII-XIV.

[30] Léase la excelente monografía de B. LEVICK, *Vespasian*, Londres y Nueva York, 1999; ASH, *Ordering Anarchy…*, págs. 127-146.

[31] ASH, *Histories* II, págs. 13-14; léase también del mismo autor, *Ordering Anarchy…*, págs. 23-72.

[32] Otras figuras menores son enumeradas también por ASH, *Histories II*, pág. 14.

[33] P. FABIA, *Les sources de Tacite dans les Histoires et les Annales*, París, 1893; K. WELLESLEY, *Cornelius Tacitus, The Histories, book III*, Sídney, 1972, págs. 6-10; R. H. MARTIN, *Tacitus*, Londres, 2001, págs. 189-198 y 260-262; SAGE, «Tacitus' Historical Works…», págs. 893-900; J. MARINCOLA, *Authority and Tradition in Ancient Historiography*, Cambridge, 1997, págs. 66-79, 95-112; SYME, «Historical sources», en *Tacitus,* I, págs. 176-190; DAMON, *Histories I*, págs. 22-30, 291-302; ASH, *Histories II*, págs. 26-32.

[34] Cf. M. T. GRIFFIN, «Pliny and Tacitus», *Scripta Classica Israelica* 18 (1999), 139-158.

[35] SYME, «Marius Celsus», en *Tacitus*, II, págs. 682-683.

[36] PLINIO EL VIEJO, *Historia natural, praef*. 20; PLINIO EL JOVEN, *Cartas* III 5, 3-6); V 8, 5).

[37] La historia de Plinio el Viejo continuaba la de Aufidio Baso, que cubría los años 8 a. C. hasta el 47 d. C. Cf. PLINIO EL VIEJO, ibid.; PLINIO EL JOVEN, *Cartas* III 5, 4; G. B. TOWNEND, «Cluvius Rufus in the *Histories* of Tacitus», *Amer. Journ. Philology* 85 (1964), 337-377; R. SYME, «The historian Aufidius Bassus», en *Tacitus*, Oxford, 1997, II, págs. 697-700.

[38] *Anales* XIII 20, 2; XIV 2, 2; XV 61, 3.

[39] *Historias* I 8, 1 y nota; II 58, 2; TH. MOMMSEN, «Cornelius Tacitus und Cluvius Rufus», *Hermes* 4 (1870), 295-325.

[40] *Anales* XIII 20, 2; XIV 2, 1; PLUTARCO, *Otón* III 2; ASH, *Histories II*, pág. 236.

[41] Cf. R. ASH, «The wonderful world of Mucianus», en E. BISPHAM y G. ROWE, eds., *Vita vigilia est: Essays in honour of B. Levick*, Londres, 2007 (BICS, 100), págs. 1-17.

[42] *Kritische Untersuchungen üher die Quellen der vierten und fünften Dekade des Livius*, Berlín, 1868.

[43] F. R. D. GOODYEAR, *Tacitus*, Oxford, 1970, pág. 24.

[44] E. G. HARDY, *Plutarch's lives of Galba and Otho*, Londres, 1890, págs. XXXIV-XXXV, LVI-LX; SYME, «Tacitus and Plutarch», en *Tacitus*, págs. 674-676; DAMON, *Histories I*, págs. 24-30 y 291-302.

[45] Cf. ASH, *Histories II*, págs. 30-32.

[46] Cf. N. P. MILLER, «Tacitus' Narrative Technique», *Greece & Rome* 24 (1977), 20-22; D. SHOTTER, *Suetonius: Lives of Galba, Otho and Vitellius*, Warminster, 1993, págs. 134-136.

[47] Cf. E. COURBAUD, *Les procédés d'art de Tacite dans les Histoires*, París, 1918; M. G. MORGAN, «*Commissura* in Tacitus, *Histories* I», *Class. Quarterly* 43 (1993), 274-291.

[48] Sobre la proximidad de la historia a la tragedia, cf. F. W. WALBANK, «History and Tragedy», *Historia* 9 (1960), 216-234; R. B. RUTHERFORD, «Tragedy and History», en *A Companion to Greek and Roman Historiogreaphy*, Malden, 2007, págs. 504-514; F. GALTIER, *L'image tragique de l'Histoire chez Tacite: étude des schèmes tragiques dans les Histoires et les Annales*, Bruselas, 2011.

[49] Cf. S. P. OAKLEY, «The Annalistic Tradition», en *A Commentary on Livy books VI-X, vol. I Introduction and Book VI*, Oxford, 1997, págs. 21-108; A. M. GOWING, «From the annalist to the *Annales*: Latin historiography before Tacitus», en WOODMAN, *Companion to Tacitus*, págs. 17-30.

[50] Cf. P. A. BRUNT, «Cicero and historiography», en P. A. BRUNT, ed., *Studies in Greek History and Thought*, Oxford, 1993, págs. 181-209, reimpreso en J. MARINCOLA, ed., *Greek and Roman Historiography*, Oxford, 2011, págs. 207-240; A. J. WOODMAN, «Cicero and the Writing of History», en MARINCOLA, *Greek and Roman Historiography*, págs. 241-90; S. J. NORTHWOOD, «Cicero, *de Oratore* 2.51-64 and Rhetoric in Historiography», *Mnemosyne* 61 (2008), 228-244; A. J. WOODMAN, «Cicero on Historiography: *De Oratore* 2.51-64», *Class. Journal* 104 (2008), 23-31.

[51] S. P. OAKLEY, «Style and language», en A. J. WOODMAN, ed., *The Cambridge Companion to Tacitus*, Cambridge, 2009, págs. 195-211; cf. A. DRAEGER, *Über Syntax und Stil des Tacitus*, Leipzig, 1882; L. CONSTANS, *Étude sur la langue de Tacite*, París, 1893, págs. 235-285; F. SANMARTÍ, *Tácito en España*, Barcelona, 1951, págs. 152-200; F. KUNTZ, *Die Sprache des Tacitus und die Tradition der lateinischen Historikersprache*, Heidelberg, 1962; B. Voss, *Der pointierte Stil des Tacitus*, Münster, 1963; N. P. MILLER, «Style and Content in Tacitus», en T. A. DOREY, *Tacitus*, Londres, 1969, págs. 99-116; F. R. D. GOODYEAR, «The Language and Style of Tacitus», en *Tacitus*, Oxford, 1970, págs. 35-42; J. N. ADAMS, «The Language of the Later Books of Tacitus' *Annals», Class. Quarterly* 22 (1972), 350-373; J. HELLEGOUARC'H, «Le style de Tacite: bilan et perspectives», *ANRW* II 33.4 (1991), 2.385-2.453; MARTIN, «Style», en *Tacitus*, págs. 214-235 y 264-268; R. H. MARTIN y A. J. WOODMAN, *Tacitus, Annals, book IV*, Cambridge, 2003, págs. 19-26.

[52] Léase a A. D. LEEMAN, *Orationis ratio. The Stylistic Theories and Practice of the Roman Orators, Historians and Philosophers*, Ámsterdam, 1963, págs. 337-360.

[53] Léase a W. KROLL, «Die Sprache des Sallust», *Glotta* 15 (1927), 280-305.

[54] Cf. HELLEGOUARC'H, «Le style de Tacite…», págs. 2.389-2.393.

[55] E. WÖLFFLIN, «Tacitus 1. Schriften über taciteischen Styl und genetische Entwicklung desselben», *Philologus* 25 (1867), 92-134; id., «Tacitus. Ausgaben und Erläuterungen», *Philologus* 26 (1867), 92-166; id., «Tacitus, Historien», *Philologus* 27 (1868), 113-149.

[56] H. C. NUTTING, «The use *of forem* in Tacitus», *Univ. Calif. Pub. Class. Philology* 7 (1923), 209-219; E. LÖFSTEDT, *Syntactica* 2, Lund, 1933, págs. 276-290; id., «Tacitus as an Historian», en *Roman Literary Portraits*, Oxford, 1958, págs. 157-180; N. ERIKSSON, *Studien zu den Annalen des Tacitus*, Lund, 1934; SYME, *Tacitus*, II, págs. 711-745.

[57] R. H. MARTIN, «*-ere* and *-erunt* in Tacitus», *Class. Review* 60 (1946), 17-19; id., «*Variatio* and the Development of Tacitus' Style», *Eranos* 51 (1953), 89-96; id., «*Quibus* and *quis* in Tacitus», *Class. Review* 18 (1968), 144-146; E. LÖFSTEDT, «On the Style of Tacitus», *Journ. Rom. Stud*. 38 (1948), 1-8; F. R. D. GOODYEAR, «Development of Language and Style in the *Annals* of Tacitus», *Journ. Rom. Stud*. 58 (1968), 22-31.

[58] Cf. L. CONSTANS, *Étude sur la langue de Tacite*, París, 1893; SYME, «Style and Words», en *Tacitus*, II, págs. 711-745, J. N. ADAMS, «The language of the later books of Tacitus' *Annales*», *Class. Quarterly* 22 (1972), 350-373; id., «The vocabulary of the speeches in Tacitus' historical works», *Bull. lnstit. Class. Stud*. 20 (1973), 124-144.

[59] Cf. F. DEGEL, *Archaistische Bestandteile der Sprache des Tacitus*, Núremberg, 1907.

[60] Más ejemplos en DRAEGER, *Syntax und Stil*…, págs. 111-115; DAMON, *Histories I*, pág. 322; ASH, *Histories II*, págs. 17-9.

[61] Se pueden encontrar numerosos ejemplos en R. T. BAXTER, «Virgil's Influence on Tacitus in Book 3 of the Histories», *Class. Philology* 66 (1971), 93-107; id., «Virgil's Influence in Books 1 and 2 of the *Annals», Class. Philology* 67 (1972), 246-269; HELLEGOUARC'H, «Le style de Tacite…», págs. 2.428-2.437; A. FOUCHER, *Historia proxima poetis: L'influence de la poésie épique sur le style des historiens latins de Salluste à Ammien Marcellin*, Bruselas, 2000; T. A. JOSEPH, «Tacitus and Epic», en V. E. PAGÁN, ed., *A Companion to Tacitus*, Wiley-Blackwell, 2012, págs. 369-385.

[62] Cf. V. CRISTÓBAL, «Tempestades épicas», *Cuadernos de Investigación Filológica* 14 (1988), 125-148.

[63] BAXTER («Virgil's Influence on Tacitus…», pág. 107) llega a defender que el libro III de las *Historias* de Tácito ha imitado incluso la estructura del libro II de la *Eneida*.

[64] HELLEGOUARC'H, «Le style de Tacite…», págs. 2.399-2.402; J. DANGEL, «Les structures de la phrase oratoire chez Tacite: Étude syntaxique, rhythmique et métrique», *ANRW* II 33.4 (1991), 2.454-2.538.

[65] Puede encontrarse material abundante en G. CLEMM, *De breviloquentiae Taciteae quibusdam generibus*, Lipsiae, 1881.

[66] H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, Madrid, 1976, II, págs. 158-160; para Tácito, léase a DRAEGER, *Syntax und Stil…*, págs. 54-58.

[67] LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, II, págs. 147-149; para Tácito, léase a CLEMM, *De breviloquentiae Taciteae…*, págs. 43-66; F. G. MOORE, «Studies in Tacitean ellipsis. Descriptives passages», *Trans. Amer. Philol. Assoc*. 34 (1903), 5-26.

[68] Ejemplos en CLEMM, *De breviloquentiae…*, págs. 124-152; cf. *Historias*, I 6, 1; II 41, 3; 92, 2; III 25, 1. No entro en disquisiciones, más teóricas que reales, sobre la necesidad de diferenciar entre zeugma y silepsis. Sigo a H. LAUSBERG *(Elementos de retórica literaria*, Madrid, 1975, págs. 160-162) sobre el zeugma semánticamente complejo *(conceptio*, silepsis o zeugma).

[69] Cf. 167, 1; 9, 3; 67, 1; II 3, 2; 5, 1; 18, 1; 45, 1; 62, 1; 74, 2; 83, 2.

[70] Sobre la *variatio* en Tácito, cf. G. SÖRBOM, *Variatio sermonis Tacitei aliaeque apud eundem quaestiones selectae*, Uppsala, 1925; OAKLEY, «Style and language», pág. 198; DAMON, *Histories I*, págs. 19-20 y 323; ASH, *Histories II*, págs. 21 y 407-408.

[71] Cf. J. L. CATERALL, «Variety and inconcinnity of language in the first decade of Livy», *Trans. Amer. Philol. Associat*. 62 (1938), 292-318.

[72] Cf. M. ZIMMERMANN, *De Tacito Senecae philosophi imitatore*, Breslau, 1889.

[73] R. KIRCHNER, *Sentenzen im Werk des Tacitus*, Stuttgart, 2001; DAMON, *Histories I*, págs. 302-304; R. STEGNER, *Die Verwendung der Sentenz in den Historien des Tacitus*, Stuttgart, 2004.

[74] Cf. B. Voss, *Der pointierte Stil des Tacitus*, Münster, 1963.

[75] J.-P. CHAUSSERIE-LAPRÉE, *L'expresion narrative chez les historiens latins. Histoire d'un style*, París, 1969.

[76] Cf. A. RAMÍREZ DE VERGER, «Sobre el estilo periódico de Salustio», *Habis* 12 (1981), 99-104.

[77] DRAEGER, *Syntax und Stil…*, págs. 97-98.

[78] Cf. W. RENZ, *Alliterationen bei Tacitus*, Aschaffenburg, 1905.

[79] Cf. I 5, 1; 14, 1; 87, 1.

[80] Cf. O. MEBS, *Über den Gebrauch der Anaphora bei Tacitus*, Erlangen, 1918.

[81] Hay quienes hacen divisiones y subdivisiones de los períodos en historiografía, que resultan brillantes, pero artificiales; cf. J.-P. CHAUSSERIE-LAUPRÉE, *(L'expression narrative…*, págs. 251-338) donde distingue tres modelos de períodos en la historiografía latina: a) el básico, en el que dos o más oraciones subordinadas están seguidas por una o más oraciones principales, de manera que el período termina con el verbo principal (Sb-Pr; Sb, Sb-Pr, Pr, etc.; b) la «phrase à relance» o período que tiene al menos dos oraciones principales, una en el interior y otra al final, separadas por uno o varios miembros circunstanciales interpuestos (Sb-Pr; Sb-Pr, etc.); y c) la «phrase à rallonge» o período en el que una o más oraciones principales están seguidas de una o más oraciones subordinadas (Pr-Sb, Pr-Sb, Sb, etc.); cf. ASH, *Histories II*, págs. 19-20.

[82] HELLEGOUARC'H, «Le style de Tacite…», págs. 2437-2452; DANGEL, «La phrase oratoire…», págs. 2.496-2.504.

[83] Cf. H. AILI, *The Prose Rhythm of Sallust and Livy*, Estocolmo, 1979.

[84] Cf., por ejemplo, CICERÓN, *Orator*, 66: *huic generi historia finitima est, in qua et narratur ornate et regio saepe aut pugna describitur; interponuntur etiam contienes et hortationes*.

[85] F. CAIRNS, *Generic Composition in Greek and Roman Poetry*, Ann Arbor, 2007[2].

[86] E. COURBAUD, *Les procédés d'art de Tacite dans les 'Histoires*', París, 1918, págs. 167-197; G. DAITZ, «Tacitus' Technique of character portrayal», *Amer. Journ.of Philology* 81 (1960), 30-52; M. RAMBAUD, «Recherches sur le portrait dans l'historiographie romaine», *Les Étud. Classiques* 38 (1970), 417-447; P. CUGUSI, *Sulla tecnica ritrattistica tacitiana*, Cagliari, 1974; AUBRION, *Rhétorique et histoire…*, págs.

385-490; J. HELLEGOUARC'H, «Le style de Tacite: bilan et perspectives», *ANRW* II 33.4 (1991), 2412-14.

[87] P. e., sobre Cluvio Rufo (I 8, 2), Cécina (I 53, 1); cf. AUBRION, *Rhétorique et histoire*…, págs. 407-408. Algunas veces, Tácito adelanta en breves trazos la personalidad de sus personajes a modo de cuadros introductorios, como ocurre en las síncrisis de Vespasiano y Muciano (II 5, 1-2), Cécina y Valente (II 30, 2) y Otón y Vitelio (II 31, 1).

[88] *Conjuración de Catilina* V, XXV, LIV; *Guerra de Jugurta* LXIII, XCV.

[89] LIVIO, XXI 4; XXXIX 40.

[90] LEEMAN, *Orationis ratio*…, págs. 356-358.

[91] Cf. CICERÓN, *De inventione* I 34-35, II 29-34.

[92] K. VRETSKA, «Bemerkungen zum Bau der Charakteristik bei Sallust», *Symbolae Osloenses* 31 (1955), 105-118.

[93] Cf. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* LIII-LIV; CICERÓN, *De oratore* III 116-117 *(comparatio)*.

[94] Sobre la importancia de los obituarios en la historiografía postclásica, cf. SÉNECA EL VIEJO, *Suasorias* VI 21: *Quotiens magni alicuius (viri) mors ab historicis narrata est, totiens fere consummatio totius vitae et quasi funebris laudatio redditur*. Cf. R. SYME, «Obituaries in Tacitus», en *Ten Studies in Tacitus*, Oxford, 1970, págs. 79-90; A. J. WOODMAN, «Tacitus' Obituary of Tiberius», *Class. Quarterly* 39 (1989), 197-205.

[95] W. THEISSEN, *De Sallustii, Livii, Taciti digressionibus*, Berlín, 1912, págs. 57-93, esp. págs. 69-80; E. HAHN, *Die Exkurse in den Annalen des Tacitus*, Leipzig, 1933; SAGE, «Tacitus' Historical Works…», págs. 890-891; G. B. TOWNEND, «Claudius and the Digressions in Tacitus», *Rhen. Museum* 105 (1962), 361-368; TH. WIEDEMANN, «Sallust's *Jugurtha*: concord, discord, and the digressions», *Greece & Rome* 40 (1993), 48-57.

[96] POLIBIO, III 36-38, V 21, 4-9; SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* XVII-XIX; CICERÓN, *Orator* 66; *De oratore* II 63; id., LUCIANO, *Cómo se debe escribir la historia* LVII.

[97] LAUSBERG, *Elementos de retórica*…, págs. 219-221.

[98] K. EISENHARDT, *Über die Reden in den Historien und in den Annalen des Tacitus*, Ludwigshafen am Rhein, 1911; COURBAUD, *Les procédés d'art de Tacite*…, págs. 199-234; R. ULLMANN, *La technique des discours dans Salluste, Tite Live et Tacite*, Oslo, 1927, págs. 197-249; N. P. MILLER, «Dramatic Speech in Tacitus», *Amer. Journ. Philology* 85 (1964), 279-296; id., «Dramatic Speech in the Roman Histoirans», *Greece & Rome 22* (1975), 45-57; J. N. ADAMS, «The Vocabulary of the Speeches in Tacitus' Historical Works», *Bull. Inst. Class. Stud*. 20 (1973), 124-144; E. AUBRION, *Rhétorique et histoire chez Tacite*, Metz, 1985, págs. 491-678; id., «*L'eloquentia* de Tacite et sa *fides* d'historien», *ANRW* II 33.4 (1991), 2597-2688; E. KEITEL, «Homeric antecedents to the *cohortatio* in the ancient historiens», *Class. World* 80 (1986-1987), 153-172; id., «Otho's Exhortations in Tacitus' *Histories», Greece & Rome* 34 (1987) 73-82; id., «The structure and function of speeches in Tacitus' *Histories* I-III», *ANRW* II 33.4 (1991), 2.772-2.794; id., «Speech and narrative in *Histories* 4», en T. J. LUCE y A. J. WOODMAN, eds., *Tacitus and the Tacitean Tradition*, Princeton, 1993, págs. 39-58; J. DANGEL, «Les discours chez Tacite: rhétorique et imitation créatrice», *Ktema* 14 (1989), 291-300; id., «La phrase oratoire…», págs. 2.504-2.532; SAGE, «Tacitus' Historical Works…», págs. 920-926; M. H. HANSEN, «The battle exhortation in ancient historiography: fact or fiction?», *Historia* 42 (1993), 161-180; A. LAIRD, *Powers of Expression, Expressions of Power. Speech Presentation and Latin Literature*, Oxford, 1999, págs. 116-152; F. NAVARRO ANTOLÍN, «La retórica del discurso: la *Cohortatio*. Tradición clásica y pervivencia», *Cuad. Filol. Clás. Est. Lat*. 19 (2000), 79-124; R. UTARD, *Le discours indirect chez les historiens latins: écriture ou oralité?*, Lovaina, 2004; J. C. IGLESIAS, ed., *Retórica e Historiografía. El discurso militar de la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, Madrid, 2008; D. S. LEVENE, «Speeches in the *Histories*», en WOODMAN, ed., *Cambridge Companion to Tacitus*, págs. 212-224.

[99] El *Pro Rhodiensibus* fue pronunciado el año 167 a. C.; cf. AULO GELIO, VI 3, 52; fragm. 163 Malcovati.

[100] Cf. P. STADTER, ed., *The Speeches in Thucydides*, Chapel Hill, 1972.

[101] H. FURNEAUX, *The Annals of Tacitus*, Oxford, 1907[2], II, págs. 54-60; P. FABIA, *La Table*

Claudienne de Lyon, Lyon, 1929; N. P. MILLER, «The Claudian Tablet and Tacitus: A Reconsideration», *Rhein. Museum* 99 (1956), 304-315; M. T. GRIFFIN, «The Lyons tablet and Tacitean hindsight», *Class. Quarterly* 32 (1982), 404-418; id., «Tacitus as a historian», en A. J. WOODMAN, ed., *The Cambridge Companion to Tacitus*, págs. 177-181; J. DANGEL, «La phrase oratoire chez Tacite», *ANRW* II 33.4 (1991), 2.513-2.518.

[102] Cf. K. WELLESLEY, «Can you trust Tacitus?», *Greece & Rome* 1 (1954), 13-33; I. MUÑOZ VALLE, *La verdad sobre Tácito*, Valladolid, 1975. Igualmente ocurre con la *Tabula Siarensis y Anales*, II 83 (cf. J. GONZÁLEZ y F. FERNÁNDEZ, «Tabula Siarensis», *Iura* 32 [1981, pub. 1984], 1-35; J. GONZÁLEZ, «Tabula Siarensis, Fortunales Siarenses et municipia civium Romanorum», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 55 [1984], 55-100) y con el decreto del Senado sobre Pisón padre y *Anales*, III 7-19 (cf. W. ECK, A. CABALLOS y F. FERNÁNDEZ, *Das Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre*, Múnich, 1996); cf. A. J. WOODMAN y R. H. MARTIN, *The Annals of Tacitus, book 3*, Cambridge, 1996, págs. 110-118; A. J. WOODMAN, «Tacitus», en C. S. KRAUS y A. J. WOODMAN, *Latin Historians*, Oxford, 1997, págs. 99-102; A. YAKOBSON, «The princess of inscriptions: *Senatus Consultum de Cn. Pisone Patre* and the early years of Tiberius' reign», *Scripta Classica Israelica* 17 (1998), 206-224; C. DAMON y S. TAKÁCS, eds., «The Senatus Consultum de Cn. Pisone patre», *Amer. Journ. Philol*. 120 (1999), 1-162; G. ROWE, *Princes and Political Cultures: The New Tiberian Senatorial Decrees*, Ann Arbor, 2002; C. S. MACKAY, «*Quaestiones Pisonianae*: procedural and chronological notes on the S.C. de Cn. Pisone Patre», *Harv. Stud. Class. Philol*. 101 (2003), 311-370; R. MELLOR, *Tacitus' Annals*, Oxford, 2011, págs. 35-41.

[103] N. P. MILLER, «Dramatic Speech in Tacitus», *Amer. Journ. Philol*. 85 (1964), 279-296.

[104] Cf. ASH, *Histories II*, págs. 199-200; B. F. HARRIS, «Tacitus on the Death of Otho», *Class. Journal* 58 (1962), 73-77; C. PERKINS, «Tacitus on Otho», *Latomus* 52 (1993), 848-855.

[105] ULLMANN, *Les discours des historiens latins…*, págs. 209-210; K. KEITEL, «Otho's Exhortations in Tacitus' *Histories», Greece & Rome* 34 (1987), 78-80; A. LAIRD, «The Rhetoric of Roman historiography», en A. FELDHERR, ed., *The Cambridge Companion to the Roman Historians*, Cambridge, 2009, págs. 204-208.

[106] G. TOWNEND, «Some rhetorical Battle-pictures in Dio», *Hermes* 92 (1964), 467-481; F. CAIRNS, «Propertius and the battle of Actium (4.6)», en T. WOODMAN y D. WEST, *Poetry and Politics in the Age of Augustus*, Cambridge, 1984, págs. 129-168 y 229-236.

[107] Cf. JENOFONTE, *Agesilao* II 14; POLIBIO, XVI 18; XXIX 12; CICERÓN, *El orador* LXVI; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* LXI; TÁCITO, *Agrícola* XXXVII; LUCIANO, *Cómo debe escribirse la historia* XLV; XLIX.

[108] Cf. A. D. WALKER, «*Enargeia* and the Spectator in Greek Historiography», *Trans. Amer. Philol. Assoc*. 123 (1993), 353-377.

[109] Cf. DIÓN CASIO, LXV 12-15.

[110] Cf. CICERÓN, *De oratore* II 59 *(delectationis causa… legere soleo*); T. WOODMAN, «Self-imitation and the substance of History: Tacitus, *Annals* 1.61-5 and *Histories* 2.70, 5.14-15», en D. WEST y T. WOODMAN, eds., *Creative Imitation and Latin Literature*, Cambridge, 1979, págs. 154 y 235.

[111] E. KEITEL, «*Foedum spectaculum* and Related Motifs in Tacitus *Histories* II-III», *Rhen. Museum* 135 (1992), 342-351; E. PAGÁN, «The Mourning after: Statius, *Thebaid* 12», *Amer. Journ. Philol*. 1221 (2000), 423-452; E. MANOLARAKI, «A Picture Worth a Thousand Words: Revisiting Bedriaco (Tacitus, *Histories* 2.70)», *Class. Philol*. 100 (2005), 243-267.

[112] Cf. también SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* CI 11; LUCANO, *Farsalia* VII 786-96; SILIO ITÁLICO, X 449-453; ESTACIO, *Tebaida* XII 1-59.

[113] G. M. PAUL, «*Urbs capta*: Sketch of an ancient literary motif», *Phoenix* 36 (1982), 144-155; N. PURCELL, «On the Sacking of Carthage and Corinth», en D. C. INNES, H. HINE, C. PELLING, eds., *Ethics and Rhetoric: Classical Essays for D. Russell*, Oxford, 1995, págs. 133-148; E. KEITEL, «The Art of Losing: Tacitus and the Disaster Narrative», en CH. S. KRAUS, J. MARINCOLA y CH. PELLING, eds., *Ancient Historiography and its Contexts. Studies in Honour of A. J. Woodman*, Oxford, 2010, págs. 331-352.

[114] Léase un desarrollo bastante completo en la *Retórica a Herenio* IV 39, 51; cf. QUINTILIANO, *Instituciones oratorias*, VIII 3, 67-70. El mismo Tácito se refiere a *urhium oppugnationes* o «conquistas de

ciudades» en la digresión *de Anales* IV 32, 1.

[115] Cf., por ejemplo, ENNIO, *Scaenica* 366-369; *Anales* 389-390 (Skutsch); VIRGILIO, *Eneida* II *passim*; LIVIO, I 29 (conquista de Alba Longa), V 42 (conquista de Roma por los galos); PETRONIO, *Satiricón* 143; OROSIO, IV 6, 10; JORDANES, *Getica* XLII 220-1; ISIDORO, *Etimologías* II 21, 34.

[116] Cf. *Anales* IV 62-63 para el desastre de Fidenas; léase a A. J. WOODMAN, «Remarks on the Structure and Content of Tacitus, *Annals* 4.57-67», *Class. Quarterly* 22 (1972), 150-158.

[117] Léase a QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* VIII 3, 67-70; cf. HERMÓGENES en *Rhet. Graec*. II 16 (Spengel); ANÓN., *Retórica a Herenio* IV 39, 51.

[118] Cf. C. W. MENDELL, *Tacitus, the Man and his Work*, New Haven, 1957, págs. 294-348; R. J. TARRANT, «Tacitus», en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and Transmission*, Oxford, 1983, págs. 406-409; B. ANTÓN, *El Tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de ‘receptio’*, Valladolid, 1992, págs. 37-46; F. RÖMER, «Kritischer Problem- und Forschungsbericht zur Überlieferung der taciteischen Schriften», *ANRW* 33.3 (1991), 2.299-2.339 (bibliografía en págs. 2.333-2.338); MARTIN, *Tacitus*, págs. 236-243.

[119] *Historia Augusta* X 3: *ne lectorum incuria deperiret*, «para que no perezca por la indiferencia de los lectores».

[120] Cf. SYME, *Tacitus*, II, págs. 686-687.

[121] Es tratado por Tácito en *Germania* XLV 4-5.

[122] M. WINTERBOTTOM, «Tacitus: Minor Works», en L. D. REYNOLDS, ed., *Texts and transmission*, Oxford, 1983, pág. 410.

[123] Sobre los manuscritos, léase el ensayo, muy completo, de F. RÖMER, «Kritischer Problem…», págs. 2.299-2.339; cf. F. SANMARTÍ BONCOMPTE, *Tácito en España*, Barcelona, 1951, págs. 17-26.

[124] Existe facsímil en H. ROSTAGNO, *Codex Laurentianus 68 II phototypice editus*, Leiden, 1902; cf. C. HERAEUS, *Studia critica in Mediceos Taciti codices*, Marburg, 1846; E. A. LOWE, «The Unique MS of Tacitus’ *Histories», Casinensia* 1 (1929), 257-272; K. J. HEILIG, «Ein Beitrag zur Geschichte des Mediceus II», *Wiener Studien* 53 (1935), 95-110; R. P. OLIVER, «The Second Medicean MS», *Illinois Class. Stud*. 1 (1976), 190-225.

[125] C. W. MENDELL, S. A. IVES, «Ryck’s manuscript of Tacitus», *Amer. Journ. Philol*. 72 (1951), 337-345; C. W. MENDELL; «Leidensis BPL 16B, Tacitus XI-XXI», *Amer. Journ. Philol*. 75 (1954), 250-270; E. KOESTERMANN, «Codex Leidensis BPL 16B», *Philologus* 104 (1960), 92-115; K. WELLESLEY, «In Defence of the Leiden Tacitus», *Rhein. Museum* 110 (1967), 210-224; id., «Was the Leiden MS of Tacitus copied from the *Editio Princeps?», Amer. Journ. Philol*. 89 (1968), 302-320.

[126] Cf. R. H. MARTIN, «The Leyden Manuscript of Tacitus», *Class. Quarterly* 14 (1964), 109-119; id., *Class. Review* 24 (1974), 209-211; F. R. D. GOODYEAR, «The Readings of the Leiden Manuscript of Tacitus», *Class. Quarterly* 15 (1965), 299-322; id., «On the Leidensis of Tacitus», 20 (1970), 365-370; F. RÖMER y H. HEUBNER, «Leidensis redivivus?», *Wiener Stud*. 91 (1978), 159-174.

[127] Un facsímil fue publicado por C. W. MENDELL y E. HULSHOFF, *Tacitus, Annales (XI-XVI) et Historiae: Codex Leidensis Bibliotecas Publicae Latinus 16B (Codex Agricolae)*, Leiden, 1966; cf. reseña de K. WELLESLEY, *Class. Review* 19 (1969), 299-300.

[128] Léase un resumen de la cuestión en K. WELLESLEY, *Cornelius Tacitus, The Histories, book III*, Sídney, 1972, págs. 28-29.

[129] Reeve niega esta división; cf. M. D. REEVE, *Manuscripts and Methods. Essays on editions and transmission*, Roma, 2011, pág. 350.

[130] Cf. SANMARTÍ, *Tácito en España*, pág. 23; L. RUBIO, *Catálogo de los manuscritos clásicos latinos existentes en España*, Madrid, 1984, págs. 608-609, n.º 728: Biblioteca del Real Seminario de San Carlos, m*s. B-3-2*. Sobre los manuscritos de Tácito en España, léase a SANMARTÍ, *Tácito en España*, págs. 19-26; B. ANTÓN, *El Tacitismo en el siglo XVII en España…*, págs. 55-63.

[131] Cf. RUBIO, *Catálogo de los manuscritos…*, págs. 331-332, n.º 390.

[132] *Editio Bipontina*, 1779, III, págs. XXXVII-L; *Editio in usum Delphini*, 1821, IX, págs. 4.548-4.561; SANMARTÍ, *Tácito en España*, págs. 27-59; F. R. D. GOODYEAR, *The Annals of Tacitus, books 1-6, vol. 1:*

Annals 1.1-54, Cambridge, 1972, págs. 5-19. B. ANTÓN, *El Tacitismo en el siglo XVII en España…*, págs. 43-48 y 63-68 (ediciones en España).

[133] A. GRAFTON, «Portrait of Justus Lipsius», *American Scholar* 56 (1987), 382-390; M. MORFORD, «Tacitean *prudentia* and the doctrines of Justus Lipsius», en T. J. LUCE y A. J. WOODMAN, eds., *Tacitus and the Tacitean Tradition*, Princeton, 1993, págs. 129-151.

[134] J. Ruysschaert *(Juste Lipse et les Annales de Tacite. Une méthode de critique textuelle au XVIe siècle*, Lovaina, 1949, págs. 144-163; cf. reseña de A. MOMIGLIANO en *Journ. Rom. Stud.* 39 [1949], 190-192) lo acusa de haber plagiado en algunas enmiendas a M. A. Muretus y Claude Chifflet; id., «Juste Lipse, éditeur de Tacite», en F. GORI y C. QUESTA, eds., *Atti del Colloquio La Fortuna di Tacito del Sec. XV ad Oggi*, Urbino, 1979, págs. 47-61.

[135] C. O. BRINK, «Justus Lipsius and the text of Tacitus», *Journ. Rom. Stud.* 41 (1951), 32-51.

[136] En este mismo año aparecieron la edición de Ianus Gruterus en Frankfurt y las *Notae* de V. Acidalius en Hannover.

[137]GOODYEAR, *The Annals…*, pág. 15.

[138] Léase a SANMARTÍ, *Tácito en España*, págs. 111-211.

[139] P. de NOLHAC, «Boccace et Tacite», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire* 12 (1892), 125-148.

[140] Cf. G. IANZITI, *Writing History in Renaissance Italy: Leonardo Bruni and the uses of the Past*, Cambridge, Massachussets, 2012.

[141] Léase la monografía de B. ANTÓN MARTÍNEZ, *El Tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de' receptio*', Valladolid, 1992; G. TOFFANIN, *Machiavelli e il 'Tacitismo*', Padua, 1921; A. D. MOMIGLIANO, «The first political Commentary on Tacitus», *Jour. Rom. Stud.* 37 (1947), 91-101; E. TIERNO GALVÁN, «El Tacitismo en las doctrinas políticas…», págs. 13-93); SANMARTÍ, *Tácito en España*, págs. 114-151; J. VON STACKELBERG, *Tacitus in der Romania: Studien zur literarischen Rezeption des Tacitus in Italien und Frankreich*, Tubinga, 1960; P. BURKE, «Tacitism», en T. A. DOREY, ed., *Tacitus*, 1969, págs. 149-171; C. SCHELLHASE, *Tacitus in the Renaissance Political Thought*, Chicago, 1976; A. GRAFTON, «Tacitus», en A. GRAFTON, G. W. MOST, S. SETTIS, eds., *The Classical Tradition*, Cambridge, Mass. y Londres, 2010, págs. 920-924; R. MELLOR, *Tacitus' Annals*, Oxford, 2011, págs. 196-225; D. KAPUST, «Tacitus and Political Thought», en V. E. PAGÁN, ed., *A Companion to Tacitus*, Wiley-Blackwell, 2012, págs. 504-528.

[142] BURKE, «Tacitism», pág. 151.

[143] G. TOFFANIN, *Machiavelli e il tacitismo*, Nápoles, 1972^2.

[144] *El Tacitismo en el siglo XVII en España…*, págs. 15-16 y 91-156.

[145] Citado por A. MOMIGLIANO, «The first political commentary on Tacitus», *Journ. Rom. Stud.* 37 (1947), 91.

[146] Cf. el artículo citado en la nota anterior.

[147] Léase a R. MELLOR, *Tacitus' Annals*, Oxford, 2011, págs. 196-225.

[148] E. B. BENJAMIN, «Bacon and Tacitus», *Class. Philology* 60 (1965), 102-110.

[149] Cf. H. HÖPF, «History and Exemplarity in the Work of Lipsius», en E. DE BOM, M. JANSSENS, T. VAN HOUDT, y J. PAPY, eds., *(Un)masking the realities of power: Justus Lipsius and the dynamics of political writing in early modern Europe*, Leiden, 2011, págs. 43-71.

[150] D. RIGGS, *Ben Jonson: a Life*, Cambridge, 1989.

[151] B. ANTÓN, *El Tacitismo en el siglo XVII en España…*, págs. 126-154.

[152] Los libros de Lipsius que más influyeron en España fueron los *Politicorum libri sex*, la *Constantia y* el *Liber Panegyricus*; cf. B. ANTÓN, *El Tacitismo en el siglo XVII en España…*, pág. 154.

[153] Cf. SANMARTÍ, *Tácito en España*, págs. 127-151.

[154] Cf. R. MELLOR, *Tacitus*, Nueva York y Londres, 1993, pág. 155; C. VOLPILHAC-AUGER, *Tacite et Montesquieu*, Oxford, 1985.

[155] Cf. G. W. BOWERSOCK, «Gibbon on Civil War and Rebellion in the *Decline of the Roman Empire», Daedalus* 105 (1976), 63-71; P. CARTLEDGE, «The Tacitism of Edward Gibbon (two hundred years on)»,

Mediterranean Historical Review 4 (1989), 251-270; A. QUINN, «Meditating Tacitus: Gibbon's Adaptation to an Eighteenth-Century Audience», *Quarterly Journal of Speech* 70 (1984), 53-68.

[156] A. WANKENNE, «Napoléon et Tacite», *Les Études Classiques* 35 (1967), 260-263.

[157] E. JANSSENS, «Stendhal et Tacite», *Latomus* 5 (1946), 311-319.

[158] MELLOR, *Tacitus' Annals*, pág. 225.

[159] E. TIERNO GALVÁN, «El Tacitismo en las doctrinas políticas…», págs. 900-909; SANMARTÍ, *Tácito en España*, págs. 60-110; B. ANTÓN MARTÍNEZ, *El tacitismo en el siglo XVII…*, págs. 63-88; P. J. QUETGLAS, «Tácito», en F. LAFARGA y L. PEGENAUTE, eds., *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid, Gredos, 2009, págs. 1.079-1.081.

[160] Cf. A. COROLEU, «A preliminary survey of Greek and Latin historians in translation in the Iberian Peninsula (c. 1360-1599)», *Bull. Spanish Studies* 81 (2004), 897-912, esp. pág. 906.

[161] *Bihliotheca Hispana Nova*, Madrid, 1783, II, f. 624.

[162] Léase a LUIS DE CAÑIGRAL CORTÉS, «Pedro Simón Abril, teórico de la traducción», en J. C. SANTOYO et alii, eds., *Fidus interpres. Actas de las primeras jornadas nacionales de Historia de Traducción*, León, 1987, I, págs. 215-221.

[163] Cf. TIERNO GALVÁN, «El tacitismo en las doctrinas políticas…», págs. 954-75.

[164] Sobre las traducciones de Sueyro, Álamos de Barrientos y Coloma, léase a SANMARTÍ, *Tácito en España*, págs. 63-96.

[165] Las ediciones de B. Rhenanus (1544), J. Lipsius (1607, póstuma), C. Pichena (1607), J. Gruterus (1607), J. A. Ernesti (1772), editio Bipontina (1779) y J. J. Oberlin-J. Naudet (1829), entre otras, son muy ricas en anotaciones, de las que son deudoras, aunque no se mencionen, todas las ediciones y comentarios modernos.

[166] Las notas de N. Heinsius (1620-1681) al texto de Tácito *(Animadversa ad Tacitum)* fueron publicadas por primera vez en la edición de I. A. Ernesti de 1772, Lipsiae, II, págs. 733-745 *(Historias)*. La noticia de estas notas aparece en la biografía que Petrus Burmmannus, Jr., escribió en el prafacio de *Nicolai Heinsii Adversariorum libri IV*, Harlingae, 1742, pág. 56.

[167] Una bibliografia mínima sería la siguiente: el texto latino de K. WELLESLEY (Leipzig, 1989), el estudio panorámico de J. L. MORALEJO («Tácito», en C. CODOÑER, ed., *Historia de la literatura latina*, Madrid, 1997, págs. 605-636), la monografía de R. H. MARTIN (*Tacitus*, Londres, 1981, reimpr. 2001) y los comentarios de C. DAMON (I), R. ASH (II), K. WELLESLEY (III) y H. HEUBNER (I-V).

LIBRO I

SINOPSIS
(Año 69 d. C., primeros meses)

Capítulos

LIBRO I

Prefacio: el escenario de las Historias[1]

1. Empezaré mi obra en el año del consulado[2] de Servio Galba por segunda vez[3] y de Tito Vinio[4], pues el período precedente de 820 años desde la fundación de Roma[5] ha contado, en tanto se daba cuenta de la historia de la República[6], con muchos historiadores de estilo elocuente e independencia de criterio. Pero cuando se libró la batalla de Accio[7] y convino en período de paz que todo el poder se concentrara en una sola mano, desaparecieron aquellos grandes talentos[8]. Al mismo tiempo, la verdad también se resintió de diferentes maneras, en primer lugar, por ignorancia de la política, como si no les interesara y, en segundo lugar, por un deseo apasionado de adular o, por el contrario, por odio hacia los gobernantes. Así que, ni unos ni otros autores, desde los hostiles hasta los sumisos, se preocuparon de [2] la posteridad. Con todo, es fácil despreciar los halagos de un escritor, mientras que la maledicencia y la envidia encuentran una audiencia de oídos favorables. Y, efectivamente, la adulación acarrea la vergonzosa acusación de servilismo, mientras [3] que la malevolencia transmite la falsa impresión de libertad. En lo que a mí respecta, no traté a Galba y a Otón ni para bien ni para mal. No voy a negar que mi carrera política[9] se inició con Vespasiano, fue favorecida por Tito y llegó más lejos con Domiciano. Sin embargo, quienes hacen profesión de una honestidad insobornable deberán hablar de cada cual sin parcialidad y [4] sin odio. Si llego a vivir lo suficiente, he reservado para mi vejez el principado del divino Nerva y la carrera imperial de Trajano[10], materia más rica y menos espinosa, pues son extraordinariamente afortunados estos tiempos[11], en los que se puede pensar lo que se quiere y decir lo que se piensa.

Contenido de las historias[12]

2. La obra literaria en la que estoy embarcado es muy rica[13] en desastres, llena de atroces batallas, plagada de luchas civiles, e incluso cruel en la paz. Cuatro emperadores[14] sucumbieron por la espada. Hubo tres guerras civiles[15], más conflictos en el extranjero[16] y a menudo ambos al mismo tiempo[17]. La situación era favorable en Oriente y adversa en Occidente[18]. El Ilírico era un torbellino, las Galias flaqueaban[19] y Britania fue conquistada e inmediatamente abandonada a su suerte[20]. Se levantaron

contra nosotros los pueblos sármatas y suevos, el pueblo dacio se distinguió por victorias y derrotas y casi llegó a movilizarse el ejército de los partos gracias a la impostura de un falso Nerón[21]. [2] También la misma Italia fue víctima de desastres sin precedentes o por lo menos no habían ocurrido desde hacía muchos siglos. Ciudades se habían incendiado o habían quedado sepultadas en la parte más rica de la costa de Campania[22]. Roma fue devastada por incendios que destruyeron los templos más antiguos, llegando las manos de los ciudadanos a incendiar el mismo Capitolio[23]. Se profanaron ceremonias religiosas y se cometieron adulterios sonados[24]. El mar se pobló de exiliados[25] y sus islas rocosas se mancharon de sangre[26]. La [3] crueldad fue más atroz en Roma. La nobleza, las riquezas y los cargos políticos se declinaban o desempeñaban como si fuera un crimen y la recompensa de la virtud era una muerte más que segura[27]. Las ganancias de los delatores eran no menos odiosas que sus crímenes[28], pues unos conseguían sacerdocios y consulados como si se tratara de despojos, mientras otros alcanzaban puestos oficiales y poder en la sombra, tratando y subvirtiendo todo, provocando el odio y el terror. Se sobornaba a los esclavos contra sus señores, a los libertos contra sus patronos, y quienes no tenían enemigos, caían arruinados por sus amigos[29].

3. Sin embargo, esta época no fue tan estéril en virtudes como para no brindar también nobles ejemplos. Hubo madres que acompañaron a sus hijos en su huida, esposas que siguieron a sus maridos al exilio[30]. Hubo parientes valientes, yernos leales y esclavos de fidelidad inquebrantable, incluso a prueba de torturas[31]. Hombres ilustres se vieron en el último trance, trance que sobrellevaron con valentía, y se produjeron desenlaces fatales [2] comparables a las muertes ilustres de la antigüedad[32]. Además de las múltiples desgracias entre los hombres, hubo prodigios en el cielo y en la tierra, rayos premonitorios y señales del futuro, favorables u ominosas, dudosas o manifiestas[33]. Y, desde luego, nunca se había comprobado con sufrimientos más crueles del pueblo romano o con pruebas más tajantes que los dioses no se preocupaban de nuestra seguridad, pero sí de nuestro castigo[34].

Diagnosis del imperio[35]

4. Por lo demás, antes de redactar mi proyecto, parece razonable hacer un resumen de la situación de Roma, del sentir del ejército, de la actitud de las provincias y de lo que había sano y enfermo[36] en el mundo entero, con el fin de que se pueda apreciar no solo el curso y consecuencias de los acontecimientos, que están por lo general dictados por la

fortuna, sino también su lógica y motivaciones. La muerte de Nerón[37], [2] si bien fue acogida inicialmente con alegría en medio de una explosión de entusiasmo, no obstante, había suscitado una variedad de emociones no solo en Roma entre los senadores, el pueblo o la guarnición de la ciudad[38], sino también entre todas las legiones y sus mandos, pues se había divulgado un secreto del imperio: era posible que se eligiera a un emperador en un lugar que no fuera Roma[39]. Pero los senadores estaban contentos [3] porque gozaron inmediatamente de una considerable libertad de expresión, como correspondía ante un emperador nuevo y ausente; los líderes de los caballeros[40] andaban cercanos a la alegría de los senadores; la parte del pueblo, la honrada y ligada a las grandes familias, los clientes y libertos de los condenados y desterrados vieron renacer sus esperanzas; las clases bajas, acostumbradas al circo y al teatro, así como la escoria de los esclavos o los que, tras despilfarrar sus bienes, se alimentaban de la infamia de Nerón, se mostraban tristes o ávidos de rumores.

5. La guarnición de Roma[41], que tenía una larga tradición de juramento de lealtad a los Césares, se había inclinado por abandonar a Nerón más por astucia y presión ajenas que por propia iniciativa. Cuando descubrió que no se le daba el donativo prometido[42] en nombre de Galba, que en la paz no existían las mismas oportunidades que en la guerra para alcanzar destacados servicios y recompensas y que se le habían adelantado en el favor de un príncipe elegido por las legiones, se declaró en rebeldía, inclinada como estaba a la revuelta, con el apoyo de las intrigas criminales del prefecto Ninfidio Sabino[43] que tramaba [2] hacerse él mismo emperador. Y es verdad que Ninfidio pereció en la misma intentona, pero, aunque se había eliminado la cabeza de la rebelión, quedaba la complicidad en la mayoría de los soldados. Y no faltaban habladurías que echaban en cara la vejez y la avaricia de Galba[44]. La severidad, alabada antes y aplaudida entre los soldados, irritaba a los que despreciaban la disciplina del pasado; Nerón los había acostumbrado durante catorce años de tal manera que amaban los vicios de los emperadores no menos de lo que temían antaño sus virtudes. Para remate se sumaron las palabras de Galba[45], impecables para los intereses del Estado, pero peligrosas para él: «Yo recluto, no compro a mis soldados». Lo cierto era que lo demás no se amoldaba a esa manera de actuar.

6. Tito Vinio y Cornelio Lacón[46], —el uno, el más vicioso de los hombres, y el otro, el más cobarde de todos—, a este débil anciano, ya abrumado con el odio que provocaban los vicios del primero, lo estaban destruyendo también con el desprecio que se sentía hacia la cobardía del segundo[47]. El viaje de Galba fue lento[48] y sangriento, pues se dio muerte a Cingonio Varrón, cónsul electo, y al excónsul Petronio Turpiliano[49]. Uno,

por ser cómplice de Ninfidio, y el otro, por ser general de Nerón, murieron sin juicio ni defensa, como si se hubiera condenado a unos inocentes. La entrada en Roma, con la masacre de [2] miles de soldados desarmados[50], se produjo bajo sombríos augurios, resultando terrible incluso para quienes la perpetraron. Comoquiera que había entrado la legión de Hispania[51] y se retenía a la que Nerón había reclutado de la flota[52], Roma se llenó de un ejército inusual. Además, había un numeroso contingente procedente de Germania, Britania e Ilírico, que el mismo Nerón había seleccionado y enviado por delante a las Puertas Caspias[53] para la campaña que preparaba contra los albanos[54], pero que había reclamado para aplastar la revuelta de Víndice[55]. Había fuerzas de sobra para un nuevo estallido de violencia, sin que mostraran una clara preferencia por ningún líder, aunque estaban disponibles para el que se atreviera a actuar[56].

7. Sucedió por casualidad que llegaron las noticias de las ejecuciones de Clodio Macro y Fonteyo Capitón[57]. A Macro, que sin duda intentaba sublevarse en África, le dio muerte el agente imperial Trebonio Garuciano[58] por orden de Galba, mientras que a Capitón, que abrigaba idénticos proyectos, lo asesinaron en Germania los comandantes de la legión Cornelio Aquino y Fabio Valente[59] sin esperar instrucciones. Hubo quienes opinaban [2] que Capitón, aunque repulsivo y marcado por la avaricia y la lujuria, no había pensado todavía en la rebelión; pero que, cuando sus comandantes de la legión le aconsejaron iniciar una revuelta, sin que lograran empujarle a ella, fueron más lejos y tramaron contra él una falsa acusación; y creían también que Galba por debilidad de carácter o para que no se investigara más a fondo dio su aprobación a aquellos hechos, fueran los que fueran, puesto que ya no se podían cambiar. Por lo demás, ambas ejecuciones fueron recibidas con malos augurios. Y, una vez que el emperador se hizo impopular, las mismas antipatías le acarreaban [3] las buenas o las malas acciones. Todo tenía un precio[60], los libertos ejercían demasiada influencia, la mayoría de los esclavos se mostraban deseosos de nuevos cambios y actuaban con impaciencia a la vista de que trataban con un anciano. Los males de la nueva corte eran los mismos, iguales de graves, pero no igual de tolerables. La edad misma de Galba provocaba sonrisas despectivas[61] y desencanto en la gente acostumbrada a la juventud de Nerón y que comparaba, como es usual en la gente, a los dos emperadores por su belleza y atractivo físico.

Situación de las provincias

8. Tal era pues el estado de ánimo en Roma, como era de esperar en una población tan grande. En cuanto a las provincias, en Hispania gobernaba Cluvio Rufo[62], hombre

elocuente y hábil para la paz, pero sin experiencia en la guerra. Las Galias estaban vinculadas a Roma, además de por el recuerdo de Víndice, por la concesión reciente de la ciudadanía romana y el alivio de los impuestos para el futuro. Sin embargo, las ciudades galas cercanas[63] a los ejércitos de Germania no habían recibido el mismo trato de favor. Algunas, que incluso habían perdido territorio, medían con igual resentimiento las concesiones hechas a otras y sus propios agravios. Los ejércitos [2] de Germania[64], que representaban un gran peligro a la vista de fuerzas tan grandes, estaban inquietos y furiosos entre el orgullo de la reciente victoria y el miedo por las consecuencias de haber apoyado al bando perdedor. Se habían mostrado remisos en abandonar a Nerón y Verginio[65] no se había declarado inmediatamente en favor de Galba. Se dudaba si no había querido ser él mismo el emperador, pero se estaba de acuerdo en que los soldados le habían ofrecido el imperio[66]. De la muerte de Fonteyo Capitón[67] se indignaron incluso quienes no estaban en condiciones de quejarse. Pero les faltaba un líder, pues se había apartado a Verginio[68] so pretexto de amistad. El hecho de que no se le devolviera y que incluso se le considerara un imputado los soldados lo tomaban como si fuera un reproche dirigido contra ellos.

9. El ejército de Germania Superior despreciaba a su comandante en jefe Hordeonio Flaco[69], impedido por la vejez y la podagra, sin personalidad ni prestigio. No era capaz de mantener la disciplina ni siquiera cuando las tropas estaban en calma, y aquellos hombres enfurecidos se inflamaban todavía más ante la debilidad de quien intentaba reprimirlos. Las legiones de Germania Inferior estuvieron largo tiempo sin un gobernador[70], hasta que se presentó, enviado por Galba, Aulo Vitelio[71], hijo de Vitelio, censor y tres veces cónsul: eso parecía suficiente [2] acreditación. En el ejército de Britania no se produjo resentimiento alguno. En realidad, a lo largo de todas las perturbaciones de las guerras civiles no hubo otras legiones[72] que se comportaran con más docilidad, ya fuera porque se encontraban lejos y separadas por el Océano o porque aleccionadas por continuas campañas habían reservado más bien el odio para el [3] enemigo. Había paz también en el Ilírico, aunque las legiones movilizadas por Nerón[73], mientras estaban a la espera de acontecimientos en Italia, habían abordado a Verginio a través de delegaciones. Pero los ejércitos fueron separados por grandes distancias, que es el método más sensato para asegurar la lealtad de las tropas, de manera que no llegaron a mezclarse ni en fuerzas ni en flaquezas.

10. El Oriente se mantenía todavía en calma. A Siria[74] la mandaba con cuatro legiones Licinio Muciano[75], un hombre notorio tanto por sus éxitos como por sus fracasos. De joven había cultivado para sus propios intereses las amistades de los grandes. Después, tras malgastar su patrimonio y encontrarse en una situación peligrosa,

pues incluso se pensó que había provocado las iras de Claudio, se retiró a un lugar recóndito de Asia, donde estuvo tan cerca de ser un desterrado como más tarde de llegar [2] a ser emperador. Era una mezcla de dejadez y energía, de cortesía y arrogancia, de buenas y malas cualidades. Disfrutaba de placeres desmedidos[76] en su tiempo libre, pero, cuando se aplicaba al trabajo, estaba dotado de grandes virtudes. Se alababa su vida pública, pero se criticaba su vida privada. Ejercía, sin embargo, una gran influencia entre sus subordinados, allegados y colegas gracias a sus variadas formas de intriga, resultándole [3] más práctico entregar el imperio que ser él mismo emperador. Flavio Vespasiano (Nerón lo había nombrado general) ostentaba el mando de la guerra de Judea con tres legiones[77]. Vespasiano no abrigaba el deseo o la animosidad de oponerse a Galba, pues de hecho había enviado a su hijo Tito a mostrarle sus respetos y pleitesía, como recordaremos en su lugar[78]. Solo después de alcanzar el imperio hemos dado crédito a los arcanos del destino y a las señales y oráculos[79] que reservaban el imperio a Vespasiano y sus hijos.

11. Ya desde los tiempos del divino Augusto romanos del orden ecuestre, ocupando el lugar de los faraones, gobernaban Egipto y las tropas[80] para mantener el orden. Así pareció conveniente que la casa imperial mantuviera el control de una provincia de difícil acceso, rica en trigo, díscola y voluble por su fanatismo religioso[81] y su inmoralidad, indiferente a las leyes y desconocedora de las magistraturas[82]. La gobernaba entonces Tiberio Alejandro[83], nativo de Egipto. Tras la ejecución de Clodio [2] Macro, África y las legiones que allí estaban[84] se contentaban con cualquier emperador que fuera después de la experiencia con un dirigente de segunda fila. Las dos Mauritanias, Recia, Nórico, Tracia[85] y las demás gobernadas por procuradores[86], según estuvieran cercanas a uno u otro ejército, así se inclinaban al apoyo o a la hostilidad por la influencia de los más [3] fuertes que ellas. Las provincias sin legiones[87] y, sobre todo, Italia misma, expuesta a ser esclava de cualquiera, estaban condenadas a ser el precio de la guerra. Este era el estado del imperio romano cuando los cónsules Servio Galba por segunda vez y Tito Vinio[88] iniciaron el último año para ellos y casi el año final para el Estado.

Actuaciones de Galba[89]

12. Pocos días después del 1 de enero llegó de Bélgica[90] un despacho del agente imperial Pompeyo Propincuo[91] diciendo que las legiones de Germania Superior[92] habían roto su juramento de lealtad, exigían otro emperador y cedían la decisión de elegirlo al

Senado y al pueblo romano, con el fin de que la rebelión se acogiera con una mayor comprensión. Esta noticia aceleró el plan de Galba sobre la adopción [2] de un heredero que ya hacía tiempo venía rumiando consigo mismo y con sus más allegados. Y ciertamente en aquellos meses no se había producido tema de conversación más frecuente por la ciudad entera, primero por el placer morboso de hablar de tales asuntos y en segundo lugar por la edad, ya decrépita, de Galba. Pocos romanos mostraban buen juicio o amor [3] por el bien público, pero muchos con estúpidas esperanzas, según de quien fueran amigos o clientes, señalaban la candidatura de este o de aquel con rumores interesados, descargando incluso odio contra Tito Vinio, a quien, cuanto más poderoso se hacía de día en día, con la misma fuerza se le detestaba. El hecho era que la misma blandura de Galba despertaba la avidez de sus amigos, que se abría paso con extraordinario éxito, porque ante un hombre débil y crédulo se hacía el mal con menos miedo y mayores ganancias.

13. El poder real del gobierno estaba dividido entre el cónsul Tito Vinio y el prefecto del pretorio Cornelio Lacón[93]. Y de no menos influencia disfrutaba Ícelo[94], liberto de Galba, a quien se le había regalado el anillo de caballero y como tal se le llamaba con el nombre de Marciano. Estos hombres, en desacuerdo, iban cada uno a lo suyo en cuestiones menores, pero en la [2] decisión de elegir a un sucesor se dividían en dos bandos: Vinio estaba a favor de Otón[95], Lacón e Ícelo[96], de común acuerdo, no apoyaban tanto a un candidato concreto como a otro diferente. Galba no era ajeno tampoco a la amistad de Otón y Tito Vinio. Además, gente que no mantenía nada en silencio propalaba el rumor de que, al tener Vinio una hija sin casar[97] y estar Otón soltero, los dos estaban destinados a ser suegro y yerno. Y quiero creer que también existía preocupación por el Estado, pues de poco habría valido quitárselo a Nerón, si quedaba en manos [3] de Otón. Y es que Otón había vivido una infancia despreocupada y una juventud desenfrenada: se había ganado a Nerón porque imitaba sus lujos. Por eso, Nerón había cedido a Popea Sabina, la amante del emperador, a Otón, cómplice de sus placeres, hasta que pudiera desembarazarse de su esposa Octavia[98]. Luego, al sospechar que se había enamorado de la propia Popea, lo relegó a la provincia de Lusitania[99] so pretexto de que fuera allí su gobernador[100]. Otón administró la provincia con discreción, [4] pero fue el primero que se pasó al partido de Galba, actuó con diligencia y, mientras duró la guerra, fue el más brillante de los que apoyaron a Galba. Cada día se aferraba con más fuerza a la esperanza de adopción que había concebido desde el primer momento, pues le apoyaba la mayoría de las tropas y la corte de Nerón se inclinaba hacia uno que se le pareciera.

14. Por otra parte, tras el anuncio de la revuelta de Germania, Galba, aunque

todavía no se tenía información segura sobre Vitelio, estaba angustiado por saber hasta dónde se extendería el estallido violento de los ejércitos, pues ni siquiera confiaba en la guarnición de Roma. Así pues, puso en marcha el procedimiento de elección imperial como única solución. Convocó, además de a Vinio y a Lacón, a Mario Celso[101], cónsul electo, y a Ducenio Gémino[102], prefecto de la ciudad, y, tras hablar brevemente de su propia vejez, ordenó que se presentara Pisón Liciniano[103], fuera por propia iniciativa o, como algunos creyeron, a instancias de Lacón, que había cultivado la amistad de Pisón en casa de Rubelio Plauto[104]. Pese a ello, lo apoyaba astutamente como si le fuera desconocido, añadiendo crédito a [2] su propuesta la buena reputación de que gozaba Pisón. Como hijo de Marco Craso y Escribonia, Pisón era noble por ambos lados; era de una expresión y porte propios de una época antigua y se le consideraba serio según una estimación ajustada, aunque un tanto tradicional para sus detractores. Ese aspecto de su carácter, del que recelaban más los intrigantes, era lo que tanto agradaba a quien iba a adoptarlo.

15. Así, pues, parece que Galba tomó la mano de Pisón y le habló de esta manera[105]: «Si yo te adoptara como un particular mediante una ley de la Curia ante los pontífices según la costumbre tradicional[106], sería un honor para mí llamar a mi casa a un descendiente de Gneo Pompeyo y Marco Craso y para ti sería un orgullo añadir a tu nobleza las excelencias de los Sulpicios y Lutacios[107]. Ahora, cuando la voluntad unánime de dioses y hombres me ha llamado al poder imperial, tu extraordinario carácter y tu patriotismo me han impulsado a ofrecerte a ti, en tiempos de paz, el principado, por el que nuestros antepasados luchaban con las armas y que yo conseguí con la guerra. He seguido el ejemplo del divino Augusto, quien elevó a una posición próxima a la suya a Marcelo, hijo de su hermana[108], después a su yerno Agripa, más tarde a sus propios nietos y, finalmente, a su hijastro Tiberio Nerón. Pero Augusto buscó un sucesor dentro [2] de su familia, yo en el Estado, y no porque no tenga parientes o compañeros de armas. Yo no he aceptado tampoco el imperio por ambición, y la prueba de lo que digo es que he pospuesto no solo a mis parientes sino también a los tuyos. Tienes un hermano de igual nobleza[109], mayor que tú y digno de esta suerte si no fueras tú más valioso. Tienes la edad adecuada, pues ya has [3] dejado atrás las pasiones de la juventud y no hay nada en ese pasado de lo que tengas que arrepentirte. Hasta ahora solo has sufrido adversidades. El éxito prueba el carácter de los hombres con aguijones más afilados, porque las desgracias se soportan, [4] pero la prosperidad nos corrompe. La lealtad, la libertad y la amistad, principales bienes del alma humana, sin duda tú las mantendrás con la misma firmeza de siempre, pero otros las harán menguar con su servilismo. Irrumpirá la adulación, los halagos y el interés personal, el peor veneno del afecto sincero. Y es

cierto que tú y yo hablamos ya hoy entre nosotros con la mayor franqueza, pero los demás preferirán hacerlo más con nuestro cargo que con nosotros, pues convencer a un príncipe de lo que conviene hacer supone una difícil tarea, pero la adulación hacia el príncipe que sea se hace sin molestia alguna.

16. »Si el inmenso cuerpo del imperio[110] se pudiera sostener y mantener en equilibrio sin un gobernante, yo sería la persona adecuada para dar comienzo a una república. Sin embargo hace tiempo que se ha llegado a tal punto de necesidad que ni mi ancianidad puede ofrecer mejor regalo al pueblo romano que un buen sucesor ni tu juventud mayor regalo que un buen emperador. Bajo Tiberio, Gayo y Claudio fuimos como la herencia de una sola familia, de manera que el que se pueda elegir a un sucesor significará libertad. Con el fin de la dinastía de los Julios y Claudios encontraremos a los mejores con el sistema de la [2] adopción. Y, en efecto, el ser engendrados y nacer príncipes es una cuestión de suerte y no se valora más allá de eso, pero la adopción requiere un juicio sin condiciones y, si se quiere elegir, el consenso muestra el camino. Pon ante tus ojos a Nerón, al que, ensoberbecido por la larga serie de Césares, apearon de los hombros de Roma, no Víndice con una provincia indefensa o yo con una sola legión[111], sino su propia crueldad y depravación. Y todavía no existía el precedente de la condena de un emperador[112]. Nosotros, que hemos sido promocionados por la [3] guerra y por las personas juiciosas, seremos el objeto de envidia aunque seamos intachables. Sin embargo, no vayas a asustarte si dos legiones[113] todavía no se mantienen en calma después de la convulsión que ha sufrido el mundo. Ni siquiera mi ascensión al poder se produjo en paz. Y, una vez que se enteren de tu adopción dejarán de verme como un viejo, que es lo único que se me reprocha ahora. La gente peor siempre echará de menos a Nerón, pero mi tarea y la tuya consistirá en que tampoco lo eche de menos la gente honrada. No es este el momento de [4] darte más consejos, pues todo mi proyecto se ha cumplido si he realizado una buena elección contigo. El criterio más útil y también el más rápido para distinguir el bien del mal es pensar lo que aprobarías o desaprobarías si otro fuera el emperador. Y desde luego aquí no vas a gobernar como se gobierna a pueblos con un sistema monárquico compuesto de una corte fija de señores y el resto de esclavos, sino a hombres que no pueden tolerar ni una total esclavitud ni una total libertad». Galba sin duda decía esto y otras cosas parecidas como si estuviera en el proceso de nombrar a un emperador, pero los demás hablaban con Pisón como si ya se hubiera hecho el nombramiento.

17. Cuentan que Pisón no había mostrado señal alguna de turbación o euforia ni ante los que lo contemplaban en ese momento ni después cuando todas las miradas estaban fijas en él. Se dirigía con respeto a su padre y al emperador y se refirió a él

mismo con modestia. No cambió para nada su expresión y compostura, como si pareciera que tenía más la posibilidad que el [2] deseo de ser emperador. A continuación se debatió si la proclamación oficial de la adopción tendría lugar en los Rostros[114] o en el Senado o en los cuarteles pretorianos. Se decidió que se procediera en los cuarteles pretorianos, pues este gesto sería un honor para los militares, cuya adhesión, aunque se lograba de mala manera con dádivas y sobornos, no por eso había que despreciarla si se lograba con buenas artes. Mientras tanto, se había congregado alrededor del Palacio[115] un público expectante, impaciente por conocer tan gran secreto. Y quienes intentaban suprimir los rumores que se habían filtrado solo conseguían aumentarlos.

18. El 10 de enero amaneció un día desapacible por la lluvia, con perturbaciones de truenos, relámpagos y amenazas del cielo fuera de lo normal[116]. Desde tiempos inmemoriales esto se había interpretado como señales para cancelar las asambleas políticas, pero no disuadieron a Galba de acudir a los cuarteles pretorianos, pues despreciaba tales sucesos como casuales, o tal vez sucedía que lo que el destino nos depara, aunque se anuncie con señales, [2] no se puede evitar. Ante una nutrida formación de soldados proclamó, con la brevedad propia de un general, que adoptaba a Pisón siguiendo el precedente del divino Augusto y de acuerdo con la práctica militar por la que un hombre elige a otro hombre[117]. Y con el fin de que no aumentaran los bulos si no aludía a la revuelta, se adelantó afirmando que las legiones IV y XXII[118], con pocos partidarios de la revuelta, no habían ido más allá de palabras y consignas en alta voz, pero que en breve volverían a la disciplina. A su discurso no añadió ningún halago o soborno alguno. [3] Con todo, los tribunos, centuriones y los soldados de las primeras filas respondieron con palabras gratas al oído, pero entre los demás reinó la tristeza y el silencio, pues creían que habían perdido en la guerra la tradicional obligación de conceder un donativo[119] incluso en tiempos de paz. Estaba claro que pudo habérselos ganado con un pequeño gesto de generosidad aquel austero anciano, pero le perjudicó su rigor a la antigua y su excesiva severidad[120], a cuya altura ya no llegamos nosotros.

19. Más tarde, ante el Senado, las palabras de Galba fueron tan sencillas y breves como las pronunciadas ante los soldados. Pisón pronunció un discurso comedido y se ganó el apoyo de los senadores. Muchos lo hicieron con buena voluntad, con más efusión quienes se le habían opuesto y los neutrales, los más, se lanzaron a la adulación, haciendo cábalas sobre sus asuntos privados sin preocuparse del interés público. En los cuatro días siguientes[121], los que mediaron entre su adopción y asesinato, Pisón no dijo ni hizo nada más en público. Como las noticias de [2] la revuelta de Germania aumentaban día a día en una ciudad dispuesta a oír y creer todas las novedades si son

malas, el Senado acordó que se enviara una embajada al ejército de Germania. Se trató en secreto si también debía marchar Pisón. El efecto sería mayor, pues los delegados representarían la autoridad del Senado y Pisón el prestigio de un César[122]. También se estaba de acuerdo en que se enviara con ellos a Lacón, prefecto del pretorio, pero él vetó la iniciativa. Asimismo se nombraron, se relevaron y se sustituyeron los delegados (pues el Senado había dejado a Galba la elección) en medio de una escandalosa indecisión a causa de las intrigas para quedarse o para ir, según impulsara a cada cual el miedo o la ambición.

20. La siguiente preocupación fue la de las finanzas[123]. Tras sopesar todas las circunstancias pareció que lo más justo sería buscar dinero en el sitio donde se había causado la pobreza. Nerón había despilfarrado 2.200 millones de sestercios[124] en donaciones. Galba ordenó que se las reclamara individualmente a los beneficiarios dejando a cada cual la décima parte de aquella generosa suma. Pero estos apenas conservaban la décima parte de esa cantidad, pues habían gastado el dinero ajeno con la misma prodigalidad que lo habían hecho con el suyo propio. Y los beneficiarios más despilfarradores y más sin escrúpulos ya no disponían de propiedades o capitales, sino únicamente de [2] medios para mantener sus vicios[125]. La recaudación de dinero estuvo a cargo de treinta caballeros romanos. Sus funciones no tenían precedentes, resultando una misión enojosa por las intrigas y el número de implicados. Había por todas partes subastadores y licitadores de las propiedades confiscadas y Roma estuvo agitada a causa de los procesos. Y sin embargo se produjo una gran alegría porque tan pobres quedaban aquellos a quienes Nerón había hecho donaciones como aquellos a los que había robado. Durante aquellos días fueron destituidos algunos tribunos[126]: [3] Antonio Tauro y Antonio Nasón de la guardia pretoriana, Emilio Pacense de las cohortes urbanas y Julio Frontón[127] del cuerpo de vigilancia de la ciudad. No se tomaron medidas contra los demás, pero aquello supuso el comienzo del miedo, porque entendían que, si se destituía a unos pocos con artimañas y amedrentamiento, todos se sentirían sospechosos.

Conspiración de Otón[128]

21. Entretanto a Otón, que no tenía esperanza alguna en una situación de normalidad política y todos sus planes pasaban por aprovecharse de la confusión, lo incitaban muchas circunstancias a un tiempo: su tren de vida, gravoso incluso para un emperador, su pobreza, apenas tolerable para un ciudadano particular[129], su resentimiento con Galba y su inquina hacia Pisón. También se inventaba peligros para

estimular sus ambiciones, como que había resultado duro con Nerón y no cabía esperar una segunda Lusitania y el honor de un segundo exilio[130]. Los gobernantes siempre odian y sospechan del que es señalado como su sucesor. Eso le había perjudicado tratándose de un emperador anciano y le perjudicaría todavía más ante un joven de un natural cruel y convertido en una [2] fiera durante su largo destierro. Cabía la posibilidad de asesinar a Otón. En consecuencia, había que actuar con osadía mientras declinaba la autoridad de Galba y todavía no había cuajado la de Pisón. En los cambios de gobierno se ofrecían grandes oportunidades para proyectos de envergadura y no hay que vacilar cuando la inacción es más peligrosa que la temeridad. La muerte es igual por ley natural para todos, pero la posteridad establece diferencias con el olvido o con la fama. Y, si el mismo final aguarda al culpable y al inocente, es propio de un hombre valiente morir por un ideal.

22. El carácter de Otón no era tan blando como su cuerpo[131]. Los libertos y esclavos de su confianza, quienes se comportaban con más libertad de lo esperado en una casa particular, le ponían ante sus ojos, ávidos de tales cosas, la corte de Nerón, su vida lujosa, sus adulterios, matrimonios y demás placeres de reyes. Le hacían ver que esto podría ser suyo si mostraba osadía, pero caerían en las manos de otros si no actuaba. También le acuciaban los astrólogos[132], quienes por la observación de las estrellas anunciaban cambios de gobierno y un año de gloria para Otón. Esa casta de gente, desleal con los poderosos y engañosa con los ambiciosos, siempre estará prohibida y siempre estará presente en nuestra ciudad[133]. La alcoba de Popea había [2] acogido a muchos astrólogos que se erigieron en los peores valedores de su matrimonio con el emperador. Uno de estos, Ptolomeo[134], había acompañado a Otón a Hispania. Al haberle vaticinado que sobreviviría a Nerón y tras ganar crédito por el cumplimiento de su profecía, ya le había convencido de que estaba llamado a ser el emperador a partir de los cálculos y habladurías de quienes comparaban la vejez de Galba con la juventud de Otón. Pero Otón tomaba estas predicciones como [3] fruto del conocimiento y de la voz del destino, pues la naturaleza humana es más proclive a creer en lo misterioso. Y no le faltaba el apoyo de Ptolomeo, ya instigador del crimen, al que se llega muy fácilmente a partir de tales aspiraciones.

23. Pero no se sabe a ciencia cierta si la idea del crimen le llegó repentinamente a Otón. Ya hacía tiempo que se había ganado el favor de los soldados por la esperanza de la sucesión o porque preparaba un golpe criminal. Durante el viaje, en las formaciones en marcha o en las acampadas, llamaba por su nombre a los soldados más veteranos y les trataba como «compañeros de fatiga» en recuerdo de cuando escoltaban a Nerón[135]. Reconocía a algunos, preguntaba por otros y les ayudaba con dinero o favores, dejando

caer con bastante frecuencia quejas y observaciones ambiguas sobre Galba y todo cuanto podía soliviantar [2] a la soldadesca. El cansancio de las marchas, la escasez de las provisiones y la dureza del mando se soportaban peor, dado que, acostumbrados a ir embarcados a los lagos de Campania y a las ciudades de Grecia[136], debido al peso de las armas soportaban mal la travesía de los Pirineos, los Alpes y las rutas interminables.

24. Mevio Pudente, uno de los amigos de Tigelino[137], había arrimado por así decirlo la tea a la moral de los soldados ya de por sí caldeada. Este se había atraído a los más volubles de carácter o más necesitados de dinero y a los más predispuestos a una revolución. Poco a poco llegó al punto de repartir una propina de cien sestercios[138] por persona de la cohorte que estuviera de guardia, con el pretexto de darles de comer, cada vez que [2] Galba cenaba en casa de Otón. Esta especie de largueza pública Otón la aumentaba con recompensas más reservadas a particulares. Era un corruptor tan aplicado que a Coceyo Próculo, guardaespaldas del emperador[139], que pleiteaba con su vecino por una cuestión de lindes, le regaló todo el campo de su vecino comprado de su propio bolsillo, y ello ante la incompetencia del prefecto del pretorio[140], a quien se le escapaban tanto las cuestiones de conocimiento general como las secretas.

25. Pero entonces encargó a Onomasto, uno de sus libertos, el complot del crimen. Este reclutó a Barbio Próculo, oficial encargado del santo y seña de las guardias, y a Veturio, suboficial del mismo cuerpo[141]. Cuando comprobó a través de diferentes entrevistas que eran astutos y sin escrúpulos, los colmó de sobornos y promesas y les dio dinero para tantear el apoyo de otros muchos. Dos suboficiales se encargaron de que cambiara de manos el imperio del pueblo romano y lo hicieron cambiar. [2] Solo a unos pocos se les permitió compartir el secreto del crimen. Provocaron el ánimo indeciso de los demás con diversas artimañas. Trataron a los soldados veteranos como sospechosos por haber recibido favores de Ninfidio, mientras que al resto y a la soldadesca[142] los provocaron con la irritación y la desesperación que producía el aplazamiento reiterado de los donativos. Había a quienes enardecía el recuerdo de Nerón y la nostalgia de la falta de disciplina del pasado. A todos sin excepción asustaba el miedo a un cambio en las condiciones de su destino militar[143].

26. Tal corrupción contagió también los ánimos ya perturbados de las legiones y tropas auxiliares[144], cuando se divulgó que se desmoronaba la lealtad del ejército de Germania. Y hasta tal punto los malvados estaban preparados para la sedición, e incluso los honrados para pasar todo por alto, que el día 14 de enero estuvieron a punto de raptar a Otón cuando regresaba de una cena, pero sintieron miedo por la incertidumbre

de la noche, por los controles de soldados distribuidos por toda Roma y porque entre borrachos no es fácil llegar a un consenso. No sentían preocupación por el Estado, al que, sobrios, se disponían a mancillar con la sangre de su emperador, sino que sentían miedo de que en la oscuridad cualquiera que se ofreciera a los soldados del ejército de Panonia o de Germania pudiera pasar por Otón, puesto que la mayoría de la [2] gente no lo conocía. Muchos indicios de la incipiente sedición fueron acallados por los cómplices. Unos pocos que llegaron a los oídos de Galba los acalló el prefecto Lacón, quien no estaba al tanto del estado de ánimo de los soldados, se oponía a cualquier plan, por excelente que fuera, que no procediera de él mismo, y mostraba indiferencia tozuda ante la opinión de los expertos.

El comienzo del fin de Galba

27. El 15 de enero[145], cuando Galba ofrecía un sacrificio ante el templo de Apolo[146], el arúspice Umbricio declaró que las entrañas de la víctima eran de mal agüero, que era inminente un complot y que había un enemigo en palacio. Otón, que se encontraba a su lado, lo escuchó y lo interpretó en sentido contrario como favorable y feliz para sus propósitos. Y no mucho después el liberto Onomasto le avisó de que le esperaban el arquitecto y los constructores, que era la contraseña convenida para avisarle de que los soldados ya estaban reunidos y la conjura estaba a punto. Otón, ante las preguntas [2] por la razón de su partida, puso como excusa que iba a comprar una finca de valor dudoso por su antigüedad y que por eso había que verla con más detención. Del brazo de su liberto se encaminó por el palacio de Tiberio en dirección al Velabro y desde allí al Miliario Áureo cerca del templo de Saturno[147]. Entonces veintitrés miembros de la guardia personal se lanzaron a saludarle como emperador y a sentarle a toda prisa, asustado como estaba por el escaso número de los que lo aclamaban, en una litera con las espadas desenvainadas. En el camino se le sumaron casi un número igual de soldados, unos por ser cómplices y la mayoría por el espectáculo; algunos entre el clamor de las espadas y otros en silencio iban a acomodar su reacción al curso de los acontecimientos.

28. Al mando de la guardia del cuartel se encontraba el tribuno Julio Marcial[148]. Este ante las proporciones de la repentina insurrección criminal o porque acaso temiera que la corrupción fuera más profunda en el campamento y, si se oponía, significaría la muerte, dio la impresión a mucha gente de que era cómplice del golpe. También los demás tribunos y centuriones antepusieron las ventajas del momento a un dudoso heroísmo. Y el estado de ánimo fue como sigue: unos pocos se atrevieron a las peores fechorías, los más lo deseaban y todos lo permitieron pasivamente.

29. Entretanto Galba, sin saber lo que ocurría y preocupado con los sacrificios, importunaba a los dioses de un imperio que ya era de otro, cuando le llegan los rumores de que llevaban a toda prisa al campamento a un senador sin identificación, pero luego se supo que era Otón al que llevaban. Y le llegaban los rumores al mismo tiempo de todos los sitios de Roma, según se iba topando la gente con él. Unos los exageraban por miedo y algunos contaban hechos de menor importancia de lo realmente ocurrido, pero sin olvidarse ni siquiera en esos momentos de la adulación. Así que, tras una consulta, decidió sondear la actitud de la cohorte que montaba guardia en el Palacio[149]. No se hizo a través de Galba en persona, porque había que reservar intacto su prestigio para medidas más serias. Pisón se dirigió a los convocados [2] delante de las gradas de Palacio y pronunció las siguientes palabras[150]: «Hace cinco días, compañeros de armas[151], que fui elegido César por adopción ignorando el futuro y si hay que desear o temer a este nombre. Y qué destino aguarda a mi familia o al Estado, eso queda en vuestras manos. Y no es que tema un desenlace harto sombrío debido a mi nombre, dado que, experimentado ya en la adversidad, he aprendido especialmente en este momento que ni siquiera el éxito entraña menos peligro. Pero lo siento por mi padre, por el Senado y por el imperio mismo, si hoy tenemos que o morir o matar, lo cual es igualmente lamentable para la gente honrada. En la última revuelta teníamos el consuelo de que no había corrido la sangre por Roma y que se hizo el traslado de poderes sin discordia. Con la adopción parecía que se habían tomado las garantías suficientes para que ni siquiera hubiera lugar a una guerra después de Galba.

30. »No me arrogaré nobleza[152] o mesura, que no hay necesidad de citar mis virtudes en comparación con las de Otón. Sus vicios, de los que únicamente alardea, han arruinado el imperio, incluso actuando como amigo del emperador. ¿Acaso merecería el imperio por su aspecto y porte o por esos atuendos propios de mujer[153]? Se equivocan aquellos a quienes engaña su despilfarro so capa de generosidad: ese sabrá dilapidar, pero no sabrá dar. Ahora piensa para sus adentros en adulterios, juergas y compañía de mujeres. Se imagina que esas son las recompensas del principado. La lujuria y el placer se quedan para él, el bochorno y la vergüenza para todos. Nadie, en efecto, nadie ha [2] ejercido con buenas artes el poder ganado con infamia. Galba fue llamado a ser César por la voz unánime de todo el mundo y yo lo fui por Galba con vuestro consentimiento. Si el Estado, el Senado y el pueblo son palabras vacías, os interesa a vosotros, compañeros de armas, que al emperador no lo nombren los peores ciudadanos. Alguna vez se tuvo noticias de sediciones de legiones contra sus jefes, pero vuestra lealtad y reputación han permanecido intactas hasta hoy. Incluso fue Nerón el que os [3] abandonó[154], no vosotros a Nerón. ¿Y menos de treinta renegados y desertores, a quienes nadie tendría en cuenta para elegir a un centurión o a un tribuno, van a adjudicar

el imperio? ¿Vais a admitir este precedente y con vuestra pasividad vais a hacer vuestro ese crimen? Este libertinaje se extenderá a las provincias y para nosotros quedarán las consecuencias de los crímenes y para vosotros las de la guerra. Y no se os dará mayor recompensa por el asesinato del emperador que por manteneros inocentes, sino que recibiréis de nosotros por vuestra lealtad lo mismo que los otros por su traición criminal».

31. Una vez que escaparon los guardias de escolta, el resto de la cohorte no hizo oídos sordos a la arenga de Pisón, como sucede en situaciones de confusión, más por miedo y sin ningún plan todavía entre las enseñas que por un disimulo traicionero, como luego se creyó[155]. También se envió a Celso Mario junto [2] al ejército del Ilírico destacado en el pórtico de Vipsanio[156] y se dio instrucciones a los legionarios de primer rango Amulio Sereno y Domicio Sabino para que hicieran venir a los soldados de Germania del atrio de la Libertad[157]. Se desconfiaba de la legión naval, pues estaban resentidos por la matanza de compañeros de armas, a quienes Galba había asesinado en los primeros momentos de su entrada en Roma. Además, se dirigieron al cuartel de los pretorianos los tribunos Cetrio Severo, Subrio Dextro y Pompeyo Longino[158] para ver si la sedición, incipiente todavía y poco madura[159], se avendría a mejores consejos. De [3] los tribunos los soldados abordaron con amenazas a Subrio y a Cetrio, mientras que a Longino le echaron las manos encima y lo desarmaron, porque la lealtad a su emperador no se debía a su rango militar sino a la amistad con Galba y se hacía por ello particularmente sospechoso entre los rebeldes. La legión naval se unió sin dudarlo un instante a los pretorianos. Los reclutas del ejército de Iliria hicieron huir a Celso a punta de lanza. Los destacamentos de Germania permanecieron indecisos durante largo tiempo, pues todavía no se habían recuperado físicamente y tenían los ánimos tranquilos, porque, tras enviarlos Nerón a Alejandría y regresar de allí debilitados a causa del largo viaje de vuelta[160], Galba los colmaba de atenciones sin reparar en gastos.

32. Ya toda la plebe llenaba el área del Palatino. Estaban mezclados con los esclavos y a gritos desafinados reclamaban la ejecución de Otón y la muerte de los conjurados, como si estuvieran solicitando algún espectáculo en el circo o en el teatro. No había en ellos juicio u opinión sincera, pues el mismo día iban a exigir con igual entusiasmo demandas opuestas, sino que actuaban según la costumbre tradicional de adular al emperador, quienquiera que fuera, con aclamaciones exageradas y [2] adhesiones gratuitas. Entretanto Galba dudaba entre dos propuestas[161]. Tito Vinio proponía permanecer dentro de Palacio, valerse de los esclavos como pantalla defensiva, asegurar los accesos y no hacer frente a los exaltados. Daría tiempo para el arrepentimiento de los malvados y lo daría para el acuerdo de los honrados: los crímenes se robustecen con la

precipitación, las decisiones honestas con la paciencia. Al fin y al cabo, habría la misma posibilidad más tarde de hacer una salida, si la situación lo pedía, pero el regreso, si se arrepentía de haber salido, quedaría a merced de los otros.

33. Los demás eran de la opinión de que había que darse prisa, antes de que cobrara fuerza la conjuración, todavía débil, de unos pocos. También Otón se echaría a temblar, él que, tras marcharse a escondidas y presentarse junto a extraños, estaba aprendiendo el papel de emperador por las vacilaciones de ahora y la indolencia de quienes malgastan el tiempo. No había que esperar a que, controlados los cuarteles, Otón irrumpiera en el Foro[162] y entrara en el Capitolio ante las narices de Galba, mientras que un bravo emperador y sus valientes amigos[163] bloqueaban el Palacio hasta el umbral de la puerta con la intención evidente de aguantar un asedio. Además, menuda ayuda iban a [2] encontrar en los esclavos, cuando se desvaneciera el acuerdo entre tanta gente y la indignación inicial, que es lo que más suele valer. En consecuencia, tal actuación era tan insegura como deshonrosa. Pero incluso si era necesario morir, era preferible enfrentarse al peligro. Resultaría más odioso para Otón y más honroso para ellos mismos. La oposición de Vinio a esta propuesta mereció un ataque amenazador de Lacón, a quien respaldaba Ícelo con su obsesión de vengarse como privado en perjuicio de lo público.

34. Y Galba, sin dudarlo más, se unió a quienes le daban los consejos más brillantes. Con todo, envió de avanzadilla al campamento a Pisón por ser un joven de gran prestigio, recién ascendido y hostil a Titio Vinio, ya porque fuera así en realidad o ya porque los exaltados lo querían así. Pues es mucho más fácil la [2] credibilidad en asuntos de odio. Apenas había salido Pisón, cuando se difundió el rumor, al principio vago e impreciso, de que se había asesinado a Otón en el campamento. Después, como sucede en las mentiras descaradas, algunos afirmaban que habían estado presentes y habían sido testigos del asesinato. Tales habladurías las creían quienes se alegraban de ello y los indiferentes. Muchos pensaban que el rumor lo habían inventado[164] y alentado partidarios de Otón ya infiltrados, quienes habían difundido falsamente buenas noticias para hacer salir a Galba de su palacio.

35. Pero entonces no solo el populacho y la plebe ignorante estallaron en aplausos y en un entusiasmo desmedido, sino que muchos caballeros y senadores, sin ninguna precaución ya, una vez pasado el miedo, forzaron las puertas del Palacio y se lanzaron al interior. Se presentaron ante Galba lamentando que se les hubieran adelantado en su venganza. Los más cobardes y, como la situación demostró, los que no darían un paso al frente en los momentos de peligro se mostraban muy habladores y valientes de boquilla[165]. Nadie sabía nada y todos daban sus opiniones, hasta que Galba, abrumado

por la ausencia de información verídica y por el coro unánime de aquella gente desorientada, se revistió con la coraza, pero, al no poder oponer resistencia a la presión de la multitud ni por su edad ni por sus [2] fuerzas, fue colocado en una litera. Julio Ático, de la guardia personal[166], le salió al encuentro en el Palacio mostrándole una espada ensangrentada y le gritó que él había matado a Otón. Galba le replicó[167]: «¿Quién te dio la orden, camarada?». Galba poseía una extraordinaria determinación para refrenar la indisciplina y se mostraba sin miedo ante las amenazas e íntegro frente a los aduladores.

Golpe de Estado contra Galba[168]

36. En el cuartel ya se habían disipado todas las dudas[169]. Tan grande era el entusiasmo que, no contentos con escoltar a Otón con una columna de tropas en la tribuna, donde poco antes había estado la estatua de oro de Galba, lo pusieron en el centro rodeado de banderas y estandartes[170]. No se permitió acercarse ni a los tribunos ni a los centuriones. Además, los soldados rasos daban órdenes de estar en guardia contra los oficiales[171]. Todos los lugares resonaban con el griterío, [2] el tumulto y los ánimos que se daban mutuamente. No lo hacían como en el pueblo y la plebe con voces desafinadas de cobarde adulación, sino que, a medida que avistaban a los soldados que iban llegando, les estrechaban las manos, les rodeaban con sus brazos[172], les ponían cerca de Otón y les tomaban juramento, comprometiéndose una vez el emperador con los [3] soldados y a la siguiente los soldados con el emperador. Y Otón no dejaba de hacerle el juego saludando a la soldadesca con las manos, tirándole besos y haciendo toda clase de gestos serviles con tal de llegar al poder. Cuando la legión naval[173] en bloque le prestó juramento, cogió confianza y pensó que era el momento de enardecer colectivamente a quienes ya había incitado uno a uno. Y delante de la empalizada del campamento comenzó a hablar con estas palabras[174]:

37. «No podría decir, camaradas, en qué posición me presento ante vosotros, porque ni me decido a llamarme ciudadano sin más cuando me habéis nombrado emperador ni tampoco emperador mientras otro impere[175]. También estará en el aire vuestra adscripción, mientras se abriguen dudas de si tenéis en el campamento al emperador del pueblo romano o a un enemigo. [2] ¿No oís cómo se reclama al mismo tiempo mi castigo y vuestra ejecución? Así de claro resulta que solamente juntos moriremos o nos salvaremos. Y quizás, pues así de blando es Galba, ya lo tiene decidido, ya que, sin que nadie se lo pidiera, [3] mató a muchos miles de soldados completamente

inocentes. Me dan escalofríos cada vez que recuerdo su macabra entrada en Roma, única victoria que ha obtenido, cuando dio órdenes de diezmar ante los ojos de la capital a unos hombres que se habían entregado y él había acogido suplicantes bajo su palabra. Si entró en Roma con estos augurios, ¿qué honor aportó al principado, excepto los asesinatos de Obultronio Sabino y Cornelio Marcelo[176] en Hispania, de Betuo Cilón en la Galia, de Fonteyo Capitón en Germania, de Clodio Macro en África, de Cingonio en el camino a Roma, de Turpiliano en Roma y de Ninfidio[177] en el campamento? ¿Qué provincia hay en el mundo, qué campamentos [4] hay que no estén manchados de sangre o, como él se encarga de proclamar, depurados y disciplinados? Y es que lo que otros llaman crímenes, este los llama remedios, pues pervirtiendo el lenguaje[178] llama severidad a lo que es crueldad, frugalidad a lo que es avaricia, y disciplina a los castigos e insultos que vosotros habéis sufrido. Han pasado siete meses desde [5] la muerte de Nerón, e Ícelo ha robado ya más dinero de lo que despilfarraron los Políclitos, Vatinios y Egíalos[179]. Incluso Tito Vinio se habría comportado con menor avaricia y libertinaje, si hubiera sido emperador. Ahora también nos tiene sometidos, como si fuésemos de su propiedad, y nos considera cosa de poco valor, como si perteneciéramos a otro. Lo que vale la casa de Galba bastaría para daros el donativo que nunca se os concede y a diario se os echa en cara.

38. »Y para que no abrigáramos esperanza alguna ni siquiera en el sucesor de Galba, ha mandado llamar del exilio a quien por su severidad y avaricia creía que se le parecía más a él. Habéis observado, compañeros de armas, que incluso los dioses, por medio de una impresionante tormenta, han dado la espalda a esa infausta adopción[180]. Lo mismo piensa el Senado, lo mismo el pueblo romano. Se está a la espera de vuestro valor, en el que reside toda la fuerza para los proyectos honrosos y sin el que esos proyectos quedan en nada por muy excelentes que [2] sean. No os llamo a la guerra ni a poneros en peligro. Las armas de todos los soldados están de nuestro lado[181]. Y la única cohorte civil[182] no está protegiendo ahora a Galba, sino que lo tiene detenido. Cuando esta unidad os vea y reciba una señal mía, solo rivalizarán a ver quién hace más méritos ante mí. No ha lugar vacilación alguna en una empresa que solo se puede aprobar [3] cuando se culmina[183]». Después ordenó abrir el arsenal. Se apoderaron inmediatamente de las armas sin seguir la tradición y la jerarquía militar, de manera que se pudiera distinguir por sus insignias al pretoriano del legionario; se mezclaron con los cascos y escudos de los auxiliares[184] sin que ningún tribuno o centurión los arengara. Cada cual se erigía en jefe e instigador de sí mismo. Y el principal estímulo de los peores se apoyaba en el hecho de la baja moral de la gente de bien.

39. En este momento Pisón, alarmado por el estrépito de la sedición que iba en aumento y por las voces que retumbaban hasta la misma Roma, se unió a Galba, que entretanto había salido y se aproximaba al Foro. Mario Celso ya había regresado con malas noticias[185], y entonces algunos sugerían regresar al Palacio, otros dirigirse al Capitolio, la mayoría pensaba que había que ocupar los Rostros[186], mientras muchos simplemente se limitaban a contradecir las opiniones de los demás. Y, como suele ocurrir en las ocasiones aciagas, les parecía lo mejor lo que ya era tarde para hacerse. Se cuenta que Lacón, sin saberlo [2] Galba, había planeado matar a Tito Vinio, ya fuera para aplacar los ánimos de los soldados con su castigo, ya fuera porque lo creía cómplice de Otón o porque en último término lo odiaba. Sus dudas se debieron a la ocasión y al lugar, pues, una vez que se inicia la matanza, es difícil ponerle coto. El plan lo desbarataron las noticias alarmantes que llegaban y la desbandada de su gente más cercana, al languidecer el apoyo de todos los que al principio habían mostrado entusiasmados su lealtad y coraje.

40. Galba iba de un lado hacia otro según el impulso cambiante de las oleadas[187] de la turba, que llenaba por todas partes basílicas y templos en un panorama desolador[188]. No se oía ninguna voz del pueblo o la chusma, sino que sus rostros estaban atónitos y sus oídos atentos a todo lo que sucedía. No había alboroto, no había calma[189]: era el silencio propio de un gran miedo y de una gran rabia[190]. Con todo, se informó a Otón de que se estaba armando a la plebe. Ordenó a sus hombres que se movieran [2] rápidamente y controlaran los lugares peligrosos. Así pues, tropas romanas, como si fueran a deponer a Vologeso o a Pacoro del trono ancestral de los Arsácidas[191] y no a degollar a su propio emperador indefenso y anciano, tras dispersar a la plebe y pisotear al Senado, irrumpieron en el Foro amenazando con sus armas y a galope tendido[192]. Y ni la contemplación del Capitolio y la santidad de los templos aledaños ni los emperadores pasados y futuros les disuadieron de cometer un crimen que su sucesor, fuera quien fuera, vengaría en su momento[193].

41. Cuando vio de cerca a una columna de hombres armados, el abanderado de la cohorte de la guardia de Galba (dicen que fue Atilio Vercilión[194]) arrancó la efigie de Galba del estandarte y la estrelló contra el suelo. A esta señal se manifestaron los ánimos de todas las tropas en favor de Otón, quedó desierto el Foro ante la desbandada del pueblo y se desenvainaron las espadas contra los indecisos. Junto al lago Curcio[195] y debido al pánico de los [2] porteadores, Galba cayó de la litera y acabó rodando por los suelos. De sus últimas palabras se nos han transmitido diferentes versiones dependiendo del odio o admiración que cada cual sentía hacia él. Unos cuentan que había preguntado humildemente qué había hecho para merecer esta desgracia y suplicaba unos pocos días para pagar el donativo. Los más relatan que ofreció voluntariamente la garganta a los

asesinos, diciéndoles que actuaran y le asestaran el golpe si eso les parecía que era lo mejor para el Estado[196]. A los asesinos nada importó lo que decía. No [3] hay constancia suficiente de la identidad del verdugo[197]. Unos señalan al veterano Terencio, otros a Lecanio, pero la versión más extendida cuenta que Camurio, soldado de la legión XV[198], hincando la espada le vació la garganta. Los demás le mutilaron espantosamente brazos y piernas, pues tenía protegido su pecho. La mayoría de las heridas se las infligieron con fiereza y saña a un cuerpo ya degollado.

42. A continuación, se lanzaron contra Tito Vinio, de quien también hay dudas de si enmudeció preso del miedo que lo atenazaba o si gritó que Otón no había ordenado que lo mataran[199]. Si esto lo fingió por miedo o fue una confesión de que era cómplice de la conjura, su vida y reputación me inclinan más bien a pensar que él era cómplice de un crimen del que era causante. Cayó delante del templo del divino Julio[200] con una primera herida en la corva y luego el legionario Julio Caro le atravesó el pecho de parte a parte.

43. Nuestra época pudo contemplar a Sempronio Denso, héroe aquel día[201]. Este centurión de la cohorte pretoriana a quien Galba había destinado a la escolta de Pisón se enfrentó puñal en mano a aquellos hombres armados, reprochándoles su crimen. Y, atrayendo hacia él a los asesinos ya con la mano, ya a voces, [2] permitió la huida de Pisón pese a encontrarse herido. Huyó al templo de Vesta[202], donde fue acogido por la misericordia de un esclavo público que lo escondió en su cubil. Aplazaba su muerte inminente, no gracias al respeto debido a la religión, sino gracias a su escondrijo. Entonces llegaron por encargo expreso de Otón, que ansiaba su muerte[203], Sulpicio Floro de las cohortes de Britania, a quien Galba le había concedido hacía poco la ciudadanía, y Estayo Murco[204] de la escolta personal. Estos arrastraron fuera a Pisón y lo degollaron a la puerta del templo.

El escenario de Otón[205]

44. Cuentan que ninguna muerte produjo mayor alegría a Otón y que no había examinado ninguna cabeza con ojos tan insaciables, tal vez porque entonces por primera vez su espíritu, aliviado de toda clase de preocupaciones, empezaba a encontrar la alegría, o tal vez porque, aunque el recuerdo de la majestad en el caso de Galba o la amistad en el caso de Tito Vinio había confundido su ánimo despiadado con su triste imagen[206], estaba convencido de que era justo y lícito alegrarse del asesinato de Pisón, en cuanto que era enemigo [2] y rival. Pasearon las cabezas ensartadas en picas[207] entre

las enseñas de las cohortes junto al águila de la legión[208], rivalizando por mostrar sus manos ensangrentadas los que lo habían matado y los que simplemente habían sido testigos, pues, fuera verdad o mentira, se ufanaban de la fechoría como de una acción hermosa y memorable. Más de ciento veinte solicitudes de recompensa por algún servicio especial durante aquel día se encontró después Vitelio, quien ordenó arrestar a todos y matarlos, no por rendir homenaje a Galba, sino por la costumbre tradicional de los emperadores de procurarse protección para el presente y venganza para el futuro.

45. Cualquiera diría que era otro el Senado y otro el pueblo: todos se precipitaron hacia los cuarteles, adelantaban a los que tenían al lado, competían con quienes iban corriendo por delante, maldecían a Galba, aplaudían la decisión de los soldados, besaban la mano de Otón; en fin, cuanto más falsas eran sus demostraciones de adhesión, más las prodigaban. Otón no hacía ascos a acogerlos de uno en uno, mientras con palabras y miradas procuraba tranquilizar el ánimo codicioso y amenazante [2] de los soldados. Exigían la ejecución de Mario Celso[209], cónsul electo, amigo y leal a Galba hasta el final, pues se sentían ofendidos por su capacidad de trabajo y honradez, como si se tratara de cualidades negativas. Estaba claro que andaban buscando el comienzo de la matanza, el saqueo y la ruina de la gente más decente. Pero Otón todavía no tenía autoridad para impedir los crímenes, aunque ya podía ordenarlos. Así, simulando enfado, ordenó que se encadenara a Celso[210] y, con el compromiso de que pagaría un castigo mayor, lo salvó de una muerte inmediata.

46. Después de eso, todo se llevó a cabo según la voluntad de los soldados. Ellos eligieron a sus propios prefectos del pretorio: a Plocio Firmo[211], un antiguo soldado raso, entonces al mando del cuerpo de vigilantes y que había seguido el partido de Otón cuando Galba estaba todavía vivo; se le une como asociado Licinio Próculo[212], que por la íntima amistad que tenía con Otón se supuso que había apoyado sus planes. Nombraron prefecto de Roma a Flavio Sabino[213] siguiendo el criterio de Nerón, a cuyas órdenes había desempeñado el mismo cargo. Muchos veían en él a su hermano Vespasiano. Se exigió que se suprimieran los [2] pagos a los centuriones por las exenciones de servicios, pues los soldados rasos pagaban una especie de tributo anual[214]. Una cuarta parte de las compañías se dispersaba de permiso o quedaba holgazaneando en los mismos cuarteles, mientras pagara una cantidad al centurión. A nadie le importaba ni el coste de tales exenciones ni la manera de conseguir tales fondos: compraban su tiempo libre de servicio con el dinero de robos, atracos o tomando trabajos de esclavos. Junto a esto, los soldados más ricos [3] se veían abrumados de servicios y malos tratos hasta que compraban la disminución de servicios. Cuando arruinados por los gastos

languidecían además por la indolencia, regresaban a filas empobrecidos en lugar de ricos y vagos en lugar de vigorosos. Y unos tras otros, corrompidos por misma pobreza e indisciplina, se veían abocados a las sediciones, discordias y, en último término, [4] a las guerras civiles. Sin embargo, Otón, para no perder el favor de los centuriones con su generosidad hacia la tropa, prometió que se pagarían las rebajas de servicios anuales del presupuesto imperial[215]. Fue una medida sin duda útil y ratificada después por los buenos emperadores como norma permanente [5] en la disciplina militar. Al prefecto Lacón se le dio a entender que se le iba a relegar a una isla, y murió a manos de un veterano, al que Otón había despachado para asesinarlo. A Marciano Ícelo se le ejecutó públicamente como correspondía a un liberto.

47. Transcurrido el día entre crímenes, el último horror supuso una cierta alegría. El pretor de Roma[216] convocó al Senado, rivalizaron en adulaciones los demás magistrados, acudieron corriendo los senadores. Se aprueba para Otón la potestad tribunicia, el título de Augusto y todas las prerrogativas imperiales[217]. Todos hacían esfuerzos por borrar los ultrajes e insultos, que, lanzados indiscriminadamente, nadie notó que habían quedado grabados en la mente de Otón. Si se desentendió de las ofensas o las dejó para más tarde, quedó en el aire por la brevedad de su imperio. Se llevó a Otón desde el Foro, todavía ensangrentado, [2] a través de los montones de cuerpos allí tirados, hasta el Capitolio y desde allí al Palatino. Permitió que los cuerpos fueran sepultados o incinerados. Pisón fue enterrado por su esposa Verania[218] y su hermano Escriboniano, Tito Vinio por su hija Crispina, después de que buscaran y compraran las cabezas[219] que sus asesinos habían guardado para venderlas.

48. Pisón iba a cumplir 31 años de edad y tuvo una reputación mayor que su buena suerte[220]. En cuanto a sus hermanos, Claudio había matado a Magno y Nerón a Craso[221]. Él estuvo en el exilio largo tiempo y fue César durante cuatro días. En su precipitada adopción se le prefirió a su hermano mayor con la única ventaja de que lo matarían antes. Tito Vinio vivió 47 años [2] con una conducta variable[222]. Su padre era de familia de pretores y su abuelo materno había sido víctima de las proscripciones. Los primeros tiempos de servicio militar fueron deshonrosos. Había tenido de comandante a Calvisio Sabino[223], cuya esposa sintió un deseo malsano de ir a visitar el emplazamiento del campamento. Entró una noche con uniforme de soldado. Después de merodear con el mismo descaro por las guardias y demás dependencias militares, se atrevió a cometer adulterio en la plana mayor. Y se acusaba a Tito Vinio como reo de tal delito. [3] Así que por orden de Gayo César[224] se le cargó de cadenas, pero fue liberado después con el cambio de los tiempos[225]. Siguió una carrera política sin obstáculos y después de la

pretura se le puso al frente de una legión donde probó su valía. Más tarde, se vio salpicado por un escándalo propio de esclavos, pues al parecer había robado una copa de oro en un banquete ofrecido por Claudio. Y al día siguiente Claudio dio órdenes de que únicamente a Vinio de entre todos los presentes se le sirviera [4] en vajilla de barro[226]. Pese a todo, Vinio en su proconsulado administró la Galia Narbonense[227] con rigor y honestidad. Después, su amistad con Galba lo arrastró al abismo. Era osado, astuto, eficiente y, según fuera su estado de ánimo, vicioso o virtuoso con la misma energía. El testamento de Tito Vinio quedó en papel mojado a causa de sus muchas riquezas[228], en cambio la pobreza garantizó el respeto a los últimos deseos de Pisón.

49. El cuerpo de Galba permaneció largo tiempo abandonado y sufrió por reiterados ultrajes al amparo de la oscuridad. Su administrador Argio[229], uno de sus esclavos más antiguos, le dio humilde sepultura en sus jardines privados. Su cabeza[230], ensartada y mutilada por cantineros y sirvientes del ejército, fue encontrada al fin al día siguiente delante de la tumba de Patrobio, un liberto de Nerón sentenciado a muerte por Galba, y restituida al cuerpo que ya había sido incinerado. [2] Este fue el final de Servio Galba[231], quien a lo largo de 73 años había sobrevivido con éxito a cinco emperadores y fue más feliz bajo el imperio de otro que en el suyo propio. Había en su familia antigua nobleza y grandes riquezas. Era de una personalidad mediocre, destacando más por no tener vicios que por estar dotado de cualidades. No despreció ni compró su [3] reputación; no codició el dinero ajeno, fue parco con el suyo y avaro con el público[232]. Era irreprochablemente tolerante con amigos y libertos, si resultaban gente honesta; si resultaban malvados, los ignoraba hasta llegar a ser él también culpable. Sin embargo, su cuna ilustre y el miedo que había en aquella época sirvieron de pretexto para llamar sabiduría a lo [4] que en realidad era desidia. Mientras estaba en la flor de la vida consiguió en las provincias de Germania gloria militar[233]; como procónsul gobernó África con moderación[234] y ya en sus últimos años llevó el control de Hispania Citerior con el mismo sentido de la justicia[235]. Mientras fue un particular pareció superior a un particular y todos por unanimidad le hacían capaz de ser emperador, con la condición de que nunca hubiera llegado a serlo[236].

50. Mientras[237] Roma se encontraba inquieta y aterrorizada tanto por la atrocidad del crimen recientemente cometido como por los viejos hábitos de Otón, nuevas noticias sobre Vitelio vinieron a incrementar el terror. Tales noticias se habían acallado antes del asesinato de Galba, con el fin de que se creyera que solamente se había sublevado el ejército de Germania Superior. Entonces, no solo el Senado y los caballeros, que tenían alguna participación y responsabilidad en el gobierno del Estado, sino también el

populacho[238] dieron muestras públicas de tristeza, porque el destino había elegido para arruinar, por así decirlo, el imperio a dos hombres[239], los peores de todos por su desvergüenza, cobardía y vida desenfrenada. Y ya no se recordaban [2] los ejemplos recientes de la crueldad en tiempos de paz, sino que, rememorando las guerras civiles, hablaban de Roma tomada una y otra vez por sus propios ejércitos, de las devastaciones de Italia, del saqueo de las provincias, de Farsalia, Filipos, Perusia y Mútina[240], nombres asociados a desastres públicos. [3] Casi quedó destruido el mundo cuando rivalizaron por el poder contendientes honrados, pero se preservó el imperio con la victoria de Gayo Julio, se preservó con la de César Augusto, y se habría preservado la república con Pompeyo y Bruto. Ahora irían a los templos a rezar por Otón o por Vitelio: serían impías las dos súplicas, serían sacrílegas las dos ofrendas por dos hombres de cuyo enfrentamiento solamente se podría saber que el vencedor sería el peor de los dos. Había quienes presagiaban [4] una intervención de Vespasiano y las fuerzas de Oriente, y en la medida en que Vespasiano era superior a Otón y Vitelio, por eso sentían horror de otra guerra y otros desastres. Además, se tenían dudas sobre la reputación de Vespasiano[241], pero fue el único de todos los emperadores que le precedieron que cambió para mejor.

La rebelión de Vitelio: las causas

51. Ahora voy a exponer los orígenes y las causas de la rebelión de Vitelio. Después de destruir a Julio Víndice[242] con todas sus fuerzas, el ejército, arrogante por el botín y la gloria conseguidos, pues sin fatigas ni peligros había obtenido una victoria en una guerra muy provechosa, prefería las expediciones con combate y las recompensas a la paga [2] regular. Durante mucho tiempo los soldados habían soportado una milicia poco rentable por las condiciones del lugar y el clima, así como por la estricta disciplina militar, que, siendo dura en tiempos de paz, suele relajarse con las discordias civiles, cuando en uno y otro bando andan prestos los corruptores y la traición queda sin castigo. Sobraban hombres, armas y monturas [3] tanto para usarlas como para exhibirlas[243]. Pero antes de la guerra contra Víndice los soldados solo conocían sus propias centurias y escuadrones, pues los ejércitos estaban separados por las fronteras de las provincias. Pero entonces las legiones[244] se concentraron contra Víndice, se familiarizaron con las legiones de las Galias y entre ellas mismas, y andaban buscando de nuevo conflictos bélicos y nuevas discordias. Y ya no llamaban a aquella gente aliados, sino enemigos o vencidos. Y les apoyaba la parte de la Galia que está al borde del Rin, pues había seguido el mismo partido y era entonces la más feroz instigadora contra los Galbianos[245] (le habían, en efecto, puesto este nombre por haberse ya hartado del nombre de Víndice). Así pues, [4]

llenos de odio primero contra los sécuanos y eduos[246], y después contra las ciudades en proporción a sus riquezas[247], planificaron en su imaginación el asalto de ciudades, la devastación de campos y el saqueo de sus hogares. Además de la avaricia y la arrogancia, defectos principales de los más fuertes, les exasperaba la provocación de los galos, quienes para ignominia del ejército se jactaban de que Galba les había condonado la cuarta parte de los impuestos y les había obsequiado con un regalo de territorio público. A esto se añadió el rumor, astutamente divulgado [5] y temerariamente creído, de que las legiones estaban siendo diezmadas y de que se estaban licenciando a los centuriones más activos. De todas partes llegaban noticias espantosas informes siniestros de Roma. La colonia de Lugduno[248] se declaró enemiga y su persistente lealtad a Nerón[249] suscitó numerosos rumores. Con todo, el mayor apoyo para la imaginación o la credulidad se encontraba en los mismos campamentos a causa del odio, del miedo y también de la confianza, cuando tomaban conciencia de sus propias fuerzas.

52. Poco antes del primero de diciembre del año anterior Aulo Vitelio había entrado en la Germania Inferior y había girado una visita de inspección a los cuarteles de invierno de las legiones[250]. La mayoría recuperó su empleo anterior, se perdonaron las degradaciones y se redujeron las sanciones. Muchas medidas se hacían para ganar favores y algunas con buen juicio. Entre estas, cambiar por completo la avaricia sórdida de Fonteyo [2] Capitón[251] para conferir o quitar empleos militares. Y esto no se miraba como medidas normales de un legado consular, sino que a todo se le daba una importancia mayor de la que tenía. Las personas severas tildaban a Vitelio de rastrero y sus partidarios llamaban buen carácter y bondad al hecho de que regalara sin medida ni juicio lo suyo y despilfarrara lo ajeno. Desde luego, en su avidez por controlar todo[252] sus partidarios [3] interpretaban como cualidades lo que solo eran defectos. En los dos ejércitos había soldados tanto prudentes y pacíficos como malvados y agitadores. Pero por sus ambiciones sin límites y su notable falta de escrúpulos destacaban los legados de las legiones Alieno Cécina[253] y Fabio Valente. De estos Valente, hostil a Galba, pues el emperador se había mostrado desagradecido hacia los titubeos que él había descubierto en Verginio[254] y los planes abortados de Capitón, soliviantaba a Vitelio haciéndole alardes del entusiasmo de los soldados. Le decía que gozaba en todas partes de una buena estima y que no encontraría reparo alguno en Flaco Hordeonio[255]. Britania estaría a su lado y le seguirían las tropas auxiliares de Germania. Las provincias mantenían una lealtad débil, el imperio de un anciano era precario y cambiaría de manos en breve tiempo. Solo tendría que abrir los brazos y se encontraría con la Fortuna que venía a su encuentro. Con razón había dudado Verginio, de familia ecuestre [4] y de padre desconocido. No habría estado a la altura, si hubiera recibido el imperio y estaría a salvo, si lo rechazaba. En cambio, los

tres consulados de su padre, la censura y haber sido colega del César[256] hacía tiempo que conferían a Vitelio la dignidad de emperador y le quitaban la seguridad de un ciudadano privado. Con estas consideraciones golpeaba sobre el carácter débil de Vitelio, para que ambicionara más de lo que realmente esperaba conseguir.

53. Pero en Germania Superior Cécina, atractivo por su juventud, de físico corpulento[257], de ambición desmedida, de palabra rápida y aire decidido, se había ganado el favor de los soldados. A este joven, cuestor en la Bética[258], Galba, cuando se pasó sin vacilar a su partido, lo puso al frente de una legión. Más tarde, cuando se descubrió que había desviado dinero público, ordenó [2] que se le llevara a juicio por malversación de fondos públicos. Cécina lo llevó mal y decidió revolverlo todo y restañar sus heridas privadas con las desgracias del Estado. Y no faltaban en el ejército simientes de discordia, porque todas las fuerzas que habían participado también en la guerra contra Víndice[259] no se habían pasado al bando de Galba sino tras el asesinato de Nerón, y en el acto mismo del juramento se les habían adelantado [3] las unidades de Germania Inferior[260]. Además, los tréviros y lingones[261] y demás ciudades, a las que había castigado con edictos severos o pérdida de territorios, mantuvieron un contacto más estrecho con los campamentos de invierno de las legiones. De ahí surgieron conversaciones sediciosas, una tropa más corrompida al tratar con paisanos y la probabilidad de que el apoyo dado a Verginio lo pudiera aprovechar en el futuro cualquier otro.

54. La comunidad de los lingones había enviado a las legiones de regalo unas diestras de metal, símbolo de hospitalidad[262]. Sus emisarios con aspecto compungido y triste encendían los ánimos quejándose por los puestos de mando y las tiendas de las afrentas recibidas y de las recompensas otorgadas a la ciudades vecinas y, si encontraban oídos dispuestos a escuchar entre la tropa, de los peligros y vejaciones del propio ejército. [2] Estaba a punto de producirse una rebelión, cuando Hordeonio Flaco[263] ordenó que se marcharan los emisarios y salieran del campamento de noche[264] para que su partida llamara menos la atención. De ahí surgió el siniestro rumor, mantenido por la mayoría, de que habían matado a los emisarios y de que, si ellos no miraban por sí mismos, sucedería que los soldados más decididos y los que habían denunciado la situación presente morirían al amparo de la oscuridad y sin que los demás se enteraran. [3] Las legiones se comprometieron con un pacto secreto a actuar juntas, se hizo partícipe a las tropas auxiliares[265], al principio con sospechas porque se pensaba que se preparaba un ataque contra las legiones tras producirse un movimiento envolvente de cohortes y escuadrones de caballería, pero después se involucraron en los mismos planes

con más decisión, pues el acuerdo entre malvados es más fácil para hacer la guerra que para preservar la armonía en tiempos de paz.

La rebelión de Vitelio: los comienzos

55. Sin embargo, las legiones de la Germania Inferior[266] se vieron obligadas a prestar solemne juramento de lealtad a Galba el 1 de enero entre muchas dudas y voces esporádicas de las primeras filas, mientras los demás en silencio esperaban la iniciativa de los más cercanos, pues es innato en la naturaleza humana secundar con rapidez lo que no [2] gusta emprender. Pero en las mismas legiones las posturas estaban divididas: los de la I y V[267] estaban tan descontrolados que algunos llegaron a arrojar piedras contra las efigies de Galba; las legiones XV y XVI[268], no atreviéndose a pasar de amenazas entre dientes, contemplaban a su alrededor el comienzo del estallido. [3] Sin embargo, en el ejército de la Germania Superior las legiones IV y XXII[269], alojadas en el mismo campamento de invierno[270], el mismo primero de enero destrozaron las efigies de Galba, con más decisión la IV, un poco dubitativa la XXII, pero [4] después las dos a una. Y, para que no pareciera que faltaban al respeto al imperio, invocaban en su juramento los nombres ya en desuso del «Senado y el pueblo romano[271]», sin que ningún legado o tribuno apoyara a Galba y mientras algunos, aprovechándose de la confusión, se hacían notar como alborotadores. Sin embargo, no habló nadie desde la tribuna[272], pues no había todavía ningún emperador al que se le pudiera dar crédito[273].

56. El legado consular Hordeonio Flaco asistía como espectador de tal infamia, sin atreverse a reprimir a los alborotadores ni a ganarse a los dubitativos ni a dar ánimos a los leales, sino que se mostraba indeciso, atemorizado e inocuo por su incapacidad para actuar. Cuatro centuriones de la legión XXII[274], Nonio Recepto, Donacio Valente, Romilio Marcelo y Calpurnio Repentino[275], al intentar proteger las efigies de Galba, fueron apresados y esposados por los soldados que se lanzaron sobre ellos. Y ya nadie mantenía la lealtad o el recuerdo del juramento anterior, sino que, como sucede en las sediciones, todos se pusieron del lado de la mayoría. En la noche que siguió al 1 [2] de enero el abanderado de la legión IV anuncia en la colonia Agripinense[276] a Vitelio, que entonces estaba cenando[277], que las legiones IV y XXII, después de derribar las efigies de Galba, habían jurado lealtad al Senado y al pueblo romano. Tal juramento le pareció que no tenía valor alguno y decidió adelantarse a la Fortuna vacilante y ofrecerse como emperador. [3] Vitelio envió a legiones y legados mensajeros con el anuncio de que el ejército de Germania Superior se había levantado contra Galba. En consecuencia,

tendrían que luchar contra los rebeldes o, si preferían la paz y la concordia, debían nombrar a un emperador. Añadía que era menos peligroso aceptar a un emperador de entre ellos que ir a buscarlo fuera.

57. El campamento de invierno más cercano era el de la legión I[278] y Fabio Valente era el comandante más decidido. Al día siguiente[279], entró en la colonia de Agripina con la caballería de la legión y de las tropas auxiliares y saludó a Vitelio como emperador. Le siguieron con gran entusiasmo las legiones de la misma provincia. Y el ejército de la Germania Superior dejó a un lado los nombres vistosos de «Senado y pueblo de Roma» para unirse a Vitelio el día 3 de enero. Desde luego se comprobaba que durante los dos días anteriores el ejército no había estado en poder [2] de un gobierno republicano. Los ciudadanos de la colonia Agripinense, los tréviros y lingones igualaban el entusiasmo del ejército con sus ofrecimientos de refuerzos, caballos, armas y dinero, cada cual de acuerdo con su capacidad física, patrimonio o inteligencia. Y no solo prestaban ayuda los líderes de las colonias y campamentos, quienes disponían de recursos en abundancia y abrigaban esperanzas de ganancias si conseguían la victoria, sino también la tropa y los soldados rasos entregaban sus propios ahorros o, en lugar de dinero, tahalíes, medallas y las insignias de sus armas decoradas con plata. Lo hacían llevados de sus impulsos, de su entusiasmo o de su avaricia.

58. Así pues, Vitelio, tras agradecer el respaldo entusiasta de los soldados, dispuso que los cargos del principado que solían ser desempeñados por los libertos se asignaran a los caballeros[280], pagó del fisco a los centuriones la dispensa de servicios, sancionó las más de las veces la crueldad de los soldados que exigían la pena de muerte para muchos y solo raramente podía engañarlos simulando encarcelarlos. Pompeyo Propincuo[281], el representante imperial en Bélgica, fue ejecutado inmediatamente, mientras que pudo quitar de en medio astutamente a Julio Burdón, comandante de la escuadra de Germania[282]. El [2] ejército había montado en cólera contra él, porque pensaba que había urdido una falsa acusación y luego trampas contra Fonteyo Capitón[283]. Se tenía un recuerdo agradable de Capitón, pero entre gente enfurecida se podía matar abiertamente, mas no se podía perdonar si no era engañando. Así fue puesto bajo vigilancia y después de la victoria, cuando ya se había saciado el odio[284] de los soldados, fue puesto al fin en libertad. Entretanto, se les presentó como chivo expiatorio al centurión Crispino. Se había manchado con la sangre de Capitón y por ello era un objetivo más claro para los que exigían su muerte y una víctima sin valor alguno para el responsable de castigarlo.

59. Después, se libró de peligros a Julio Civil[285], muy influyente entre los batavos, a

fin de no provocar con su ejecución a un pueblo tan fiero. Y de hecho, en la ciudad de los lingones[286] estaban estacionadas ocho cohortes de batavos, que formaban las tropas auxiliares de la legión XIV[287], pero por entonces en estos tiempos de discordias separadas de la legión: su amistad u hostilidad, según a qué lado se inclinaran, sería de una gran importancia. Ordenó la ejecución de los centuriones Nonio, Donacio, Romilio y Calpurnio, mencionados más arriba[288], condenados bajo la acusación de deslealtad, el cargo más grave para los sediciosos. [2] Se unieron a su bando Valerio Asiático[289], gobernador de la provincia de Bélgica, al que Vitelio hizo después su yerno, y Junio Bleso[290], gobernador de la Galia Lugdunense, junto con la legión Itálica[291] y el Ala Tauriana, acantonados en Lyon. Las tropas de Recia no tardaron en adherirse con prontitud.

60. Ni siquiera en Britania hubo dudas. Su gobernador era Trebelio Máximo[292], despreciado y odiado en el ejército por su avaricia y mezquindad. Atizaba el odio hacia él Roscio Celio, legado de la legión XX[293], en desacuerdo con él desde hacía tiempo, aunque con ocasión de las guerras civiles, sus enfrentamientos habían estallado con más virulencia. Trebelio echaba en cara a Celio la sedición y la falta de respeto a la cadena de mando, y Celio a Trebelio que había expoliado y empobrecido a las legiones. Entretanto, con las escandalosas disputas de los comandantes se perjudicó la disciplina del ejército y se llegó a tal punto de enfrentamiento que Trebelio, confundido por los insultos incluso de las tropas auxiliares y solo, porque las cohortes y regimientos de caballería se unían a Celio, tuvo que refugiarse junto a Vitelio. La paz se mantuvo en la provincia pese al alejamiento del excónsul. La dirigían los comandantes de las legiones, iguales por ley, aunque Celio los dominaba por su osadía.

61. Con la adhesión del ejército de Britania[294] Vitelio contó con fuerzas y recursos imponentes y asignó para la guerra a dos generales y dos itinerarios. A Fabio Valente se le ordenó que atrajera a las provincias de la Galia o, si se negaban, que las arrasara y se lanzara hacia Italia por los Alpes Cotianos[295], mientras que a Cécina se le encargó que bajara por las cumbres [2] de los Apeninos siguiendo una ruta más corta. A Valente se le entregaron tropas escogidas del ejército de Germania Inferior más el águila de la legión V[296], cohortes y regimientos de caballería hasta 40.000 hombres armados[297]; Cécina dirigía 30.000 hombres de Germania Superior, cuya fuerza principal la constituía la legión XXI[298]. A los dos se añadieron unidades auxiliares de germanos, con las que Vitelio también completó sus propias fuerzas. Este les seguiría con todo el grueso del ejército.

62. Era sorprendente el contraste entre el ejército y el emperador. Los soldados

apremiaban, exigían armas, mientras las provincias de la Galia estaban nerviosas y mientras las de Hispania se mostraban indecisas. Mantenían que el invierno no era un obstáculo ni tampoco lo era la demora de una paz cobarde. Había que invadir Italia y apoderarse de Roma. No había nada más seguro que la rapidez en medio de las discordias civiles, donde se [2] necesitaba más de la acción que de la deliberación. Vitelio persistía en su pereza y disfrutaba antes de tiempo de los privilegios del imperio en medio de indolentes placeres y suntuosos banquetes, borracho a mediodía y pesado de tanto comer[299], si bien la fuerza entusiasta de los soldados reemplazaba de sobra las responsabilidades de su jefe, igual que si estuviera allí el emperador infundiendo esperanza o miedo a los valientes o cobardes. Formados y atentos exigían la señal de partida. Inmediatamente pusieron a Vitelio el nombre de Germánico, pero prohibió que le llamaran [3] César incluso después de la victoria. Se produjo un feliz augurio[300] para Valente y para el ejército que él conducía a la guerra. El día mismo de la partida[301] un águila, planeando suavemente, según avanzaban las columnas, iba volando como la guía de la marcha. Durante un gran trecho tal fue el clamor de alegría de los soldados, tal la calma de aquella ave sin miedo, que el augurio se interpretó como señal segura de grandes y exitosas empresas.

La marcha de los vitelianos: Valente y Cécina[302]

63. El ejército se acercó al territorio de los tréviros[303] con total despreocupación, porque los consideraban aliados. Pero en Divoduro, una ciudad de los mediomátricos[304], pese a que les habían recibido con total simpatía, al ejército le sobrevino un pánico repentino. Los soldados tomaron de pronto las armas para matar a una población inocente, no para obtener botín o por ansia de saqueo, sino por un ataque de locura y por razones desconocidas y, por ello mismo, de más difícil remedio, hasta que, aplacados por las súplicas de su comandante, se refrenaron y no exterminaron a los pobladores. No obstante, fueron asesinados [2] cuatro mil hombres[305]. Y tal miedo se apoderó de las Galias que en adelante, cuando llegaba una columna romana, todas las ciudades le salían al encuentro con los magistrados suplicando piedad, mientras mujeres y niños se postraban por las calles y ofrecían todo tipo de concesiones para aplacar la ira del enemigo, no por estar en guerra, sino para favorecer la paz.

64. Fabio Valente[306] recibió la noticia del asesinato de Galba y de la subida al poder de Otón en la capital de los leucos[307]. Pero el ánimo de los soldados no se conmovió ni con alegría ni con miedo: en su mente les rondaba la guerra. Se terminaron las dudas de

los galos: odiaban por igual a Otón y a Vitelio, pero a [2] Vitelio le tenían, además, miedo. Próxima estaba la ciudad de los lingones[308], leal a la causa de Vitelio. Los soldados romanos recibieron una cordial bienvenida y correspondieron con corrección, pero la alegría duró poco por la indisciplina de las cohortes que, como recordamos más arriba[309], Fabio Valente había incorporado a su ejército procedentes de la legión XIV[310]. Primero surgieron insultos y después riñas entre los batavos y los legionarios. Y cuando el apoyo de los soldados se inclinaba a unos o a otros, estuvieron a punto de enzarzarse en una batalla, si no es porque Valente con el castigo de unos pocos no hubiera recordado a los batavos su autoridad, que ya habían olvidado. En vano se buscó un motivo de guerra contra los [3] eduos[311]. Cuando se les ordenó que llevaran dinero y armas, ofrecieron además provisiones gratuitas. Lo que los eduos hicieron por miedo, los habitantes de Lugduno[312] lo hicieron con gusto. Sin embargo, se sacó de la ciudad la legión Itálica y el Ala Tauriana[313], aunque se decidió dejar en Lugduno a la cohorte XVIII[314] en sus habituales cuarteles de invierno. Manlio Valente[315], [4] el comandante de la legión Itálica, aunque había hecho méritos suficientes para la causa, no gozó de ningún crédito ante Vitelio. Fabio lo había difamado a sus espaldas con secretas acusaciones, al tiempo que lo alababa en público para cogerlo más desprevenido.

65. La guerra reciente había avivado la vieja enemistad entre los habitantes de Lugduno y Vienne[316]. Se habían hecho muchas matanzas unos y otros con más frecuencia y encono que si se tratara de luchar únicamente por la causa de Nerón o Galba. Además, Galba había confiscado en un arranque de ira los ingresos de los lioneses, mientras que dispensó grandes honores a los vieneses: de ahí la rivalidad, la envidia y el odio que unía a ciudades [2] separadas solo por un río[317]. Así pues, los lioneses empezaron a soliviantar uno a uno a los soldados y a lanzarlos a destruir a los vieneses. Les recordaban que habían sitiado a su propia colonia, que habían ayudado a la intentona de Víndice y que recientemente habían reclutado legiones para proteger a Galba[318]. Y, después de exponer sus razones para odiarlos, les mostraban la enormidad del botín. Y ya no se trataba de arengas privadas, sino de públicos llamamientos, para que fueran sus vengadores y destruyeran el baluarte de la rebelión de los galos. En Vienne, decían, todo era extraño y hostil, mientras que ellos eran una colonia romana[319], una parte del ejército y aliados suyos tanto en la prosperidad como en la adversidad. Y, en caso de que la fortuna les fuera contraria, no debían dejarlos a merced de aquella gente enojada.

66. Con estas arengas y otras del mismo tenor los habían soliviantado de tal manera que ni siquiera los comandantes y jefes del partido de Vitelio creían que pudieran sofocar

la iras del ejército. Entonces los vieneses, conscientes de lo peligroso de su situación, portando velos y cintas sagradas y sujetando las armas, las rodillas y los pies de los soldados cuando las tropas avanzaban contra ellos, lograron doblegar sus corazones. Valente añadió trescientos sestercios[320] para cada soldado. Entonces sí pudo influir la antigüedad y la nobleza de la colonia y se acogieron con oídos ecuánimes las palabras de Fabio reclamando la salvación e integridad de los vieneses. Con todo, se les penalizó con la confiscación de sus armas y tuvieron que ayudar a los soldados con toda clase de provisiones. Sin embargo, [2] se corrió un rumor persistente de que se compró al mismo Valente por una suma considerable de dinero. Este, pobre durante mucho tiempo y rico de repente, ocultaba mal el cambio de fortuna: era desmedido en sus apetitos avivados por una prolongada pobreza, y de una juventud sin recursos pasó a ser un viejo despilfarrador[321]. Después, el ejército pasó a marcha lenta por [3] el territorio de los alóbroges y los voconcios. Su jefe Valente negociaba el trayecto de los recorridos y el cambio de las acampadas haciendo tratos vergonzosos con los propietarios de las tierras y los magistrados de las ciudades. Actuaba con tales amenazas que en Luco[322], un pueblo del territorio de los voconcios, acercó las teas incendiarias hasta que lo aplacaron con dinero. Y cuantas veces no había dinero disponible, se dejaba sobornar con violaciones y adulterios. Así llegaron a los Alpes[323].

67. Cécina engulló incluso más botín y sangre[324]. Habían irritado su carácter pendenciero los helvecios, un pueblo galo famoso en otro tiempo[325] por su fuerza con las armas y después por el recuerdo de su reputación, que ignoraban el asesinato de Galba y se resistían a reconocer a Vitelio como emperador. La guerra se desencadenó por la precipitada avaricia de la legión XXI[326], cuyos soldados robaron el dinero enviado para la paga de una guarnición que los helvecios mantenían desde el pasado con sus propios [2] soldados y a sus expensas. Los helvecios lo llevaron a mal, interceptaron el correo que se remitía a las legiones de Panonia[327] en nombre del ejército de Germania y retuvieron bajo custodia al centurión y algunos soldados. Cécina, ávido de guerra, se lanzaba a vengar cualquier falta al momento sin dar tiempo al arrepentimiento. Levantó rápidamente el campamento, arrasó la comarca y saqueó un lugar que tras prolongada paz se había convertido en una especie de ciudad, llena de gente que disfrutaba con placer de sus aguas medicinales[328]. Se enviaron mensajes a las tropas auxiliares réticas para que atacaran a los helvecios por la retaguardia cuando se volvieran contra la legión.

68. Los helvecios, fieros antes del combate, se mostraron cobardes a la hora del peligro. Aunque a la primera alarma eligieron jefe a Claudio Severo[329], desconocían el manejo de las armas, no mantenían las filas ni actuaban a una. Una batalla contra

veteranos sería fatal para ellos, mientras que un asedio sería inseguro, pues sus murallas estaban deterioradas por su antigüedad[330]. Por un lado estaba Cécina con un ejército poderoso y por otro la caballería y cohortes réticas y la misma juventud de los retos, habituada a las armas y entrenada en la práctica militar. Por todas partes se produjo devastación y matanza. Los helvecios, sin rumbo en medio de ellos, arrojaron las armas. La mayoría, heridos y en desbandada, huyeron al monte Vocecio[331]. Rápidamente una cohorte de tracios[332] se lanzó contra [2] ellos y fueron desalojados. Les siguieron los germanos y retos y fueron degollados a lo largo de los bosques y en sus mismos escondrijos. Murieron muchos miles de hombres y otros muchos miles fueron subastados como esclavos. Y cuando, destruido todo, marcharon con fuerzas hostiles contra Avéntico[333], la capital de aquel pueblo, enviaron emisarios para que se rindiera la ciudad y se aceptó la rendición. Cécina castigó ejemplarmente a Julio Alpino[334], de los notables de la ciudad, como instigador de la guerra. Dejó a los demás a merced del perdón o de la crueldad de Vitelio.

69. No es fácil decir si los delegados de los helvecios encontraron menos clemente[335] al emperador o a sus soldados. Estos exigieron la destrucción de la ciudad[336] y dirigieron sus armas y manos contra el rostro de los delegados. Ni siquiera Vitelio se moderaba en sus palabras amenazadoras cuando Claudio Coso[337], uno de los delegados, de notable elocuencia, pero, ocultando su arte oratoria con un nerviosismo oportuno y por ello de mayor efecto, calmó los ánimos de los soldados. Como es costumbre, la masa era voluble[338] ante lo inesperado y se mostraba tan inclinada a la misericordia como desmedida en la crueldad. Derramando lágrimas y pidiendo con insistencia el mejor tratamiento, consiguieron la impunidad y salvación de la ciudad.

70. Cécina se detuvo unos pocos días entre los helvecios, mientras se informaba sobre los planes de Vitelio[339], al tiempo que preparaba el paso de los Alpes. Entonces recibió desde Italia la grata noticia de que el regimiento de caballería Siliana[340], que operaba en el valle del Po[341], se había sumado al juramento de fidelidad a Vitelio. Los silianos habían tenido a Vitelio de procónsul en África[342]. Después fueron movilizados por Nerón para enviarlos de avanzadilla a Egipto, pero se les reclamó para la guerra de Víndice y por eso permanecían entonces en Italia. Por instigación de los decuriones[343], quienes, desconociendo a Otón y estando ligados a Vitelio, exageraban la fuerza de las legiones que se acercaban y la reputación del ejército de Germania, se pasaron al bando de Vitelio. Y como si se tratara de un regalo a su nuevo emperador, le entregaron los municipios más fuertes de la región Transpadana: Mediolano y Novaria, así como

Eporedia y Vercelas[344]. Cécina se enteró de este hecho [2] por ellos mismos. Y, dado que no se podía defender la región más extensa de Italia con las fuerzas de un solo escuadrón, envió por delante cohortes[345] de galos, lusitanos y britanos, así como a las banderas de germanos con el Ala Petriana[346]. Cécina dudó un poco sobre si desviarse por las montañas de Recia hacia el Nórico[347] para enfrentarse al procurador Petronio Úrbico[348], quien se tenía por leal a Otón al haberse reforzado con [3] tropas auxiliares y haber cortado los puentes sobre los ríos[349]. Pero tuvo miedo de perder las cohortes y escuadrones que ya había enviado por delante; pensó también una y otra vez que se conseguiría más gloria si conservaba Italia y que, por dondequiera que se luchara, el Nórico se contaría entre los premios de una victoria segura. Así que decidió trasladar por la ruta de los Alpes Peninos a los infantes y las pesadas columnas de las legiones, cuando todavía era invierno en los Alpes[350].

Otón, emperador en Roma[351]

71. Entretanto, Otón, para sorpresa de todos, no se entregó a los placeres ni a la desidia. Aplazó las diversiones, disimuló su desenfreno, dispuso todo según el decoro del imperio, y por ello infundían más miedo esas falsas virtudes y los vicios que un día regresarían. Ordenó comparecer en el Capitolio a Mario Celso[352], cónsul electo, a quien había salvado de la crueldad de los soldados con el pretexto de encarcelarlo. Otón pretendía ganarse la reputación de clemencia en el tratamiento de un hombre famoso y enemigo político. Celso, que reconoció con firmeza la acusación de haber [2] mantenido su lealtad hacia Galba, llegó a ponerse además de ejemplo. Otón no se reconcilió como si le perdonara, sino que, para no tener que temer a Celso como si fuera su enemigo, lo trató conciliadoramente[353], lo tuvo inmediatamente como amigo íntimo y lo eligió después como uno de los generales en la guerra. A cambio, Celso, como si fuera su destino, también mantuvo con Otón una lealtad insobornable y desgraciada. El perdón de Celso, saludado con alegría por los notables [3] de la ciudad y celebrado por la gente en general, no desagradó siquiera a los soldados que solían admirar las mismas virtudes que antes odiaban.

72. Luego siguió un entusiasmo semejante, aunque por causas distintas, cuando se logró la perdición de Tigelino[354]. Ofonio Tigelino, de padres humildes, tuvo una juventud viciosa y una madurez desvergonzada[355]. Alcanzó gracias a sus vicios, porque era el camino más rápido, la comandancia de los vigilantes[356] y la del pretorio y otros cargos con los que se premia las cualidades gracias a los vicios. Practicó luego la crueldad y

después la codicia, inmoralidades viriles. Tras corromper a Nerón con toda clase de maldades[357], se atrevió a algunas sin su conocimiento para al final abandonarle y traicionarle. De ahí que para nadie se reclamó con más insistencia el castigo por diferentes motivos, tanto por parte de los que odiaban a Nerón [2] como por los que lo añoraban. Con Galba le amparó la influencia de Tito Vinio, quien alegaba que le había salvado a su hija[358]. Sin duda la había salvado, no por clemencia (a la vista de tantos como mató), sino para tener un camino de escape en el futuro, pues los criminales que temen los cambios porque desconfían del presente se atraen la gratitud de los particulares como protección contra el odio general. De ahí que no le importara en absoluto la inocencia de nadie, sino el intercambio de impunidades. [3] Estos hechos lo hacían más odioso al pueblo, pues al antiguo odio hacia Tigelino se sumaba el resentimiento reciente contra Tito Vinio. Acudieron corriendo desde toda la ciudad hacia el Palatino y los foros y, ocupando circos y teatros, donde la masa gozaba de la mayor licencia, lanzaron griteríos sediciosos, hasta que Tigelino recibió en el balneario de Sinuesa[359] la noticia de que había llegado su última hora. En medio de liviandades con prostitutas, besos de despedida y aplazamientos vergonzosos y de demoras vergonzantes se cortó la garganta con una navaja de afeitar manchando su vida infame también con un final diferido y deshonroso[360].

73. Por aquel mismo tiempo se pidió la ejecución de Calvia Crispinila[361], pero se salvó del trance por diversas maniobras de Otón y con comentarios adversos hacia un príncipe que miraba hacia otro lado. Maestra de los vicios de Nerón, Crispinila había pasado a África para incitar al levantamiento armado a Clodio Macro[362], maquinando sin tapujos provocar hambruna en el pueblo de Roma[363]. Después se ganó el favor de toda la ciudad gracias a su matrimonio con un excónsul. Bajo Galba, Otón y Vitelio salió indemne. Luego disfrutó de una gran influencia por su dinero y falta de herederos[364], situación que lo mismo vale en los buenos como en los malos tiempos.

74. Entretanto, Otón enviaba a Vitelio cartas frecuentes y plagadas de halagos propios de mujeres, ofreciéndole dinero, influencia y el lugar de asueto que quisiera para una vida regalada[365]. Iguales ofrecimientos le enviaba Vitelio, primero con delicadeza, los dos con una hipocresía estúpida y degradante; luego, como si estuvieran a la greña, se echaron en cara mutuamente estupros e infamias, sin que ninguno de los dos estuviera [2] mintiendo. Otón mandó llamar a los delegados enviados por Galba y despachó otra delegación[366] como si fuera en nombre del Senado hacia los dos ejércitos de Germania, la legión Itálica[367] y las tropas que estaban de misión en Lugduno. Los delegados permanecieron junto a Vitelio con demasiado entusiasmo como para parecer que estaban

retenidos. Los pretorianos, que Otón había puesto a los delegados simulando que eran una guardia de honor, fueron devueltos a Roma antes de mezclarse [3] con las legiones. Fabio Valente les dio una carta en nombre del ejército de Germania dirigida a las cohortes pretorianas y de la ciudad. En ella exageraba las fuerzas de su bando y ofrecía un entendimiento entre ellos. Además, les echaba en cara que hubieran traspasado a Otón el imperio entregado tanto tiempo antes[368] a Vitelio.

75. Así tanteaba a los pretorianos tanto con promesas como con amenazas, haciéndoles ver que, desiguales en la guerra, no perderían nada en la paz. Con todo, no cambió la lealtad de los pretorianos. Pese a ello, Otón envió asesinos a Germania y Vitelio a Roma. Unos y otros fracasaron en su intento. Los agentes de Vitelio quedaron impunes al pasar desapercibidos por desconocimiento mutuo entre una multitud tan grande de gente, mientras que los de Otón fueron traicionados por sus caras [2] extrañas, pues allí todos se conocían entre sí. Vitelio escribió una carta a Ticiano[369], hermano de Otón, amenazándole de muerte a él y a su hijo, si su madre e hijos[370] recibían algún daño. Las dos familias siguieron enteras bajo el imperio de Otón, no se sabe si por miedo; Vitelio, como vencedor, se llevó el título de clemente.

76. La primera noticia que dio confianza a Otón fue la procedente del Ilírico con el anuncio de que le habían prestado juramento de lealtad las legiones de Dalmacia, Panonia y Mesia[371]. Lo mismo se informó de Hispania y se felicitó a Cluvio Rufo[372] por medio de un edicto. Pero inmediatamente se conoció que Hispania se había pasado a Vitelio. Ni siquiera Aquitania[373], pese a que Julio Cordo[374] la comprometió a jurar en favor de Otón, permaneció fiel. En ninguna parte existía la lealtad o el afecto. En todos sitios se cambiaba de bando por miedo o a la fuerza. También el terror hizo cambiar a la provincia Narbonense y ponerse al lado de Vitelio, pues era fácil pasarse a los [2] cercanos y más fuertes. Las provincias lejanas y todas las fuerzas separadas por mares permanecieron al lado de Otón, no por entusiasmo hacia su causa, sino porque pesaba mucho el nombre de Roma y el prestigio del Senado. Además, el emperador del que primero se había oído hablar se había ganado el apoyo. Vespasiano había obligado al ejército de Judea a jurar en favor de Otón, y Muciano a las legiones de Siria[375]. Al mismo tiempo, Egipto y todas las provincias de Oriente le expresaron apoyo [3] expreso. Idéntica lealtad se produjo en África a iniciativa de Cartago[376] y sin esperar a la autoridad del procónsul Vipstano Aproniano[377]. Crescente[378], liberto de Nerón (pues en los malos tiempos también estos toman parte en la política) había ofrecido un banquete público[379] a la plebe para celebrar la alegría por la reciente ascensión al imperio, y el pueblo se apresuró a aceptar lo demás sin restricción alguna. Las demás ciudades

siguieron el ejemplo de Cartago.

77. Divididos así los ejércitos y las provincias, Vitelio necesitaba la guerra para apoderarse del principado, mientras que Otón desempeñaba las funciones de emperador como si estuviera en una época de mucha paz, mostrando en algunas cuestiones sentido de Estado; pero en la mayoría de los asuntos actuaba contra el decoro y con precipitación según la conveniencia del momento presente. Se hizo nombrar cónsul[380] hasta el [2] 1 de marzo con su hermano Ticiano, dejando a Verginio[381] para los meses sucesivos a fin de ablandar de alguna manera al ejército de Germania. A Verginio se le unió Pompeyo Vopisco[382] con el pretexto de su antigua amistad, aunque la mayoría lo interpretaba como que se había hecho un cumplido a la ciudad de Vienne. Los demás consulados permanecieron según los nombramientos de Nerón o Galba: Celio y Flavio Sabino[383] hasta julio, Arrio sAntonino[384] y Mario Celso hasta septiembre. Ni siquiera Vitelio vetó tales honores tras su victoria. Pero Otón [3] añadió pontificados y augurados como colofón de los cargos ya ejercidos por ancianos que ya habían disfrutado de una larga carrera política, o a jóvenes nobles que habían regresado recientemente del destierro los recompensó a modo de consuelo con sacerdocios que habían ocupado sus padres y abuelos. Se devolvió su escaño en el Senado a Cadio Rufo, a Pedio Bleso y a Escevino Propincuo[385]. Habían caído bajo Claudio y Nerón condenados por concusión. Al perdonarlos los senadores decidieron, cambiando los nombres, que lo que había sido avaricia pareciera alta traición, una acusación que provocaba entonces tal repugnancia que incluso las buenas leyes se convertían por ello en papel mojado.

78. Otón tanteó con la misma largueza también los ánimos de ciudades y provincias. A las colonias de Hispalis y Emérita concedió como regalo familias adicionales de colonos[386], la ciudadanía romana a todos los lingones y a la provincia de la Bética ciudades en Mauritania[387]. A Capadocia y a África otorgó [2] nuevos privilegios ostentosos más que duraderos. Ni siquiera en medio de estas decisiones, excusables por la urgencia del momento presente y las preocupaciones acuciantes, se olvidó de sus amores, e hizo reponer las estatuas de Popea por un decreto del Senado. Se creyó que incluso había contemplado la idea de honrar la memoria de Nerón con la esperanza de atraerse a la plebe. De hecho hubo quienes exhibieron imágenes de Nerón. Incluso en ocasiones especiales el pueblo y las tropas, como si realzaran su nobleza y decoro, aclamaron a Otón como Nerón Otón[388]. Este se mantuvo indeciso por miedo a prohibirlo o vergüenza de reconocerlo.

79. Con la atención puesta en la guerra civil no existía preocupación alguna por los

asuntos del exterior. Por ello, los rojolanos[389], pueblo sármata, tras haber aniquilado a dos cohortes el invierno anterior, osaron invadir Mesia[390] con grandes esperanzas. Unos nueve mil jinetes, arrastrados más por su fiereza y éxitos en el saqueo que por sus victorias militares. Así que, la legión III[391] con refuerzos de tropas auxiliares se lanzó de improviso sobre ellos, que se encontraban dispersos y confiados. Entre los romanos todo estaba dispuesto para el combate; [2] los sármatas, desperdigados por el ansia de botín o cargados con pesados despojos, sin contar con la velocidad de sus caballos por lo resbaladizo de los caminos, caían abatidos como si estuvieran maniatados. Así pues, es sorprendente observar cómo todo el valor de los sármatas reside, por así decirlo, en factores externos a ellos mismos. Nadie hay tan cobarde para la lucha a pie, pero cuando cargan en escuadrones apenas hay formación que se le resista. Pero en aquella ocasión, con un día [3] húmedo y el deshielo, a causa de los resbalones de los caballos y el peso de sus cotas de mallas de hierro[392], no les sirvieron de nada ni sus lanzas ni sus largas espadas que manejan con las dos manos. Tal protección es la que llevan los príncipes y los más notables. Está formada de láminas de hierro y cuero endurecido. Resulta tan impenetrable a los golpes como engorrosa para levantarse de nuevo cuando el portador cae en un ataque enemigo. Además, los sármatas se hundían en la nieve espesa y [4] blanda. Los soldados romanos se movían fácilmente con sus lorigas atacando con las jabalinas o las lanzas y, cuando la ocasión lo requería, con sus ligeras espadas herían de cerca a los sármatas inermes, que ni siquiera tenían la costumbre de defenderse con escudos, hasta que los pocos supervivientes de la batalla se refugiaron en unas ciénagas. Allí sucumbieron a la severidad [5] del invierno o a las heridas. Cuando esto se supo en Roma, se concedió a Marco Aponio[393], que gobernaba en Mesia, una estatua triunfal[394] y a los comandantes de las legiones Fulvo Aurelio, Juliano Tecio y a Numisio Lupo[395] distintivos consulares[396]. Otón se mostraba encantado, atribuyéndose la victoria como si hubiera sido él el afortunado en la guerra y hubiera engrandecido al Estado con sus propios generales y sus propios ejércitos.

Motín de los pretorianos[397]

80. Entretanto, se produjo un motín que casi arruinó a Roma, aunque se había iniciado a raíz de un hecho sin importancia del que no se temía peligro alguno. Otón había ordenado a la cohorte XVII trasladarse a Roma desde la colonia de Ostia[398]. Se había encargado la responsabilidad de armarla a Vario Crispino[399], tribuno de los pretorianos. Este, para cumplir las órdenes con más libertad mientras el campamento estaba en calma, ordenó abrir el arsenal y cargar al anochecer los carruajes de la cohorte.

La hora levantó sospechas, el motivo dio lugar a acusaciones, la pretensión de tranquilidad desembocó en una revuelta. Al ver las armas unos soldados bebidos sintieron el deseo de tomarlas. Los soldados empezaron a [2] murmurar y acusaron a los tribunos y centuriones de traición, pues pensaban que estaban armando a la servidumbre de los senadores para asesinar a Otón. Algunos de los pretorianos, cargados de vino, no sabían lo que pasaba, la mayoría quería aprovechar una oportunidad de saqueo y la masa, como es usual, estaba deseosa de cualquier cambio. La noche abolía la disciplina de los mejores. Degollaron a los tribunos que se oponían al motín y a los centuriones más severos[400]. Se apoderaron de las armas, desenvainaron las espadas y, montando a caballo, se dirigieron a Roma y al Palacio.

81. Otón celebraba un banquete muy concurrido con hombres y mujeres de la alta sociedad[401]. Los invitados se preguntaban temblorosos si sería una locura transitoria de los soldados o una trampa del emperador o si sería más peligroso permanecer allí y ser arrestados o huir y dispersarse. Unas veces simulaban entereza, otras delataban su miedo, al tiempo que se fijaban en la expresión de Otón. Y, como sucede con las mentes inclinadas a la sospecha, cuando Otón sentía miedo, también lo inspiraba [2] a los demás. Con todo, en su preocupación tanto por el peligro que corría el Senado como por el suyo propio, envió inmediatamente a los comandantes de la guardia pretoriana[402] a calmar la ira de los soldados y ordenó a todos que se marcharan rápidamente del banquete. Entonces sin orden ni concierto los magistrados arrojaron lejos sus distintivos[403] y se deshicieron de su séquito de acompañantes y esclavos. Los ancianos y las mujeres tomaron direcciones distintas amparándose en la oscuridad. Los menos se dirigieron a sus casas, los más a las de sus amigos y a escondrijos sórdidos de los clientes más humildes que pudieran tener.

82. Ni siquiera las puertas del Palacio impidieron que las tropas irrumpieran en el banquete con la exigencia de que le mostraran a Otón. Habían herido al tribuno Julio Marcial[404] y a Vitelio Saturnino, comandante de la legión, en su intento de oponerse a los asaltantes. Todo se llenó de armas y amenazas, primero contra los centuriones y tribunos y después contra el Senado en pleno. Con sus mentes enloquecidas por un pánico ciego y al no poder encontrar un único objetivo de su ira, clamaban tener libertad para ir contra todos, hasta que Otón se encaramó sobre un diván sin guardar la dignidad imperial y a duras penas los contuvo entre súplicas y lágrimas. Regresaron al campamento a regañadientes, pero no sin haber causado daños. Al día siguiente, las casas permanecían cerradas como en [2] una ciudad tomada, se veía poca gente por las calles y la plebe se mostraba abatida. Las miradas cabizbajas de los soldados mostraban más disgusto que arrepentimiento. Formados por compañías les hablaron los prefectos Licinio Próculo y

Plocio Firmo[405], cada uno con más delicadeza o más rudeza según el carácter de cada cual. El final de sus charlas fue que a cada [3] soldado se le asignarían cinco mil sestercios[406]. Solo entonces se atrevió Otón a entrar en el campamento. Los tribunos y centuriones lo rodearon, se quitaron sus distintivos militares[407] y le solicitaron el retiro con el perdón de sus vidas. Los soldados fueron conscientes del reproche sufrido, volvieron a la obediencia y además pidieron la ejecución de los responsables del motín.

83. Otón, aunque la situación andaba revuelta y la opinión de los soldados dividida —pues los mejores exigían una solución a la indisciplina del momento, mientras que la masa, es decir, la mayoría, encantada con las sediciones y un poder ansioso de popularidad, se dejaba arrastrar con más facilidad a la guerra civil en medio de revueltas y saqueos—, reflexionaba también sobre el hecho de que un principado que se había obtenido con crímenes no se podía mantener mediante una repentina moderación y una severidad trasnochada. Con todo le angustiaba la situación crítica de Roma y el peligro que corría el [2] Senado. Finalmente, pronunció el siguiente discurso[408]: «No he venido, compañeros de armas, para encender vuestros corazones de afecto hacia mí ni para incitar a vuestro espíritu hacia el valor (pues de sobra tenéis ambas virtudes), sino para pediros que mantengáis vuestro valor bajo control y moderéis vuestro amor hacia mí. El inicio del reciente alboroto no se ha debido a codicia u odio, cosas que han llevado a muchos ejércitos a la discordia, y ni siquiera lo ha provocado el rechazo o el miedo a los peligros: lo ha suscitado vuestra excesiva lealtad que ha actuado con más violencia que cautela. Que a menudo honestas intenciones, no respaldadas por un buen juicio, tienen consecuencias perniciosas. Vamos a la guerra. ¿Es que la naturaleza [3] de los hechos o la urgencia de las situaciones hacen posible que se tengan que oír en público a todos los emisarios y se tengan que discutir todos los planes en presencia de todos? Tan necesario es que los soldados desconozcan ciertos asuntos como que conozcan otros. La autoridad de los jefes y el rigor de la disciplina son tales que incluso conviene transmitir frecuentemente órdenes solo a centuriones y tribunos. Si se permite que cada cual pregunte la razón de las órdenes, al desaparecer la obediencia se destruirá también el mando. ¿También en la guerra [4] se robarán armas en mitad de la noche? ¿Y un par de gamberros borrachos (pues no puedo creer que fueran más los que enloquecieran en el asunto de la pasada noche) se mancharán las manos con la sangre de un centurión y un tribuno e irrumpirán en la tienda de su general?

84. »Ciertamente vosotros actuasteis así por mí. Pero en medio de carreras, de la oscuridad y la confusión general se puede proporcionar incluso la ocasión para actuar contra mí. Si a Vitelio y a su banda se les da la posibilidad de elegir, ¿qué estado de ánimo, qué actitud querrían en nosotros? ¿Qué otra cosa desearán sino la sedición y la

discordia, y que los soldados no obedezcan a los centuriones ni los centuriones a los tribunos[409], para que en plena confusión de la infantería y caballería nos precipitemos a la ruina? La milicia se basa en la obediencia, [2] compañeros de armas, no cuestionando las órdenes de los jefes, y el ejército más valeroso a la hora del peligro es el que se comporta con más tranquilidad antes de dicho peligro. Las armas y el valor sea cosa vuestra, dejadme a mí la estrategia y la dirección de vuestra valentía. Los culpables fueron pocos, dos serán castigados. Los demás borrad de vuestra memoria esta vergonzosa [3] noche. Y que ningún ejército en ningún sitio tenga que oír las palabras que lanzasteis contra el Senado. Contra la cabeza del imperio y el orgullo de todas las provincias ni siquiera, por Hércules, se atreverían a reclamar un castigo aquellos germanos que Vitelio ahora precisamente está empujando contra nosotros. ¿Acaso algún hijo de Italia y la auténtica juventud de Roma puede exigir la muerte sangrienta de un estamento con cuyo esplendor y gloria eclipsamos la siniestra oscuridad del bando viteliano? Vitelio ha ocupado algunas naciones y tiene una cierta apariencia de ejército. Pero el Senado está de nuestra parte. Así que en este lado está el Estado y en el otro se han situado [4] los enemigos del Estado. Pues bien, ¿vosotros creéis que esta ciudad está en pie por sus mansiones, casas y el amontonamiento de piedras? Esas cosas, mudas y sin vida, pueden sin distinción destruirse y restaurarse, pero la eternidad del Estado, la paz entre los pueblos y mi vida junto con la vuestra se garantizan con la integridad del Senado[410]. El orden senatorial fue instituido por el padre y fundador de nuestra ciudad[411] con buenos augurios, ha sobrevivido inmortal y sin interrupción desde el período real hasta el principado. Como lo hemos recibido de nuestros antepasados, entreguémoslo a la posteridad, pues al igual que de vosotros nacen los senadores, de la misma manera de los senadores nacen los príncipes».

85. El discurso, calculado para reprimir y halagar los ánimos de los soldados, y aquella mesurada severidad, pues se había ordenado castigar solo a dos y no a la mayoría, fueron bien recibidos, y de momento se avinieron al orden aquellos incontrolables. Con todo, la tranquilidad no había vuelto a la capital: se escuchaban ruidos de armas y se veía la imagen de la guerra. Es verdad que los soldados no provocaban juntos desorden alguno, pero iban acá y allá por las mansiones ocultando el uniforme y con malsano celo[412] acosaban a todos los que por su nobleza, sus riquezas o alguna otra especial distinción estaban expuestos a los rumores. Además muchos creían que soldados [2] de Vitelio habían entrado en Roma para sondear el apoyo a su causa. De ahí que todo se llenara de sospechas y apenas había seguridad en la intimidad de las casas. Con todo, el miedo era generalizado en lugares públicos. La gente componía la actitud y el gesto según los rumores traían las últimas noticias, a fin de que no pareciera que desesperaban con las malas noticias y se alegraban poco de las buenas. Pero cuando

el Senado se reunió [3] en la Curia[413], era difícil tratar con mesura todos los asuntos, no fuera a ser que el silencio pudiera sonar a rebeldía y la libre expresión pareciera sospechosa. Además Otón, que había sido un particular hasta hacía poco y que usaba el mismo lenguaje que ellos, conocía bien la adulación. Así pues, daban vueltas a sus discursos y los retorcían hacia un lado y hacia otro llamando a Vitelio enemigo y parricida, los más prudentes con reproches corrientes, algunos lanzando afrentas auténticas, aunque lo hacían en medio del griterío y cuando eran muchas las voces, entre el ruido ensordecedor de sus propias palabras.

Prodigios y presagios[414]

86. También infundían terror prodigios divulgados por fuentes diversas. En el vestíbulo del Capitolio[415], se decía, se habían soltado las riendas del carro en el que estaba subida la Victoria[416]; de la capilla de Juno[417] había salido una figura de apariencia sobrehumana; la estatua del divino Julio en la isla del río Tíber, en un día soleado y sin viento, se había vuelto del oeste al este[418]; en Etruria había hablado un buey; se producían partos de animales monstruosos[419] y ocurrían muchas otras señales que en los siglos primitivos se atendían incluso en tiempos de paz, pero que [2] ahora solo se oyen en momentos de miedo. Pero el mayor pánico, pues no solo se temía ya por la destrucción presente sino también por la del futuro, se produjo por el repentino desbordamiento del Tíber[420]. Una inmensa crecida causó el hundimiento del puente Sublicio[421]. El río, que quedó obstruido por la masa de escombros, inundó no solo las partes bajas y llanas de la capital, sino también las zonas a salvo de desastres de este tipo. La mayoría de la gente fue arrastrada a lo largo de las vías públicas, los más quedaron atrapados en tiendas y habitaciones. La falta de recursos y la escasez de alimentos trajeron el hambre a la clase más pobre. Las aguas estancadas minaron los cimientos de los bloques de viviendas[422], que cedieron cuando el río volvió a su cauce. Y tan pronto como los ánimos se recobraron [3] del peligro, el mero hecho de que el Campo de Marte y la vía Flaminia[423], la ruta para ir al frente, hubieran quedado obstruidos, ya fuera por causas fortuitas o naturales, cuando Otón preparaba la campaña, se interpretaba como una señal del cielo y augurio de desastres inminentes.

Planes de guerra[424]

87. Otón, purificada la ciudad[425] y sopesados los planes para la guerra, dado que los

ejércitos de Vitelio[426] cortaban los Alpes Peninos y Cotios[427], así como las demás entradas de las Galias, decidió invadir la Galia Narbonense[428] con una escuadra poderosa y leal a su causa. La razón era que Otón había encuadrado en las unidades de una legión a los supervivientes del puente Milvio[429], mientras que a los demás se les dio esperanzas de un servicio militar honroso en el futuro[430]. Reforzó la flota[431] con cohortes urbanas y numerosos pretorianos, como fuerza y nervio del [2] ejército, y a la vez como asesores y vigilantes de jefes. El mando supremo de la expedición se confió a Antonio Novelo y Suedio Clemente[432], centuriones de mayor rango, y a Emilio Pacense[433], a quien Otón le devolvió el tribunado del que le había desposeído Galba. El liberto Mosco conservaba la responsabilidad de las naves[434] y permanecía en el puesto para controlar la lealtad de quienes eran más nobles que él. A Suetonio Paulino, Mario Celso y Annio Galo[435] se les encargó el mando de las tropas de infantería y caballería, pero el puesto de máxima confianza se confió a Licinio Próculo[436], comandante de la guardia pretoriana. Este, curtido en la milicia urbana, carecía de experiencia en la guerra, pero con sus críticas, lo más fácil del mundo, a la reputación de Paulino, a la energía de Celso y a la madurez de Galo, que esas eran sus cualidades respectivas, este hombre depravado y astuto pasaba por delante de estos hombres buenos y moderados.

88. Por aquellas fechas Cornelio Dolabela[437] fue deportado a la colonia de Aquino. No estaba sometido a una vigilancia ni estrecha ni discreta. Y todo esto no se debió a ninguna acusación, sino porque le señalaban por su antiguo apellido y su parentesco con Galba. Otón dio instrucciones para que muchos magistrados y un gran número de excónsules se incorporaran a la expedición, no como miembros activos o ayudantes en la guerra, sino como una especie de séquito suyo. Entre ellos se incluyó incluso a Lucio Vitelio[438] con el mismo realce que los demás y no el de hermano [2] de un emperador ni como el de hermano de un enemigo. Así que se produjo una oleada de preocupación en Roma, pues ningún estamento estaba libre de miedo o peligro. Los líderes del Senado estaban incapacitados por la edad e inactivos por la larga duración de la paz, la nobleza se mostraba indolente y olvidada de las guerras, los caballeros desconocían la milicia, y cuanto más se esforzaban todos estos en ocultar y esconder su terror, [3] más claramente se mostraban aterrados. Y, por el contrario, no faltaban quienes con estúpidas pretensiones se compraban armas llamativas, magníficos caballos y algunos lujosas vajillas para banquetes y medios para excitar los apetitos libidinosos[439], como si fueran armas de guerra. Las personas con seso estaban preocupadas por la paz y el Estado, los más ligeros y despreocupados por el futuro se engreían con falsas esperanzas y muchos que habían arruinado su crédito en la paz se encontraban eufóricos en este estado de confusión y muy seguros en la incertidumbre[440].

89. Pero la masa y el pueblo en general, que no tomaba parte en los asuntos políticos debido a su excesiva complejidad[441], comenzaron a sentir poco a poco los males de la guerra al ponerse todo el dinero a disposición de la milicia y elevarse los precios de los alimentos[442]. Estos efectos no habían empobrecido tanto a la plebe en la revuelta de Víndice, pues la capital estuvo entonces segura y la guerra se desarrollaba en las provincias, además de que se consideró un hecho externo que se ventilaba entre las legiones y las Galias. Y en efecto, [2] desde que el divino Augusto organizó el poder de los Césares, el pueblo romano había guerreado lejos y había causado preocupación o proporcionado gloria a uno solo. Bajo Tiberio y Gayo solo afectaron a la república las adversidades de la paz[443]. La rebelión de Escriboniano[444] contra Claudio fue aplastada tan pronto como se oyó hablar de él. Nerón fue derrocado más por medio de mensajes y rumores que por las armas. En cambio ahora las legiones y las flotas, las tropas pretorianas y urbanas desplazadas al frente (cosa que ocurrió en pocas ocasiones), Oriente y Occidente y todas las guerras que quedan en retaguardia, habrían dado lugar, si se hubiera luchado con otros jefes, a una guerra prolongada. Hubo quienes [3] ante la marcha de Otón intentaban retrasarla por el escrúpulo religioso de no haberse colocado todavía en su lugar los Escudos[445]. Él rechazó todo tipo de dilaciones, pues otras parecidas habían sido también ruinosas para Nerón. También le espoleaba el hecho de que Cécina hubiera atravesado ya los Alpes.

90. El 14 de marzo Otón encargó al Senado la administración del Estado y concedió a los que habían regresado del destierro el remanente de las confiscaciones hechas por Nerón y que todavía no habían ingresado en el fisco[446]. Fue un regalo muy apropiado y magnífico en apariencia, pero inútil pues ya [2] hacía tiempo que se habían celebrado las subastas a toda prisa. Luego, convocó una asamblea, en la que exaltó el prestigio de Roma y el apoyo unánime del Senado y el pueblo. Habló con moderación contra el partido viteliano, censurando a las legiones más por su ignorancia que por su arrogancia, pero sin hacer mención alguna de Vitelio, debido a su propia mesura o a que el redactor del discurso se abstuvo de insultar a Vitelio temiendo por su propia suerte, pues se creía que, así como tenía como asesores militares a Suetonio Paulino y Mario Celso, en los asuntos de Roma Otón se valía del talento de Galerio Tracalo[447]. Y había quienes reconocían el estilo mismo del orador, familiar por sus frecuentes apariciones en el Foro: ampuloso y sonoro para satisfacer los oídos del pueblo. El griterío y las voces de la [3] muchedumbre seguían el modelo habitual de la falsa y exagerada adulación. Como si se estuvieran despidiendo del dictador César o del emperador Augusto, rivalizaban en entusiasmo y buenos deseos, no por miedo o afecto, sino por el gusto de servir, como sucede entre los esclavos domésticos, que buscan el interés particular de cada cual y para

quienes el decoro público ya no significaba nada. Otón, al partir[448], encomendó la tranquilidad de la capital y las responsabilidades del imperio a su hermano Salvio Ticiano[449].

[1] Tácito expone en este primer capítulo el tema de la obra (Roma en el principado), la cronología (de Galba a Domiciano), los deseos del autor y su aspiración a la imparcialidad. No aparecen, sin embargo, algunos tópicos de los prefacios históricos, como la magnitud de la tarea o el propósito de alcanzar fama en la posteridad; cf. P. FABIA, «La préface des *Histoires* de Tacite», *Rev. Étud. Anciennes* 3 (1901), 41-76; E. COURBAUD, *Les procédés d'art de Tacite dans les 'Histoires'*, París, 1918, págs. 1-60; H. HEUBNER, *P. Cornelius Historien I*, Heidelberg, 1963, págs. 9-15; A. D. LEEMAN, «Structure and Meaning in the Prologues of Tacitus», *Yale Class. Stud*. 23 (1973), 169-208; HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires, libre I*. Texto establecido y traducido por P. WUILLEUMIER y H. LE BONNIEC, anotado por J. HELLEGOUARC'H, París, 1987, pág. 89; T. COLE, «*Initium mihi operis Servius Galba», Yale Class. Stud*. 29 (1992), 231-245; J. MARINCOLA, «Tacitus' Prefaces and the Decline of Imperial Historiography», *Latomus* 58 (1999), 391-404; C. DAMON, *Histories book I*, Cambridge, 2003, pág. 77.

[2] Tácito comienza sus *Historias* a la manera de los autores de anales con la mención de los nuevos cónsules al comienzo de cada año (aquí el 1 de enero del año 69); cf. SALUSTIO, *Historias*, fr. 1; G. E. F. CHILVER, *Historical commentary I-II on Tacitus' Histories I and II*, Oxford, 1979, pág. 33-34; J. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 89.

[3] Servio Galba fue cónsul por primera vez en el año 33 con Tiberio (*Anales* VI 15, 1) y por segunda vez en el año 69 d. C. a la edad de 63 años. Sobre su vida, cf. I 49, 2-4; M. BASSOLS DE CLIMENT, *Tácito, Historias, libro I*, Barcelona, 1971, pág. 111; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 90.

[4] Tito Vinio fue senador y comandante de una legión en Hispania Tarraconense; cf. I 48, 2-4. PLUTARCO, *Galba* XII.

[5] Sería redondeando desde el año 753 a. C. hasta el 69 d. C.; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 90.

[6] Es la traducción de Chilver de *res populi Romani* por oposición a la historia posterior a la batalla de Accio ; cf. *Anales* I 1, 4; IV 3, 2; LIVIO, II 1, 1; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 35.

[7] La batalla de Accio, en la que Octaviano venció a Marco Antonio, tuvo lugar el 2 de septiembre del año 31 a. C.

[8] Tácito debe referirse a Catón el Viejo (234-149 a. C.), Salustio (87-35 a. C.) y Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 79.

[9] Tácito fue tribuno militar, cuestor, edil y pretor; cf. R. SYME, *Tacitus*, Oxford, 1997, 2.ª ed., I, págs. 59-74; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 37.

[10] Tácito anunció también la escritura de la historia de Roma desde Domiciano hasta Trajano (*Agrícola* III 3) y el principado de Augusto (*Anales* III 24, 3).

[11] Cf. *Agrícola* III 1; PLINIO, *Cartas* X 58, 7; *Panegírico de Trajano* LXVI 4.

[12] Cf. HEUBNER, *Historien I*, págs. 19-21.

[13] Sigo la lectura *opus... opimum*, más cercana a los manuscritos, entendiendo un uso metafórico del término *opimum* («rico, fértil, abundante»), aplicado a los frutos del campo; cf. DAMON, *Histories I*, págs. 83-84; en contra, CHILVER, *Historical commentary II*, págs. 38-39. N. Heinsius (*Adnimadversa ad Taciti Historias* en Ernesti, 1772, pág. 733) prefirió leer *inopinum casibus.*

[14] Tres cayeron en el año 69 (Galba, el 15 de enero; Otón, el 16 de abril; y Vitelio, el 20 de diciembre) y uno en el año 96 (Domiciano, el 18 de septiembre).

[15] Dos se desencadenaron en el año 69 (Otón contra Vitelio y Vitelio contra Vespasiano) y una en el año 89 (L. Antonio Saturnino, gobernador de Germania Superior, contra Domiciano).

[16] El imperio se extendió por el norte de África, Britania, el Rin, el Danubio y la frontera con Partia.

[17] Tácito alude a dos conflictos, el citado antes entre L. Antonio Saturnino y Domiciano en Germania y la rebelión de los batavos en los libros IV y V; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 84.

[18] En Oriente se conquistó Jerusalén y se sufrieron reveses en Iliria, que abarcaba las provincias danubianas de Dalmacia, Panonia y Mesia, donde hubo frecuentes revueltas; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 95.

[19] Tribus importantes de la Galia se unieron a Civil contra Roma; cf. IV 55-79, 85-86; V 14-26.

[20] En realidad, Britania nunca fue conquistada por completo; cf. DAMON, *Histories I*, págs. 85-86;

CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 340-341.

[21] Cf. II 8-9; SUETONIO, *Nerón* LVII 2; DIÓN CASIO, LXVI 19, 3b; C. J. TUPLIN, «The false Neros of the first century A. D.», en C. DEROUX, ed., *Studies in Latin literature and Roman history*, Bruselas, 1989, págs. 364-404.

[22] Tácito alude a la famosa erupción del Vesuvio en el año 79; cf. PLINIO, *Cartas* VI 16 y 20.

[23] Cf. III 72; E. NASH, *Pictorial Dictionary of Ancient Rome*, Nueva York, 1981, I, págs. 530-533. En el año 80 un fuego que duró tres días y otras tantas noches destruyó edificios como el templo de Isis y Serapis, el templo de Neptuno, los baños y el Panteón de Agripa y el teatro de Balbo; cf. DIÓN CASIO, LVI 24, 1-3; DAMON, *Histories I*, pág. 88.

[24] Se ejecutaron a cuatro vestales en tiempos de Domiciano; cf. PLINIO, *Cartas* IV 11, 6-9; SUETONIO, *Domiciano* VIII 4; DIÓN CASIO, LXVII 3, 3. Por otra parte, Tácito tiene en su mente, por ejemplo, los adulterios del mismo Domiciano con su sobrina Julia, de Julia con Sempronio Graco o de Sejano con Livila y Mesalina; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 89.

[25] Por ejemplo, Helvidio Prisco fue desterrado por Vespasiano. Puede leerse una lista de exiliados famosos en DAMON, *Histories I*, págs. 89-90.

[26] Sobre la juntura latina *infecti caedibus scopuli*, cf. R. T. BRUÈRE, «Tacitus and Pliny's *Panegyricus», Class. Philology* 49 (1954), 169; G. B. A. FLETCHER, *Annotations on Tacitus*, Bruselas, 1965, pág. 54.

[27] Como la *famosa mors* de Junio Bleso; cf. III 38-39; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 92.

[28] La *lex Iulia de maiestate* asignaba a los delatores una cuarta parte de las propiedades del condenado por alta traición; cf. *Anales*, IV 20, 3; XI 4; XVI 33; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 43.

[29] Cf., por ejemplo, II 63, 1 (Dolabela traicionado por Plancio Varo) y IV 10, 1 (P. Egnacio Céler por Bárea Sorano).

[30] Como Fania, la esposa de Helvidio Prisco; cf. PLINIO, *Cartas* VII 19, 4, 7; DAMON, *Histories I*, pág. 95.

[31] Cf. IV 50, 2.

[32] Por ejemplo, las muertes de Sócrates o la de Catón de Útica. Cf. II 49 (muerte de Otón); *Anales* XI 3, 1 (Valerio Asiático), XV 60, 1 (Plaucio Laterano). Plinio cuenta (*Cartas* VIII 12, 5) que Titinio Capitón escribió una obra sobre muertes de varones ilustres; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 96.

[33] Cf. I 86, 1-3.

[34] Tácito, al parecer, se inspiró en LUCANO, IV 807-809: «¡Afortunada ciertamente Roma y afortunados los ciudadanos que la habitaran, / si a los dioses les hubiera agradado tanto defender la libertad / como les agrada vengarla!»; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 99-100.

[35] Tácito ofrece en los capítulos 4-11 una visión general del imperio romano, novedosa en la historiografía antigua, en el año 69 d. C., tratando la situación de Roma en los capítulos 4-7 y la de las provincias romanas en los capítulos 8-11 (Hispania, Galias, Germania, Britania, Iliria, Oriente, Egipto, África). Cf. E. KOESTERMANN, «Der Rückblick, Tacitus *Historien* I 4-11», *Historia* 5 (1956), 213-237; SYME, *Tacitus*, págs. 146-147; HEUBNER, *Historien, I*, págs. 26-28; CHILVER, *Historical commentary*, págs. 45-48; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 100.

[36] Metáfora médica aplicada al cuerpo político del Estado; cf. II 86, 4; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 100.

[37] Tuvo lugar el 9 o el 11 de junio del año 68 d. C.

[38] Eran los soldados de la guardia pretoriana y de las cohortes urbanas; cf. BASSOLS, *Historias*, pág. 121.

[39] Hasta este momento, los emperadores eran elegidos o confirmados por la guardia pretoriana. Galba, que se encontraba en la Hispania Tarraconense, fue aclamado emperador por las legiones.

[40] La clase de los caballeros estaba integrada por quienes poseían 400.000 sestercios y sus abuelos ya estaban en posesión de la ciudadanía romana. Podían ser elegidos tribunos de la plebe y podían vestirse con una toga adornada con una franja estrecha de púrpura; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 122.

[41] Comprendía doce cohortes pretorianas, tres cohortes urbanas y siete cohortes de vigilantes; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 102-103.

[42] Ascendía a 30.000 sestercios para cada pretoriano y 5.000 para cada legionario. El salario anual de un pretoriano era de 3.000 sestercios y el del legionario de 900; cf. R. ALSTON, «Roman military pay from Caesar to Diocletian», *Journ. Rom. Stud*. 84 (1994), 113-123.

[43] Gayo Ninfidio Sabino fue comandante de la guardia pretoriana desde el año 65 junto a Tigelino, pero desde agosto del 66 hasta marzo del 68 quedó solo al mando; cf. PLUTARCO, *Galba* VIII-IX; XIII-XIV; *PIR*^{2} N 250; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 49-50; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 104; DAMON, *Histories I*, págs. 101-102; R. ASH *Tacitus, The Histories*, Londres, Penguin Classics, 2009, pág. 264.

[44] Galba tenía 73 años cuando murió; cf. I 6, 1; PLUTARCO, *Galba* VIII 1; SUETONIO, *Galba* XXIII, DIÓN CASIO, LXIV 6, 1; R. SYME, «Partisans of Galba», *Historia* 31 (1982), 460-483.

[45] Las palabras de Galba son recogidas también por PLUTARCO, *Galba* XVIII 2; SUETONIO, *Galba* XVI, 1; DIÓN CASIO, LXIV 3, 3.

[46] Léase el retrato de Tito Vinio en I 48, 2-4. Cornelio Lacón fue ayudante de campo de Galba en Hispania y, más tarde, comandante de la guardia pretoriana; cf. *PIR*^{2} C 1374; DAMON, *Histories I*, págs. 106-107.

[47] Entiendo este pasaje, no fácil (hay un doble zeugma en latín), como que Galba tenía que cargar con el odio que provocaban las maldades cometidas por Vinio y la cobardía de Lacón. La frase es todo un ejemplo de las famosas *brevitas* y *variatio* tacíteas; cf. II 11, 41; 92, 2; III 25, 1; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 103-4; id., «Le style de Tacite: bilan et perspectives», *ANRW* II 33, 4 (1991), 2.420; léase también a K. O. BRINK, «A forgotten figure of style in Tacitus», *Class. Review* 58 (1944), 43-45.

[48] Galba tardaría en recorrer los 1.700 kilómetros hasta Roma no menos de 80 días, a una media de 22 kilómetros por día; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 52; DAMON, *Histories I*, pág. 108.

[49] Cingonio Varrón fue nombrado cónsul por Nerón en el año 68; cf. *Anales* XIV 45, 2. Petronio Turpiliano fue cónsul en el año 61 y gobernador de Britania el mismo año; cf. R. SYME, «Some Friends of the Caesars», *Amer. Journ. Philology* 777 (1956), 271; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 106.

[50] DIÓN CASIO (LXIV 3, 2) da la cifra de 7.000 marinos matados en el puente Milvio; cf. PLUTARCO, *Galba* XV 6-8; SUETONIO, *Galba* XII 2; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 52-54.

[51] La legión hispana era la *VII Galbiana*, que realmente no tomó parte en la matanza, pues se encontraba en Panonia bajo el mando de Antonio Primo; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 54; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 107; DAMON, *Histories I*, pág. 109.

[52] Era la legión *I Adiutrix* («Auxiliadora»); cf. G. MORGAN, «Galba, the massacre of the marins and the formation of Legion I Adiutrix», *Athenaeum* 91 (2003), 489-515.

[53] Tácito se refiere aquí y en *Anales* (VI 33, 4) al paso que hay entre Tbilisi y Vladikavkas; cf. LUCANO, VIII 222-3; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 55-56; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 108; DAMON, *Histories I*, págs. 108-109.

[54] El pueblo de los albanos estaba situado en la costa oeste del mar Caspio, al norte del río Kur; cf. PLINIO, *Historia natural* VI 29, 39.

[55] Gayo Julio Víndice, gobernador de la Galia Lugdunense, se sublevó contra Nerón en marzo del año 68 con un ejército de más de 20.000 hombres (PLUTARCO, *Galba* VI 3). Fue derrotado por Verginio Rufo, gobernador de Gemiania Superior en Vesontio, la actual Besançon, a mediados de mayo; cf. PLUTARCO, *Galba* VI 4; DIÓN CASIO, LXIII 24, 3; *PIR*^{2} I 628; A. BRUNT, «The revolt of Vindex and the fall of Nero», *Latomus* 18 (1959), 531-559.

[56] Parece un alusión tácita a Otón, una de cuyas características era la osadía; cf. I 21, 1; 22, 1; 38, 2.

[57] L. Clodio Macro (*PIR*^{2} C 1170) era comandante de la legión *III Augusta*, estacionada en África. Se levantó también contra Nerón, cuando Galba se proclamó emperador en Hispania; cf. J. BURIAN, «L. Clodius Macer», *Klio* 38 (1960), 167-173; MURISON, «The Historical Value of Tacitus' *Histories»*, págs. 1.693-1.695. Fonteyo Capitón (*PIR*^{2} F 467-468) fue cónsul en el año 67 y gobernador de Germania Inferior en los años 67 y 68 (I 52, 1; 58, 2); no se debe confundir con su hermano G. Fonteyo Capitón, cónsul en el año 59 (*Anales* XIV 1, 1); cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 57; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 109; DAMON, *Histories I*, págs. 110-111; ASH, *The Histories*, págs. 264-265.

[58] Es nombrado solo aquí. Los agentes imperiales *(procuratores)* se encargaban de administrar los recursos privados de los emperadores y llegaban a gobernar las provincias más pequeñas; cf. PLUTARCO, *Galba* XV 2.

[59] Cornelio Aquino solo es citado aquí. Probablemente fue legado de la legión en Novesio, la actual Neuss. Fabio Valente (*PIR*^{2} F 68), legado de la legión *I Germanica*, se unió a Galba en el año 68 y después a Vitelio (I 52, 3; 57, 1), fue cónsul *suffectus* en otoño del 69 y murió sobre diciembre del mismo año (III 62, 1). Su figura aparece a menudo en las *Historias*: I 62-66 (marcha a Italia), II 27-45 (derrota de Otón) y II 51-III 40 (actuaciones en el poder); cf. el retrato de Tácito en III 62, 2; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 110; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 230; DAMON, *Histories I*, pág. 111.

[60] Léase a SUETONIO, *Galba* XV 1. Recuérdese la célebre frase que Salustio (*Guerra de Jugurta* XXXV 10) puso en boca de Jugurta: *Urbem venalem et mature perituram, si emptorem invenerit*.

[61] Cf. PLUTARCO, *Galba* XIII 6; SUETONIO, *Galba* XXI.

[62] Parece que Cluvio Rufo (*PIR*^{2} C 1206) quedó al mando de las tres provincias de Hispania (Tarraconense, Lusitania y Bética); cf. II 65, 1. Fue cónsul sustituto (*suffectus)* seguramente en el año 39 o 40. Escribió una obra histórica que pudo ser empleada como fuente por Tácito; cf. TH. MOMMSEN, «Cornelius Tacitus und Cluvius Rufus», *Hermes* 4 (1870), 295-325; SYME, *Tacitus*, págs. 293-294; G. B. TOWNEND, «Cluvius Rufus in the *Histories* of Tacitus», *Amer. Journ. Philol*. 85 (1964), 337-377; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 111-112; DAMON, *Histories I*, págs. 114-115.

[63] Los tréviros y lingones, situados al noroeste de la Galia; BASSOLS, *Historias I*, pág. 130.

[64] Siete legiones se encontraban a lo largo del Rin, tres en Germania Superior (una en Vindonissa y dos en Mogontiacum: *IV Macedonica, XXI Rapax*, XXII *Primigenia*) y cuatro en Germania Inferior (una en Bonna, otra en Novaesium y dos en Vetera: *I Germanica, V Alaudae, XV Primigenia, XVI Gallica*); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 112; DAMON, *Histories I*, pág. 116.

[65] Verginio Rufo era el comandante del ejército romano en Germania que había derrotado a Víndice, quien se había rebelado contra Nerón en el 68 d. C.; cf. PLUTARCO, *Galba* VI; PLINIO EL JOVEN, *Cartas* II 1, VI 10, IX 19; G. B. TOWNEND, «The Reputation of Verginius Rufus», *Latomus* 20 (1961), 337-341; J. B. HAINSWORTH, «Verginius and Vindex», *Historia* 11 (1962), 86-96; D. C. A. SHOTTER, «Tacitus and Verginius Rufus», *Class. Quarterly* 17 (1967), 370-381; B. LEVICK, «L. Verginius Rufus and the Four Emperors», *Rhein. Museum* 128 (1985), 318-346; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 112.

[66] PLUTARCO, *Galba* VI 3, X 1-5. Verginio no aceptó tal propuesta y apoyó a Galba.

[67] Cf. I 7, 1.

[68] Se unió a Galba en su marcha contra Roma; cf. PLUTARCO, *Galba* X 3.

[69] Galba nombró a Hordeonio Flaco para suceder a Verginio Rufo como gobernador de la Gemania Superior y allí se mantuvo con Galba, Vitelio y Vespasiano. El término *legatus* designa a los gobernadores de las provincias imperiales, quienes asumían tanto la dirección administrativa como el mando militar de las tropas estacionadas en su provincia; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 133. Sobre Hordeonio Flaco, cf. J. H. D'ARMS, «Tacitus 4.13 and the municipal origins of Hordeonius Flaccus», *Historia* 23 (1974), 497-504; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 113; DAMON, *Histories I*, págs. 118-119.

[70] Los gobernadores de las provincias imperiales recibían el nombre de *legati Caesaris pro praetore* o *legati consulares* o simplemente *consulares*, porque para desempeñar dicho cargo se exigía haber sido previamente cónsul. Cf. BASSOLS, *Historias I*, págs. 134-135.

[71] Aulo Vitelio fue cónsul por primera vez en el año 48 y gobernador de África en el 60; cf. R. ENGEL, «Das Charakterbild des Kaisers A. Vitellius bei Tacitus und sein historiker Kern», *Athenaeum* 55 (1977) 345-368; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 113-114; DAMON, *Histories I*, págs. 114-119.

[72] Eran cuatro legiones: *II Augusta, IX Hispana, XX Valeria Victrix, XIV Gemina Martia Victrix*, aunque esta última fue enviada por Nerón al Ilírico; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 114.

[73] Las legiones allí apostadas eran las siguientes: *VII Galbiana*, XIII *Gemina, XIV Gemina Martia Victrix* (Panonia); *XI Claudia* (Dalmacia); *III Gallica, VII Claudia*, VIII *Augusta* (Mesia); cf. HEUBNER, *Historien, I*, pág. 38.

[74] Siria fue conquistada por Pompeyo en el año 64 a. C. y se convirtió en provincia imperial con capital en Antioquía en el 27 a. C.; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 115.

[75] G. Licinio Craso Muciano (*PIR*^{2}, L 216; II 5) fue cónsul sustituto *(suffectus)* antes de ser nombrado gobernador de Siria en el año 68 (lo fue de nuevo en los años 70 y 72 en el reinado de Vespasiano). Además de político sin escrúpulos escribió una colección de *Maravillas (Mirabilia*; cf. R. ASH, «The wonderful world of Mucianus», en E. BISPHAM y G. ROWE, eds., *Vita vigilia est: Essays in honour of Barbara Levick*, Londres, 2007, págs. 1-17), once libros de *Hechos (Acta)* y tres libros de *Cartas (Epistulae)* sobre grandes personajes de la República (cf. *Diálogo de los oradores* XXXVII 2); cf. SYME, *Tacitus*, I, págs. 195-6; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 62; HELLEGOUARC'H, *Histoires, I*, pág. 115; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 232; DAMON, *Histories I*, págs. 120-121. Las cuatro legiones eran la *XII Fulminata*, la *VI Ferrata*, la *IV Scythica y* la *III Gallica*; cf. HEUBNER, *Historien, I*, pág. 38. Sobre el retrato de Muciano, cf. E. COURBAUD, *Les procédés d'art de Tacite dans les Histoires*, París, 1918, págs. 173-176; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 115.

[76] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* XIII. La guerra de Judea había comenzado en el mes de mayo del año 66 y en el 69 ya solo quedaba la conquista de Jerusalén.

[77] Tito Flavio Vespasiano, 9-81 d. C. (*PIR*^{2}, F 398), futuro *Imperator Caesar Vespasianus Augustus*, fue ante todo un hombre de la milicia; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 137. Las tres legiones eran *V Macedonica, X Fretensis* y *XV Apollinaris* (CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 63); cf. SUETONIO, *Vespasiano, passim*; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 116; B. LEVICK, *Vespasian*, Londres, 1999.

[78] Cf. II 1-3.

[79] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* V 2-7, VII 1-3.

[80] Había dos legiones, la *III Cyrenaica y* la *XII Deiotara*, además de las tropas auxiliares; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 64; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 116-117; N. Lewis, *Life in Egypt under the Roman rule*, Oxford, 1983, págs. 19-20.

[81] Un cuadro parecido es descrito por Juvenal (XV 2-12); cf. E. COURTNEY, *A Commentary on the Satires of Juvenal*, Londres, 1980, págs. 592-593.

[82] Los prefectos de Egipto, que actuaban como faraones, es decir, como si gobernaran un reino sin las leyes y magistraturas de Roma, hecho que se enmendó pronto; cf. *Anales* II 59-60; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 64; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 116-117.

[83] Tiberio Alejandro (*PIR*^{2} I 139) había nacido en Alejandría sobre el año 10 d. C. y era miembro de una familia judía, aunque debió abandonar tal creencia para seguir la carrera ecuestre. Fue prefecto de Egipto durante los años 68 y 69; cf. E. G. TURNER, «Tiberius Julius Alexander», *Journ. Rom. Stud*. 44 (1954), 54-64; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 64-65; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 117-118; DAMON, *Histories I*, pág. 124.

[84] Parece que había dos legiones: *III Augusta y I Macriana Liberatrix*; cf. HEUBNER, *Historien I*, pág. 40; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 65-66; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 118. Sobre el texto latino, cf. K. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey, 1939-1991», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 33.3 (1991), págs. 1.655-1.656.

[85] Las dos Mauritanias eran la Tingitana con capital en Tingis y la Cesariense con capital en Cesarea. Su guarnición se componía de diecinueve cohortes y cinco escuadrones de caballería; cf. II 58, 1. Recia ocupaba territorios a lo largo del Rin (partes de la actual Suiza central, Baviera, el Tirol de Austria y el norte de Lombardía). El Nórico ocupaba casi todo el territorio de la actual Austria y parte de Eslovenia. Tracia se extendía por territorios de las actuales Grecia y Bulgaria; cf. G. ALFÖLDY, *Noricum*, Londres, 1974; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 118-119; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 233-234.

[86] Estas provincias dependían directamente del emperador. Eran Córcega y la provincia de los Alpes Marítimos.

[87] Las provincias que no tenían guarniciones legionarias por considerarse completamente pacificadas eran Sicilia, Cerdeña, Galia Narbonense, Macedonia, Acaya, Asia, Bitinia, Chipre y Creta.

[88] Tácito termina la introducción general repitiendo la frase del comienzo (estructura anular).

[89] Galba tuvo dos actuaciones significativas, la adopción de Pisón (caps. 12-19) y la toma de decisiones financieras y disciplinarias (cap. 20); cf. M. G. MORGAN, «The unity of *Histories* I 12-20», *Athenaeum* 81 (1993), 567-586; E. KEITEL, «*Sententia* and Structure in Tacitus *Histories* 1.12-49», *Arethusa* 39 (2006), 219-244.

[90] Antes del 10 de enero, según 18, 1. La región de Bélgica era una de las cuatro provincias de la Galia. Su capital era Durocortorum Remorum, la moderna Reims; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 140; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 119.

[91] Solo es nombrado aquí. Fue asesinado por los vitelianos (I 58, 1); cf. P. FABIA, «La lettre de Pompeius Propinquus à Galba et l'avènement de Vitellius en Germanie», *Klio* 4 (1904), 42-67; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 67.

[92] Fueron dos de las tres que se encontraban en la Germania Superior, la *IV Macedonica* y la XXII *Primigenia* (I 55, 3); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 120.

[93] Cf. I 1, 1 y 6, 1.

[94] La misma información sobre Ícelo (se cambió de nombre para ocultar su pasado de esclavo) se ofrece en SUETONIO, *Galba* XIV 2; cf. XXII; PLUTARCO, *Galba* VII; P. R. C. WEAVER, *Familia Caesaris: a social study of the emperor's freedmen and slaves*, Cambridge, 1972, págs. 90-92; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 68-69; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 121-122. El anillo de oro señalaba la pertenencia de un ciudadano al *ordo equestris*; cf. H. C. NUTTING, «*Histories* II 13», *Class. Quarterly* 22 (1928), 172-175.

[95] M. Salvio Otón, el futuro emperador por breve tiempo, nació en el año 32, se había casado con Popea Sabina (I 13, 3) y estuvo de gobernador en Lusitania durante los años 59-68. Después se unió al bando de Galba (I 13, 4).

[96] Era liberto de Galba; cf. PLUTARCO, *Galba* VII 1-3; SUETONIO, *Nerón* XLIX 4.

[97] Era Vinia Crispina; cf. I 47, 2; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 122.

[98] La historia del triángulo Nerón, Popea y Otón es contada por otras cuatro fuentes complementarias entre sí: *Anales* XIII 45-46; PLUTARCO, *Galba* XIX 2-XX 2; SUETONIO, *Otón* III; DIÓN CASIO, LXI 11, 2-4; cf. P. FABIA, «L'adultère de Néron et de Poppée», *Rev. Philologie* 20 (1896), 12-22; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 122-123; DAMON, *Histories I*, pág. 131. Popea Sabina (*PIR*^{2} P 850), mujer atractiva y ambiciosa, tuvo como segundo marido a Otón y como tercero a Nerón. Murió embarazada en el año 65, seguramente como consecuencia de una patada de Nerón; cf. *Anales* XIII 45, 1-4; XV 23, 1; XVI 7, 1; 21, 2; SUETONIO, *Nerón* XXV 3; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 70-71; DAMON, *Histories I*, pág. 131. Octavia era hija de Claudio y Mesalina; cf. *Anales* XIV 59-64.

[99] Sobre la provincia Lusitania, léase a J. C. EDMONSON, «Romanization and urban development in Lusitania», T. BLAGG-M. MILLETT, eds., *The early Roman empire in the west*, Oxford, 1990, págs. 151-178.

[100] Hay cuatro versiones sobre este asunto; cf. *Anales* XIII 45-46; PLUTARCO, *Galba* 19-20; SUETONIO, *Otón* III 2; DIÓN CASIO, LXI 11.

[101] Mario Celso fue un militar de prestigio que sirvió a cinco emperadores. Fue cónsul con Vitelio; cf. *PIR*^{2} M 296; DAMON, *Histories I*, pág. 134; D. C. A. SHOTTER, «Tacitus and Marius Celsus», *Liverp. Class. Monthly* 3 (1978), 197-200. Ducenio Gémino fue *praefectus urbi* con Galba y gobernador de Asia en los años 73 y 74; cf. *PIR*^{2} D 201; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 72-73; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 124; DAMON, *Histories I*, págs. 134-135; R. SYME, «Partisans of Galba», *Historia* 31 (1982), 479.

[102] Excónsul, fue prefecto de la ciudad con Galba; cf. *Anales* XV 18, 3; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 73.

[103] L. Calpurnio Pisón Frugi Liciniano nació en el año 38 de familia noble y estuvo desterrado durante largos años, aunque no se saben las razones. Se casó con Verania Gémina; cf. *PIR*^{2} C 300; PLUTARCO, *Galba* XXIII 2-6, XX-VII 5-6; SUETONIO, *Galba* XVII; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 73-74; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 125; DAMON, *Histories I*, pág. 135. Sobre este Pisón y otros Pisones en Tácito, cf. W. O'GORMAN, «Alternatives empires: Tacitus's virtual history of the Pisonian principate», *Arethusa* 39 (2006), 281-301; ASH, *The Histories*, pág. 266.

[104] Era hijo de G. Rubelio Blando y de Julia, nieta de Tiberio. Fue ejecutado en el año 62. Cf. *Anales* XIV 57-59; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 73.

[105] El discurso de Galba, no citado ni por Plutarco ni por Suetonio, es el primero de los cuatro en estilo directo del libro I: 15, 1-16, 4; 29, 2-30 (Pisón), 37-38, 2 (Otón) y 83, 2-84 (Otón); cf. E. KEITEL, «The structure and function of speeches in Tacitus' *Histories* I-III», *ANRW* II 33.4 (1991), 2774-2775; cf. HEUBNER, *Historien I*, págs. 47-9; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 126-127; DAMON, *Histories I*, págs. 136-137.

[106] La adopción requería la sanción del pueblo romano en la asamblea curiada ante la presencia de los pontífices; cf. GELIO, V 19, 5. Sobre la *adoptio* como sistema ideal para la sucesión imperial, cf. PLINIO, *Panegírico de Trajano* VII-VIII; K. BÜCHNER, «Tacitus und Plinius über Adoption des römischen Kaisers», *Rh. Museum* 98 (1955), 289-312; H. NESSELHAUF, «Die Adoption des römischen Kaiseres», *Hermes* 83 (1955), 477-495; SYME, *Tacitus*, págs. 1-12; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 75-76; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 127-8.

[107] Galba pertenecía a la familia Sulpicia (de antepasados muy antiguos) y a la Lutacia (Quinto Lutacio Cátulo, político de finales de la República); cf. SUETONIO, *Galba* II-III; cf. BASSOLS, *Historias I*, págs. 146-147.

[108] Marco Claudio Marcelo (42-23 a. C.) era hijo de Octavia la Menor, hermana de Augusto. Se casó en el año 25 con Julia la Mayor, hija de Octavio y Escribonia. Murió a los 20 años y fue llorado por Virgilio (*Eneida*, VI 860-886) y Propercio (III 18); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 128-129.

[109] Craso Escriboniano; cf. *PIR*^{2} L 191; DAMON, *Histories I*, pág. 138.

[110] Sobre la analogía del Estado y el cuerpo humano *(corpus imperii)*, léase a LIVIO, II 32, 8-12 con el comentario de OGILVIE (R. M. OGILVIE, *A commentary on Livy books 1-5*, Oxford, 1965, págs. 312-313); cf. CICERÓN, *Los deberes III* 22; Esopo, 197; Evang., I Cor. XII 12-27; CORIPO, *Panegírico de Justino II* II 186-204; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 130.

[111] La legión *VI Victrix*; cf. HEUBNER, *Historien I*, pág. 53.

[112] Nerón fue declarado enemigo (*hostis)* por el Senado el 8 de junio del 68; cf. SUETONIO, *Nerón* XLIX 2.

[113] Las legiones *IV Macedonica* y *XXII Primigenia* de la Germania Superior; cf.I 12, 1 y 18, 1.

[114] Los *Rostra* o Columnas Rostrales (nombre tomado de los espolones arrancados a las naves cartaginesas en la Primera Guerra Púnica) servían de tribuna pública en el Foro. Se alude así a la sede del poder civil de los comicios para diferenciarlo del Senado, lugar de la nobleza, y del ejército. Cf. E. NASH, *Pictorial Dictionary of Ancient Rome*, Nueva York, 1981, II, pág. 272.

[115] Se trata del palacio imperial construido en la colina del Palatino *(mons Palatinus)*; cf. NASH, *Pictorial Dictionary*..., II, pág. 163.

[116] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXIII 3.

[117] Alusión a la *lex sacrata* de reclutamiento en el ejército por cooptación, pues nadie podía rehusar el servicio militar, al ser un deber religioso; cf. cf. HEUBNER, *Historien I*, pág. 56; OGILVIE, *A commentary on Livy books 1-5*, pág. 575; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 133-134.

[118] Las legiones *IV Macedonica y XXII Primigenia*, citadas más arriba.

[119] Cf. I 5, 1; F. *Millar, The emperor in the Roman world (31 BC-AD 337)*, Londres, 1977, págs. 195-196.

[120] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXIX 4-5.

[121] Entre el 10 y el 15 de enero; cf. I 48, 1; PLUTARCO, *Galba* XXIV 3.

[122] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXIII 2; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 135; K. WILLIAMS, «Tacitus' Senatorial Embassies of 69 CE», en V. E. PAGÁN, ed., *A Companion to Tacitus*, Wiley-Blackwell, 2012, págs. 214-218.

[123] Cf. PLUTARCO, *Galba* XVI 3; SUETONIO, *Galba* XV 1.

[124] El sestercio era de plata y llevaba en el anverso la cabeza de Minerva y en el reverso la efigie del emperador; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 154.

[125] Como mobiliario lujoso, esclavos, joyas, vestidos suntuosos; cf. PLUTARCO, *Galba* XVI 3; CHILVER,

Historical commentary I-II, pág. 83.

[126] Los primeros días del año 69; cf. PLUTARCO, *Galba* XXIII 4; SUETONIO, *Galba* XVI 1.

[127] Antonio Nasón, nombrado solo aquí, fue tribuno del pretorio después de servir durante largo tiempo en el ejército; cf. *PIR*[2] A 854. Emilio Pacense fue uno de los comandantes de Otón (I 87, 2; II 12, 1); murió defendiendo el Capitolio en el mes de diciembre del 69 (III 73, 2). Julio Frontón era tribuno en el ejército de Otón y hermano de Julio Grato, comandante del campamento de Cécina (II 26, 1); cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 83-84; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 138-9.

[128] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXIV 5-XXVIII 4; SUETONIO, *Otón* V-VI.

[129] Otón estaba cargado de deudas; cf. PLUTARCO, *Galba* 21, 3; SUETONIO, *Otón* V 1-2.

[130] Nótese la antítesis en forma de oxímoron en «el honor del destierro»; cf. H. LAUSBERG, *Elementos de retórica literaria*, Madrid, 1975, págs. 192-193.

[131] Sobre su afeminamiento, cf. PLUTARCO, *Galba* XXV 2; SUETONIO, *Otón* II 2, XII 1; MARCIAL, VI 32, 2; JUVENAL, II 99.

[132] Sobre los astrólogos y su participación en política, cf. *Anales* II 27, 2; III 22, 1; XII 52, 1; XVI 14; D. S. POTTER, *Prophets and emperors: human and divine authority from Augustus to Theodosius*, Cambridge, Massachusetts, 1994, págs. 171-182; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 84; DAMON, *Histories I*, págs. 149-150.

[133] Los astrólogos fueron expulsados en numerosas ocasiones de Roma (por ejemplo, en los años 16 y 52), pero su práctica no se convirtió en ilegal; cf. *Anales* II 32, 3; DAMON, *Histories I*, pág. 150; F. H. CRAMER, *Astrology in Roman law and politics*, Filadelfia, 1964, págs. 241-246.

[134] SUETONIO (*Otón* IV 1) lo llama Seleuco, como el astrólogo de Vespasiano del mismo nombre (II 78, 1).

[135] No se sabe a ciencia cierta si esta escolta estaba compuesta de preterianos enviados desde Roma o por soldados de Galba en Hispania; cf. PLUTARCO, *Galba* XI 2; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 142-143.

[136] Son el lago de Bayas y el Averno. Nerón estuvo en Grecia en el año 66 desde agosto hasta noviembre; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 153; K. R. Bradley, «The chronology of Nero's visit to Greece», *Latomus* 37 (1978), 61-72.

[137] Ofonio Tigelino, liberto, era comandante de la guardia pretoriana (*praefectus praetorii)* bajo Nerón durante los años 62-68 d. C. Cf. I 72, 1; *Anales* XIV 48, 1; 51, 2, 3; XIV 57, 1; 60, 3; XV 37, 1; 50, 3; 72, 1; XVI 17, 5; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 143.

[138] Esta suma representaba el tres por ciento del salario anual de un pretoriano que ascendía a 750 denarios.

[139] Cf. I 25, 1; 27, 2; 31, 1; 35, 2; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 86-87; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 144; DAMON, *Histories I*, pág. 153.

[140] Cornelio Lacón; cf. 6, 1; SHOTTER, *The Lives of Galba, Otho, Vitellius...*, pág. 124.

[141] El *tesserarius* era el encargado de dar establecer y distribuir el santo y seña (cf. VEGECIO, II 7) y el *optio* era una especie de suboficial administrativo al servicio del centurión (cf. FESTO, 184 M).

[142] El término *vulgus* se aplica con frecuencia como insulto a los soldados; cf. I 23, 1; 46, 4; 69, 80; 83, 1; DAMON, *Histories I*, pág. 154; R. F. NEWBOLD, «The vulgus in Tacitus», *Rhein. Museum* 119 (1976), 85-92.

[143] Los pretorianos gozaban de una posición mejor que los legionarios, pues ganaban más (750 denarios anuales frente a 375), servían menos tiempo (16 años frente a 20) y gozaban de mayor prestigio; DAMON, *Histories I*, pág. 154.

[144] Cf. I 6, 2; cf. HEUBNER, *Historien I*, pág. 66; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 145.

[145] Cf. P. FABIA, «La journée du 15 janvier 69 à Rome: confrontation des témoignages de Tacite, Plutarque, Suétone et Dion Cassius», *Rev. Philol*. 36 (1928), 78-129. Los testimonios son: I 27-49; PLUTARCO, *Galba* XXIV-XXVIII; *Otón*, I; SUETONIO, *Galba* XIX-XX; *Otón* VI-7; *Vitelio* X; DIÓN CASIO, LXIV 5-6 y 8.

[146] El templo de Apolo fue inaugurado por Augusto el 9 de octubre del 28 a. C. cerca del Palatino; cf. J. H. BISHOP, «Palatine Apollo», *Class. Quarterly* 6 (1956), 187-192; NASH, *Pictorial Dictionary...*, I, págs. 31-32;

HEUBNER, *Historien*, pág. 67. Umbricio Melior, como arúspice, se dedicaba a predecir el futuro por la observación de los animales sacrificados; cf. PLINIO, *Historia natural* X 19.

[147] Era una residencia imperial iniciada por Tiberio en la falda norte del Palatino y mirando al Foro; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 88-89; L. RICHARDSON, *A new topographical dictionary of ancient Rome*, Baltimore, 1992, págs. 406-407. El Velabro era el distrito de Roma situado al pie del Palatino, un área comercial (cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 238). El Miliario Áureo se encontraba en el centro del Foro de Roma; cf. PLINIO, *Historia natural* III 66-67; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 148. Léase a NASH, *Pictorial Dictionary...*, I, pág. 257 (*Velabrum)*, II, págs. 64-65 *(Miliarium Aureum)*; M. G. MORGAN, «The long way round: *Histories* I 27», *Eranos* 92 (1994), 93-101; DAMON, *Histories I*, págs. 157-158.

[148] Solo aparece aquí y en I 82, 1; cf. PLUTARCO, *Galba* XXV 5.

[149] Era el lugar de residencia de los emperadores desde Augusto; cf. NASH, *Pictorial Dictionary...*, II, pág. 163.

[150] Sobre el discurso de Pisón (29, 2-30, 3), cf. E. KEITEL, «The structure and function of speeches in Tacitus' *Histories I-III*», *ANRW* II 33.4 (1991), 2.776-2.779; DAMON, *Histories I*, págs. 159-160.

[151] Sobre el término latino *commilitones*, Cf. I 35, 2; 37, 1; 38, 1; 83, 2; 84, 1; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 151.

[152] Se ha interpretado como «nobleza de mente» o como «nobleza de nacimiento»; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 90-91.

[153] El tema de hombres con vestidos propios de mujer (cf. *Anales* III 53, 4) se hizo tópico entre los moralistas; cf. SÉNECA, *Cartas* CXXII 7; PLINIO, *Historia natural* XI 8; JUVENAL, II 65-78.

[154] Nerón había pensado en trasladarse a Alejandría; cf. PLUTARCO, *Galba* II 1; SUETONIO, *Nerón* XLVII 2; DIÓN CASIO, LXIII 27, 2.

[155] He seguido en este párrafo la lectura de Damon (*Histories I*, pág. 48): *dilapsis speculatoribus cetera cohors non aspernata contionantem, ut turbidis rebus evenit, timore magis et nullo adhuc consilio apud signa quam, quod postea creditum est, insidiis et simulatione*. Cf. HEINSIUS, *Animadversa...*, pág. 735; la edición de WELLESLEY (págs. 14 y 187) y M. G. MORGAN, «Disposition for disaster: *Histories* II 31», *Eranos* 90 (1992), 56, n. 5.

[156] No queda nada de este pórtico; cf. RICHARDSON, *A new topographical dictinary...*, págs. 319-320; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 92; DAMON, *Histories I*, págs. 162-163. Sobre Mario Celso, cf. I 14, 1.

[157] Era una biblioteca pública cercana al Palatino y al Foro, donde se custodiaban también los archivos de los censores; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 93; DAMON, *Histories I*, pág. 163.

[158] Cf. respectivamente *PIR*^{2} C 703, S 683 y P 622; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 93; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 155.

[159] En el texto latino se prefiere el asíndeton de *incipiens* y *adulta*; cf. G. B. A. FLETCHER, «On some passages in *Histories* II and II», *Latomus* 30 (1971), pág. 384; DAMON, *Histories I*, pág. 163.

[160] Cf. J. C. ROLFE, «Seasickness in Greek and Latin Writers», *Amer. Jour. Philology 25* (1904), 192-200.

[161] Permanecer dentro de palacio a la defensiva o salir para hacer frente al ataque exterior. En Tácito se encuentran otros debates entre dos posturas en II 32-33; III 1-2, IV 76; *Anales* II 76-78, 1; XVI 25-26. Cf. KEITEL, «The structure and function...», págs. 2.790-2.794; DAMON, *Histories I*, pág. 166.

[162] La gran plaza pública de Roma fue inaugurada por Augusto el año 2 a. C.; cf. NASH, *Pictorial Dictionary...*, I, págs. 401-410.

[163] En tono sarcástico, referido a Galba.

[164] Cf. SUETONIO, *Galba* XIX 2.

[165] El texto latino (*nimii verbis, linguae feroces)* presenta una juntura típica de Salustio: dos miembros de cinco sílabas cada uno, con quiasmo y disimetría; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 159; H. W. TRAUB «Tacitus' use of *ferocia*» *Trans. Amer. Philol. Assoc*. 84 (1953), 250-261.

[166] La constituía una cohorte de 24 guardias personales *(speculatores)*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*,

pág. 160.

[167] El reproche se encuentra también en PLUTARCO (*Galba* XXVI 1-2), SUETONIO (*Galba* XIX 2) y DIÓN CASIO (XLIV 6, 2).

[168] Los soldados que apoyaban a Otón acabaron con Galba (cap. 41), Vinio (cap. 42) y Pisón (cap. 43).

[169] Tácito continúa el relato que dejó al final del capítulo 28.

[170] Cf. SUETONIO, *Otón* VI 3; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 96.

[171] Las luchas entre los soldados y sus oficiales aparecen con frecuencia en Tácito; cf., p. e., I 58, 2; 59, 1; 80, 2; 82, 3; DAMON, *Histories I*, pág. 175.

[172] La juntura latina *complecti armis*, inspirada en Virgilio (*Eneida* XII 433 *Ascanius fusis circum complectitur armis)*, es ambigua y puede significar tanto «abrazar con las armas» o «con los brazos», pues *armis* puede ser ablativo de plural de *arma, armorum* («armas») o de *armus, armi* («brazo»). Al preceder el término *manibus*, parece más razonable que con *armis* se haga una referencia a los brazos; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 175.

[173] Cf. 16, 2; 31, 2.

[174] Sobre el discurso de Otón, léase el estudio de E. KEITEL, «Otho's exhortations in Tacitus' *Histories*», *Greece and Rome* 34 (1987), 73-82; cf. HEUBNER, *Historien I*, págs. 85-86; M. LABATE, «L' ambiguità di Otone», *Maia* 30 (1978), 27-60; O. DEVILLERS, «Le discours d'Othon à ses troupes (Tacite, *Histoires*, I, 37-38)», *Vita Latina* 168 (2003), 30-37.

[175] La misma idea se encuentra en el discurso de Escipión a sus soldados amotinados en el campamento de Sucrón (207 a. C.); cf. LIVIO, XXVIII 27, 3-4.

[176] Obultronio Sabino y Cornelio Marcelo eran senadores y procónsules de la Bética. Betuo Cilón era probablemente gobernador de Aquitania; cf. *Anales* XIII 28, 3; XVI 8, 3; H. GRASSL, «War Obultronius Sabinus Proconsul der Baetica und L. Cornelius Marcellus sein Legat?», *Historia* 25 (1976), 496-498; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 97; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 162-163.

[177] Sobre Fonteyo Capitón, cf. I 7, 1-2; de Clodio Macro, cf. I 7, 1; para Cingonio y Turpiliano, cf. I 6, 1; y de Ninfidio, cf. I 5, 1.

[178] Sobre la perversión del lenguaje en tiempos difíciles, cf. TUCÍDIDES, III 82-83; TÁCITO, *Historias* II 101, 1.

[179] Políclito, Vatinio y Egíalo eran agentes de Nerón; cf. *Anales* XIV 39, 1-2; XV 34, 2; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 98; HELLEGOUARC'H, *Hiroires I*, págs. 163-164.

[180] La de Pisón Liciniano; cf. I 14-17.

[181] Silencia que Germania, donde Vitelio se había sublevado, no estaba con él; cf. I 50, 1.

[182] La *cohors togata* se componía de miembros vestidos con la toga de los civiles portando sus espadas debajo de la ropa; cf. M. DURRY, *Les cohors prétoriennes*, París, 1938, pág. 207.

[183] El discurso se cierra con una *sententia* antitética con la famosa cláusula peón primero más espondeo del tipo *esse videatur*; cf. I 45, 2; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 164-165.

[184] El equipamiento y las insignias de los legionarios y las tropas auxiliares eran normalmente diferentes; cf. M. C. BISHOP-J. C. N. COULSTON, *Roman military equipment from Punic wars to the fall of Rome*, Londres, 1993, págs. 206-209; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 165; DAMON, *Histories I*, pág. 180.

[185] Cf. I 31, 1; PLUTARCO, *Galba* XXVI 4.

[186] Es decir, la tribuna de los oradores; cf. I 17, 2; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 99.

[187] La misma metáfora de la tormenta se encuentra en PLUTARCO (*Galba* XXVI 6). Sobre el asesinato de Galba, cf. S. FRANGOULIDIS, «Tacitus (*Histories* 1.40-43), Plutarch (*Galba* 26-27) and Suetonius (*Galba* 18-20) on the Death of Galba», *Favonius* 3 (1991), 1-10; léase a V. E. PAGÁN, «Shadows and assassinations: Forms of Time in Tacitus and Appian», *Arethusa* 39 (2006), 193-218, esp. págs. 200-210.

[188] Sobre la metáfora funeraria, cf. cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 181; M. G. MORGAN, «A lugubrious prospect: *Histories* II 40», *Class. Quarterly* 44 (1990), 236-244.

[189] La fuente de esta juntura se remonta a Jenofonte (*Agesilao* II 12); cf. G. B. A. FLETCHER; «On some

passages in Tacitus, *Histories* I and II», *Latomus* 30 (1971), 384; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 99; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 167.

[190] Cf. R. W. HUSBAND, «Galba's Assassination and the indifferent Citizen», *Class. Philology* 10 (1915), 321-325.

[191] Vologeso fue rey de los partos entre los años 51 y 79; Pacoro lo fue de los medos entre los años 54 y 72; cf. *Anales* XV 2, 11-17; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 168; ASH, *The Histories*, págs. 267-268.

[192] Cada cohorte pretoriana disponía de 90 jinetes, los *equites praetoriani*; cf. Durry, *Les cohorts prétoriennes...*, pág. 99.

[193] Así, la victoria de Vitelio se consideró como una venganza de Galba (II 55, 1), Claudio vengó a Calígula (JOSEFO, *Sobre la antigüedad de los judíos* XIX 265), Domiciano a Nerón (SUETONIO, *Domiciano* XXIII 1) y Nerva a Domiciano (SUETONIO, *Domiciano* XXIII 1; DIÓN CASIO, LXVIII 3, 3); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 183.

[194] Es nombrado únicamente aquí y en PLUTARCO, *Galba* XXVI 7.

[195] El lago, seco ya en tiempos de Ovidio, estaba situado en el Foro frente a la basílica Emilia y al este de los *Rostra*. Debía su nombre a la *devotio* legendaria del cónsul Marco Curcio; cf. LIVIO, VII 1-6; OVIDIO, *Fastos* VI 401-404 y comentario de R. J. LITTLEWOOD, *A Commentary on Ovid: Fasti Book VI*, Oxford, 2006, pág. 129; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 182; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 169; NASH, *Pictorial Dictionary...*, I, págs. 542-544.

[196] Sobre la muerte de Galba como una *devotio* o sacrificio expiatorio para evitar un desastre a Roma, cf. R. EDWARDS, «*Devotio*, Disease, and *Remedia* in the Histories», V. E. PAGÁN, ed., *A Companion to Tacitus*, Wiley-Blackwell, 2012, págs. 237-259.

[197] La muerte de Galba es contada por PLUTARCO (*Galba* XXVIl 1-4), SUETONIO (*Galba* XIX 2-XX) y DIÓN CASIO (LXIV 6, 3); cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 100-101; DAMON, *Histories I*, pág. 184.

[198] La legión *XV Primigenia*, acantonada en *Vetera castra*, actual Xanten; cf. HEUBNER, *Historien I*, pág. 95; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 170.

[199] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXVII 6-7.

[200] El templo, cercano al lago Curcio, había sido inaugurado el año 29 a. C.; cf. AUGUSTO, *Res gestae* XIX 1; DIÓN CASIO, LI 22, 2; NASH, *Pictorial Dictionary...*, I, págs. 512-514.

[201] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXVI 8-10; SUETONIO, *Galba* XX 1; DIÓN CASIO, LXIV 6, 4-5; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 101-102; DAMON, *Histories I*, pág. 186.

[202] El templo, de planta redonda, se encontraba al sur del templo de César. Se conserva reconstruido en la actualidad; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 102; NASH, *Pictorial Dictionary...*, II, págs. 505-513.

[203] La correción *ardentis* se debe a Heinsius (*Animadversa*, pág. 665: «immo lege *ardentis* sc. Othonis ipsius»); cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», págs. 1.656-1.657.

[204] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXVII 6.

[205] La narración del imperio de Otón comienza en el capítulo 71. En los capítulos 44-50 Tácito describe el escenario que se va a encontrar Otón y en los capítulos 51-70 se da cuenta de los preparativos de Vitelio para reunir fuerzas con las que erigirse emperador; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 188.

[206] SUETONIO (*Otón* VII 2) cuenta la pesadilla que sufrió Otón tras el asesinato de Galba; cf. DIÓN CASIO, LXIV 7, 2.

[207] La escena, salvando las distancias, recuerda el triste final de Niso y Euríalo en Virgilio (*Eneida* IX 465-467); cf. N. P. MILLER, «Virgil and Tacitus again», *Proceedings of the Virgil Society* 18 (1987), 96.

[208] Cf. I 36, 3.

[209] Cf. D. C. A. SHOTTER, «Tacitus and Marius Celsus», *Liverp. Class. Monthly* 3 (1978), 197-200.

[210] PLUTARCO, *Galba* XXVII 11-12.

[211] Cf. *PIR*^{2} P 503; cf. P. K. BAILLIE REYNOLDS, *The vigiles of imperial Rome*, Londres, 1926, págs.

122-127; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 103; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 175; DAMON, *Histories I*, pág. 191.

[212] Cf. PLUTARCO, *Otón* VII 6; BASSOLS, *Historias I*, págs. 188-189; DAMON, *Histories I*, págs. 191-192.

[213] Era el hermano mayor de Vespasiano. Léase su obituario en III 75; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 175-176; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 230; DAMON, *Histories I*, págs. 192-193.

[214] Sobre esta exacción anual, cf. BASSOLS, *Historias I*, págs. 189-190; G. WEBSTER, *The Roman imperial army of the first and second centuries A.D.*, Norman, 1998, 3.ª ed., págs. 118-120.

[215] El fisco (*fiscus)* es la caja imperial privada, mientras que el tesoro público (*aerarium)* estaba administrado por el Senado; cf. A. H. M. JONES, «The *aerarium* and the *fiscus*», *Journ. Rom*. Studies 40 (1950), 22-29; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 176-177.

[216] Los cónsules, responsables de la convocatoria, estaban muertos o ausentes.

[217] Es decir, el *imperium*, el derecho de convocar al Senado, el cargo de *Pontifex maximus* y el nombre de *Imperator*; cf. P. A. BRUNT, «*Lex de imperio Vespasiani*», *Journ. Roman Studies* 67 (1977), 185-186; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 105-106; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 178; DAMON, *Histories I*, pág. 195.

[218] Verania era hija de Q. Veranio, cónsul en el 49 y muerto como gobernador de Britania; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 106; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 179.

[219] Según PLUTARCO (*Galba* XXVIII 2), Crispina pagó diez mil sestercios por la cabeza de su padre Vinio.

[220] Tácito ofrece tres obituarios en un breve espacio: de Pisón (48, 1), de Vinio (48, 2-3) y de Galba (49, 2-4); cf. R. SYME, «Obituaries in Tacitus», en *Ten Studies in Tacitus*, Oxford, 1970, págs. 79-90; HEUBNER, *Historien I*, pág. 103.

[221] Gneo Pompeyo Magno era yerno del emperador Claudio, quien lo condenó a muerte a instancias de su esposa Mesalina. Sobre la muerte de Magno, cf. SUETONIO, *Claudio* XXIX 1-2; sobre la de Craso, cf. IV 42, 1 y PLINIO, *Cartas* I 5, 3; BASSOLS, *Historias I*, pág. 193; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 180.

[222] El obituario de Vinio coincide en contenido con los datos de Plutarco (*Galba* XII 1-2); cf. I 1, 1; R. SYME, «Missing Persons III», *Historia* 11 (1962), 153; G. V. SUMNER, «The Career of T. Vinius», *Athenaeum* 54 (1976), 430-436; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 180; DAMON, *Histories I*, pág. 25.

[223] Fue gobernador de Panonia. Él y su esposa Cornelia se suicidaron en el 39; cf. *PIR*^{2}, C 354; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 107; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 180.

[224] Calígula.

[225] Es decir, con el asesinato de Calígula y la llegada de Claudio.

[226] La historia aparece también en SUETONIO (*Claudio* XXXII), pero sin nombrar a Vinio.

[227] Provincia senatorial del sur de Francia. Los gobernadores tenían el título de procónsul, aunque no hubieran llegado a ser cónsules; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 181-182.

[228] Cf. I 37, 5.

[229] Liberto de Galba; cf. PLUTARCO, *Galba* XXVIII 4; SUETONIO, *Galba* XX 2.

[230] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXVII 3-4; SUETONIO, *Galba* XX 2; R. W. HUSBAND, «Galba's assassination and the indifferent citizen», *Class. Philol*. 10 (1915), 321-325.

[231] Plutarco ofrece también un breve obituario en *Galba* XXI 1-2, XXIX, y datos biográficos en el cap. III; cf. E. KOESTERMANN, «Das Charakterbild Galbas bei Tacitus», *Navicula Chiloniensis*, Leiden, 1956, págs. 191-206; P. SCHUNCK, «Studien zur Darstellung des Endes von Galba, Otho und Vitellius in Historien des Tacitus», *Symb. Osloenses* 39 (1964), 38-82; HEUBNER, *Historien I*, págs. 107-108.

[232] Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey...», pág. 1.659.

[233] Fue gobernador de Germania Superior durante los años 39-41; cf. PLUTARCO, *Galba* III 3; SUETONIO, *Galba* VI 2; DIÓN CASIO, LX 8, 7.

[234] Galba la gobernó durante los años 44-45; cf. SUETONIO, *Galba* VII 1.

[235] Galba estuvo al mando de la Hispania Citerior durante los años 61 a 68; cf. I 8, 1; PLUTARCO, *Galba* II 3-5; SUETONIO, *Galba* VI-VIII; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 184-185.

[236] Famosa sentencia final: *omnium consensu capax imperii, nisi imperasset*; cf. PLUTARCO, *Galba* XXIX 5; SUETONIO, *Galba* XIV 1 (*maiore adeo et favore et auctoritate adeptus est quam gessit imperium)*; B. R. VOSS, *Der pointierte Stil des Tacitus, 2*.ª ed., Münster, 1980, pág. 74.

[237] Tácito analiza en este capítulo de transición la situación política de Roma; cf. F. PASCHOUD, «Tacite, *Histoires* I 50: art de la coposition et vérité historique», *Argos*, 3 (1979), 7-19; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 110; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 185.

[238] Cf. R. F. NEWBOLD, «Vitellius and the Roman *Plebs*», *Historia* 21 (1972), 308-319.

[239] Otón y Vitelio.

[240] Las batallas tuvieron lugar, respectivamente, en los años 48 (Julio César derrotó a Pompeyo), 42 (marco Antonio y Octaviano vencieron a Bruto y Casio), 40 (Octaviano saqueó la ciudad de Perusia) y 43 a. C. (Octaviano derrotó a Marco Antonio en Mútina). Cf. HEUBNER, *Historien I*, pág. 111; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 186.

[241] Suetonio critica diversos aspectos de la vida de Vespasiano en su biografía (*Vespasiano* II 2-3; IV 3-5); CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 111.

[242] Cf. I 6, 2.

[243] En fiestas y ceremonias oficiales, como desfiles y paradas militares; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 200.

[244] Se trataba de tres legiones de la Germania Superior (la *IV Macedonica* y la *XXII Primigenia* de Moguntiacum [Mainz], la *XXI Rapax* de Vindonissa [Windisch]) y una de la Germania Inferior (la *I Germanica* de Bonna [Bonn]); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 204.

[245] La *legio VII Galbiana*; cf. II 85, 1; III 7, 1; 10, 1.

[246] La capital de lo sécuanos era Vesontium (Besançon) entre el Jura y los Vosgos, mientras que los eduos ocupaban la actual Borgoña.

[247] Sobre las riquezas de esta área de la Galia, cf. SUETONIO, *Nerón* XL 4; R. P. DUNCAN-JONES, «The wealth of Gaul», *Chiron* 11 (1981), 217-220.

[248] Lugdunum (Lyon) se estableció como colonia romana en el año 43 a. C. y bajo los Julio-Claudios se convirtió en la capital de las Galias; cf. J. F. DRINKWATER, «Lugdunum: natural capital of Gaul?», *Britannia* 6 (1975), 133-140; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 189; DAMON, *Histories I*, págs. 205-206.

[249] Nerón había socorrido a Lugdunum con cuatro millones de sestercios después del incendio del año 65; cf. *Anales* XVI 13, 3.

[250] Los cuarteles de invierno se encontraban en Bonna (Bonn), Novaesium (Neuss) y Vetera (Xanten). Su centro administrativo se encontraba en Colonia Agripinensis (Colonia); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 206.

[251] Cf. I 7, 1.

[252] Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.659-1.660; C. DAMON, «*Potior utroque Vespasianus*: Vespasian and his predecessors in Tacitus' *Histories*», *Arethusa* 39 (2006), 245-279, esp. págs. 276-279 («Appendix: *Histories* 1.52.2: *aviditate imperandi*»).

[253] Cécina Alieno y Fabio Valente eran los dos lugartenientes de Vitelio. Sobre Cécina, cf. I 53, 1-2; 67-80. Se pasó a Vespasiano antes de la segunda batalla de *Bedriacum* (III 13, 1). Fue asesinado a instancias de Tito por sospechas de traición; cf. SUETONIO, *Tito* VI 2; DIÓN CASIO, LXVI 16, 3; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 190-191; DAMON, *Histories I*, págs. 208-209. Sobre Fabio Valente, cf. I 7, 2; su obituario se lee en III 62, 2.

[254] Cf. I 8, 2.

[255] Era gobernador de Germania Superior, donde había sucedido a Verginio Rufo; cf. I 9, 1.

[256] El padre de Vitelio había sido colega del emperador Claudio en los consulados de los años 43 y 47 d. C.; cf. PLUTARCO, *Galba* XXII 7; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 114-115; ASH, *The Histories*, pág. 269.

[257] Léase también la descripción física de Cécina en PLUTARCO (*Otón* VI 6); cf. I 52, 3.

[258] La Bética, una de las tres provincias de Hispania, abarcaba aproximadamente la actual Andalucía. Era una provincia senatorial gobernada por un propretor con el título de procónsul, quien tenía bajo sus órdenes a un cuestor y a un legado de la legión; BASSOLS, *Historias I*, pág. 205.

[259] Cf. I 6, 2.

[260] Cf. PLUTARCO, *Galba* X 5.

[261] Ambos pueblos apoyaron a Vitelio; cf. I 57, 2; 63, 1; 64, 2; II 14, 1-3; III 35, 2.

[262] Eran joyas en forma de broches o anillos de bronce o plata que presentaban unas manos entrelazadas que simbolizaban amistad, hospitalidad y solidaridad; cf. II 8, 2; cf. A. PIGANIOL, «*Fides* et mains de bronze», *Mélanges Lévy-Bruhl*, París, 1959, págs. 471-473; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 116; ASH, *Histories II*, pág. 99.

[263] Cf. I 9, 1.

[264] La misma táctica se lee en I 80, 1.

[265] Cf. I 26, 1; 38, 3; 60; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 116.

[266] Eran la *I Germánica*, la *V Alaudae*, la *XV Primigenia* y la *XVI Gallica*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 194.

[267] La legión *I Germanica* con sede en Bonna (Bonn) estaba al mando de Fabio Valente, mientras que la legión *V Alaudae* era la más antigua de las asentadas en Vetera (Xanten); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 214.

[268] La legión *XV Primigenia* tenía su base en Vetera (Xanten) y la *XVI Gallica* en Novaesium (Neuss); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 215.

[269] La legión *IV Macedonica*, creada por Julio César, y la *XXII Primigenia*, formada por Calígula, tenían su base en Mogontiacum (Mainz); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 215.

[270] En Mogontiacum (Mainz).

[271] Cf. I 12, 1; PLUTARCO, *Galba* XXII 4.

[272] Sin embargo, léase a PLUTARCO, *Galba* XXII 6-8; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 195.

[273] Todavía no se había elegido abiertamente al nuevo emperador, aunque todo apuntaba a Vitelio; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 117.

[274] Las legiones citadas en este párrafo son la *IV Macedonica* y la *XXII Primigenia*.

[275] Los cuatro fueron después ejecutados, como se nos recuerda en 59, 1.

[276] Sobre la colonia Agripinense, la actual Köln (Colonia), cf. P. LA BAUME, «Das römische Köln», *Bonner Jahrhücher* 172 (1972), 271-292; O. DOPPELFELD, «Das römische Köln I: Über *oppidum* und *colonia Agrippinensium*», *ANRW* II 4 (1975), 715-782.

[277] Cf. PLUTARCO, *Galba* XXII 9; SUETONIO, *Vitelio* VIII 1.

[278] Bonn, donde estaba apostada la legión *I Germanica*, distaba 30 kilómetros, a más de un día de marcha a pie de los soldados.

[279] El día 2 de enero.

[280] Sobre los libertos y caballeros al servicio de los emperadores como funcionarios, cf. MILLAR, *The emperor in the Roman world*…, págs. 69-100. La administración imperial comprendía: a) la oficina *a libellis*, encargada de informar y tratar las peticiones presentadas al emperador; b) la oficina *ab epistulis* o secretaría privada; c) la oficina *a rationibus*, que llevaba la contabilidad; d) la oficina *a cognitionibus* o asesoría jurídica; y e) la oficina *a studiis* que agrupaba a los asesores del emperador; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 214; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 197.

[281] Cf. 12, 1.

[282] Esta flotilla fue creada por Druso y reforzada por Tiberio y Germánico; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 198.

[283] Cf. I 7, 1.

[284] Sobre la enmienda *satiatis*... *odiis* de Freinsheim, léase una discusión del pasaje en M. G. MORGAN, «*Histories* II.58.2», *Hermes* 121 (1993), 371-374.

[285] Julio Civil era un príncipe batavo con ciudadanía romana y mandaba una cohorte de tropas auxiliares de su tribu (IV 12, 2-3); cf. IV 13, 1.

[286] Andemantunnum, actual Langres. Sobre las cohortes batavas, cf. IV 19-20; P. A. BRUNT, «Tacitus on the Batavian revolt», *Latomus* 19 (1960), 494-517; DAMON, *Histories I*, pág. 221.

[287] La legión *XIV Gemina Martia Victrix*.

[288] En I 56, 1.

[289] Llegó a ser cónsul en el año 70; cf. G. B. TOWNEND, «The consuls of A.D. 69/70», *Amer. Journal Philol*. 83 (1962), 127-129; T. WIEDMANN, «Valerius Asiaticus and the regime of Vitellius», *Philologus* 143 (1999), 323-335; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 121; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 199; T. WIEDEMAN, «Valerius Asiaticus and the regime of Vitellius», *Philologus* 143 (1999), 323-335.

[290] Léase su retrato en II 59, 2; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 121.

[291] La *legio I Italica* era una unidad de élite creada por Nerón. El *Ala Tauriana (Ala I Flavia Gallorum Tauriana)* era un regimiento de caballería de 512 jinetes distribuidos en 16 escuadrones (*turmae*); cf. D. B. SADDINGTON, «The Roman *auxilia* in Tacitus, Josephus and other early imperial writers», *Acta Classica* 13 (1970), 89-124; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 200; E. BIRLEY, «*Alae* named after their commanders», *Ancient Society* 9 (1978), 269; DAMON, *Histories I*, pág. 223.

[292] Trebelio Máximo fue gobernador de Britania desde el año 63 hasta el 69; cf. *Agrícola* XVI 3-4; *PIR*[2] T 239; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 121-122. Vitelio lo sustituyó como gobernador por Vetio Bolano (II 65, 2). En torno a Roscio Celio, vid. *Agrícola* VII 3; *PIR*[2] R 67. Roscio Celio llegó a ser cónsul *suffectus* o sustituto en el año 81; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 200-201; DAMON, *Histories I*, págs. 224-225.

[293] La legión *XX Valeria Victrix* estaba en Britania desde el año 43.

[294] Había cuatro legiones: la *XVI Gemina Martia Victrix*, la *II Augusta*, la *IX Hispana* y la *XX Valeria Victrix*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 201.

[295] Era el paso del Mont-Genèvre. Fabio Valente hizo la ruta desde Colonia hasta Cremona de 1.312 kilómetros en unos 87 días desde el 12 de enero hasta el 7 de abril. Cécina se dirigió desde *Mogontiacum* hasta *Vindonissa* (367 kilómetros) y desde allí hasta Cremona pasando por Augusta Raurica (Augst) y el Gran San Bernardo (565 kilómetros) en unos 66 días desde el 28 de enero hasta el 2 de abril; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 265-268; C. L. MURISON, *Galba, Otho and Vitellius: careers and controversies*, Hildesheim, 1993, págs. 86-95; M. G. MORGAN, «Rogues' March: Caecina and Valens in Tacitus *Histories* 1.61-70», *Mus. Helvet*. 51 (1994), 103-125; DAMON, *Histories I*, pág. 225.

[296] La legión *V Alaudae* se unió la legión *XXI Rapax* con base en Vindonissa, moderna Windisch; cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 219; DAMON, *Histories I*, pág. 225.

[297] Las cifras más realistas serían 20.000 hombres (Valente), 16.000 (Cécina) y 30.000 (Vitelio); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 225.

[298] La legión *XXI Rapax*.

[299] Cf. SUETONIO, *Vitelio* XIII; DIÓN CASIO, LXV 2, 1.

[300] Tácito parece aludir a Virgilio (*Eneida* V 137) y a la descripción del augurio de Rómulo en Ennio (frags. 78 y 82-83 Skutsch); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 203; M. G. MORGAN, «Two omens in Tacitus' *Histories* (2.50.2 and 1.62.2-3)», *Rhein. Museum* 136 (1993), 321-329; J. MARTOS, *Ennio, Fragmentos*, Madrid, 2006, págs. 86-87.

[301] Sobre el 12 o 13 de enero del 69; cf. MURISON, *Galba, Otho and Vitellius…*, pág. 89.

[302] La marcha completa desde el 21 de enero hasta el 30 de marzo del año 69 fue la siguiente: Augusta Trevirorum (Trier), Divodurum (Metz), *Toullium* (Toul), Andematunnum (Langres), Cabillonum (Chalon-sur-Saône), Lugdunum (Lyon), Vienna (Vienne), Lucus (Luc-en-Diois), Vapincum (Gap), Brigantium (Briançon), Augusta Taurinorum (Turín). En los capítulos 63-66 se da cuenta de la marcha de Valente, mientras que sobre el ejército de Cécina no se ofrece el itinerario, aunque se alaba su estrategia y eficiencia (caps. 67-69). En el capítulo 70 los dos generales han llegado al norte de Italia. Cf. F. KOESTER, *Der Marsch der Invasionsarmee des*

Fabius Valens, Münster, 1927; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 124-125; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 203-204; M. G. MORGAN, «Rogues march: Caecina and Valens in Histories II 61-70», *Museum Helveticum* 51 (1994), 103-125; R. ASH, *Ordering anarchy: armies and leaders in Tacitus' Histories*, Londres, 1999, págs. 38-41; DAMON, *Histories I*, págs. 228-229.

303 Su capital era Augusta Treverorum, la actual Trier, a 163 kilómetros de Colonia o a una semana de marcha, si la media diaria llegaba a los 22 kilómetros o quince mil pasos romanos; DAMON, *Histories I*, págs. 229-230.

304 Divodurum es la actual Metz, situada a 83 kilómetros de Trier.

305 Sobre el saqueo de las ciudades por los romanos, léase a A. ZIOLKOWSKI, «*Urbs direpta*, or how the Romans sacked cities», en J. RICH y G. SHIPLEY, eds., *War and society in the Roman world*, Londres, 1993, págs. 69-91.

306 Cf. I 7, 1.

307 Era Tullium, la moderna Toul, situada a 53 kilómetros de Metz. La noticia se recibiría sobre el 24-26 de enero del año 69.

308 Era Andematunnum, la actual Langres, situada a 93 kilómetros de Toul.

309 En I 59, 1.

310 Es la legión *XIV Gemina Martia Victrix*.

311 La capital de los eduos era Augustodunum, la actual Autun, situada al oeste de la ruta romana, si bien otra ciudad edua, Cabilonum, la moderna Chalon-sur-Saône, sí estaba en dicha ruta a 125 kilómetros de Langres; cf. DAMON, *Histories I*, págs. 231-232.

312 Lugdunum, la actual Lyon, estaba situada a 245 kilómetros de Langres, es decir, a unas dos semanas de camino. Sobre la legión Itálica y el Ala Tauriana, cf. I 59, 2.

313 Cf. I 59, 2.

314 Cf. *Anales* III 41, 1; CHILVER, *Historical commentary I-I*, pág. 126; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 205; DAMON, *Histories I*, pág. 232.

315 Se trataría de T. Manlio Valente, cónsul en el año 96, el año del asesinato de Domiciano y la llegada de Nerva; cf. *PIR*[2] M 163; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 205; DAMON, *Histories I*, pág. 232.

316 Vienna, hoy Vienne, estaba ocupada por los celtas (alóbroges) desde el siglo y a. C. La ciudad apoyó la revuelta de Víndice. Sobre la rivalidad entre lioneses y vieneses, cf. P. FABIA, «La querelle des Lyonnais et des Vienois», *Revue d'Histoire de Lyon* 1 (1902), 106-18; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 206; DAMON, *Histories I*, págs. 232-233.

317 Estaban separadas por el río Rin y unos 30 kilómetros

318 Serían hombres de Vienne que Galba habría incorporado a sus legiones (cf. la legión *VII Galbiana* en II 11, 1) o a levas posteriores (II 57, 1; IV 19, 2); cf. DAMON, *Histories I*, págs. 233-234.

319 Cf. HEUBNER, *Historien I*, págs. 137-138.

320 Era una tercera parte del salario anual de un soldado; cf. R. ALSTON, «Roman military pay from Caesar to Diocletian», *Journ. Rom. Stud.* 84 (1994), 113-123.

321 Cf. PLUTARCO, *Otón* VI 7. Valente tendría 63 años.

322 Se trata de Lucus Augusti, la moderna Luc-en-Diois, situada a 164 kilómetros de Vienne; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 208.

323 Desde Luc hasta el paso de Genèvre había unos 161 kilómetros o unas (res semanas de marcha. Sobre la marcha de F. Valente, cf. F. KOESTER, *Der Marsch der Invasionsarmee des Fabius Valens vom Niederrhein nach Italien (Anfang 69 n. chr.). Untersuchungen über Tacitus, Historien I 61-66. II 14-15, 27-30*, Münster, 1927.

324 Continúa la comparación de Cécina con Valente; cf. 52, 3-53, 1; A. DEMAN, «Tacite, *Histoires* I 67-68», *Hommages à Max Niedermann*, Bruselas, 1956, págs. 90-101.

325 Cf. JULIO CÉSAR, *Guerra de las Galias* I 1, 24; R. SYME, «Helvetians aristocrats», *Museum Helveticum* 34 (1977), 129-140; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 129; HELLEGOUARC'H, *Histoires*

I, pág. 209.

[326] La legión *XXI Rapax*.

[327] Eran las legiones *VII Gemina-Galbiana* y *XIII Gemina*.

[328] Se trata de Aquae Helveticae, la moderna Baden, situada a 8 kilómetros de Vindonissa al noroeste de Zúrich; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 210; DAMON, *Histories I*, pág. 238.

[329] Solo es mencionado aquí.

[330] Serían las murallas de su capital Aventicum, la actual Avenches, en Suiza; cf. 68, 2.

[331] Se trataría de Bötzberg, una montaña cercana a la ciudad de Wöschnau; cf. C. DÜRR, «Tacitus, *Mons Vocetius*», *Ort und Wort* 1 (1973), 1-19; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 131; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 211.

[332] En Germania había estacionadas tres cohortes de tracios; cf. P. A. HOLDER, «*Exercitus pius fidelis*: the army of Germania Inferior in A.D. 89», *ZPE* 128 (1999), 246; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 212; DAMON, *Histories I*, pág. 239.

[333] Aventicum, la moderna Avenches, estaba a 170 kilómetros de Augst, entre Fribourg y el lago Neuchâtel; cf. D. VAN BERCHEM, «Avenches colonie latine?», *Chiron* 11 (1981), 221-8; H. BÖGLI, *Aventicum: La ville romaine et le musée*, Avenches, 1984; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 131; DAMON, *Histories I*, págs. 239-240.

[334] Solo es mencionado aquí, pero se relaciona con G. Julio Alpino Clasiciano, agente imperial en Britania en tiempos de Nerón; cf. *Anales* XIV 38, 3; *PRI*[2], C 145; BASSOLS, *Historias I*, pág. 232; DAMON, *Histories I*, pág. 240.

[335] Desde casi el comienzo del capítulo 69 *(placa-)* hasta casi el final del 75 *(incertum)* existe una laguna en el códice Mediceo por la pérdida de una página. El texto se suple especialmente con dos manuscritos florentinos recientes *(Laurentiani plut*. 63.4 y 5, del siglo XV).

[336] Su capital *Aventicum*, la actual Avenches; cf. I 68, 2.

[337] Solo aparece aquí.

[338] Cf. 80, 2; V 8, 3; R. F. NEWBOLD, «The *vulgus* in Tacitus», *Rhein. Museum* 119 (1976), 85-92.

[339] Vitelio se encontraba en Colonia; cf. I 56, 2;69.

[340] Debe su nombre a G. Silio A. Cécina Largo, comandante del ejército de la Germania Superior en tiempos de Tiberio; cf. II 17, 1; cf. C. CICHORIUS, «Ala», *RE* 1 (1894), 1260-1261; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 132; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 213.

[341] El río Po, Padus en latín, corre desde los Alpes hasta el mar Adriático cerca de Venecia; cf. PLINIO, *Historia natural* III 116-122.

[342] Vitelio había sido gobernador de África en el año 60; cf. II 97, 2; BASSOLS, *Historias I*, pág. 234.

[343] Eran los capitanes de los escuadrones de caballería (turmae) de 32 hombres cada uno; cf. P. A. HOLDER, *Studies in the auxilia of the Roman army from Augustus to Trajan*, Oxford, 1980, págs. 88-90; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 214; DAMON, *Histories I*, pág. 241.

[344] Son las actuales Milán, Novara, Ivrea y Vercelli. Estaban situadas al norte del Po en el camino a Placencia.

[345] Sobre las cohortes, cf. C. CICHORIUS, «Cohors», *RE* 4 (1900), 231-356. El regimiento de caballería o *Ala Augusta Gallorum Petriana* tenía su base en Mogontiacum (Mainz); cf. CICHORIUS, «Ala», *RE* 1 (1894) 1.223-1.270; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 214; DAMON, *Histories I*, pág. 242.

[346] Era el *Ala Augusta Gallorum Petriana*, acantonada en Moguntiacum. Su nombre se debe a uno de sus antiguos jefes, T. Pomponio Petra; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 214.

[347] Cf. I 11, 2.

[348] Cf. *CIL* III 11551; *PRP*[2] P 322.

[349] Sobre todo, el río Inn.

[350] Sería a mediados de marzo del 69, pues Cécina llegó a Placencia (Piacenza), situada a 280 kilómetros, a finales de mes; cf. G. WALSER, *Summus Peninus*, Wiesbaden, 1984; MURISON, *Galba, Otho and Vitellius…*,

pág. 105; DAMON, *Histories I*, pág. 243.

[351] Tácito cambia de escenario y pasa a narrar los acontecimientos de Roma con Otón desde mediados de enero hasta principios de marzo.

[352] Cf. I 14, 1; PLUTARCO, *Otón* I 1-2.

[353] Sigo la lectura de Halm *(sed ne hostem metueret conciliationes adhibens)* por coincidir con la versión de PLUTARCO (*Otón* I 1); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 245.

[354] Cf. PLUTARCO, *Galba* XVII 5; SUETONIO, *Galba* XV 2; DIÓN CASIO, LXIV 3, 3. Ofonio Tigelino era prefecto del pretorio desde el año 62 y fue cómplice de los crímenes y escándalos de los últimos años de Nerón; cf. *Anales* XIV 57, XVI 14, 3, 18, 3, 20, 2, etc.; *PIR*[2] O 91; BASSOLS, *Historias I*, págs. 238-239; HEUBNER, *Historien I*, pág. 152; DAMON, *Histories I*, pág. 246.

[355] Tigelino fue desterrado en el año 30 por haber cometido adulterio con Agripina, hermana de Calígula; cf. DIÓN CASIO, LIX 23, 9.

[356] Los vigilantes *(vigiles)* comprendían siete cohortes con funciones de policía y bomberos integradas por mil hombres cada una al mando de un tribuno, que a su vez estaba a las órdenes del comandante de vigilantes *(praefectus vigilum)*.

[357] Cf. *Anales* XIV 57, 1.

[358] Se llamaba Crispina; cf. I 13, 2; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 218.

[359] Son las actuales Termas de San Rico, cerca de Mondragone en Campania *(Anales* XII 66, 1). Se creía que sus aguas curaban la esterilidad en las mujeres y la demencia en los hombres (PLINIO, *Historia natural* XXX 8); cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 135; DAMON, *Histories I*, pág. 248.

[360] Cf. PLUTARCO, *Otón* II.

[361] Se sabe por DIÓN CASIO (LXIII 12, 3) que acompañó a Nerón en su viaje a Grecia, pero no es mencionada en *Anales*; cf. M. G. MORGAN, «Clodius Macer and Calvia Crispinilla», *Historia* 49 (2000), 467-487; DAMON, *Histories I*, pág. 248.

[362] Cf. I 7, 1.

[363] Si se cortaba el suministro de trigo africano a Roma, la ciudad sufriría hambruna; cf. III 48, 3 (misma idea de Vespasiano); K. R. BRADLEY, «A *Publica Fames* in A. D. 68», *Amer. Journ. Philology* 93 (1972), 451-458.

[364] Ello provocaba «la caza de herencias», tan denostada en la sátira latina; cf. HORACIO, *Sátiras* II 5 y el denso comentario de F. MUECKE *(Horace, Satires II*, Warminster, 1993, págs. 177-180); MARCIAL, IV 56, VI 63, XII 40, 90; JUVENAL, XII 93-130.

[365] Cf. PLUTARCO, *Otón* IV 4, 4-6; P. FABIA, «L'ambassade d'Othon aux Vitelliens (Tacite, *Hist*. 1.74)», *Rev. Philol*. 37 (1913), 53-61.

[366] Cf. K. WILLIAMS, «Tacitus' Senatorial Embassies of 69 CE», en V. E. PAGÁN, ed., *A Companion to Tacitus*, págs. 218-222.

[367] Cf. I 59, 2.

[368] Es un poco exagerado, pues Vitelio fue aclamado emperador el 2 o 3 de enero y Otón el 15.

[369] L. Salvio Otón Ticiano, hermano mayor de Otón, fue cónsul en el año 52, procónsul de Asia en el 65 y cónsul por segunda vez a partir del 26 de enero del 69. Su hijo, L. Salvio Otón Coceyano, luchó con Otón en Brixellum (II 48, 2); fue ejecutado en tiempos de Domiciano por haber celebrado el cumpleaños de su tío Otón (SUETONIO, *Domiciano* X 3); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 220-221.

[370] La madre de Vitelio se llamaba Sextilia (II 64, 2). Sus hijos fueron respetados por Otón (II 38, 2; 47, 2), excepto uno de ellos que fue ejecutado por orden de Muciano (IV 80, 1); cf. DAMON, *Histories I*, pág. 251.

[371] En Dalmacia, situada entre el mar Adriático, los Alpes y el Epiro, estaban las legiones *XI Claudia Pia Fidelis* y la *XIV Gemina Martia Victrix*. Panonia, región regada por el Danubio, estaba ocupada por las legiones *VII Galbiana* y la *XIII Gemina*, mientras que en Mesia, cerca del Ponto Euxino, actuaban la *III Gallica*, la *VII Claudia Pia Fidelis* y la *VIII Augusta*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 221.

[372] Cf. I 8, 1; BASSOLS, *Historias I*, pág. 245.

[373] La provincia de Aquitania estaba situada entre el río Loira y los montes Pirineos.

[374] No se menciona en ninguna otra parte.

[375] El ejército de Siria comprendía cuatro legiones: *III Gallica* (trasladada a Mesia en tiempos de Nerón), *IV Scythica, VI Ferrata* y *XII Fulminata*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 221-222.

[376] La *colonia Julia Carthago* fue fundada por Julio César. Cartago se convirtió en la ciudad principal de África y pasó a ser la sede del gobernador del África proconsular; cf. J. B. RIVES, *Religion and authority in Roman Carthage from Augustus to Constantine*, Oxford, 1995, págs. 22-27; DAMON, *Histories I*, pág. 252.

[377] Fue cónsul en el año 59 *(Anales* VIX 1, 1) y murió en el 86; cf. *PIR*[2] V 465: CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 139.

[378] Solo es nombrado aquí.

[379] Sobre las comidas públicas, léase a J. H. D'ARMS, «Between public and private: the *epulum publicum* and Caesar's horti trans Tiberim», en M. CIMA y E. LA ROCCA, *Horti Romani*, Roma, 1998, págs. 33-43.

[380] Cf. G. B. TOWNEND, «The consuls of A.D. 69/70», *Amer. Journ. Philol*. 85 (1962), 113-129. Los cónsules del año 69 fueron (cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 140-1): Otón y Ticiano (hasta finales de febrero); Verginio y Vopisco (marzo); Celio y Flavio (abril-junio); Celso y Antonino (julioseptiembre); Marino y Costa (octubre); Macro y Ático (noviembre-diciembre).

[381] Cf. I 8, 2.

[382] Solo es nombrado aquí.

[383] Eran Gneo Aruleno Celio Sabino *(PIR*[2] A 1194) y Tito Flavio Sabino *(PIR*[2] F 354), que fueron cónsules desde abril a mayo; cf. K. GILMARTIN WALLACE, «The *Flavii Sabini* in Tacitus», *Historia* 36 (1987), 343-358; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 141; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 224; DAMON, *Histories I*, pág. 254.

[384] Arrio Antonino fue gobernador de Asia, cónsul por segunda vez en el año 97 y amigo del emperador Nerva; cf. *PIR*[2] A 1084; PLINIO, *Cartas*, IV 3, 18, V 15; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 141; DAMON, *Histories I*, pág. 254.

[385] Cadio Rufo fue condenado por concusión en el año 49 d. C. tras la acusación del pueblo de Bitinia, donde había sido procónsul *(Anales* XII 22, 3). Pedio Bleso fue expulsado del senado en el año 59 d. C. por corrupción en Cirene *(Anales* XIV 18, 1). Escevino Propincuo solo es nombrado aquí. Cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 142.

[386] Otón había sido gobernador de Lusitania, cuya capital era Emérita Augusta, durante ocho años. Hispalis (Sevilla) era una *colonia Iulia*, fundada por Julio César. Cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 142.

[387] Se trataría de *civitates contributae* que pagarían impuestos a algunas ciudades de la Bética; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 143.

[388] Cf. PLUTARCO, *Otón* III 2; SUETONIO, *Otón* VII 2-3.

[389] Los «alanos rojos» ya estaban presionando en el Danubio durante el imperio de Nerón; cf. HEUBNER, *Historien I*, págs. 163-164; CHILVER, *Historical commentary I-11*, págs. 144-145.

[390] La provincia de Mesia disponía, además de fuerzas auxiliares, de tres legiones: la legión *III Gallica*, la *VII Claudia y* la *VIII Augusta*; cf. DAMON, *Histories I*, pág. 258.

[391] La legión *III Gallica*.

[392] La *cataphracta* consistía en una coraza o cota de malla de hierro que cubría tanto al jinete como al caballo; cf. R. M. RATTENBURY, «Tacitus, *Hist*, I 79», *Class. Review* 67 (1943), 67-69; M. MIELCZAREK, *Cataphracti and clibanarii: studies on the heavy armoured calvalry of the ancient world*, Lodz, 1993; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 144-14; DAMON, *Histories I*, págs. 258-259.

[393] Marco Aponio fue cónsul sustituto en tiempos de Nerón. Se declaró partidario de Vitelio en contra de la inclinación de sus tropas que estaban del lado de Vespasiano (II 60, 1; 74, 1). Luego se pasó al bando de Vespasiano y llegó a ser procónsul de Asia; cf. *PIR*[2] A 938; R. D. MILNS, «The Career of M. Aponius Saturninus», *Historia* 22 (1973), 284-294; DAMON, *Histories I*, págs. 259-260.

[394] Sobre estas condecoraciones militares, léase a V. A. MAXFIELD, *The military decorations of the*

Roman army, Berkeley, 1981, págs. 105-109.

395 Fulvo Aurelio fue comandante de la legión *III Gallica*, cónsul dos veces y prefecto de Roma con los emperadores Flavios; cf. R. SYME, «Prefects of the City, Vespasian to Trajan», en *Estudios de derecho romano en honor de Alvaro d'Ors*, Pamplona, 1987. II, págs. 1.057-1.074; DAMON, *Histories I*, pág. 260. Juliano Tetio era el comandante de la legión *VII Claudia* y estuvo del lado de Vespasiano llegando a ser cónsul *suffectus* en el año 83 *(PIR^2* T 102). Numisio Lupo era el comandante de la legion *VIII Augusta* y también se pasó a Vespasiano con su legión *(PIR^2* N 210); cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 146; DAMON, *Histories I*, pág. 260.

396 La *toga praetexta* y la silla curul.

397 El motín es recogido también por PLUTARCO *(Otón* III 4-13) y SUETONIO *(Otón* VIII 2); cf. DIÓN CASIO, LXIV 9, 2-3; H. HEUBNER, «Der Prätorianertumult vom Jahre 69 n. Chr.», *Rhein. Museum* 101 (1958), 339-353; HEUBNER, *Historien I*, págs. 167-168; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 146-148; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 229-230; MURISON, *Galba. Otho and Vitellius…*, págs. 120-130; DAMON, *Histories I*, pág. 261; ASH, *The Histories*, pág. 271.

398 Claudio había establecido una cohorte en Ostia para luchar contra los incendios; cf. SUETONIO, *Claudio* XXV 2; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 149.

399 Solo es conocido por este hecho.

400 PLUTRACO *(Otón* III 5) habla de la muerte de dos centuriones. Sobre el odio a la severidad de los centuriones, cf. III 7, 1; *Anales* I 23, 3; 32, 1; C. A. POWELL, «*Deum ira, hominum rabies*», *Latomus* 31 (1972), 833-853.

401 PLUTARCO *(Otón* 1116) nos dice que asistieron ochenta senadores invitados.

402 Eran G. Plocio Firmo y Licinio Próculo; cf. I 46, 1.

403 Se deshicieron, al menos, de la toga pretexta, una toga blanca con bordes de púrpura que usaban los senadores y magistrados curules (cónsules, tribunos y ediles curules).

404 Cf. I 28, 1. Vitelio Saturnino solo se menciona aquí. Era comandante del campamento de la legión naval *(praefectus castrorum legionis classicae)*; cf. I 31, 3; 36, 3; HEUBNER, *Historien I*, pág. 173; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 150; DAMON, *Histories I*, pág. 265.

405 Cf. I 46, 1.

406 Equivalía a la paga de cinco meses de un pretoriano; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 150-151.

407 Los tribunos llevaban un anillo de oro y una túnica con una banda, mientras que los centuriones portaban una especie de bastón de mando (una vara de vid, llamada *vitis)*, como símbolo de su autoridad. Además, tanto unos como otros llevarían sus condecoraciones individuales; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 151.

408 Cf. I 37-38 y II 47; PLUTARCO, *Otón* III 12-13; E. KEITEL, «Otho's exhortations in Tacitus' *Histories*», *Greece and Rome* 34 (1987), 75-77; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 151; DAMON, *Histories I*, págs. 266-268.

409 Nótese la repetición en contacto bajo la forma de una gradación *(gradatio)*; cf. LAUSBERG, *Elementos de retórica literaria*, págs. 126-129.

410 La idea aparece ya en ENNIO, *Anales* fr. 156 Skutsch: *moribus antiquis stat res Romana virisque*, «el Estado romano permanece en pie gracias a sus antiguas costumbres y a sus hombres»; cf. LIVIO, V 54, 2; HELLEGOUARC'H *Histoires I*, pág. 238.

411 Rómulo; cf. LIVIO, V 24, 11; 49, 7.

412 Tácito utiliza un sorprendente oxímoron *(maligna cura)* o paradoja entre miembros antitéticos (cf. LAUSBERG, *Elementos de retórica literaria*, págs. 192-193); cf. *Anales* III 37, 2.

413 La *Curia Iulia*, la sede del Senado, fue construida por César en el año 44 a. C., inaugurada por Augusto en el 29 a. C. y restaurada por Domiciano en el año 94 d. C.; cf. NASH, *Pictorial Dictionary…*, I, págs. 301-303.

[414] Los prodigios, presagios y los ritos expiatorios ocuparon un lugar preeminente en la tradición historiográfica de los romanos; cf. SYME, *Tacitus*, II, págs. 521-523; DAMON, *Histories I*, págs. 273-275; véase también para Tito Livio, D. S. LEVENE, *Religion in Livy*, Leiden, 1993.

[415] El templo del Capitolio albergaba a Júpiter Óptimo Máximo en la nave central y a Juno Regina y a Minerva en capillas a la derecha e izquierda respectivamente. Fue destruido en diversas ocasiones y siempre restaurado, porque era el símbolo de la estabilidad de Roma; cf. IV 54, 2; VIRGILIO, *Eneida* IX 448-449; NASH, *Pictorial Dictionary*…. I, págs. 530-533; RICHARDSON, *A new topographical dictionary*…, págs. 221-224; DAMON, *Histories I*, págs. 275-276.

[416] Podría tratarse de una réplica de la cuadriga que Hierón de Siracusa donó a Roma en el año 216 a. C; cf. LIVIO, XXII 37, 5; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 153; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 240.

[417] La capilla era mucho más pequeña que el espacio central dedicado a Júpiter. Allí se albergaba una estatua de Juno y un altar; cf. SERVIO, *coment a la Eneida* III 134.

[418] Cf. PLUTARCO, *Otón* IV 8; SUETONIO, *Vespasiano* V 7.

[419] Cf. *Anales* XII 64, 1; XIV 12, 2; XV 47, 1-2.

[420] Cf. PLUTARCO, *Otón* IV 10; SUETONIO, *Otón* VIII. PLINIO *(Historia natural* III 55) nos recuerda que los desbordamientos del Tíber se interpretaban más como si fuera «consejero de expiaciones religiosas que de desastres»; cf. I. BECHER, «Tiberüberschwemmungen: die Interpretation von Prodigien in augusteischer Zeit», *Klio* 67 (1985), 471-479.

[421] El puente *Sublicius* («sobre pilares») era el puente más antiguo de Roma y poseía un carisma especial, hasta el punto que de él cuidaban los pontífices. Fue restaurado por Augusto *(Res gestae* XX 5); cf. PLUTARCO, *Numa* IX 3; DIONISIO DE HALICARNASO, II 73, 1; III 45, 2.

[422] JUVENAL (III 193) nos recuerda la debilidad de estas construcciones: *nos urbem colimus tenui tibicine fultam*, «nosotros habitamos una ciudad que se apoya sobre endebles pilares». Cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 270.

[423] La *via Flaminia*, construida en el año 220 a. C. por el censor G. Flaminio, era la ruta principal entre Roma y el valle del Po hasta Ariminum (Rímini) y la costa Adriática *(Roma-Saxa Rubra-Ocriculum-Narnia-Carsulae-Mevania-Fanum Fortunae-Ariminum)*. Léase a T. ASHBY-R. A. L. FELL, «The Via Flaminia», *Journ. Rom. Studies* 11 (1921), 125-190.

[424] Sobre la estrategia de Otón para enfrentarse a los vitelianos, léase a SYME, *Tacitus*, II, págs. 676-680; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 264-73; DAMON, *Histories I*, pág. 280.

[425] El ritual de la expiación consistía en el sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro *(suevotaurilia)*; cf., p. e., *Agrícola* XIII 24; LIVIO, III 29, 9; XXI 62, 7.

[426] Entiendo *Vitellianis exercitibus* como ablativo («cerrados por») y no como dativo («cerrados a»); cf. discusión en CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 155-156; DAMON, *Histories I*, pág. 281.

[427] Los Alpes Peninos, Cotios y Grayos eran tres pequeñas provincias romanas situadas en la zona de los Alpes entre Francia, Suiza e Italia. Su importancia radicaba en que eran el paso obligado para entrar en Italia por el norte.

[428] La provincia de la Galia Narbonense comprendía la zona que iba desde los Pirineos hasta Marsella. Su capital era la Colonia Narbo Martius, la actual Narbona.

[429] El *Pons Mulvius*, el actual puente Molle o Milvio, sobre el río Tíber en Roma fue construido en el año 206 a. C.; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 233.

[430] Se refiere a los soldados de la legión *I Classicorum Adiutrix*; cf. I 6, 2; 31, 2; 36, 3. Los marinos tenían una consideración inferior a los legionarios; cf. C. G. STARR, *The Roman imperial navy 31 B.C.-A.D. 324*, Chicago, 1993, 3.ª ed., págs. 167-208.

[431] La marina romana tenía sus bases en Ravenna (mar Adriático), el cabo Miseno (mar Tirreno) y Fréjus (Galia); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 242.

[432] Antonio Novelo es citado aquí y en II 12, 1. T. Suedio Clemente *(PIR*^{2} s 687) llegó a ser en tiempos de

Tito y Vespasiano tribuno del pretorio y *praefectus castrorum* en Egipto; cf. B. DOBSON, *Die Primipilares*, Colonia, 1978, págs. 207-208; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 243.

433 Cf. I 20, 3.

434 Durante Claudio y Nerón los libertos desplazaron a los caballeros en el mando de la flota; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 156; DAMON, *Tacitus, Histoires*, pág. 283.

435 G. Suetonio Paulino fue cónsul *suffectus* en el año 43 y cónsul por segunda vez en el 66 *(PIR2* s 694); cf. II 24-26; PLINIO, *Historia natural* V 14-15; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 243-244. Sobre Mario, cf. I 14, 1. Apio Annio Galo fue cónsul *suffectus* en tiempos de Nerón. Cf. DAMON, *Tacitus, Histoires*, págs. 283-284.

436 Aparece en II 33, 1; 37; 44; 60, 1.

437 Otón lo desterró a Aquino, ciudad situada a 105 kilómetros de Roma en la vía Latina; cf. PLUTARCO, *Otón* V 1. Vitelio ordenó más tarde su muerte; cf. II 63-64; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 157; HELLEGOUARC'H, *Histoires I* pág. 244.

438 Lucio Vitelio, hermano del futuro emperador Vitelio, fue cónsul *suffectus* en el año 48 y gobernador de África; cf. *PIR*[2] V 501; II 54, 1; III 37, 1; 38; III 76-77; IV 2, 1, 3; BASSOLS, *Historias I*, pág. 273; HELLEGOUARC'H, *Histaires I*, pág. 245.

439 Sobre el motivo erótico los *irritamenta Veneris*, léase R. MORENO, ed., *Diccionario de motivos literarios en la literatura latina*, Huelva, 2011, s.v. «excitación», págs. 178-181.

440 Nótese el oxímoron conclusivo.

441 Hay quien interpreta *magnitudine magna* como ablativo de causa dependiendo de *expers populus* («debido al tamaño excesivo de sus componentes»), aunque me inclino, como otros, por relacionar la juntura con *communium curarum*; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 158; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 245-246; DAMON, *Histories I*, pág. 287.

442 Cf. R. F. NEWBOLD, «Vitellius and the Roman Plebs», *Historia* 21 (1972), 308-319.

443 El mismo oxímoron se encuentra en JUVENAL, VI 292: «ahora padecemos las desgracias de una paz duradera».

444 La rebelión contra Claudio tuvo lugar en el año 42 y fue sofocada en cinco días; cf. SUETONIO, *Claudio* XIII 2; DIÓN CASIO, LX 15-16; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 246.

445 Los sacerdotes Salios trasladaban en procesión alrededor de Roma doce Escudos *(ancilia)*, símbolos del imperio romano y consagrados a Marte, durante los días 1 hasta el 23 de marzo, fechas de mal agüero para casamientos y viajes. Júpiter había regalado al rey Numa un escudo sagrado *(ancile)*, del que se hicieron once copias para preservar el original. Cf. OVIDIO, *Fastos* III 365-386; J. P. V. D. BALSDON, «The *Salii* and Campaigning in March and October», *Class. Review* 16 (1966), 146-147; SHOTTER, *The Lives of Galba, Otho, Vitellius…*, pág. 151; ASH, *The Histories*, pág. 272.

446 Cf. PLUTARCO, *Otón* I 4; F. MILLAR, «Emperors at Work», *Journ. Rom. Studies* 57 (1967), 9-19.

447 P. Galerio Tracalo fue cónsul con Silio Itálico en el año 68 y gobernador de África con los emperadores Flavios; cf. *PIR*[2] G 30. Quintiliano alaba sus dotes oratorias *(Instituciones oratorias*, X 1, 119; XII 5, 5-6); cf. BASSOLS, *Historias I*, pág. 278; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 160; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, pág. 248; ASH, *The Histories*, pág. 273.

448 Otón salió de Roma el 15 de marzo; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 159; HELLEGOUARC'H, *Histoires I*, págs. 248-249.

449 Lo normal hubiera sido que el mando de la ciudad hubiera recaído en Flavio Sabino (cf. I 46, 1), prefecto de la ciudad.

LIBRO II

SINOPSIS
(Año 69 d. C.)

LIBRO II

Vespasiano y Tito[1]

1. La Fortuna[2] estaba ya organizando en una parte diferente del mundo los orígenes y las bases de una dinastía que con suerte varia significó felicidad o desgracia para el Estado y prosperidad o ruina para los propios príncipes[3]. Tito Vespasiano[4], enviado por su padre a Roma desde Judea todavía en vida de Galba, alegaba como motivo de su viaje sus obligaciones con el emperador y su juventud ya preparada para aspirar a los cargos públicos, pero el pueblo, ávido de inventarse historias[5], había difundido el rumor de que se le había llamado para una adopción. Fomentaban tales habladurías la vejez del emperador sin herederos y la impaciencia de la ciudad a la hora de designar a muchos candidatos antes de la elección [2] de uno solo. Alimentaban los rumores el talento del mismo Tito, capaz de cualquier cometido, la belleza de sus facciones unida a una cierta dignidad, los éxitos de Vespasiano, las respuestas de los oráculos, así como la inclinación de la gente a [3] creer incluso en los sucesos fortuitos como si fueran augurios. Cuando en Corinto, ciudad de Acaya[6], Tito recibió noticias seguras de la muerte de Galba[7], y había quienes le aseguraban que Vitelio[8] se estaba armando para la guerra, preocupado, reunió a unos pocos amigos para valorar todas las posibilidades a favor y en contra: si continuaba hacia Roma, no recibiría agradecimiento alguno por un deber emprendido para honrar a otro y se convertiría en un rehén de Vitelio o de Otón; pero si regresaba a Judea, ofendería sin duda alguna al vencedor, aunque la victoria estaba todavía sin decidir y, si su padre se inclinaba por la parte vencedora, su hijo quedaría excusado. Sin embargo, si Vespasiano tomaba las riendas del estado, quienes maquinaban la guerra tendrían que olvidarse de las ofensas.

2. Tras debatirse Tito, con estas y otras consideraciones, entre la esperanza y el miedo, triunfó la esperanza. Hubo quienes creyeron que deshizo el camino por la añoranza que sentía de la reina Berenice[9]. Su juventud no le hacía ascos a los encantos de Berenice, pero ello no supuso impedimento alguno para el cumplimiento de sus obligaciones de Estado. Llevó una vida de placer en su mocedad, aunque se mostró más comedido durante su reinado que bajo el de su padre. Así pues, navegó por las costas [2] de Acaya[10] y Asia dejando el litoral a su izquierda, se dirigió a las islas de Rodas y Chipre y desde allí a Siria por rutas más arriesgadas. No resistió la tentación de ir a visitar el templo de Venus en Pafo[11], famoso entre los nativos y extranjeros. Podría ser de algún interés tratar brevemente[12] el origen de este culto, del ritual del santuario y de la imagen

de la diosa, pues no se representa así en ninguna otra parte.

3. Una antigua tradición cuenta que el templo de Venus fue fundado por el rey Aerias[13], mientras algunos mantienen que este era el nombre de la misma diosa. Una versión más reciente mantiene que el templo fue consagrado por Cíniras[14] y que allí llegó la diosa concebida en el mar[15]. En cambio el conocimiento y el arte de la adivinación se introdujeron desde el extranjero y las trajo el cilicio Támiras, con el acuerdo de que los descendientes de ambas familias presidieran las ceremonias. Más tarde, para evitar que una estirpe extranjera aventajara en honores al linaje del rey, los extranjeros renunciaron a la ciencia que ellos mismos habían introducido: solo se consulta al [2] sacerdote descendiente de Cíniras. Las víctimas de los sacrificios se eligen según los votos de cada cual, pero son machos. La mayor fiabilidad se obtiene con las entrañas de los cabritos. Se prohíbe derramar sangre sobre el ara. Los altares se honran con preces y se encienden con fuego puro y la lluvia nunca los moja, aunque estén al aire libre. La imagen de la diosa no tiene un aspecto humano: es un círculo que se levanta sin interrupción desde una base más ancha hasta una estrecha circunferencia a modo de un mojón cónico[16]. Y el motivo de esto no está claro.

4. Tito, tras examinar las ofrendas de las donaciones reales y otros objetos que los griegos, aficionados a las antigüedades, atribuyen a la incertidumbre de los tiempos antiguos, consultó primero sobre su viaje por mar. Cuando supo que la ruta estaba despejada y el mar en calma, preguntó sobre su propio futuro en un lenguaje velado después de sacrificar numerosas víctimas. [2] Sóstrato (ese era el nombre del sacerdote), al observar que las entrañas eran propicias y favorables y que la diosa bendecía sus grandes empresas, le dio la breve y acostumbrada respuesta de momento, pero le pidió una entrevista en privado para revelarle el futuro. Tito navegó hasta donde estaba su padre con la moral crecida. Esto supuso una enorme confianza en el futuro, unido a los sentimientos en vilo de las provincias y ejércitos. Vespasiano [3] había dado un giro decisivo a la guerra de Judea, quedando solo la conquista de Jerusalén[17], una tarea dura y difícil, más por la topografía de su montaña y por la obstinación religiosa que porque quedaran a los sitiados fuerzas suficientes para soportar una situación extrema. Como mencionamos antes[18], Vespasiano [4] mandaba sobre tres legiones curtidas en la guerra. Muciano[19] mantenía en paz a otras cuatro, a las que la rivalidad y la gloria del ejército vecino habían sacado de la indolencia. Los hombres de Vespasiano habían conseguido tanta fuerza en los peligros y fatigas, como energía habían adquirido los hombres de Muciano en su descanso sin interrupciones y en la euforia de su inexperiencia en la guerra. Los dos ejércitos disponían de unidades auxiliares de infantería y caballería, de

flotas y de reyes aliados, y de un nombre ilustre, aunque por razones diferentes.

5. Vespasiano[20], enérgico en la milicia, acostumbraba a marchar a la cabeza de sus tropas, a elegir personalmente el lugar para acampar, a hacer frente al enemigo de día y de noche mediante la estrategia y, si la ocasión lo exigía, mediante la lucha; comía de lo que hubiera disponible y apenas se diferenciaba del soldado raso en su atuendo y porte; en suma, si no fuera por su avaricia[21], se hubiera igualado a los generales de antaño. Por el contrario, Muciano se distinguía por su prodigalidad, riquezas y todo lo que estaba por encima de un particular; era más hábil con la palabra y un experto en la disposición y planificación de los asuntos públicos. La combinación de ambos sería excelente para hacer un emperador, si se eliminaran sus defectos y se mezclaran [2] únicamente sus virtudes. Por lo demás, al estar Muciano al frente de Siria y Vespasiano de Judea, andaban en discordias por los celos típicos en el gobierno de provincias vecinas; finalmente, a la muerte de Nerón, tras dejar a un lado sus odios, se pusieron de acuerdo en el bien común, primero a través de amigos después Tito, principal garante de la armonía, había hecho desaparecer sus perjudiciales rencillas en aras del interés común, pues por su carácter natural y su habilidad estaba preparado para atraerse incluso la complicidad de Muciano. El apoyo de los tribunos, centuriones y tropa se aseguraba jugando con su diligencia o pereza, con sus virtudes o sus vicios, según el carácter de cada cual.

6. Antes de que Tito regresara[22], los dos ejércitos habían prestado juramento de fidelidad a Otón, pues las noticias, como suele ocurrir, son rápidas[23], mientras la guerra civil, que Oriente en paz tras una larga concordia preparaba entonces por primera vez, es lenta y pesada. En efecto, en otros tiempos los enfrentamientos armados más graves entre ciudadanos se habían iniciado en Italia o en la Galia con los recursos de Occidente. Pompeyo, Casio, Bruto y Antonio[24], a todos los cuales persiguió la guerra civil al otro lado del mar, obtuvieron resultados desastrosos, y en Siria y Judea se conocía a los emperadores más de oídas que de vista[25]. No se había producido ningún levantamiento de las legiones, solo hubo demostraciones amenazadoras contra los partos[26] con suerte diversa. En la reciente guerra civil, mientras en otros lugares surgieron conflictos, allí [2] la paz se mantuvo intacta, seguida de la lealtad hacia Galba. Luego, cuando se supo que Otón y Vitelio se proponían apoderarse del Estado romano en una guerra sacrílega, los soldados, con miedo a que los demás se llevaran los premios del imperio y a ellos les quedara solo una obligada esclavitud, andaban murmurando y comenzaron a contar sus propias fuerzas: siete legiones inmediatamente a mano[27] y Siria y Judea con sus considerables fuerzas auxiliares; luego en las proximidades estaba Egipto y sus dos

legiones[28]; después Capadocia, el Ponto y los campamentos que estaban desplegados en Armenia[29]; Asia y las demás provincias no andaban escasas de hombres y estaban sobradas de dinero; finalmente, todas las islas rodeadas por el mar[30] y el mismo mar que ofrecía una protección favorable mientras se preparaba la guerra.

7. A los generales[31] no pasaba desapercibido el entusiasmo de los soldados, pero decidieron que había que esperar mientras estuvieran luchando otros. En una guerra civil vencedores y vencidos nunca fraguan lealtades duraderas y no importaba si la fortuna hacía sobrevivir a Vitelio o a Otón. En los éxitos incluso los buenos generales se vuelven prepotentes: en ellos aparece la discordia, la indolencia y el lujo[32], y debido a sus propios vicios el uno perecería en la guerra y el otro en la victoria. Así pues, [2] dejaron las armas para mejor ocasión. Vespasiano y Muciano lo decidieron hacía poco, los demás después de llegar a un acuerdo hacía tiempo, los mejores por patriotismo, muchos incitados por el fuerte aliciente del botín, otros por lo comprometido de su situación patrimonial. Y así, buenos y malos por razones diversas y con entusiasmo parejo, todos deseaban la guerra.

El falso Nerón[33]

8. Por aquel mismo tiempo Acaya y Asia sufrieron la falsa alarma de la llegada de Nerón. Se habían extendido variados rumores sobre su muerte[34], de ahí que muchos se imaginaran y creyeran que todavía seguía vivo. De los demás casos e intentos hablaremos en el curso de mi obra. En esta ocasión se trataba de un esclavo procedente del Ponto o, como contaron unos, un liberto de Italia, experto en la cítara y el canto, por lo cual, cuando a ello se añadía su parecido facial, la impostura se hacía más plausible. Tras reunir a desertores, que andaban vagando como indigentes y a quienes había sobornado con atractivas promesas, se hizo a la mar. Arrastrado por un temporal a la isla de Citno[35], se atrajo a unos soldados que regresaban de Oriente de permiso y a los que se resistieron ordenó matarlos. Después de robar a los comerciantes armó a los [2] esclavos más robustos. Trató de ganarse con tretas varias al centurión Sisenna, quien en nombre del ejército de Siria llevaba a los pretorianos unas diestras de metal[36], símbolo de amistad, hasta que Sisenna, tembloroso y temiendo por su vida, escapó abandonando la isla en secreto. A partir de ahí se extendió el terror y muchos cobraron ánimos ante la celebridad del nombre, por deseo de cambios o por odio hacia la situación presente. La casualidad acabó con una reputación que aumentaba por días[37].

9. Galba había nombrado a Calpurnio Asprenate[38] gobernador de las provincias de Galacia y Panfilia[39]. Se le habían asignado de escolta dos trirremes de la flota de Miseno, con las que atracó en la isla de Citno. No faltaron quienes intentaran atraerse a los capitanes de las trirremes en nombre de Nerón. El falso [2] Nerón, tomando un aire de tristeza y apelando a la lealtad de sus antiguos soldados, rogaba que lo desembarcaran en Siria o Egipto. Los capitanes, o porque dudaran o para engañarle, declararon que debía hablar con los soldados y que regresarían cuando se ganaran la voluntad de todos. Pero informaron detalladamente de todo a Asprenate, a cuyo requerimiento capturaron la nave y mataron a quienquiera que fuera aquel impostor. Su cabeza[40], que impresionaba por los ojos, la cabellera y la fiereza del semblante, se trasladó a Asia y de allí a Roma.

Disputa en el Senado

10. En una ciudad desunida y que se debatía entre la libertad y el libertinaje a causa de los cambios frecuentes de emperadores, incluso los asuntos triviales se trataban en medio de grandes emociones. Vibio Crispo[41], que gracias a su dinero, influencia e inteligencia se contaba más entre los famosos que entre los buenos, citó a un juicio ante el Senado a Annio Fausto[42], de la clase de los caballeros, que en tiempos de Nerón había practicado repetidamente la delación. Recientemente, en efecto, en el principado de Galba los senadores habían decidido que se llevaran a juicio los casos de los delatores. Tal decreto del Senado, que se había aplicado de forma diferente, con debilidad o firmeza según se tratara [2] de un reo poderoso o débil, todavía producía algún miedo. El caso es que Crispo se había empeñado con todas sus fuerzas en arruinar al delator de su hermano[43] y había arrastrado a una gran parte del Senado a que exigieran su muerte sin defensa y sin ser escuchado. Por el contrario, otros creían que nada beneficiaba más al reo que la prepotencia del acusador. Eran partidarios de que había que fijar plazos, hacer públicas las acusaciones y de que tenía que ser oído según la tradición, por más [3] odioso y culpable que fuera. Esto fue lo que prevaleció al principio y se dio un plazo de unos pocos días para la vista del proceso; luego se condenó a Fausto, pero no se produjo en absoluto la condena de un hombre que la había merecido por sus depravadas costumbres, pues se acordaban de que el mismo Crispo había hecho una fortuna con delaciones similares, y no les desagradaba el castigo por el delito sino el demandante.

Fuerzas de Otón[44]

11. Entretanto, el comienzo de la guerra era favorable a Otón, pues los ejércitos procedentes de Dalmacia y Panonia se pusieron en marcha al recibir sus órdenes[45]. Comprendían cuatro legiones[46], de las que se enviaron por delante a dos mil hombres de cada una. El grueso de las legiones le seguía a poca distancia: la VII, reclutada por Galba, las veteranas XI, XIII y la XIV, especialmente famosa por haber sofocado la rebelión de Britania[47]. Nerón había aumentado su reputación al elegirlos como los mejores, de ahí que su lealtad hacia Nerón fuese duradera y entusiasta su apoyo a Otón. Pero cuanta más fuerza y poderío tenían, tanto mayor era su lentitud como consecuencia de su confianza. Las columnas de [2] las legiones iban precedidas por la caballería e infantería auxiliares. De la misma Roma llegó un contingente nada despreciable consistente en cinco cohortes pretorianas y destacamentos de caballería, junto con la legión I[48] y, además, un refuerzo indigno de dos mil gladiadores, pero que en las confrontaciones civiles incluso generales estrictos se habían servido de ellos[49]. Estas tropas se pusieron al mando de Annio Galo[50], a quien se envió por delante con Vestricio Espurina para asegurar las orillas del Po[51], dado que había fracasado el plan original al haber atravesado ya los Alpes Cécina[52], al que se había pensado poder [3] detener dentro de las provincias galas. Al propio Otón acompañaban escoltas personales de élite junto con las demás cohortes pretorianas, veteranos de la guardia pretoriana y un gran número de marinos. No hacía una marcha lenta ni descompuesta con desenfrenos, sino que se había colocado una coraza de hierro y marchaba a pie al frente de las enseñas, sucio, descuidado y sin hacer justicia a su fama[53].

Marcha de Otón hacia el norte[54]

12. La Fortuna sonreía a la estrategia de Otón. Gracias a su control sobre el mar dominó también la mayor parte de Italia prácticamente hasta las estribaciones de los Alpes Marítimos[55]. Con el fin de tantear este territorio y atacar la provincia Narbonense[56] había nombrado comandantes a Suedio Clemente, Antonio Novelo y Emilio Pacense[57]. Pero a Pacense pusieron grilletes sus indisciplinados soldados y Antonio Novelo no tenía autoridad alguna. Suedio Clemente ejercía un mando con afán de ascenso, estando tan estragado en la disciplina [2] militar como deseoso de batallas. No parecía que se estuviera entrando en Italia ni en lugares y casas de la madre patria. Como si se tratara de litorales extranjeros y ciudades enemigas quemaban, devastaban y saqueaban con una atrocidad mucho mayor por cuanto que en ningún sitio se habían tomado precauciones contra tal amenaza. Los campos estaban llenos de propietarios de tierras, las casas abiertas; sus dueños que salían al paso junto a sus mujeres e hijos

cayeron engañados, víctimas de la seguridad de la paz y de la desgracia de la guerra[58]. En los Alpes [3] Marítimos gobernaba por entonces el procurador Mario Maturo[59], quien, tras movilizar a la población (no faltaba gente en edad militar), pretendió alejar a los otonianos de los límites provinciales, pero al primer ataque los montañeses cayeron muertos o se dispersaron, como era de esperar en reclutas improvisados, desconocedores de campamentos y jefes y que no se enorgullecían de la victoria ni se avergonzaban de huir.

13. Espoleados por aquel encuentro, los soldados de Otón descargaron su ira contra el municipio de Albintimilio[60], pues en la batalla no habían cogido botín alguno por ser pobres aquellos montañeses y sus armas de poco valor. Tampoco se les podía capturar, pues eran gente rápida y conocedora del terreno. Pero la codicia[61] se sació a costa de la desgracia de unos [2] inocentes. Lo que aumentó el odio fue el valor ejemplar de una mujer lígur[62]. Había escondido a su hijo y cuando los soldados, creyendo que escondía con él también dinero, le preguntaban bajo tortura dónde ocultaba a su hijo, mostrando su vientre respondió que se ocultaba allí dentro. Ningún tormento posterior ni la muerte pudieron hacerle cambiar esta heroica respuesta.

14. Mensajeros temblorosos anunciaron a Fabio Valente que la flota de Otón[63] amenazaba a la provincia Narbonense, a la que se le había obligado jurar lealtad a Vitelio. Se presentaron legados de las colonias a pedir ayuda[64]. Fabio envió dos cohortes de tungros, cuatro escuadrones de caballería y el ala completa de los tréviros al mando del prefecto Julio Clásico[65]. Una parte de estos quedó retenida en la colonia de Foro de Julio[66], no fuera a ocurrir que, si todas las fuerzas se dirigían por la ruta terrestre, la flota pudiera avanzar rápidamente por una costa sin resistencia. Marcharon contra el enemigo doce escuadrones de caballería y destacamentos de las cohortes, a quienes se añadió una cohorte de lígures, el antiguo destacamento del lugar, y quinientos panonios todavía sin encuadrar en sus unidades. No se tardó en entrar en combate[67]. Suedio formó las [2] líneas de la siguiente manera: una parte de los marinos mezclados con civiles ocuparon las colinas próximas al mar, los pretorianos[68] tomaron el terreno llano que había entre las colinas y la orilla, mientras que en el mar la flota, manteniéndose en contacto y preparada para el combate, se desplegaba con las proas vueltas a tierra y presentando un frente amenazador. Los vitelianos, inferiores en infantería, pero fuertes en caballería, colocan a sus tropas alpinas en las colinas cercanas y a sus cohortes en orden cerrado detrás de la caballería. Los escuadrones [3] tréviros cargaron contra el enemigo imprudentemente, dado que los que les hacían frente eran soldados veteranos, mientras que por el flanco también una tropa de campesinos, capacitada para arrojarlas, les acosaba con piedras;

estos, esparcidos entre los soldados, fueran valientes o cobardes, en la victoria tenían el mismo arrojo. Destrozados como estaban, se vino a añadir el pánico, cuando la flota lanzó un ataque contra la retaguardia de los combatientes. Así, hubieran quedado rodeados por todas partes y todas sus tropas hubieran sido aniquiladas, si al ejército vencedor no le hubiera estorbado la oscuridad de la noche dando protección a los fugitivos.

15. Y los vitelianos, pese a la derrota, no se quedaron quietos. Hicieron traer refuerzos[69] y se lanzaron contra un enemigo sin precauciones y que actuaba bastante relajado por el éxito. Mataron a los centinelas, asaltaron el campamento y el pánico se extendió entre las naves, hasta que, al amainar poco a poco el miedo, ocuparon una colina cercana, se defendieron y después [2] pasaron a la ofensiva. Se produjo allí una terrible matanza y los comandantes de las cohortes de tungros, que mantuvieron largo tiempo la formación, cayeron acribillados por una lluvia de dardos. Tampoco los otonianos consiguieron una victoria incruenta, pues algunos de ellos se lanzaron a una persecución alocada y quedaron rodeados por la caballería. Y como si se hubiera pactado una tregua, para no encontrarse con la repentina sorpresa de la flota por un lado y la caballería por otro, los vitelianos retrocedieron hasta Antípolis[70], un municipio de la Galia Narbonense, mientras que los otonianos se retiraron a Albigauno[71] de la Liguria interior.

Dificultades en Córcega[72]

16. Córcega, Cerdeña y las otras islas del mar Mediterráneo[73] se mantuvieron en el lado de Otón por el prestigio de su victoria naval. Pero a punto estuvo de causar un desastre a Córcega la temeridad del procurador Décimo Picario, inútil en el conjunto de una guerra de tan vastas proporciones, pero fatal para él mismo. En efecto, por odio a Otón, decidió ayudar a Vitelio con las fuerzas de Córcega, una ayuda baldía incluso si la empresa hubiera salido con éxito. Convocó [2] a los notables de la isla y les explicó su plan. A los que osaron contradecirle —Claudio Pírrico, capitán de las naves libúrnicas[74] allí varadas y Quincio Certo— ordenó matarlos. Con su muerte quedaron desconcertados los que asistían a la reunión y, al igual que ellos, la masa de gente, ignorante y compartiendo el miedo con los demás, juró lealtad a Vitelio. Pero cuando Picario empezó a efectuar el reclutamiento y a someter a hombres indisciplinados a las obligaciones de la milicia, ellos, aborreciendo aquellos trabajos a los que no estaban acostumbrados, consideraban su propia debilidad: era una isla donde vivían y lejos quedaban Germania y el poderío de las legiones; la flota había destrozado y saqueado incluso a quienes

protegían cohortes y caballería. Cambiaron de repente de actitud, pero sin rebelarse [3] abiertamente: eligieron el momento apropiado para la emboscada. Cuando se retiraron los seguidores de Picario y se encontraba desnudo y sin ayuda en el baño, lo asesinaron[75]. También fueron degollados sus acompañantes. Sus propios asesinos llevaron a Otón las cabezas como si se trataran de enemigos. Pero ni Otón los recompensó ni Vitelio los castigó, pues en la confusión de tan numerosos acontecimientos pasaron desapercibidos entre crímenes más significativos.

Dominio de Vitelio entre los Alpes y el Po

17. Como he mencionado más arriba[76], el regimiento de caballería Siliana[77] había abierto las puertas de Italia y había trasladado a ella la guerra. Nadie mostraba apoyo alguno hacia Otón, no porque prefirieran a Vitelio, sino porque un largo período de paz los dejaba dispuestos a cualquier clase de esclavitud, asequibles para los primeros que llegaran y desdeñosos con los mejores. El área más próspera de Italia, la que ocupaba la llanura y ciudades que hay entre el Po y los Alpes, estaba bajo el control de las fuerzas de Vitelio, pues habían llegado también las cohortes que Cécina había enviado [2] por delante[78]. Una cohorte de panonios fue capturada junto a Cremona[79]. Cien soldados de caballería y mil de marina fueron interceptados entre Placencia[80] y Ticino[81]. Ante este éxito los soldados vitelianos ya no se mantenían apartados del río o sus riberas. En realidad, el mismo Po resultaba un desafío para batavos y germanos de más allá del Rin. Lo cruzaron sin previo aviso frente a Placencia y, tras sorprender a algunos espías, aterrorizaron a los demás de tal manera que, alarmados, dieron la falsa noticia de que allí se encontraba todo el ejército de Cécina.

18. Espurina[82] (era, en efecto, el gobernador de Placencia) estaba seguro de que Cécina no había llegado todavía y, si se acercaba, estaba decidido a mantener detrás de las fortificaciones a los soldados y no exponer frente a un ejército de veteranos[83] a tres cohortes pretorianas y mil soldados de infantería procedentes de las legiones junto con un pequeño contingente de caballería. Pero los soldados, sin control y sin experiencia [2] bélica, tras apoderarse de estandartes y banderas[84], se lanzaron al frente y, sin hacer caso de centuriones y tribunos[85], dirigieron sus armas contra los generales que intentaban retenerlos. Es más, repetían a gritos que se había traicionado a Otón y se había hecho llamar a Cécina. Espurina se hizo cómplice de la temeridad ajena[86], primero obligado y después simulando que lo deseaba, a fin de tener más autoridad, si el motín iba calmándose.

19. Cuando estaban a la vista del Po[87] y se acercaba la noche, decidió asegurar el campamento con una empalizada. Tal esfuerzo, desconocido para los soldados de Roma, quebrantó su moral. Entonces los más veteranos empezaron a reprocharse su propia credulidad y a señalar su miedo ante una situación crítica, en el caso de que Cécina con su ejército rodeara en campo abierto a cohortes tan escasas. Inmediatamente, se oían por todo el campamento palabras de moderación, mientras que los centuriones y tribunos, mezclándose con la tropa, alababan la prudencia del general por haber elegido una colonia rica y poderosa [2] como base para la guerra. Finalmente el propio Espurina, tras dirigirse a ellos no tanto para echarles en cara sus culpas como para mostrarles sus razones, dejó allí a unos espías y regresó a Placencia con los demás, menos alborotados y dispuestos a recibir órdenes. Se reforzaron las murallas, se añadieron baluartes, se aumentó la altura de las torres y no solo se hicieron provisiones y preparativo de armas, sino que también se tomaron medidas para asegurar[88] la obediencia y la disciplina, lo único que faltaba al bando otoniano, pues sobre su valentía no había motivos para quejarse.

20. Pero Cécina, como si hubiera dejado la crueldad y el libertinaje al otro lado de los Alpes[89], avanzó por Italia con un orden disciplinado. Municipios y colonias atribuían a la soberbia su indumentaria, pues dirigía la palabra a una audiencia de hombres togados[90] con un capote multicolor y pantalones, un atuendo bárbaro[91]. También se sentían molestos y ofendidos con su esposa Salonina, porque sin pretender molestar a nadie atraía la atención montando a caballo con un vestido de púrpura. Que es propio de la naturaleza humana contemplar la felicidad de otros con ojos escrutadores y a nadie se exige más mesura en la prosperidad que a los que se ha visto en pie de igualdad[92].

Asalto de Cécina a Placencia[93]

Cécina atravesó el Po, tanteó la lealtad [2] de los otonianos por medio de entrevistas y promesas, siendo él mismo objeto de iguales maniobras. Después de intercambiar palabras pretenciosas e inútiles como «paz» y «concordia», dirigió todos sus planes y esfuerzos al asedio de Placencia con amenazas terroríficas, consciente de que lo que deparase el inicio de la guerra marcaría su prestigio para lo sucesivo.

21. Sin embargo, el primer día estuvo marcado más por ataques que por estrategias de un ejército veterano. Se acercaron a las murallas a pecho descubierto y sin tomar precauciones, lentos por la mucha comida y bebida. En aquel combate ardió el bellísimo

edificio del anfiteatro, situado fuera de las murallas, no se sabe si fue incendiado por los sitiadores al disparar contra los asediados teas, bolas y proyectiles incendiarios o por los sitiados al responderles con fuego. La gente del municipio, propensa [2] a las sospechas, creyó que habían alimentado el fuego con mala fe algunos de las colonias vecinas por envidia y rivalidad[94], pues no había ningún edificio con tanta capacidad en Italia[95]. Cualquiera que hubiera sido la causa del desastre, los lugareños, mientras temían cosas peores, no le daban importancia, pero, cuando recobraron la normalidad, quedaron desolados, en la idea de que no hubieran podido soportar un golpe más [3] duro. Por lo demás, Cécina fue rechazado con gran derramamiento de sangre y se pasó la noche en preparar la maquinaria de asedio. Los vitelianos prepararon manteletes, cañizos y parapetos para socavar las murallas y proteger a los asaltantes[96], mientras que los otonianos dispusieron estacas y bolas enormes [4] de piedras, plomo y bronce para aplastar y aniquilar al enemigo. Ambos ejércitos tenían el mismo pundonor y el mismo afán de gloria, pero estímulos diferentes. Unos ponían énfasis en la fuerza de las legiones y del ejército de Germania, los otros en el prestigio de la guarnición de Roma y de las cohortes pretorianas[97]. Los vitelianos increpaban a sus oponentes como soldados cobardes, indolentes y corrompidos por el circo y el teatro, y los otonianos les atacaban como bárbaros y extranjeros. Al mismo tiempo, alabando o criticando a Otón o a Vielio, se espoleaban entre sí, aunque eran más gruesos los insultos que las alabanzas.

22. Apenas empezó el día, las murallas se llenaron de defensores y las llanuras brillaban de hombres armados. El grueso de las legiones[98] en formación cerrada y las fuerzas auxiliares en orden abierto atacaron las partes más elevadas de las murallas con flechas y piedras, hostigando de cerca las zonas desguarnecidas o deterioradas por el tiempo. Los otonianos lanzaban desde arriba sus jabalinas con disparos más calibrados y certeros contra las cohortes de germanos que se acercaban temerariamente golpeando sus escudos por encima de los hombros entre cánticos salvajes y con sus cuerpos desnudos según sus costumbres tradicionales. Los legionarios, protegidos [2] por manteletes y cañizos, minaban las murallas, levantaban un terraplén, batían las puertas[99]. Por su parte los pretorianos hacían rodar en medio de un pesado estrépito piedras de molino dispuestas para tal efecto. Una parte de los asaltantes quedaron aplastados, otros acribillados, desangrados o destrozados. Como el pánico aumentaba la mortandad y por ello recibían más heridas desde la muralla, se retiraron dejando malparada la reputación de los vitelianos. Y Cécina, con la [3] vergüenza de haber acometido un asedio a lo loco y temeroso de parecer ridículo e incapaz si permanecía en el mismo campamento, volvió a atravesar el Po para dirigirse a Cremona. Al partir se entregaron Turulio Cereal con muchos marinos y Julio Brigántico[100] con algunos jinetes. Este era un comandante de

caballería batavo de nacimiento y aquel un primipilar[101] no desconocido de Cécina, pues había mandado centurias en Germania.

23. Espurina, al enterarse de la ruta del enemigo, informó por carta a Annio Galo de la defensa de Placencia, de los sucesos pasados y de los proyectos de Cécina. Galo dirigía la legión I[102] en auxilio de Placencia, pues desconfiaba del pequeño número de las cohortes, temiendo que no pudieran resistir largo tiempo [2] el asedio y la fuerza del ejército de Germania. Cuando se enteró de que Cécina, derrotado, se dirigía a Cremona, detuvo en Bedriaco a la legión, a la que controló a duras penas y que por su ansia de combate estuvo al borde de la sedición. Estaba situada entre Verona[103] y Cremona, aquella villa ya conocida e infausta por dos desastres romanos[104].

Escaramuza de Marcio Macro

[3] En esos mismos días Marcio Macro mantuvo un ataque favorable cerca de Cremona[105]. En efecto, Marcio, de ánimo decidido, hizo atravesar en naves a sus gladiadores y los soltó de improviso en la orilla opuesta del Po. Allí se desordenaron las tropas auxiliares de los vitelianos y mataron a quienes habían ofrecido resistencia, mientras los demás huían a Cremona. Pero hubo que reprimir el ímpetu de los vencedores, no fuera a ser que los enemigos se reforzaran con nuevas ayudas y cambiara la suerte de la guerra. Tal acción levantó sospechas entre [4] los otonianos, quienes veían mal todo lo que hacían sus generales. A porfía, los más como cobardes y bocazas asediaban con acusaciones varias a Annio Galo, Suetonio Paulino[106] y Mario Celso[107], pues eran los que Otón había puesto al frente de ellos. [5] Las más duras incitaciones a la sedición y la discordia provenían de los asesinos de Galba, enloquecidos por el crimen y el miedo. Sembraban la confusión en todo, unas veces con palabras negativas en público, otras veces con cartas secretas a Otón, quien daba crédito a los más despreciables y temblaba de miedo ante los buenos, inseguro en el éxito y crecido en medio de la adversidad. Así que hizo venir a su hermano Ticiano y lo puso al frente de la guerra[108].

Emboscada de Cécina en Cástores[109]

24. Entretanto, se llevaron a cabo brillantes acciones bajo el mando de Paulino y Celso. Cécina se sentía angustiado por el fracaso de todos sus planes y el declive de la fama de su ejército. Rechazado de Placencia, diezmadas recientemente sus tropas

auxiliares[110], era inferior incluso en los choques entre patrullas, que venían a ser combates más frecuentes que dignos de mencionarse. Ante la cercanía de Fabio Valente, para que toda la gloria de la campaña no se la llevara él, se daba prisa por recuperar su reputación [2] con más premura que buen juicio. A doce millas de Cremona —el lugar tiene el nombre de los Cástores[111]— formó a sus auxiliares más aguerridos ocultos en los bosques cercanos a la calzada. Se ordenó a la caballería avanzar un poco más, provocar el combate, emprender deliberadamente la retirada y atraer al enemigo a una rápida persecución hasta hacerles caer en una [3] emboscada. El plan se filtró a los jefes otonianos. Paulino se hizo cargo de la infantería y Celso de la caballería. La bandera de la legión XIII[112], cuatro cohortes de auxiliares y quinientos jinetes se colocaron en el ala izquierda; tres cohortes pretorianas en apretadas filas ocuparon el ancho de la calzada; por la derecha avanzó la I legión[113] con dos cohortes auxiliares y quinientos jinetes. Además de estos llevaban mil jinetes procedentes de la guardia pretoriana y de los auxiliares que podrían servir de remate en la victoria o de refresco para los agotados.

25. Antes de que trabaran combate, los vitelianos volvieron la espalda. Celso, intuyendo una trampa, retuvo a los suyos. Los vitelianos salieron precipitadamente y, al retroceder Celso gradualmente, le persiguieron demasiado lejos cayendo ellos mismos en una emboscada. En efecto, las cohortes los habían rodeados por los flancos, las legiones por el frente y la caballería por la espalda en un rápido movimiento envolvente. Suetonio [2] Paulino no dio inmediatamente a la infantería la señal de ataque. Era de natural indeciso y alguien a quien le gustaban más los planes cautos y reflexivos que los éxitos procedentes del azar. Ordenó que se cegaran las acequias, se despejara la llanura de obstáculos y se desplegaran las líneas, con la idea de que se iniciaba una victoria bastante rápida si se tomaban precauciones para no ser derrotados. Este retraso ofreció a los vitelianos la oportunidad de refugiarse en un viñedo intransitable por la trama de sarmientos. También había al lado un pequeño bosque, desde el que se atrevieron a atacar de nuevo y a matar a los jinetes pretorianos más entusiastas. Cayó herido el rey Epífanes[114], quien sin desmayo llamaba a luchar en favor de Otón.

26. Entonces cargó la infantería otoniana. Aplastaron las líneas enemigas y pusieron en fuga incluso a quienes llegaban de refuerzo. En efecto, Cécina no había movilizado a todas las cohortes a la vez, sino una a una, lo que multiplicó el desconcierto en la batalla, pues el pánico de los que huían arrastraba a los soldados dispersos, que no ofrecían resistencia en ninguna parte. Además estalló un motín en el campamento[115] en protesta por no haber sido lanzados al combate todos juntos. Fue encadenado el comandante del campamento Julio Grato[116] con el pretexto de que les estaba traicionando en favor de su

hermano, que servía en las filas de Otón, dándose el caso de que los otonianos habían encadenado a su hermano, el tribuno Julio Frontón[117], [2] bajo la misma acusación. Por lo demás, se produjo tal pánico en todos los sitios entre los que huían y los que atacaban, en el frente y delante de la empalizada del campamento, que se divulgó reiteradamente el rumor en los dos bandos de que se pudo haber destruido a Cécina con todo su ejército, si Suetonio Paulino no hubiera tocado a retirada. Paulino aducía que había tenido miedo a un esfuerzo añadido y a una larga marcha, pues los soldados vitelianos de refresco podrían atacar desde el campamento a sus soldados cansados y sin que tuvieran ayuda alguna en la retaguardia si eran rechazados. Unos pocos aprobaron tal razonamiento del general, pero la mayoría lo acogió con críticas adversas.

27. Este revés no produjo tanto el efecto en los vitelianos de meterles miedo como el de restaurar la disciplina. Y no solo sucedió en el caso de Cécina, que echaba la culpa a sus soldados, más dispuestos al motín que al combate, sino que también las tropas de Fabio Valente, que por entonces ya había llegado a Ticino[118], habían dejado de despreciar al enemigo y obedecían a su general con más respeto y constancia en su deseo de recuperar su reputación.

Motín de las tropas de Valente

Por lo demás, había estallado una grave [2] sedición[119], que voy a narrar desde sus orígenes más tempranos, pues no hubiera sido oportuno interrumpir el orden de los acontecimientos protagonizados por Cécina. Las cohortes de batavos[120], de las que ya he contado que durante la guerra de Nerón[121] se habían separado de la legión XIV[122] y que, cuando se dirigían a Britania y se enteraron de la revuelta de Vitelio, se habían unido a Fabio Valente en el territorio de los lingones, actuaban con arrogancia, jactándose, en cuanto se acercaban a las tiendas de cada una de las legiones, de haber puesto en su sitio a los de la XIV, de haber arrebatado Italia a Nerón y de que toda la suerte de la guerra estaba en sus propias manos. Tal actitud resultaba ofensiva para los soldados y amarga para su general[123]. La disciplina se resentía con disputas y peleas. Al final Valente también sospechaba que la insolencia acabaría en traición.

28. Así pues, cuando llegaron noticias de que el regimiento de los tréviros y también los tungros[124] habían sido puestos en fuga por la escuadra de Otón y de que estaba rodeada la Galia Narbonense, Valente, preocupado tanto por proteger a sus aliados como por dispersar mediante una típica estratagema militar a unas cohortes indisciplinadas pero

muy fuertes si se unían[125], [2] ordenó a una parte de los batavos acudir en su ayuda. Cuando se difundió y se supo esta noticia, se entristecieron los aliados y protestaron las legiones porque se les privaba de la ayuda de las mejores tropas: ¡ahora que el enemigo estaba a la vista, se quitaba por así decirlo del frente de batalla a aquellos veteranos y vencedores de tantas batallas! Si una provincia[126] era más importante que la capital y la seguridad del imperio, todos debían seguirles hasta allí; pero si la victoria dependía de la conservación de Italia, no se debía arrancar al cuerpo, por así decirlo, sus miembros más fuertes[127].

29. Lanzaban estas protestas con furia, y, cuando Valente empezaba a controlar el motín escoltado con con sus lictores[128], le atacaron personalmente tirándole piedras y persiguiéndole en su huida. Le gritaban que escondía el botín de las Galias, el oro de Vienne[129], recompensas de sus esfuerzos[130]. Tras saquear los bagajes, hurgaron en la tienda del general y escarbaron en la misma tierra con picas y lanzas. Valente entretanto estaba escondido, disfrazado de esclavo, en la tienda de un oficial de caballería. Entonces, el comandante del campamento Alfeno [2] Varo[131], al ver que el motín se iba apagando poco a poco, tomó la decisión de prohibir a los centuriones la inspección de centinelas y de omitir el toque de trompeta, por el que se llamaba a la tropa a sus obligaciones militares[132]. Así pues, todos se quedaron paralizados, mirándose atónitos unos a otros y desconcertados por el mismo hecho de que nadie estaba al mando. En silencio y con sumisión, y al final con súplicas y lágrimas, pedían perdón. Y cuando Valente salió de su escondite desastrado, llorando [3] y vivo, en contra de lo que se esperaba, hubo una reacción de alegría, alivio y simpatía. Los soldados pasaron a la alegría, pues la gente pasa sin tino de un extremo a otro[133]. Entre alabanzas y felicitaciones le rodearon de águilas[134] y estandartes y lo acompañaron al estrado. Valente, con moderación realista, no pidió la muerte para nadie, pero, para no levantar sospechas si lo disimulaba todo, acusó a unos pocos, consciente de que en las guerras civiles la tropa disfruta de más libertad que los jefes.

30. Mientras fortificaban el campamento junto a Ticino, les llegó la noticia de la derrota de Cécina. Casi se repitió el motín, pues tenían la impresión de que Valente les había escamoteado el combate con sus engaños e indecisiones. No deseaban descansar, no esperaban a su general, sino que se adelantaban a los estandartes y apremiaban a sus portadores. Se unieron a Cécina a marchas forzadas[135].

Cécina y Valente

[2] Valente no tenía buena fama en el ejército de Cécina[136]. Se quejaban de que, a pesar de ser tan inferiores en número, los había dejado a merced de las fuerzas intactas del enemigo[137]. Al mismo tiempo hablaban en su propio descargo y exageraban con adulación la fortaleza de los refuerzos, para que no los despreciaran como hombres derrotados y cobardes. Y, aunque Valente tenía más fuerzas, pues casi duplicaba el número de legiones y tropas auxiliares, sin embargo la simpatía de los soldados se inclinaba hacia Cécina, pues, además de su carácter afable que lo hacía más accesible, tenía a su favor la fuerza de la edad, la esbeltez de su figura y cierta simpatía sin fundamento. De ahí nacía la rivalidad entre los generales. [3] Cécina se burlaba de Valente tildándolo de sucio y corrupto, mientras Valente se reía de Cécina llamándolo vanidoso y fatuo. Con todo, ocultaban su enemistad para obtener un beneficio común, dirigiendo en numerosas cartas insultos a Otón sin preocuparse de un futuro perdón, mientras que los líderes del partido otoniano procuraban no insultar a Vitelio, pese a disponer de abundante materia para ello[138].

Otón y Vitelio

31. Desde luego, antes de la hora de la muerte, en la que Otón consiguió una fama ilustre y Vitelio la más deshonrosa, se temían menos los frívolos placeres de Vitelio que las escandalosas pasiones de Otón. Este se había ganado el miedo y el odio de sus hombres por el asesinato de Galba[139], mientras que nadie hacía responsable a Vitelio del comienzo de la guerra. Se creía que Vitelio se deshonraba a sí mismo con su glotonería, en tanto que Otón sería más peligroso para el estado por su lujo, crueldad y falta de escrúpulos.

Asamblea militar de Otón

[2] Una vez que se unieron las tropas de Cécina y Valente, ya no había más excusas para que los vitelianos no lucharan con sus fuerzas al completo. Otón evacuó consultas para decidir si se prolongaba la guerra o se probaba suerte inmediatamente[140].

32. Entonces Suetonio Paulino[141], al estimar que su reputación —nadie en aquel tiempo era considerad más hábil en asuntos militares— lo capacitaba para hacer un análisis de la estrategia global de la guerra, pronunció un discurso[142] explicando que las prisas favorecían al enemigo y la espera a ellos mismos; decía que el ejército de Vitelio

había acudido al completo y no contaba con muchas fuerzas en la retaguardia, puesto que las Galias estaban soliviantadas y no les convenía abandonar la ribera del Rin con pueblos tan belicosos dispuestos a hacer incursiones violentas; el enemigo y el mar mantenían alejados a los soldados de Britania, las Hispanias no andaban tan sobradas de tropas[143], la provincia Narbonense había estado temblando con la incursión de la flota y la derrota, la Italia Transpadana estaba cercada por los Alpes y sin ningún refuerzo por mar, además de haber sido devastada por el paso mismo de las tropas; por ninguna parte podía llegar el trigo al ejército y no se podía mantener un ejército sin suministros; incluso los germanos, los soldados más temibles entre los enemigos, si se alargaba la guerra hasta el verano, no soportarían, a medida que sus cuerpos se debilitaran, el cambio de latitud y clima[144]. Muchas campañas sólidas en su empuje inicial se habían desvanecido en medio del tedio y las dilaciones. Por el contrario, ellos contaban con recursos [2] abundantes y fiables. Disponían de Panonia, Mesia, Dalmacia, Oriente con sus ejércitos intactos[145], Italia y Roma, la capital del mundo, el Senado y el pueblo, nombres que nunca se eclipsan, aunque a veces se ensombrezcan. Podían acudir a recursos públicos y privados y a grandes sumas de dinero, de más peso que la espada en las discordias civiles; disponían de soldados habituados a Italia y sus calores. El río Po les servía de barrera, lo mismo que ciudades protegidas por hombres y murallas, de las que ninguna se entregaría al enemigo, como se demostró en la defensa de Placencia[146]. En consecuencia, Otón debía alargar la guerra. En pocos días llegaría la legión XIV, que gozaba de una gran fama, con refuerzos de Mesia. Entonces habría que deliberar de nuevo y, si decidía entablar batalla, lucharían con fuerzas redobladas.

33. Mario Celso se unía a la opinión de Paulino. Lo mismo opinaba Annio Galo, herido unos pocos días antes por una caída de caballo, según informaron los enviados a recabar su parecer. Otón se inclinaba por presentar batalla. Su hermano Ticiano y el prefecto del pretorio[147] Próculo, con la impaciencia de la ignorancia, aseguraban que la fortuna, los dioses y la divinidad protectora de Otón apoyaban sus planes y ayudarían a sus empresas. Y, para evitar cualquier intento [2] de oposición, habían recurrido a la adulación. Una vez que se tomó la decisión de luchar, dudaron si sería mejor que el emperador participara en la batalla o se mantuviera al margen. Al no mostrar ya Paulino y Celso oposición para no parecer que exponían al príncipe a riesgos, aquellos mismos autores del peor de los planes le indujeron a retirarse a Brixelo[148] y a que, libre de las incertidumbres del combate, se reservara personalmente para el mando supremo y el gobierno del imperio. [3] Este fue el comienzo del fin de la causa otoniana. En efecto, con él partió un fuerte contingente de cohortes pretorianas, exploradores y caballería, y se resintió la moral de los que se quedaban, pues desconfiaban de sus jefes y Otón, el único en quien confiaban sus tropas mientras él no confió en nadie más que en sus

tropas.

Batalla en el río Po[149]

34. Todo esto lo conocían bien los vitelianos gracias a las continuas deserciones, propias de una guerra civil. Además, los espías otonianos, ansiosos por enterarse de las intenciones del enemigo, no ocultaban las suyas. Tranquilos y atentos, Cécina y Valente, puesto que el enemigo se dejaba arrastrar por la imprudencia, aguardaban la estupidez ajena, cosa que viene a ocupar el lugar de la sabiduría. Iniciaron la construcción de un puente simulando un paso del Po frente a una tropa de gladiadores[150] en la orilla opuesta y para que sus soldados no malgastaran el tiempo en un ocio indolente. Se dispusieron pontones a igual distancia [2] entre ellos sujetos unos con otros con fuertes maderos contra la corriente del río; se echaron además anclas para asegurar la firmeza del puente, pero los cables de las anclas flotaban sin tensar, para que, al crecer el río, la fila de botes se pudiera elevar sin sufrir daño. Al final del puente se construyó una torre y se desplazó hacia el último bote, desde donde se podría hostigar al enemigo con máquinas de artillería. Los otonianos habían levantado en su orilla una torre y lanzaban piedras y teas.

35. En medio del río había una isla[151], a la que los gladiadores se afanaban por llegar en botes, mientras que los germanos les adelantaban deslizándose a nado. Y sucedió que a muchos de estos que habían logrado atravesar Macro los atacó tras llenar unas libúrnicas con los gladiadores más decididos. Pero ni los gladiadores mostraban el mismo coraje para el combate que los soldados ni balanceándose podían dirigir sus golpes desde los botes igual que lo hacían sus enemigos a pie firme desde [2] la orilla. Y como, a causa de los continuos vaivenes provocados por el miedo de los gladiadores, se enredaran y estorbaran remeros y combatientes, los germanos, tomando la iniciativa, saltaron a las aguas de poco fondo, sujetaron las popas, subieron a cubierta y hundieron los botes con sus propias manos. Toda la escena sucedía ante los ojos de los dos ejércitos[152], y, cuanto más se alegraban los vitelianos, con mayor acritud maldecían los otonianos al causante y responsable de su derrota.

36. Y sin duda el combate acabó en huida, una vez que se escaparon los botes que quedaban. Se pedía la cabeza de Macro. Tras herirlo con una lanza arrojada de lejos, se le echaron encima espada en mano, pero le protegió la intervención de tribunos [2] y centuriones. Y no mucho después Vestricio Espurina acudió en ayuda por orden de Otón con sus cohortes tras dejar en Placencia una modesta guarnición. Luego Otón envió a

Flavio Sabino[153], cónsul electo, al frente de las tropas que había mandado Macro. Los soldados estaban encantados con el cambio en los mandos, mientras los mandos renegaban de un destino tan peligroso por los continuos motines.

Digresiones[154]

37. Encuentro en algunos autores[155] que, a causa del miedo a la guerra o por hastío de ambos príncipes[156] —sus escandalosas conductas se iban haciendo cada día más notorias—, los ejércitos habían dudado si ponerse de acuerdo ellos mismos o permitir al Senado la elección de un emperador. Por eso, los generales de Otón habían aconsejado esperar un tiempo, especialmente Paulino, porque era el más veterano de los excónsules y un ilustre militar que había conseguido un brillante renombre en las campañas de Britania[157]. Por [2] mi parte, estoy dispuesto a admitir que una minoría en sus deseos íntimos prefería la paz a la discordia y a un príncipe bueno y honrado en lugar de aquellos malvados y sinvergüenzas. Pero en una época tan degenerada no creo que el prudente Paulino hubiera esperado de la soldadesca tamaña mesura como para deponer las armas por amor a la paz, ellos que habían perturbado la paz por amor a la guerra[158]. Ni tampoco creo que ejércitos tan diferentes en lenguas y costumbres fueran capaces de un consenso semejante ni que oficiales y generales, que en su mayoría eran conscientes de sus derroches, escaseces y crímenes, hubieran tolerado a un emperador que no estuviera corrompido y atado a ellos por sus servicios.

38. El viejo deseo de poder, arraigado desde tiempo inmemorial en la naturaleza humana, creció y estalló con el crecimiento de nuestro imperio[159]. En efecto, cuando el Estado era débil, era fácil mantener la igualdad. Pero, cuando se conquistó el mundo y se destruyeron las ciudades y reyes rivales, se tuvo carta blanca para ambicionar el poder sin riesgo alguno y estallaron los primeros conflictos entre patricios y plebeyos[160]. Unas veces fueron tribunos rebeldes, otras cónsules prepotentes, y en el Foro de Roma se ensayaron guerras civiles. Luego, G. Mario[161], de lo más humilde de la plebe, y Lucio Sila[162], el más cruel de los nobles, destruyeron la constitución republicana por la fuerza de las armas e impusieron en su lugar la tiranía. Después de ellos llegó Gneo Pompeyo[163], más reservado, pero no mejor, y a partir de entonces el único objetivo fue el principado. [2] Las legiones de ciudadanos no depusieron las armas en Farsalia y Filipos y con menos probabilidad iban a renunciar a la guerra por propia voluntad los ejércitos de Otón y Vitelio. Ahora, como en el pasado, existe la misma ira divina, la misma furia humana, los mismos motivos criminales para la discordia civil. El hecho de

que esas guerras se resolvieran, por así decirlo, de un golpe cada una, se debió a la cobardía de sus líderes. Pero mis reflexiones sobre las antiguas y nuevas costumbres me ha llevado muy lejos. Ahora vuelvo al orden apropiado de los acontecimientos.

La primera batalla de Bedriaco[164]

39. Tras la marcha de Otón a Brixelo, el mando quedó nominalmente en manos de su hermano Ticiano, pero el poder y el control real estuvo en las del prefecto Próculo. Celso y Paulino, de cuya prudencia nadie hacía caso, generales sobre el papel, servían de pantalla para los crímenes de otros. Los tribunos y centuriones no eran de fiar, porque, despreciados los mejores, los peores eran los que mandaban. Los soldados se mostraban entusiastas, aunque preferían criticar [2] las órdenes de sus jefes en lugar de cumplirlas. Se decidió adelantar el campamento a cuatro millas de Bedriaco con tan poco acierto que, aunque era época primaveral y disponían de tantos ríos a su alrededor, sufrían escasez de agua. Allí se tenían dudas sobre si combatir. Otón enviaba despachos para que se dieran prisa, pero los soldados exigían que el emperador estuviera presente en la lucha. La mayoría pedía que se hiciera venir a las tropas que operaban al otro lado del Po[165]. Y es tan difícil decidir lo que era más conveniente como afirmar que se hizo lo peor.

40. Iniciaron la marcha no como para librar una batalla sino como para una expedición militar, dirigiéndose a la confluencia del Po y el Adua[166] a una distancia de dieciséis millas[167]. Celso y Paulino se negaban a exponer a los soldados, fatigados por la marcha y con una carga pesada, ante un enemigo que no iba a desaprovechar tal oportunidad. Con un equipo ligero y con apenas cuatro millas recorridas los atacarían cuando estuvieran desordenados durante la marcha o dispersos en la construcción de la empalizada. Ticiano y Próculo, contrariados en las deliberaciones, acababan por imponer sus prerrogativas de mando. Lo cierto es que un jinete númida[168] se había presentado a galope tendido con instrucciones fulminantes de Otón, en las que recriminaba la pereza de sus generales y ordenaba arriesgarse a actuar, pues se ponía enfermo con las demoras y no aguantaba más la incertidumbre.

41. Ese mismo día[169] llegaron comandantes de dos cohortes pretorianas ante Cécina, ocupado en la obra de un puente, para solicitarle una entrevista. Se disponía a escuchar sus propuestas y a darles respuesta, cuando se presentaron a toda prisa unos espías con la noticia de que el enemigo estaba a la vista. Se interrumpió la conversación

con los tribunos y por eso es difícil decir con certeza si habían tenido en mente una emboscada o una traición o algún plan honroso. Tras despedir [2] a los tribunos, Cécina regresó al campamento y se encontró con que Fabio Valente había dado la señal de combate y que los soldados habían tomado las armas. Mientras las legiones echaban a suertes sus posiciones en la formación de marcha, la caballería salió a galope del campamento. Y fue difícil de creer que solo el valor de la legión Itálica[170] evitara que un número inferior de otonianos los aplastaran contra la empalizada: espada en mano, obligó a regresar a los que huían y a reemprender la lucha. Las líneas de las legiones vitelianas se desplegaron sin miedo, pues, aunque el enemigo estaba cerca, la espesura de la vegetación impedía la visión de las armas. [3] Entre los otonianos los jefes estaban atemorizados y los soldados se mostraban hostiles con sus generales. Carruajes y proveedores[171] se confundían con la tropa y la calzada[172], flanqueada por profundas fosas a ambos lados, hubiera resultado estrecha incluso para una columna que avanzara en paz. Unos se agrupaban alrededor de sus estandartes, otros los buscaban. Un confuso griterío de carreras y vocerío lo llenaba todo. Según el valor o el miedo de cada cual, así se lanzaban a la primera línea o se deslizaban hacia la última.

42. Una alegría infundada paralizó los ánimos antes atónitos por un pánico repentino, pues ciertos individuos hicieron circular la falsa noticia alegre de que el ejército había abandonado a Vitelio. No se sabe con seguridad si tal rumor fue divulgado por espías vitelianos o se originó entre los mismos partidarios de Otón, ya fuera intencionadamente o por casualidad. Los otonianos perdieron el entusiasmo por luchar y aclamaron espontáneamente a sus enemigos. Acogidos con un murmullo hostil, al desconocer muchos de sus propios compañeros el motivo de las aclamaciones, provocaron el miedo a una traición[173]. [2] En ese momento, cayó sobre ellos la formación enemiga con sus filas completas, superior en fuerza y número. Los otonianos, aunque eran inferiores y estaban dispersos y cansados, entraron en acción con fiereza. La lucha, entablada en lugares intransitables a causa de los árboles y los viñedos, no presentaba una sola cara. Se enfrentaban de cerca y de lejos, en grupos y en forma de cuña[174]. En la parte alta de la calzada luchaban hombro con hombro empujando con sus cuerpos y escudos. Y, tras renunciar al lanzamiento de jabalinas, con sus espadas y hachas rompían cascos y corazas. Reconociéndose entre ellos y a la vista de sus compañeros, combatían por decidir del todo la guerra.

43. Sucedió que dos legiones se enfrentaron en campo abierto entre el Po y la calzada. Fueron la XXI por el lado de Vitelio, apodada *Rapax*[175], famosa por sus antiguas hazañas, y por el lado de Otón la I, *Adiutrix*[176], que no había entrado antes en

combate, pero que era aguerrida y estaba ansiosa de alcanzar sus primeras distinciones. Los de la I destrozaron la vanguardia de los de la XXI y les arrebataron el águila[177]. La legión, enardecida por tal humillación, cargó de nuevo contra los de la I, mató a su comandante Orfidio Benigno y se apoderó de numerosas enseñas y estandartes del enemigo. En otra parte del campo la V [2] hizo retroceder a la legión XIII[178], mientras la XIV quedó acorralada por el ataque de un contingente más numeroso. Y con los jefes de Otón ya huidos hacía tiempo, Cécina y Valente reforzaban a los suyos con tropas de refresco. Se añadió una ayuda de última hora, cuando llegó Alfeno Varo con los batavos. Habían destrozado a una tropa de gladiadores que atravesaron el Po en sus naves y a la que las cohortes de la orilla opuesta aplastaron en el mismo río. Después de tal éxito se lanzaron contra el flanco del enemigo.

44. Roto el centro de la formación, los otonianos huyeron en desbandada en dirección a Bedriaco[179]. La distancia era enorme y las calzadas estaban atascadas por montones de cadáveres, con lo que se aumentaba más la matanza. Y es que en las guerras civiles los prisioneros no se convierten en botín. Suetonio Paulino y Licinio Próculo sortearon el campamento por rutas diferentes. Un miedo sin control expuso a Vedio Áquila, comandante de la legión XIII[180], a la ira de los soldados. Al cruzar la empalizada siendo todavía muy de día, fue rodeado entre el griterío de sediciosos y desertores. No se privaron de insultarle ni de golpearle con las manos. Le acusaron de desertor y traidor, no porque tuvieran alguna acusación contra él, sino porque es costumbre del [2] populacho achacar a los demás su propia conducta infamante. La noche protegió a Ticiano y Celso[181], cuando ya estaban organizadas las guardias y los soldados estaban bajo control. Annio Galo[182] con sus consejos, ruegos y autoridad los había convencido para que al desastre de una derrota no sumaran con su crueldad más muertes de los suyos. Tanto si se había llegado al final de la guerra como si preferían volver a tomar las armas, el único consuelo [3] de los vencidos estaba en la concordia. Los demás estaban desmoralizados, pero los pretorianos clamaban con ira que no habían sido vencidos por el valor, sino por la traición. Incluso los vitelianos añadían que no habían conseguido una victoria sin sangre, pues su caballería había sido derrotada y se había arrebatado el águila de una legión[183]. Quedaban junto al mismo Otón los soldados que había al otro lado del Po, las legiones de Mesia estaban de camino y gran parte del ejército permanecía en Bedriaco. Estos, desde luego, no habían sido derrotados y, si fuera el caso, caerían con más honra en el campo de batalla. Amargados o aterrados por tales pensamientos, su extrema desesperación los arrastraba más al resentimiento que al miedo.

45. Con todo, el ejército viteliano se asentó a cinco millas de Bedriaco, sin que sus jefes se atrevieran a asaltar el campamento el mismo día, pues muy pronto se esperaba una rendición voluntaria. A los vitelianos, que habían salido con equipo ligero y con la mira puesta solo en el combate, le sirvieron de protección sus armas y la victoria[184]. Al día siguiente, puesto que no [2] cabía duda sobre la voluntad del ejército otoniano y hasta los más fanáticos se inclinaban por la claudicación, se envió una embajada. Los jefes vitelianos no dudaron en conceder la paz. Se retuvo a los emisarios durante un tiempo, lo que provocó dudas, pues ignoraban si habían conseguido su objetivo o no. [3] Luego, tras el regreso de la embajada, se abrió la empalizada. Entonces vencedores y vencidos se deshicieron en lágrimas maldiciendo con melancólica alegría la desgracia de las guerras civiles[185]. En las mismas tiendas unos curaban las heridas de sus hermanos, otros las de sus parientes. Sus esperanzas y recompensas quedaban en suspenso, solo la muerte y el dolor eran seguros. Nadie estaba tan libre de desgracia como para no tuviera que llorar alguna muerte. Se buscó el cuerpo del comandante Orfidio, a quien se incineró con los honores acostumbrados. A unos pocos los enterraron sus allegados y el resto de aquella multitud quedó abandonado sobre la tierra.

El suicidio de Otón[186]

46. Otón aguardaba noticias del combate sin temor alguno y seguro de sus decisiones. Primero llegaron unos rumores pesimistas, después fugitivos del campo de batalla le revelaron que la situación estaba perdida. El ardor de los soldados no esperó a oír al emperador. Le animaban a no perder la moral señalando que todavía quedaban fuerzas de refresco y que ellos mismos estaban dispuestos a arriesgarse o morir. Y no se trataba de una adulación. Ardían en una especie de loco entusiasmo por entrar en combate [2] y dar la vuelta a la suerte de los suyos. Los que estaban lejos, tendían sus manos y los cercanos se agarraban a sus rodillas, siendo el más decidido Plocio Firmo[187]. Como prefecto del pretorio le suplicaba una y otra vez que no abandonara al más leal de los ejércitos ni a aquellos soldados que habían prestado extraordinarios servicios. Era más noble, decía, soportar la adversidad que eludirla: los hombres valientes y enérgicos mantienen la esperanza incluso con la suerte en contra, los débiles y cobardes [3] se sumen en la desesperación a causa del miedo. En la medida en que la expresión de Otón se relajaba o se crispaba en medio de este discurso, se producían clamores o gemidos. Y no solo los pretorianos, la guardia personal de Otón, sino también los enviados desde Mesia informaban de igual determinación del ejército que estaba en camino y de que las legiones[188] habían entrado en Aquileya. Así que nadie podría dudar de que se habría podido reanudar aquella guerra atroz, luctuosa e incierta tanto para los vencedores como

para los vencidos.

47. Otón, abandonando los planes de guerra, dijo[189]: «Exponer esta moral y valor vuestros a más peligros me parece un precio demasiado alto por mi vida. Cuanta más esperanza me deis, si decidiera vivir, más hermosa será mi muerte. La Fortuna y yo nos hemos probado mutuamente. Y no os pongáis a medir la duración de mi principado. Es más difícil practicar la moderación en la felicidad, si piensas que no la disfrutarás durante mucho tiempo. Vitelio inició la guerra civil y ahí reside la [2] responsabilidad de que lucháramos con las armas por el principado. Y, para que no luchemos más de una vez, yo daré ejemplo, y que a partir de ahí la posteridad juzgue a Otón. Que disfrute Vitelio de su hermano, esposa e hijos[190]. Yo no necesito ni venganza ni consuelo. Habrá otros que ostenten el imperio durante más tiempo, pero nadie lo ha abandonado con tanta valentía. ¿Es que voy yo a permitir que toda esta juventud romana, [3] que ejércitos tan excelentes sean pisoteados de nuevo y supongan una pérdida para el Estado? Que me acompañe esta lealtad vuestra, como si hubierais de morir por mí, pero sobrevividme. Y no retrasemos por más tiempo yo vuestra salvación y vosotros mi entereza. Hablar mucho de la muerte es señal de cobardía. Aquí tenéis la prueba fundamental de mi decisión irrevocable: no quejarme de nadie, pues culpar a los dioses o a los hombres es propio del que quiere seguir con vida».

48. Tras pronunciar estas palabras, convocó afablemente[191] a sus hombres según la edad y el rango de cada cual. Les instaba a que se marcharan pronto y no provocaran la ira del vencedor con retrasos. A los jóvenes los convencía con su autoridad, a los mayores con súplicas, conteniendo las lágrimas inoportunas de los suyos con su rostro apacible y sus palabras sin miedo. Mandó disponer naves y vehículos para la partida. Destruyó los documentos y cartas destacadas por el apoyo hacia él o por los insultos hacia Vitelio. Repartió dinero en poca cantidad [2] y no como el que va a enfrentarse a la muerte[192]. Después a Salvio Coceyano[193], hijo de su hermano, muy joven, tembloroso y lloroso, lo consoló sin más alabándole su cariño y reprochándole su miedo: ¿iba a ser Vitelio tan cruel como para no concederle siquiera este favor a cambio de la inmunidad de toda su familia? Al precipitar su final se ganaba la clemencia del vencedor, pues había ahorrado a la patria un último desastre, y no en un momento de desesperación final, sino cuando el ejército exigía entablar batalla. Había ganado suficiente renombre para él mismo y suficiente nobleza para su descendencia. Después de los Julios, los Claudios y los Servios[194] él era el primero en introducir el imperio en una nueva familia. Por ello el joven debía enfrentarse a la vida con la cabeza alta sin olvidar nunca que Otón había sido su tío, pero sin recordarlo tampoco demasiado.

49. Después de esto, despidió a todos y descansó un rato. Y, cuando ya daba vueltas en su mente a sus últimas disposiciones, le distrajo un repentino alboroto. Le informan de la desesperación y el descontrol de los soldados. En efecto, amenazaban de muerte a los que pretendían marcharse, y con el mayor ensañamiento contra Verginio[195], a quien retenían encerrado en una casa. Tras increpar a los autores de la insubordinación, regresó a su cuartel y habló con los que partían, hasta que todos pudieron marcharse sanos y salvos. Al caer la tarde, sació su sed con [2] un trago de agua fría. Luego le trajeron dos puñales y, tras probarlos, colocó uno debajo de su almohada[196]. Después, una vez que se aseguró de que sus amigos se habían marchado, pasó una noche tranquila y, según cuentan, no en vela. A la primera luz del día recostó el pecho contra el hierro[197]. Ante los gemidos del [3] moribundo entraron sus libertos y esclavos con el prefecto del pretorio Plocio Firmo, quienes encontraron una sola herida[198]. El funeral se celebró a toda prisa. Eso es lo que había pedido con ruegos insistentes, para que no se cortara su cabeza y sirviera de escarnio[199]. Llevaron su cuerpo las cohortes pretorianas besando sus heridas y sus manos entre lágrimas y loas. Algunos soldados se suicidaron junto a la pira[200], no porque tuvieran un sentimiento de culpa o por miedo, sino por afecto al príncipe y por imitar su gloria. Después en todas partes, en Bedriaco, Placencia y en otros campamentos, se repitió esta clase de muerte. A Otón se le levantó un sepulcro modesto, pero destinado a perdurar. Tal fue el final de su vida a los 36 años de edad[201].

50. Otón era originario del municipio de Ferento[202], su padre había sido cónsul y su abuelo pretor[203]. Su linaje materno era modesto, pero no sin dignidad[204]. Su infancia y juventud transcurrió como he referido antes[205]. Por dos hechos, uno muy cobarde y otro heroico, ha merecido de la posteridad tanto mala [2] como buena fama[206]. Aunque creo que recurrir a leyendas y divertir a los lectores con cuentos está lejos de la seriedad de la obra que he emprendido[207], no obstante, no me atrevería yo a desmentir lo transmitido y divulgado. El día en que se luchaba en Bedriaco los campesinos recuerdan que un pájaro de una especie nunca vista se había posado en un bosquecillo muy concurrido junto a Regio Lépido[208] y que después, ante la afluencia de gente y de aves que revoloteaban alrededor, no se asustó ni se marchó hasta que Otón se suicidó. Entonces, sigue la historia, desapareció de la vista y, según los cálculos del tiempo, el comienzo y el final del prodigio coincidieron con el final de la vida de Otón[209].

51. En su funeral el dolor y la tristeza de los soldados reavivaron la sedición, y no había nadie para controlarlo. Se volvieron hacia Verginio y entre amenazas le rogaban o que aceptara el imperio o que presidiera una delegación ante Cécina y Valente[210].

Verginio salió furtivamente por la parte de atrás de la casa frustrando el intento de los que irrumpían en ella. Rubrio Galo[211] trasladó los ruegos de las cohortes estacionadas en Brixelo[212], que obtuvieron el perdón de inmediato, mientras que Flavio Sabino[213] concertó la rendición de las tropas que estaban bajo su mando.

Reacción del Senado y el pueblo[214]

52. Aunque habían finalizado las hostilidades en todos sitios, una gran parte del Senado corrió un gravísimo peligro, pues había salido de Roma[215] acompañando a Otón y se había quedado después en Mútina[216]. Hasta allí llegaron las noticias de la derrota, pero los soldados pensaron que eran falsas y se negaban a creerlas. Y, dado que pensaban que el Senado era enemigo de Otón, espiaban sus conversaciones e interpretaban en el peor sentido sus expresiones y comportamientos. Finalmente, con insultos y provocaciones buscaban un pretexto inicial para una matanza. Además de este, otro peligro acuciaba a los senadores: que, ahora que el bando de Vitelio era muy poderoso, se diera la impresión [2] de que habían acogido su victoria sin entusiasmo. Así que se reunieron con miedo y angustia por partida doble. Nadie se atrevió a tomar una iniciativa personal, pues era más seguro si la culpa era compartida por muchos. Las preocupaciones de los senadores aterrados se veían agravadas por los mandatarios de Mútina, que ofrecían armas y dinero y se dirigían a ellos con el tratamiento desusado[217] de «Padres conscriptos».

53. A continuación se produjo un altercado digno de mención, en el que Licinio Cécina denunció a Eprio Marcelo[218] por su discurso ambiguo[219]. Los demás tampoco revelaban sus intenciones, pero ocurría que el nombre de Marcelo, aborrecido por el recuerdo de sus delaciones y expuesto a los odios, exasperaba a Cécina, quien, como hombre todavía sin pasado y elegido hacía poco para el Senado, buscaba lustre enemistándose con personalidades famosas. El asunto se zanjó gracias al buen sentido de los más moderados. Todos regresaron a Bononia[220] con la [2] intención de discutir un poco más sobre la situación. Al mismo tiempo esperaban en el intervalo recabar más información. En Bononia se repartieron por los caminos destacamentos para obtener información de los recién llegados. Preguntaron a un liberto de Otón[221] por el motivo de su partida y respondió que esa había sido su última voluntad. Lo había dejado ciertamente con vida, pero preocupado únicamente por la posteridad y desentendido de los placeres de la vida. Esto provocó admiración y cierto pudor por preguntar más, y, lo que es más importante, sus sentimientos se inclinaron por unanimidad hacia Vitelio.

54. Participaba en las deliberaciones su hermano L. Vitelio[222], quien ya cortejaba a los aduladores, cuando de improviso Ceno, liberto de Nerón, dejó consternados a todos con una mentira alarmante, asegurando que con la llegada de la legión XIV[223], a la que se habían unido las fuerzas procedentes de Brixelo, los victoriosos vitelianos habían sido derrotados y se había invertido la suerte de los dos bandos. La razón de la mentira era que los salvoconductos expedidos por Otón, que ya no servían de [2] nada, recobraran su valor ante noticias más favorables. Lo cierto es que Ceno, que consiguió ser llevado rápidamente a Roma, pagó su culpa a los pocos días por orden de Vitelio. Aumentó el peligro de los senadores, porque los soldados otonianos creyeron que eran ciertas las noticias que les llegaban. Aumentaba la alarma de los senadores el hecho de que la partida de Mútina y el abandono del partido de Otón tenían la apariencia de una decisión oficial. Así que ya no volvieron a reunirse más y cada senador cuidó de sí mismo, hasta que un despacho enviado por Fabio Valente acabó con su miedo. Además, la muerte de Otón, cuanto más admiración producía, más rápidamente se divulgaba.

55. En Roma, en cambio, no se produjo sobresalto alguno. Los Juegos en honor de Ceres[224] se celebraron como de costumbre. Cuando llegaron al teatro informaciones fiables de que Otón estaba muerto y de que el prefecto de Roma, Flavio Sabino[225], había hecho prestar juramento de lealtad a Vitelio a las tropas que había en la ciudad, se aplaudió a Vitelio. El pueblo, con laureles y flores, paseó por los templos las efigies de Galba, amontonando las coronas en forma de túmulo cerca del lago Curcio[226], lugar que Galba al morir había manchado con su sangre. En el Senado se decretaron de una vez todos los honores [2] acumulados durante los largos reinados de otros emperadores. Se añadieron felicitaciones y agradecimientos para los ejércitos de Germania, enviándose una delegación para transmitir formalmente su alegría. Se leyó una carta de Fabio Valente dirigida a los cónsules[227] en términos moderados, aunque más agradable pareció la moderación de Cécina, que no escribió nada.

56. Por lo demás, Italia sufría desgracias más graves y crueles que las de la guerra. Las tropas vitelianas, dispersas por municipios y colonias, saqueaban, robaban y perpetraban tropelías y violaciones. Avaros y venales contra todo lo divino y humano, no reparaban ni en lo sagrado ni en lo profano. Y hubo quienes mataron a sus enemigos personales disfrazados de soldados. Los propios soldados, familiarizados con el terreno, destinaban al saqueo campos repletos de mieses y a sus ricos propietarios, a quienes, si se resistían, daban muerte, mientras sus jefes se sentían comprometidos con sus soldados y no se atrevían [2] a impedirlo. Cécina tenía menos avaricia, pero más deseo de popularidad. Valente, que tenía mala fama por su amor al dinero y rapacidad, era

cómplice por ello incluso de los delitos de los demás. Con la situación tan deteriorada en que se encontraba Italia desde hacía tiempo, difícilmente se podía soportar tal violencia de la infantería y la caballería y tantos daños y actos contra derecho[228].

Marcha de Vitelio hacia Roma[229]

57. Entretanto Vitelio, sin saber que había conseguido la victoria, estaba concentrando las restantes fuerzas del ejército de Germania[230] como si se tuviera que ganar la guerra. Dejó en los campamentos de invierno a unos pocos veteranos, intensificó las levas en las Galias hasta completar el cupo de las restantes legiones[231]. Había encomendado la vigilancia de la orilla del Rin a Hordeonio Flaco[232], mientras él añadió a los suyos ocho mil soldados escogidos del ejército de Britania[233]. Llevaba unos pocos días de marcha, cuando recibió la [2] noticia del éxito de Bedriaco y del final de la guerra con la muerte de Otón. Convocó una asamblea y colmó de elogios el valor de los soldados. El ejército le pidió que obsequiara a su liberto Asiático[234] con la dignidad de caballero, pero él frenó tal degradante adulación. Después, a causa de lo voluble de su carácter, lo que le había negado en público se lo concedió en la intimidad de un banquete y cargó de anillos de caballero[235] a Asiático, un esclavo repulsivo que medraba con malas artes.

58. Por las mismas fechas llegaron noticias de que las dos provincias de Mauritania[236] se habían unido al bando de Vitelio tras el asesinato del gobernador Albino. Luceyo Albino[237], puesto por Nerón al frente de la Mauritania Cesariense y a la que Galba le había añadido la administración de la provincia de Tingitania, disponía de fuerzas nada despreciables. Contaba con diecinueve cohortes, cinco regimientos de caballería y un número considerable de moros, una banda apta para la guerra por su experiencia en latrocinios y robos. Con la muerte de Galba, Albino se inclinó por Otón y, no contento con África, amenazaba con [2] invadir Hispania, separada de ella por un angosto estrecho[238]. Esto alarmó a Cluvio Rufo[239], quien ordenó a la legión X[240] que se trasladara a la costa dispuesta para una travesía. Se destacaron a unos centuriones para ganarse a los moros para la causa de Vitelio. Y no fue difícil, pues la reputación del ejército de Germania en las provincias era muy buena. Además, se propalaba el rumor de que Albino, despreciando el título de gobernador, había adoptado las insignias de la realeza y el nombre de Juba[241].

59. Así que, cambiadas las voluntades, el comandante de la caballería Asinio Polión,

uno de los más leales a Albino, así como Festo y Escipión, comandantes de las cohortes, fueron asesinados. El propio Albino, cuando se dirigía de la provincia Tingitana a la Mauritania Cesariense, fue degollado al saltar a tierra[242]. Su esposa, que se interpuso a los asesinos, fue matada al mismo tiempo, sin que Vitelio investigara nada de lo sucedido. Por muy importantes que fueran los informes, los despachaba con escasa atención, pues no estaba a la altura de serias responsabilidades. Vitelio ordenó que el ejército [2] continuara por tierra, mientras él viajaba por el río Arar[243], distinguiéndose no por el boato propio de un príncipe, sino por su inveterada cicatería, hasta que el gobernador de la Galia Lugdunense, Junio Bleso[244], hombre de ilustre cuna, de gran generosidad y parejas riquezas, rodeó al príncipe de sirvientes y le asistió con liberalidad. Sin embargo, Vitelio, desagradecido precisamente por esa razón, ocultaba su odio con halagos serviles. En Lugduno[245] lo esperaban los jefes de los [3] bandos vencedor y vencido. Elogió a Valente y Cécina ante la asamblea militar y fueron situados al lado de su silla curul[246]. Luego ordenó que todo el ejército saliera a recibir a su hijo pequeño[247]. Llevado junto a él y cubierto con la capa de general, lo tomó en sus brazos, lo llamó Germánico y lo rodeó de todas las insignias de la condición imperial[248]. Tales honores, excesivos en la prosperidad, se tornaron fatales en la adversidad[249].

60. Después, se ejecutó a los centuriones otonianos más destacados, motivo principal por el que se produjo en los ejércitos del Ilírico la hostilidad hacia Vitelio. Al mismo tiempo, las demás legiones[250] estaban pensando ya en la guerra por contagio y resentimiento contra los soldados de Germania. A Suetonio Paulino y a Licinio Próculo[251] Vitelio los hizo esperar miserablemente un tiempo vestidos con ropa mugrienta, hasta que se les concedió audiencia, en la que se defendieron con argumentos más interesados que honrosos. Es más, se declaraban culpables de traición, atribuyendo a engaños suyos la larga marcha antes del combate, la fatiga de los otonianos, la columna de hombres mezclados con carruajes y otras circunstancias accidentales. Vitelio no solo creyó lo de su traición, sino que [2] incluso los absolvió de la acusación de lealtad hacia Otón. Salvio Ticiano[252], hermano de Otón, no corrió peligro alguno, pues se le disculpó por el cariño que profesaba a su hermano y por su cobardía. Mario Celso[253] conservó el consulado. Sin embargo, se creyó el rumor e incluso después se le echó en cara en el Senado a Cecilio Símplice[254] el hecho de que había querido comprar ese cargo a cambio de dinero, tramando incluso la muerte de Celso. A ello se opuso Vitelio, quien después concedió a Símplice un consulado sin costarle ni daño ni gasto. Galeria[255], esposa de Vitelio, protegió a Tracalo[256] de sus acusadores.

61. Cuando grandes hombres ponían en peligro sus vidas, un tal Marico (vergüenza da decirlo), un plebeyo de la tribu de los boyos[257], se atrevió a probar fortuna y a desafiar al poder armado de Roma simulando que tenía poderes divinos. Este libertador de las Galias y este dios (que tal era el nombre que se había dado) ya había reunido una fuerza de ocho mil hombres y había arrastrado a las aldeas cercanas de los eduos, cuando la ciudad, muy responsable[258], con jóvenes escogidos y con las cohortes que añadió Vitelio desbarató a aquella muchedumbre de fanáticos. Marico cayó prisionero en el combate. Más tarde le arrojaron a las fieras[259] y como estas no le despedazaban, el vulgo ignorante lo consideró inviolable, hasta que fue ejecutado ante los ojos de Vitelio.

62. Ya no hubo más represalias contra los rebeldes o las propiedades de nadie. Se ratificaron los testamentos de los que habían caído en las filas de Otón o se aplicó la ley para los que no habían testado[260]. Desde luego, no había razón para temer la codicia de Vitelio, si hubiera moderado su elevado tren de vida, pero su pasión por la comida exquisita era repugnante e insaciable[261]. De Roma e Italia se le llevaban exquisiteces que estimularan su gula, mientras las rutas desde los dos mares resonaban con el estruendo del transporte. Los líderes de las ciudades se arruinaron preparando banquetes y las mismas ciudades quedaban esquilmadas[262]. Los soldados se apartaban del trabajo y del valor a medida que se acostumbraban a los placeres y despreciaban [2] a su jefe. Vitelio envió por delante a Roma un decreto, en el que daba largas a su aceptación del título de Augusto y rehusaba el de César[263], aunque sin disminuir en absoluto su poder real. Se expulsó de Italia a los astrólogos[264] y se tomaron severas medidas para que los caballeros romanos no se deshonrasen participando en los juegos y en la arena[265]. Emperadores anteriores los habían impulsado a hacerlo por dinero o, más a menudo, por la fuerza; y muchos municipios y colonias rivalizaban por atraerse con dinero a los jóvenes más indeseables.

63. Con todo, Vitelio, más arrogante y cruel con la llegada de su hermano[266] y la intrusión de maestros de tiranía, ordenó la ejecución de Dolabela, del que ya he referido que fue deportado por Otón a la colonia de Aquino[267]. Dolabela, al tener noticia de la muerte de Otón[268], había entrado en Roma; de esa acción lo denunció Plancio Varo[269], expretor y uno de los amigos íntimos de Dolabela, ante el prefecto de Roma Flavio Sabino[270], acusándolo de que, violado el arresto, se había presentado como jefe del partido derrotado; el acusador añadió que había intentado seducir a la cohorte estacionada en Ostia[271]. Al no existir prueba alguna de acusaciones tan graves, Varo se arrepintió buscando, después de su delito, un perdón tardío. Como Flavio Sabino

titubeara [2] en un asunto tan serio, Triaria, esposa de L. Vitelio[272], más cruel de lo que suelen ser las mujeres, lo atemorizó diciéndole que no se procurara fama de clemente a costa de poner en riesgo la vida del emperador. Sabino, de natural dócil y fácilmente voluble si le entraba el miedo, temiendo por su vida en una situación de amenaza mortal para otro, dio el último empujón a quien se despeñaba, para que no pareciera que le estaba ayudando.

64. Así pues, Vitelio, por miedo y odio, pues Dolabela había tomado en matrimonio al poco tiempo a su esposa Petronia[273], lo mandó llamar por carta y dio órdenes para que, evitando la frecuentada vía Flaminia[274], se desviara hacia Interamnio[275] y allí fuera ejecutado. El plan pareció largo al ejecutor. En una venta del camino lo arrojó al suelo y lo degolló. El asesinato produjo un gran descrédito al nuevo principado, que con esta [2] acción ofrecía por primera vez una muestra de su naturaleza. El libertinaje de Triaria se hizo más gravoso con un ejemplo muy cercano de moderación: Galeria[276], esposa del emperador, no se inmiscuyó en estos sombríos asuntos. Y no menos virtuosa fue Sextilla, la madre de los dos Vitelios, una mujer a la antigua usanza[277]. Es más, se contaba que, al recibir la primera carta de su hijo, había dicho que ella había parido a un Vitelio, no a un Germánico. Y en lo sucesivo, ni los encantos de la Fortuna ni la adulación de Roma la hicieron feliz, pues solo sintió las desgracias de su familia.

65. Después de que Vitelio se marchara de Lugduno[278], se le unió Cluvio Rufo, que había abandonado Hispania[279]. Mostraba en su rostro alegría y agradecimiento, pero estaba angustiado en su interior, pues sabía que se había abierto un proceso criminal contra él. Hílaro, liberto del César[280], le había acusado de que, al oír del principado de Vitelio y de Otón[281], Rufo había planeado hacerse con el poder para sí mismo y el dominio de las Hispanias. Por eso no había encabezado sus salvoconductos con el nombre de ninguno de los dos emperadores. Además, el acusador interpretaba algunos pasajes de sus discursos como vejatorios para Vitelio y propagandísticos para su propia persona. Se [2] impuso la autoridad de Cluvio, hasta el punto de que Vitelio lo que hizo fue ordenar el castigo de su propio liberto. Cluvio se unió al séquito del príncipe, sin que se le quitara Hispania, que gobernó en ausencia siguiendo el ejemplo de L. Arruncio[282]. Pero a Arruncio Tiberio César lo había retenido por miedo[283], mientras que Vitelio no abrigaba ningún temor de Cluvio. No cupo el mismo honor a Trebelio Máximo[284], quien había huido de Britania a causa de la furia de sus soldados. En su lugar se envió a Vetio Bolano[285], uno de su séquito.

66. Preocupaba a Vitelio el ánimo, en absoluto resquebrajado, de las legiones vencidas[286]. Esparcidas por Italia y mezcladas con los vencedores, hablaban como enemigos y se mostraban especialmente agresivos los soldados de la legión XIV[287], que no se daban por vencidos, pues en la batalla de Bedriaco se había superado solo a las avanzadillas, sin que hubiera participado la legión. Decidió devolverlos a Britania, de donde los había llamado Nerón, y que entretanto acamparan con las cohortes de batavos en razón de su vieja enemistad con los de la legión [2] XIV[288]. Y no duró mucho la calma entre soldados que se odiaban tanto. En Augusta Taurinorum[289], cuando un batavo perseguía a un artesano por estafador y un legionario se puso a defenderlo como a su huésped, a cada cual se les unieron sus respectivos camaradas que pasaron de los insultos a las agresiones. Ciertamente se hubiera desencadenado un feroz combate, si dos cohortes pretorianas que se unieron a la causa de la legión XIV no hubieran infundido confianza a los legionarios y miedo a los batavos. Vitelio ordenó a los batavos unirse a su [3] propia columna por leales y a la legión cruzar los Alpes Grayos y dar un rodeo para evitar Vienne, pues efectivamente también se temía a los vienenses[290]. La noche en que partía la legión, dejaron fogatas por todas partes incendiándose parte de la colonia de Augusta Taurinorum[291]. Tal calamidad, como la mayoría de las desgracias de la guerra, quedó borrada por las desgracias todavía mayores de otras ciudades. Una vez que los de la legión XIV descendieron de los Alpes, los soldados más indisciplinados pretendían marchar contra Vienne, pero se lo impidió el acuerdo de los más sensatos y la legión se trasladó a Britania.

67. El siguiente temor de Vitelio procedía de las cohortes pretorianas. Primero, sus hombres fueron separados; después, con el consuelo de un licenciamiento honroso[292], iban entregando las armas a sus tribunos, hasta que se difundieron rumores de que Vespasiano había emprendido la guerra. Entonces se reincorporaron a la milicia para constituir el pilar del partido flaviano. Se envió a Hispania a la legión I de la marina[293], para [2] que se calmara en una atmósfera de paz y tranquilidad. La XI y la VII regresaron a sus campamentos de invierno y a la XIII[294] se le ordenó que construyeran anfiteatros, pues Cécina en Cremona y Valente en Bononia se disponían a patrocinar espectáculos de gladiadores y Vitelio nunca estuvo tan preocupado por los problemas de gobierno como para olvidarse de sus placeres.

68. El caso fue que había desarticulado a los vencidos sin acudir a medidas extremas, pero entre los vencedores estalló un motín, ridículo al comienzo si no fuera porque el número de muertos aumentó el odio contra la guerra. Vitelio celebraba una cena en Ticino[295] y Verginio se encontraba entre los comensales. Los oficiales,

comandantes y tribunos, según sea la conducta de sus generales, imitan su severidad o se divierten en prolongadas comilonas. Y, como consecuencia de lo mismo, los soldados cumplen con su deber o se relajan. En el círculo de Vitelio todo eran borracheras sin control, todo más parecido a bacanales que duran toda la noche que a la disciplina de un [2] campamento. Y sucedió que dos soldados, uno de la legión V[296] y otro un auxiliar galo se enzarzaron por diversión en un combate de lucha. Cuando el legionario cayó a tierra, el galo empezó a mofarse y los que habían acudido a verlos se dividieron en dos bandos[297]. Los legionarios se lanzaron a matar a los auxiliares [3] y acabaron con dos cohortes. El remedio de la algarada fue otra algarada. Desde la distancia se podía ver una nube de polvo y el brillo de las armas. De repente se gritó a coro que la legión IV[298] había vuelto sobre sus pasos y se dirigía al combate. Pero en realidad se trataba de la retaguardia del ejército de Vitelio, [4] que, al ser reconocidos, pusieron fin a la inquietud. Entretanto apareció casualmente un esclavo de Verginio que fue acusado de intentar asesinar a Vitelio. Los soldados corrieron al banquete exigiendo la muerte de Verginio. Ni siquiera Vitelio, que sentía pánico ante cualquier sospecha, dudó de la inocencia de Verginio, pero fue difícil contener a quienes exigían la ejecución de aquel excónsul que en otro tiempo había sido su comandante. Desde luego Verginio fue más que nadie el blanco de todas las sediciones. Era cierto que aquel hombre conservaba la admiración y la estima, pero le odiaban porque los había despreciado[299].

69. Al día siguiente[300] Vitelio concedió una audiencia a una delegación del Senado, a la que había ordenado que le esperaran en Ticino. Después pasó al campamento y empezó a elogiar la conducta hornada de los soldados, aunque las tropas auxiliares protestaron ruidosamente contra el grado de impunidad y arrogancia al que habían llegado los legionarios. Las cohortes batavas fueron devueltas a Germania[301] para evitar que se atrevieran a cometer alguna acción todavía peor. Con esto el destino estaba preparando el comienzo de lo que sería una guerra al mismo tiempo civil y exterior[302]. Las tropas auxiliares galas regresaron a sus ciudades[303]. Constituían en enorme contingente reclutado tan pronto se produjo la sedición viteliana como una [2] especie de milicia inútil. Por lo demás, para que los fondos públicos del imperio, agotados por generosas recompensas, pudieran ser suficientes, ordenó reducir el número de legiones y de tropas auxiliares vetando nuevas incorporaciones, además de ofrecer licenciamientos a discreción. Esta política fue desastrosa para el Estado e impopular para los soldados, pues un pequeño número de hombres tenían que hacer frente más veces a los mismos servicios, peligros y fatigas. Además, sus fuerzas se estaban debilitando con las comodidades, en contra de la disciplina tradicional y las costumbres de nuestros antepasados, para quienes la estabilidad del Estado romano se mantuvo más con el valor

que con el dinero[304].

70. Vitelio se desvió desde Ticino hacia Cremona y, tras presenciar el espectáculo de gladiadores organizado por Cécina[305], insistió en pasear por el campo de batalla de Bedriaco y contemplar con sus propios ojos las huellas de la reciente victoria[306]. El espectáculo fue repulsivo y horrible[307]. Menos de cuarenta días después del enfrentamiento, la visión era de cuerpos lacerados, miembros mutilados, masas putrefactas de hombres y caballos, la tierra infectada de sangre corrompida y una terrible devastación que había arrasado árboles y cultivos. Y no [2] menos inhumano era el tramo de calzada que los cremonenses habían cubierto de rosas y laureles, erigiendo altares y sacrificando víctimas según la costumbre de los reyes orientales. Estas alegrías del momento causaron su ruina más tarde[308]. Le [3] acompañaban Valente y Cécina, que le iban mostrando los lugares de la batalla: desde aquí, le indicaban, se habían lanzado las columnas de las legiones, desde ahí había saltado la caballería y desde allí las tropas auxiliares habían rodeado al enemigo. Y los tribunos y prefectos, exagerando cada cual sus acciones, confundían lo verdadero con lo falso o lo exageraban. También los soldados rasos se desviaban del camino entre gritos de alegría, reconocían el escenario de los combates, miraban y admiraban la pila de armas y los montones de cadáveres. Hubo incluso algunos que derramaron lágrimas[309] y se compadecieron ante la inestabilidad de la vida humana. Vitelio[310], [4] sin embargo, no desvió su mirada ni sintió horror ante tal multitud de ciudadanos sin sepultar. Incluso estaba contento e, ignorante de la suerte tan cercana que le esperaba, ofreció un sacrificio a los dioses del lugar[311].

71. Después de esto, se celebra en Bononia un espectáculo de gladiadores organizado por Fabio Valente con el equipamiento traído de Roma[312]. Y cuanto más se acercaba Vitelio a Roma, más se degradaba aquella comitiva compuesta de actores, de una pandilla de eunucos y de otros personajes típicos de la corte de Nerón. Y es que Vitelio admiraba a Nerón[313], a quien acostumbraba acompañar en sus recitales, no por obligación, como la gente honrada, sino porque estaba esclavizado y atado [2] al lujo y la glotonería. Con el fin de dejar algunos meses sin consulado[314] para asignarlos a Valente y Cécina, se acortaron los consulados de los otros y se ignoró el de Marcio Macro[315] con la excusa de que había sido general del bando de Otón[316]. También dejó para más adelante el caso de Valerio Marino[317], nombrado cónsul por Galba, no porque hubiera recibido ofensa alguna, sino porque era un hombre amable que no se tomaría a mal el agravio. Pedanio Costa[318] se cayó de la lista, pues desagradaba al emperador por haberse atrevido a oponerse a Nerón y a apoyar a Verginio, aunque Vitelio alegó otros motivos.

Con todo, se daban gracias a Vitelio con el servilismo de costumbre.

72. No más de unos pocos días duró una impostura, aunque al principio provocó alarma[319]. Apareció un hombre que se hacía pasar por Escriboniano Camerino[320], quien durante los tiempos de terror de Nerón se había ocultado en Histria, porque allí conservaba el apoyo de la clientela, las tierras y el nombre de los antiguos Crasos. Así pues, tras ganarse a los de la peor calaña [2] para la escenificación de la farsa, el vulgo crédulo y algunos soldados, engañados ingenuamente o por ansia de desórdenes, rivalizaban por sumarse a su séquito. Se le llevó ante Vitelio y se le sometió a interrogatorio para conocer su identidad. Y, dado que no se dio crédito a sus palabras y su amo lo reconoció como a un fugitivo llamado Geta, se le ejecutó como a los esclavos[321].

73. Cuesta trabajo recordar el grado de soberbia y de indolencia a que llegó Vitelio cuando correos imperiales[322] de Siria y Judea trajeron la noticia de que Oriente le había jurado lealtad. Pues, aunque los rumores todavía eran vagos y sin confirmar, sin embargo, Vespasiano estaba en la boca y las habladurías de todos, y Vitelio se alarmaba la mayoría de las veces al oír su nombre. Y fue entonces cuando Vitelio y su ejército, como si ya no existiera un rival, se lanzaron con su saña, desvergüenza y robos a unas costumbres propias de extranjeros.

Proclamación de Vespasiano como emperador en el Este[323]

74. Vespasiano, por su parte, analizaba la guerra, la situación militar y las fuerzas disponibles cerca o lejos de él. Los soldados estaban tan a su favor que, cuando presidió el juramento y rezó por el éxito de Vitelio, lo escucharon en silencio. Muciano[324], aunque no era enemigo de Vespasiano, sentía mayor inclinación hacia Tito[325]. El prefecto de Egipto, Tiberio Alejandro, había hecho causa común con Vespasiano[326]. La legión III la contaba como suya, pues había pasado de Siria a Mesia. Se esperaba que le siguieran las restantes legiones del Ilírico[327], pues todas las guarniciones se habían irritado por la arrogancia de las tropas que llegaban de parte de Vitelio, quienes, con su físico salvaje y lenguaje ronco[328], se burlaban de los demás como si fueran inferiores. Sin embargo, ante una guerra de tal envergadura. lo que [2] prevalecía eran las dudas[329]. Vespasiano unas veces se llenaba de esperanza, pero en ocasiones reflexionaba sobre los obstáculos: ¿qué le depararía el día aquel en el que comprometiera en una guerra sus 60 años y sus dos hijos jóvenes[330]? En iniciativas privadas se puede progresar con firmeza y, según se

quiera, se puede uno arriesgar más o menos según la suerte que haya; pero, cuando se ambiciona el imperio, no existe término medio entre la cima y el abismo.

75. Ante sus ojos desfilaba la fuerza del ejército de Germania, bien conocida por un hombre de armas[331]. Sus propias legiones no tenían experiencia en una guerra civil, mientras las de Vitelio habían salido vencedoras y entre los vencidos había más queja que fuerza. En las guerras civiles vacila la lealtad de los soldados y cada uno de ellos supone un peligro. En efecto, ¿de qué iban a servir cohortes y escuadrones de caballería, si uno o dos hombres podrían conseguir con una iniciativa oportuna[332] la recompensa que ofrece el otro bando? Así había sido asesinado Escriboniano[333] en tiempos de Claudio y así se había ascendido al asesino Volaginio[334] desde soldado raso hasta los más altos grados del ejército. Es más fácil mover a ejércitos enteros que evitar a un asesino solitario.

76. Alentaban a Vespasiano, que se debatía en un mar de dudas por tales temores, tanto los demás oficiales como los amigos, entre los que Muciano, tras muchas conversaciones confidenciales, habló ya incluso en público de la siguiente manera[335]: «Todos los que afrontan una gran empresa deben valorar si lo que se acomete es útil para su país, honroso para ellos, y si es fácil de alcanzar o al menos no difícil. Al mismo tiempo el que le asesora debe considerar si respalda esa decisión con su riesgo personal y, si la fortuna acompaña al plan, a quién le [2] corresponde la mayor gloria. Yo te invito a ti, Vespasiano, a asumir el puesto de emperador, un acto tan saludable para el Estado como honroso para ti. Después de los dioses, el imperio queda en tus manos. Y no temas lo que pudiera parecer mera adulación: tal vez el ser elegido como sucesor de Vitelio está más cerca de un insulto que de un honor. No nos levantamos contra la aguda mente del divino Augusto ni contra la recelosa vejez de Tiberio ni siquiera contra la casa de Gayo, Claudio o Nerón, asentada en una larga dinastía. Tú has dejado paso incluso a la nobleza de los antepasados de Galba. No obstante, seguir inactivo y entregar tu país a la corrupción y ruina parecería pereza y cobardía, aunque tal servidumbre te resultase segura a la vez que deshonrosa. Ha pasado y transcurrido ya el tiempo [3] en que podía parecer que tú deseabas el poder: ahora debes refugiarte en el imperio. ¿Se te ha ido de la memoria el asesinato de Corbulón[336]? Era de cuna más noble que la nuestra, pero también Nerón superaba a Vitelio por la nobleza de su nacimiento. El hombre temido tiene suficiente lustre entre quienes le temen. Y la prueba de que el ejército puede crear un emperador [4] la tenemos en el mismo Vitelio. No fue promocionado por sus servicios activos ni por su prestigio militar, sino por el odio que se tenía a Galba. Ni siquiera derrotó a Otón con la estrategia de un general o por la fuerza de un ejército, sino gracias

a su propia y prematura desesperación; y Vitelio ha convertido ya a Otón en un emperador añorado y grande al dispersar las legiones, desarmar las cohortes y sembrar cada día las semillas para una guerra. Si los soldados han tenido algo de entusiasmo y [5] arrojo, se está malgastando en tabernas y juergas a imitación de su emperador. Tú cuentas con nueve legiones intactas procedentes de Judea, Siria y Egipto[337], no están desgastadas por combate alguno ni corrompidas por motines, sino que los soldados están curtidos por el entrenamiento y han vencido en una guerra exterior. Tienes la fuerza de las flotas[338], de la caballería y de las cohortes, la lealtad de reyes[339] y tu propia experiencia que supera a la de todos los demás.

77. »Para mí lo único que pido es que no se me considere por detrás de Valente y Cécina. Con todo, no desprecies a Muciano como aliado porque no lo tengas de rival. Yo me pongo por delante de Vitelio y a ti por delante de mí. Tu familia posee la distinción de un triunfo[340] y la presencia de dos jóvenes, de los que uno ya es competente para alcanzar el imperio y que en los primeros años de milicia incluso ganó renombre en el ejército de Germania[341]. Sería absurdo no ceder el imperio a uno cuyo [2] hijo yo mismo adoptaría si fuera emperador. Por lo demás, nuestra posición no será la misma en el éxito y en el fracaso, pues, si vencemos, tendré los honores que tú me des[342], pero los riesgos y peligros lo soportaremos por igual. Todavía mejor, encárgate tú del mando supremo de tus ejércitos y pon en mis manos la guerra y las incertidumbres del combate. Hoy los [3] vencidos se comportan con una disciplina más firme que los vencedores, pues a estos la ira, el odio y la sed de venganza les enciende su coraje, mientras que aquellos se debilitan en medio de su arrogancia e indisciplina. La misma guerra abrirá y dejará al descubierto las heridas ocultas e inflamadas del bando vencedor. Y yo confío menos en tu vigilancia, tu mesura y tu sabiduría que en la pereza, la ignorancia y la crueldad de Vitelio. Con todo, nuestros mejores argumentos se hallan más en la guerra que en la paz, pues quienes planean una rebelión, ya se han rebelado[343]».

78. Después del discurso de Muciano, los demás rodeaban y animaban a Vespasiano sin más reservas, y le recordaban las respuestas de los oráculos y los movimientos de los astros. Vespasiano no era ajeno a tales supersticiones, como lo prueba el hecho de que más tarde, cuando era el amo del imperio, mantuvo públicamente en la corte a un astrólogo, un tal Seleuco, como consejero y vidente. Antiguos presagios volvían a su [2] mente[344]. Un ciprés de notable altura se había derrumbado repentinamente y al día siguiente brotó en el mismo sitio y reverdecía más alto y ancho[345]. Los adivinos estuvieron de acuerdo en que se trataba de un presagio importante y favorable, que prometía al entonces joven Vespasiano las más altas distinciones. Con todo, en un primer

momento parecía que los triunfos, el consulado y el renombre de su victoria en Judea habían ratificado la veracidad del presagio[346]. Cuando consiguió todo esto, pensó [3] que se le estaba presagiando el imperio. Entre Judea y Siria está el Carmelo[347]. Así llaman al monte y al dios. Y el dios no tiene ni imagen ni templo, pues esa es la tradición de sus antepasados, sino solo un altar y el culto. Allí celebraba Vespasiano sus sacrificios dando vueltas en su mente a sus planes secretos, cuando el sacerdote Basílides[348], tras examinar una y otra vez las entrañas de las víctimas, le dijo: «Sean los que sean, Vespasiano, tus planes, ya construir una mansión, ya ampliar tus propiedades o aumentar tu servidumbre, se te concede un gran palacio, [4] terrenos enormes y muchos hombres». Los rumores habían recogido enseguida estas ambigüedades y ya los estaba difundiendo. No había otro asunto en boca de la gente. Las habladurías eran más insistentes en el círculo de Vespasiano, pues el optimismo siempre incita a hablar más. Con una gran determinación partieron Muciano a Antioquía[349] y Vespasiano a Cesarea. La primera era la capital de Siria, la segunda de Judea.

79. El comienzo de transferir el imperio a Vespasiano tuvo lugar en Alejandría[350], debido a las prisas de Tiberio Alejandro, quien el 1 de julio hizo que sus legiones le juraran fidelidad[351]. Tal fecha sería en adelante el primer día de su principado, aunque el ejército de Judea[352] juró ante la presencia de Vespasiano el 3 de julio[353]. Lo hicieron con tal entusiasmo que ni siquiera esperaron a su hijo Tito, que regresaba de Siria donde había actuado de mensajero en las negociaciones entre Muciano y su padre. Todo se hizo por impulso de los soldados sin que se hubiera preparado una asamblea y sin que se hubieran reunido las legiones.

80. Mientras se buscaba el momento, el lugar y, lo que es más difícil en tales ocasiones, el hombre que hablara primero, y mientras en su ánimo le daban vueltas la esperanza, el miedo, el cálculo y el azar, al salir Vespasiano de su dormitorio, unos pocos que formaban rutinariamente para saludarle como gobernador, lo saludaron como emperador[354]. Entonces acudieron los demás a la carrera y le abrumaron con los nombres de César, Augusto y todos los títulos imperiales. Los ánimos habían pasado del miedo a la confianza, mientras que Vespasiano no se mostró en absoluto vanidoso ni arrogante ni diferente en una situación nueva. Tan [2] pronto como se disipó la neblina de las alturas del poder que se había derramado sobre sus ojos[355], habló en términos militares y recibió un caudal unánime de felicitaciones. Y además Muciano, que estaba esperando eso mismo, hizo jurar a las tropas[356], eufóricas, lealtad a Vespasiano. Luego, entró en el teatro de Antioquía[357], donde solían celebrarse las consultas públicas, y se dirigió a una concurrencia que se deshacía en halagos. La oratoria de Muciano era

elegante incluso en griego[358], mostrando cierta [3] pericia en todo lo que decía y en cómo lo exponía. Nada producía mayor indignación a la provincia y al ejército que el que Muciano asegurara que Vitelio había tomado la decisión de trasladar a las legiones de Germania a Siria para llevar una milicia lucrativa y pacífica y que, por el contrario, las legiones de Siria serían trasladadas a los cuarteles de invierno de Germania, de clima severo y duras condiciones de vida. El hecho era que a los provinciales les gustaba el trato habitual con los soldados, pues muchos se habían integrado por medio de lazos de amistad y parentesco[359], mientras que los soldados, debido a la larga duración del servicio militar[360], habían cogido cariño a unos campamentos conocidos y familiares como si estuvieran en casa[361].

81. Antes del 15 de julio Siria entera había prestado juramento de lealtad a Vespasiano. Se adhirió Sohemo[362] y su reino, de recursos nada despreciables, y Antíoco, poderoso por sus riquezas ancestrales y el más rico de los reyes vasallos[363]. Más tarde, Agripa[364], a quien informes secretos de los suyos habían hecho regresar de Roma, emprendió una rápida travesía, sin que lo supiera todavía Vitelio. Con no menos entusiasmo apoyó la causa [2] la reina Berenice[365], en la flor de la vida y de la belleza, y agradable también al anciano Vespasiano por la generosidad de sus regalos. Todas las provincias costeras hasta Asia y Acaya y todo el territorio que se extiende en el interior hacia el Ponto y Armenia juraron lealtad a Vespasiano. Pero estas regiones estaban al mando de gobernadores sin tropas, pues todavía no se habían asignado legiones a Capadocia. En Beirut[366] se celebró un consejo [3] para tratar sobre la situación en su conjunto. Allí acudió Muciano con comandantes y oficiales de las legiones, así como lo más granado de los centuriones y soldados. Del ejército de Judea llegó una distinguida representación. Tan gran espectáculo, tanto de infantes y jinetes como de reyes que rivalizaban entre sí en esplendor, dio la impresión de grandeza imperial.

82. Las primeras medidas de la guerra consistieron en la leva de tropas y la movilización de los reservistas; se seleccionaron ciudades poderosas para la fabricación de armamentos; se acuñaron monedas de oro y plata en Antioquía, y todas estas empresas, cada cual en sus propias localidades, se aceleraron bajo la supervisión de agentes expertos. Vespasiano los visitaba y los animaba personalmente, estimulaba a los buenos con elogios y a los perezosos con el ejemplo sin emplear las más de las veces el castigo, prefiriendo ocultar más los defectos que [2] las virtudes de sus amigos. Recompensó a muchos con mandos militares y administrativos[367] y a un gran número con el rango de senadores[368]. Fueron hombres excepcionales que después alcanzaron los cargos más elevados, aunque a algunos su fortuna les sirvió como mérito. En cuanto a la

recompensa de los soldados, ni Muciano las había mencionado sino de pasada en la primera asamblea, ni Vespasiano ofreció siquiera más en una guerra civil que otros en tiempos de paz[369], dando un excelente ejemplo de firmeza contra los dispendios militares, consiguiendo así un ejército mejor. Se despachó una embajada a [3] Partia y Armenia y se tomaron medidas para no dejar desnudas las espaldas de las legiones ocupadas en una guerra civil. Se decidió que Tito presionara a Judea, mientras Vespasiano controlaba los accesos de Egipto[370]. Creían que para enfrentarse a Vitelio era suficiente una parte de las tropas, el mando de Mudano, el nombre de Vespasiano y la irresistible fuerza del destino[371]. Se enviaron cartas a todos los ejércitos y comandantes con instrucciones de atraer a los pretorianos hostiles a Vitelio con el aliciente de recuperar su grado militar.

83. Muciano se puso en marcha con una fuerza ligera, actuando más como colega del emperador que como su subordinado[372]. No avanzaba lentamente, para no dar la impresión de que titubeaba, pero tampoco se daba prisa; dejaba que su fama creciera con la distancia misma, pues era consciente de que sus fuerzas eran pequeñas y de que, pese a ello, sobre las cosas que están lejos se tiende a exagerar. Con todo, le seguían la legión VI[373] y trece mil mercenarios en una impresionante columna[374]. [2] Había ordenado que la flota se trasladara desde el Ponto a Bizancio. Dudaba en sus planes si desentenderse de Mesia y atacar a Dirraquio[375] con la infantería y la caballería, al tiempo que bloqueaba con buques de guerra el mar que mira a Italia. En la retaguardia estarían seguras Acaya y Asia, que quedarían a merced de Vitelio si no se reforzaban con destacamentos. Y el propio Vitelio no tendría claro a qué parte de Italia iba a proteger, si hostigándole flotas hostiles atacaran Brundisio, Tarento y las costas de Calabria y Lucania.

84. Así pues, las provincias andaban alborotadas con los preparativos de naves, soldados y armas. Pero nada agobiaba tanto como la recaudación de fondos. Muciano repetía una y otra vez que el dinero era el nervio de la guerra civil[376] y en sus indagaciones judiciales no atendía al derecho o la verdad, sino únicamente a la cantidad de las riquezas. Las delaciones se extendieron por todas partes y los más ricos fueron tomados como [2] botín. Esto, gravoso e intolerable, pero excusable por las exigencias de la guerra, se mantuvo incluso en tiempos de paz, pues al comienzo de su imperio, Vespasiano no se implicó demasiado en mantener los abusos, hasta que la benevolencia de la Fortuna y los malos maestros le enseñaron a atreverse a tales procedimientos. Muciano ayudó a la guerra también con sus riquezas personales, aunque su largueza en privado le sirvió para apropiarse con más avidez del dinero público. Los demás líderes

siguieron su ejemplo de aportar dinero, pero fueron muy raros los que tuvieron la misma libertad para recuperarlo.

85. Entretanto, el apoyo del ejército del Ilírico que se pasó a su lado aceleró los planes de Vespasiano[377]. La legión III sirvió de ejemplo a las demás legiones de Mesia: la VIII y la VII Claudiana[378]. Eran partidarios acérrimos recalcitrantes de Otón, aunque no habían participado en la batalla de Bedriaco. Habían avanzado hasta Aquileya[379]. Tras maltratar a quienes traían noticias de la derrota de Otón[380] y desgarrar los estandartes que exhibían el nombre de Vitelio, acabaron por robar la caja de caudales y se la repartieron entre ellos. Se habían comportado como enemigos. De tal acción se produjo miedo en ellos y el miedo les hizo pensar que podría servirles de mérito ante Vespasiano lo que ante Vitelio exigiría una disculpa[381]. Así que las tres legiones de Mesia intentaban atraerse con cartas al ejército de Panonia[382] dispuesta a emplear la fuerza si se negaban. En [2] medio de tal agitación el gobernador de Mesia Aponio Saturnino[383] se atrevió a cometer una terrible acción. Envió un centurión para asesinar al comandante de la legión VII, Tetio Juliano[384] a causa de una disputa privada que pretendía camuflar con el apoyo a la causa de Vespasiano. Juliano, sin embargo, advirtió el peligro y buscando la ayuda de los nativos que conocían el terreno huyó a través de las zonas intransitables de Mesia al otro lado del monte Hemo[385]. A partir de entonces no tomó parte en la guerra civil. Alargaba con diversas demoras el viaje emprendido para estar al lado de Vespasiano[386] y remoloneaba o se daba prisa en función de las noticias que recibía.

86. En Panonia, sin embargo, las legiones XIII[387] y VII *Galbiana*, que conservaban el dolor y el resentimiento por la batalla de Bedriaco, se declararon sin titubear partidarias de Vespasiano, especialmente gracias al decisivo empuje de Antonio Primo[388]. Este hombre, culpable ante las leyes, condenado por fraude en tiempos de Nerón[389], había recuperado el rango senatorial en medio de las otras desgracias de la guerra. Galba lo [2] había puesto al frente de la legión VII[390] y se creía que había escrito más de una vez a Otón ofreciéndose como general de su bando. Ignorado por este último, no prestó servicio alguno en la campaña de Otón. Cuando declinaba la estrella de Vitelio, siguió a Vespasiano dando un gran impulso a su causa, pues era un hombre enérgico, de palabra fácil, un artista en sembrar el odio entre los demás, influyente en revueltas y motines, ladrón y despilfarrador, el peor enemigo en la paz y nada despreciable en la guerra. A continuación, la unión de los ejércitos de [3] Mesia y Panonia arrastró a los soldados de Dalmacia, aunque los gobernadores de dichas provincias no intervinieron. Panonia y Dalmacia eran gobernadas respectivamente por Tampio Flaviano y Pompeyo Silvano,

ambos ancianos y ricos[391]. Pero les asistía el agente imperial Cornelio Fusco[392], en la flor de la vida y de ilustre cuna. En su primera juventud había abandonado el rango senatorial por desear llevar una vida tranquila, pero se puso al frente de su colonia[393] a favor de Galba y por tales servicios obtuvo tal cargo de agente imperial. Al tomar el partido de Vespasiano empuñó con especial saña la antorcha de la guerra: contento menos por las recompensas de los riesgos que por los riesgos mismos, prefería lo nuevo, dudoso y arriesgado [4] a lo seguro y lo ya ganado en el pasado. Así pues, se dispusieron a remover y a agitar el descontento que hubiera en cualquier sitio. Se enviaron cartas a Britania a los de la legión XIV y a Hispania a los de la I, pues ambas legiones[394] habían apoyado a Otón y se habían opuesto a Vitelio. Se enviaron cartas acá y allá por las provincias de la Galia, y en un instante se había desencadenado el incendio de una gran guerra, pues los ejércitos del Ilírico se habían rebelado abiertamente y el resto iba a seguir su suerte.

Roma bajo Vitelio

87. Mientras Vespasiano y los líderes de su partido realizaban estas actividades por las provincias, Vitelio, cada día más indolente y despreciado, marchaba hacia Roma[395] con su pesado cortejo, deteniéndose en todos los lugares atractivos de municipios y villas. Le seguían sesenta mil hombres armados, corrompidos por la indisciplina, un número aún mayor de asistentes y cantineros[396], de conducta escandalosa incluso en comparación con los esclavos; también era numerosa la escolta de oficiales y amigos[397], incapaz de obedecer, aunque se le estuviera controlando con la más estricta disciplina. Recargaban aquella multitud senadores y caballeros que [2] habían salido a su encuentro desde la capital, algunos por miedo, muchos por adulación, y después y poco a poco todos los demás, para no quedarse atrás mientras los otros acudían a su encuentro. Se sumaban plebeyos, conocidos de Vitelio por servicios vergonzosos: bufones, actores y aurigas, cuya degradante amistad le producía un placer extraordinario[398]. Y no solo se saqueaba las colonias y los municipios para el acopio de provisiones, sino también a los mismos campesinos y sus campos con las cosechas ya en sazón, como si fuera suelo enemigo.

88. Entre los soldados se produjeron muchas matanzas sanguinarias, pues tras la revuelta iniciada en Ticino permanecía la rivalidad entre legionarios y auxiliares[399], aunque, cuando había que atacar a civiles, se ponían de acuerdo. Pero el peor estrago se produjo a siete millas de Roma[400]. Allí Vitelio estaba repartiendo a cada soldado platos

preparados, como si estuviera cebando a los gladiadores. La plebe había invadido y ocupado todo el campamento. [2] Algunos —se valían de bromas propias de la capital— despojaron a soldados descuidados y, tras cortarles a escondidas los tahalíes, les preguntaban si llevaban espadas[401]. Los soldados[402] que no estaban acostumbrados a los insultos no soportaron la broma y atacaron al pueblo indefenso con sus espadas. Murió entre otros el padre de un soldado que acompañaba a su hijo. Al ser reconocido después y divulgarse la muerte, se detuvo la matanza [3] de inocentes. En Roma, sin embargo, se sucedieron momentos de angustia causados por ver soldados corriendo por todas partes. Se dirigían especialmente al Foro con el deseo de ver el lugar en el que había caído Galba[403]. Ellos mismos no presentaban un espectáculo menos sobrecogedor produciendo terror con sus pellejos de fieras y sus enormes lanzas. Como por ignorancia no se preocupaban de evitar a la muchedumbre, cuando caían por calles resbaladizas o chocaban con algún civil[404], pasaban a los insultos y después a las manos y a las espadas. Y más aún, comandantes y oficiales revoloteaban de un lado a otro infundiendo terror con sus escuadrones de hombres armados.

89. El propio Vitelio avanzó desde el puente Milvio[405] montando un vistoso corcel, revestido con la toga de general y la espada al cinto. Llevaba al Senado y al pueblo delante de él[406] y siguió el consejo de sus amigos de no entrar en Roma como en una ciudad conquistada. Así, tomó la toga de senador[407] y avanzó a pie con las columnas del ejército en formación. Al frente iban las águilas de cuatro legiones flanqueadas por los estandartes de otras tantas[408], luego las enseñas de doce escuadrones y tras las filas de infantería la caballería; después, trenta y cuatro cohortes agrupadas según sus nacionalidades o el tipo de equipamiento. Al frente de las águilas marchaban los comandantes del [2] campamento, los oficiales y los centuriones de primer rango, todos vestidos de blanco; el resto marchaba cada uno con su propia centuria, luciendo sus armas y condecoraciones. También resplandecían las medallas y collares de los soldados[409]. La estampa era brillante[410] y el ejército no era digno de un emperador como Vitelio. Así entró en el Capitolio y allí abrazó a su madre[411] y la honró con el nombre de Augusta.

90. Al día siguiente[412] pronunció un discurso jactancioso sobre sí mismo, como si estuviera ante el Senado y el pueblo de una ciudad extranjera. Destacó con elogios su laboriosidad y moderación, a pesar de que eran cómplices de sus maldades los mismos que estaban allí presentes y toda Italia, que había recorrido de manera vergonzosa en medio de la desidia y el derroche. [2] El populacho, no obstante, libre de preocupaciones e incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso, pero experto en el hábito de la adulación,

lo jaleaba entre aclamaciones y vítores; y, cuando declinó el título de «Augusto», presionaron para que lo aceptara, pero la aceptación fue tan inútil como el rechazo.

91. En una ciudad que tenía interpretación para todo se tomó como agüero funesto[413] el que Vitelio, después de asumir el pontificado máximo, hubiera promulgado un edicto sobre ceremonias públicas el 18 de julio, día infausto desde antiguo por las derrotas de Crémera y Alia[414]: tan ignorante de todo derecho divino y humano, con igual desidia que sus libertos[415] y amigos, actuaba como si estuviera entre borrachos. Con todo, participaba [2] como un ciudadano más en las elecciones a cónsul junto a los candidatos y se adhería a todos los comentarios de las clases más bajas en el teatro como espectador o en el circo como un aficionado más[416]. Esta actitud, sin duda agradable y popular si brotaran de la virtud se tomaba por indigna y sin valor por el recuerdo de su vida anterior. Acudía con regularidad al Senado, incluso cuando los senadores trataban asuntos sin importancia. [3] Y una vez sucedió que Prisco Helvidio[417], pretor electo, había votado en contra de una propuesta suya. Al principio Vitelio se molestó, pero no buscó más que el amparo de los tribunos de la plebe por el desprecio a su poder; luego, cuando sus amigos, que temían en él un resentimiento más profundo, lograron calmarlo, les respondió que no era nada nuevo el hecho de que dos senadores discreparan en asuntos de Estado y que él también tuvo por costumbre contradecir a Trásea[418]. Muchos se rieron por la desvergüenza de la comparación, mientras a otros les complacía el hecho mismo de que hubiera elegido como modelo de auténtica grandeza no a uno de los hombres influyentes del momento, sino a Trásea.

92. Al mando de los pretorianos había puesto a Publilio Sabino, que había sido prefecto de una cohorte, y a Julio Prisco por entonces centurión[419]. Prisco gozaba del apoyo de Valente, Sabino del de Cécina. En este conflicto de rivalidades Vitelio no tenía ninguna autoridad. Cécina y Valente ejercían las funciones imperiales. Desde hacía mucho tiempo andaban enzarzados en odios[420], que, mal disimulados por la guerra y la vida castrense, se veían acrecentados la maldad de sus amigos y una ciudad fecunda en sembrar enemistades. Mientras rivalizaban y se comparaban su popularidad, su séquito y los incontables grupos de gente que iban a saludarles a cada uno por la mañana, Vitelio se inclinaba alternativamente hacia uno u otro, pues el [2] poder nunca se siente demasiado seguro cuando es excesivo[421]. Despreciaban y temían a un tiempo a este Vitelio que pasaba de repentinas ofensas a halagos a destiempo. Pero no por ello fueron menos diligentes en poner sus manos en mansiones, jardines y bienes del imperio, en tanto la llorosa e indigente multitud de nobles a los que Galba había devuelto a la patria junto con sus hijos no alcanzó ninguna ayuda por parte de la misericordia del emperador. Agradó a

los líderes de la ciudad e incluso recibió [3] la aprobación de la plebe la decisión de conceder a quienes habían regresado del destierro los derechos sobre sus libertos[422], aunque estas astutas criaturas corrompían tal medida de todas las maneras, escondiendo su dinero en depósitos ocultos o en los bolsillos de hombres influyentes, e incluso algunos que se habían pasado a la casa del emperador llegaron a ser más poderosos que sus propios amos.

93. Los soldados por su parte, al estar repletos los campamentos y con una muchedumbre de gente sobrante, vagaban por los pórticos, templos o por toda la ciudad. No conocían los puntos de reunión en los campamentos, no respetaban las guardias ni se endurecían con el entrenamiento militar. En medio de los atractivos de la ciudad y de actividades que da vergüenza contar arruinaban su cuerpo con la holgazanería y el alma con la lujuria[423]. Al final, ni se preocupaban por sus propias vidas: una gran parte acampó en la zona insalubre del Vaticano, por lo que se produjeron numerosas muertes entre la soldadesca. Al correr al lado el Tíber, la afición de meterse en el río y su debilidad con el calor debilitó los cuerpos de germanos y galos propensos [2] a las enfermedades. Además, se pervirtió el ordenamiento militar ya fuera por malicia o ambición. Se reclutaron dieciséis cohortes pretorianas y cuatro urbanas, en cada una de las cuales había mil hombres[424]. En este reclutamiento quien actuaba con mayor osadía era Valente, porque pensaba que había salvado a Cécina del desastre. Sin duda los vitelianos se habían reforzado con su llegada y se había desvanecido el siniestro rumor de su lenta marcha con su exitoso combate. Todos los soldados de la Germania Inferior seguían a Valente, circunstancia por la que se cree que empezó a flaquear la lealtad de Cécina.

94. Con todo, la indulgencia de Vitelio con sus generales no fue nada comparada con la que tuvo con los soldados. Cada cual escogía su propio destino: aunque no tuviera méritos, se le asignaba a la guarnición de Roma[425], si esa era su preferencia, y, en cambio, los buenos soldados permanecían en las legiones o en las unidades de caballería auxiliar, si así lo querían. Y no faltaban voluntarios, agotados por enfermedades y criticando los rigores del clima de Italia. Lo cierto es que las legiones y escuadrones de caballería perdieron su fuerza y se hizo añicos el prestigio de la guarnición urbana al mezclarse con ellos, sin seleccionar, veinte mil soldados procedentes de todo el ejército. [2] Cuando Vitelio se dirigió a sus tropas, los soldados le exigieron la ejecución de los generales de la Galia Asiático, Flavio y Rufino por haber luchado al lado de Víndice[426]. Y Vitelio no daba muestras de refrenar clamores de esa guisa. Aparte de su natural cobardía, al ser consciente de que le acuciaba la recompensa prometida y no tenía dinero, concedía a los soldados todo lo demás. Se ordenó a los libertos de los nobles

romanos aportar [3] una especie de impuesto en proporción al número de esclavos[427]; Vitelio, en cambio, preocupado solo por gastar, se dedicaba a construir cocheras para sus aurigas, llenaba el circo[428] con espectáculos de gladiadores y fieras y jugaba con el dinero como si nadara en la abundancia.

95. Y más aún, Cécina y Valente celebraron el cumpleaños de Vitelio[429] con la organización de espectáculos de gladiadores por todos los barrios de Roma en medio de un derroche enorme y desconocido hasta aquel día. Encantó a la gentuza y lo vio mal la gente de bien el que el emperador erigiera altares en el Campo de Marte para celebrar ceremonias fúnebres. Se sacrificaron y quemaron víctimas a costa del erario público. Acercaron la antorcha a la pira los Augustales[430], el colegio sacerdotal que el emperador Tiberio consagró a la familia Julia a imitación de [2] lo que hizo Rómulo en honor del rey Tacio[431]. Todavía no habían pasado cuatro meses desde la victoria y ya Asiático, el liberto de Vitelio, igualaba a los Polícitos y Patrobios[432] y otros nombres odiados del pasado. Nadie rivalizaba en aquella corte en honradez o trabajo duro; solo había un camino para conseguir poder: saciar con caros banquetes, el gasto y el juego el insaciable [3] apetito de Vitelio. El mismo emperador, con la convicción de que bastante tenía con disfrutar del presente[433] y no pensar en un largo plazo, dilapidó, se cree, en pocos meses novecientos millones de sestercios[434]. ¡Grande y desgraciada ciudad, que en un mismo año soportaba a Otón y a Vitelio, vivía entre Vinios, Fabios, Ícelos y Asiáticos[435] con suerte variada y vergonzosa, hasta que les sucedieran Muciano y Marcelo[436], un cambio de personas y no de comportamientos!

96. La primera defección que se anunció a Vitelio fue la de la legión III[437], pues Aponio Saturnino le envió una carta antes de unirse él también al bando de Vespasiano. Pero Aponio, como asustado por la súbita conmoción, no le había contado todo, en tanto que sus amigos quitaban importancia a la noticia entre adulaciones, diciéndole que la rebelión solo afectaba a una sola legión, mientras que el resto del ejército permanecía leal. Esto [2] fue también lo que Vitelio transmitió en un discurso a los soldados denunciando a los pretorianos recién licenciados, a quienes acusaba de difundir falsos rumores[438]. Aseguraba que no había riesgo alguno de guerra civil. Prohibió mencionar el nombre de Vespasiano y patrullaron soldados por Roma para reprimir las habladurías del pueblo. Y eso fue precisamente lo que alimentó más los rumores.

97. No obstante, Vitelio solicitó refuerzos de Germania, Britania y las Hispanias, aunque sin prisas y sin admitir la urgencia de la situación. De igual manera se mostraban dubitativos los gobernadores y las provincias. Hordeonio Flaco, que sospechaba ya de los

batavos[439], andaba preocupado con su propia guerra; Vetio Bolano[440], porque Britania nunca estaba suficientemente pacificada[441]; y los dos se mostraban dubitativos en su lealtad. Tampoco se daban prisa desde las Hispanias al no haber entonces allí ningún legado consular. Los tres comandantes de las legiones[442], que tenían la misma autoridad y que rivalizarían en obediencia si las cosas le fueran bien a Vitelio, se mostraban reacios por igual a respaldar su adversa [2] fortuna. En África la legión[443] y las cohortes reclutadas por Clodio Macro y luego licenciadas por Galba se reincorporaron al servicio a una orden de Vitelio; al mismo tiempo el resto de los jóvenes se alistaban con entusiasmo. Y es que allí Vitelio había desempeñado un proconsulado honesto y popular, mientras que Vespasiano se había ganado mala fama e impopularidad. A partir de tal sensación los aliados suponían lo que sería el imperio de uno y otro, pero la experiencia vino a demostrar lo contrario.

98. Y en un primer momento el comandante de la legión, Valerio Festo[444], apoyó lealmente el entusiasmo de los provinciales. Luego, empezó a dudar. En la correspondencia y edictos oficiales se mostraba favorable a Vitelio, pero mantenía contactos secretos con Vespasiano con la intención de respaldar a una u otra causa dependiendo de quién ganara. Algunos soldados y centuriones sorprendidos en Recia y las provincias galas con cartas y edictos de Vespasiano fueron entregados a Vitelio y ejecutados. Muchos más pasaron inadvertidos, amparados por amigos leales o por su propia astucia. De esta manera [2] se conocían los preparativos de Vitelio, mientras que la mayoría de los planes de Vespasiano quedaban envueltos en el misterio. Esto se debía en primer lugar a la incompetencia de Vitelio y luego al hecho de que las guarniciones instaladas en los Alpes de Panonia mantenían bloqueados a los mensajeros[445]. Además, el mar favorecía la navegación hacia Oriente por el soplo de los vientos etesios[446], pero era adverso para la dirección contraria.

99. Al fin, Vitelio, aterrorizado por las alarmantes noticias que de todas partes anunciaban la invasión de los enemigos, ordenó a Cécina y a Valente que se movilizaran para la guerra. Se envió por delante a Cécina, pues a Valente, que por entonces acababa de recuperarse de una grave dolencia, lo retrasaba su debilidad. La imagen del ejército de Germania al salir de la ciudad era muy diferente de la usual:[447] no tenían fuerza en sus cuerpos, no había entusiasmo en sus almas; la columna avanzaba con lentitud y estaba dispersa, sus armas estaban descuidadas, sus caballos marchaban sin brío; los soldados no soportaban el sol, el polvo y el mal tiempo, y cuanto más débiles se mostraban para soportar [2] las fatigas, más dispuestos se encontraban para las disputas. A todos estos problemas se añadía la antigua ambición de Cécina y una apatía de reciente aparición,

pues, como consecuencia de la excesiva indulgencia de la Fortuna se había dado al lujo, o tal vez al estar jugando con la traición estaba entre sus artimañas minar la moral del ejército[448]. Muchos han creído que los consejos de Flavio Sabino[449] habían minado la lealtad de Cécina con la intervención de Rubrio Galo como intermediario en estos tratos. Se le aseguró que Vespasiano ratificaría los acuerdos del cambio de bando. Al mismo tiempo, se le recordaban los odios y la envidia que sentía hacia Fabio Valente, para que, postergado ante Vitelio, recuperara influencia y poder con un nuevo emperador.

100. Cécina, que fue despedido con un abrazo de Vitelio en medio de grandes honores[450], envió a una parte de la caballería a ocupar Cremona. Luego le siguieron los estandartes de las legiones I, IV, XV y XVI[451], más tarde la V y la XXII[452], y finalmente avanzaron en formación la XXI *Rapax* y la I *Italica* acompañadas de los destacamentos de las tres legiones de Britania[453] y una selección de tropas auxiliares. Tras la marcha de Cécina, [2] Fabio Valente envió órdenes al ejército que había estado bajo su mando para que lo aguardara en el camino, pues así lo había convenido con Cécina. Pero este, que estaba con ellos y por ello tenía más influencia, simuló que la decisión se había cambiado para hacer frente con todas las fuerzas disponibles al inminente enfrentamiento. Así que se ordenó a las legiones que se dieran [3] prisa, a unas por llegar a Cremona[454] y otras a Hostilia[455]. Cécina se desvió a Ravenna[456] con el pretexto de arengar a la flota. Luego se descubrió que había preparado una cita secreta para sellar la traición[457]. En efecto, Lucilio Baso[458], tras ser el comandante de un regimiento de caballería, había sido puesto al frente de las flotas tanto de Ravenna como de Miseno. Y como no se le había elegido inmediatamente para prefectura del pretorio[459], vengaba su injustificado rencor con una infame traición. Y no se puede tener seguridad sobre si arrastró a Cécina o, como sucede entre los malvados, que suelen ser parecidos, los empujó una misma maldad.

101. Los historiadores modernos[460] que escribieron el recordatorio de esta guerra durante la dinastía Flavia nos han transmitido como causas su preocupación por la paz y su amor por la república, falseando las razones por adulación hacia el nuevo régimen. Mi opinión es que a estos dos hombres, además de su innata veleidad y del escaso valor de su lealtad en el futuro, pues habían traicionado a Galba, fue también la rivalidad y el resentimiento, no fuera a ser que otros se les adelantaran ante [2] Vitelio, lo que les llevó a derribar al mismo Vitelio. Cécina alcanzó a las legiones y se dispuso a minar con tretas diversas la sólida adhesión de centuriones y soldados hacia Vitelio. Baso encontró menos dificultad en maquinar lo mismo, pues la flota era proclive a cambiar su lealtad al recordar su reciente campaña a favor de Otón[461].

[1] Tácito comienza el libro segundo (1-9) con una digresión sobre los asuntos del Este; cf. H. HEUBNER, *P. Cornelius Historien II*, Heidelberg, 1969, págs. 9-12; G. E. F. CHILVER, *Historical commentary on Tacitus' Histories I and II*, Oxford, 1979, págs. 161-162; J. HELLEGOUARC'H, *Tacite, Histoires, livres II-III*, texto establecido y traducido por H. LE BONNIEC, anotado por J. HELLEGOUARC'H, París, 1989, págs. 147-9; R. ASH, *Tacitus, Histories, Book II*, Cambridge, 2007, págs. 73-74.

[2] La diosa Fortuna tenía un templo en Roma desde los tiempos de la monarquía; cf. NASH, *Pictorial Dictionary*…, págs. 411 y 414; J. NORTH, *Roman religion*, Oxford, 2000, pág. 36.

[3] El imperio fue próspero con Vespasiano y Tito, pero desgraciado con Domiciano, que acabó asesinado en el año 96.

[4] Es el futuro emperador Tito (Tito Flavio Vespasiano, 39-81 d. C.; cf. *PIR*^{2} F 339), hijo de Vespasiano (Tito Flavio Sabino Vespasiano, 9-79) y hermano de Domiciano (Tito Flavio Domiciano, 51-96). El viaje de Tito a Roma para felicitar al nuevo emperador Galba ocurrió a finales del 68 o comienzos del 69 hasta finales de enero del 69; cf. SUETONIO, *Tito* V 1; HEUBNER, *Historien II*, págs. 12-25; CHILVER, *Historical Commentary I-II*, pág. 162; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 149; ASH, *Histories II*, pág. 75.

[5] Roma pasaba por ser una ciudad amante de cotilleos; cf. B. J. GIBSON, «Rumors as causes of events in Tacitus», *Mater. e discuss*. 40 (1998), 111-129.

[6] Corinto, ciudad que unía el centro de Grecia con el Peloponeso, era un centro comercial y administrativo muy floreciente; cf. J. WISEMAM, «Corinth and Rome I:228 BC-AD 267», *ANRW* II 7.1 (1979), 438-548; C. K. WILLIAMS, «Roman Corint as a comercial centre», en T. GREGORY, ed., *The Corinthians in the Roman period*, Londres, 1993, págs. 31-46.

[7] Galba fue asesinado en Roma el 15 de enero del año 69; cf. I 27, 1.

[8] Cf. A. MOMIGLIANO, «Vitellio», *Stud. Ital. Filol. Class*. 9 (1931), 117-161.

[9] La reina Berenice era hija de Herodes Agripa I y esposa primero de su tío Herodes, rey de Calcis en Siria, y después de Polemón, rey de Olba. Llegó a Roma en el año 75, pero fue despedida para cuidar la reputación de Tito; cf. SUETONIO, *Tito* VII 2; DIÓN CASIO, LXVI 15, 3-4J. CROOK, «Titus and Berenice», *Amer. Journ. Philol*. 72 (1951), 162-175; P. M. ROGERS, «Titus, Berenice and Mucianus», *Historia* 29 (1980), 86-95; D. BRAUND, «Berenice in Rome», *Historia* 32 (1984), 120-123; A. KEAVENEY-J. MADDEN, «Berenice at Rome», *Mus. Helv*. 60 (2003), 39-43; CHILVER, *Historical Commentary I-II*, págs. 163-164; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 150-151; ASH, *Histories I*, pág. 79.

[10] Era el nombre oficial de la provincia de Grecia, anexionada a Roma en el año 146 a. C.

[11] Ciudad de Chipre, donde se creía había nacido Afrodita; cf. R. GUERRINI, «Tito al santuario Pafio e il ricordo di Enea (Tac. *Hist*. II 4)», *Atene e Roma* 31 (1986), 28-34.

[12] Es una fórmula literaria para introducir una digresión. En las *Historias* se encuentran otras digresiones en I 89, II 38, III 34, 51, 68, 72, 83, IV 83 y V 2-10; cf. G. B. TOWNEND, «Claudius and the digressions in Tacitus», *Rhein. Museum* 85 (1962), 358-368; ASH, *Histories II*, pág. 80.

[13] La versión de Tácito no coincide con otras (PAUSANIAS, VIII 5, 2; ESTRABÓN, XIV 682), en las que se atribuye a Agapenor, jefe de los arcadios que lucharon en Troya con Agamenón (HOMERO, *Ilíada* II 609), la fundación del templo de Afrodita en Pafos; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 30-36; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 165; ASH, *Histories I*, pág. 81.

[14] Rey legendario de Chipre, padre de Mirra, de cuya relación incestuosa nació Adonis; cf. OVIDIO, *Metamorfosis* X 298-502; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 152.

[15] Cf. W. HANSEN, «Foam-born Aphrodite and the mythology of transformation», *Amer. Journ. Philol*. 121 (2000), 1-19.

[16] La digresión se cierra con una perífrasis para decir que la imagen tiene forma de cono.

[17] Los judíos se enfrentaron abiertamente a Roma en el año 66 y fueron derrotados en el 70, cuando Tito conquistó Jerusalén y destruyó el Templo; Masada, el último reducto judío, se rindió en el 73; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos*, VI 407, 435: ASH, *Histories II*, pág. 84. Sobre los judíos, léase V 2-5.

[18] Cf. I 10, 3. Vespasiano mandaba sobre la *X Fretensis*. la *V Macedonica* y la *XV Apollinaris*. Muciano,

por su parte, estaba al frente de la *IV Scythica*, la *VI Ferrata* y la *XII Fulminata*, mientras que la *III Gallica* se había trasladado a Mesia por orden de Nerón; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 39-40; ASH, *Histories II*, pág. 85; M. G. MORGAN, «Tacitus *Histories* 2.44.4 and Mucianus' legion in 69», *Mus. Helv*. 61 (2004), 129-138.

19 Cf. I 10, 1.

20 La comparación *(sýncrisis)* entre dos personajes era usual en la historiografía antigua; cf. Salustio y Catón en SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* LIII LIV; W. W. BATSTONE, «The antithesis of virtue: Sallust's *synkrisis* and the crisis of the late Republic», *Class. Ant. 7* (1988), 1-29.

21 Cf. SUETONIO, *Vespasiano*, 16: DIÓN CASIO, LXVI 8; CICERÓN, *LOS deberes*, II 77; B. LEVICK, *Vespasian*, Londres-Nueva York, 1999, págs. 95-106: CHILVER, *Historical commentary*, págs. 167-168.

22 No antes de mediados de febrero del 69; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 169. Los dos ejércitos se refieren a los de Judea y Siria.

23 Sobre el término elegido *(pernicibus* en lugar de *precibus, praecipitibus o properis)*, cf. III 40, 1: A. B. CERNJAK, A. B., «Quelques problèmes de critique textuelle chez Tacite (*A*. XI.18.1, *Hist*. II.6.1 et II.77.2),», *Quaderni lstit. Filol. Latin*. 4 (1976), 99-111; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 155; ASH, *Histories II*, pág. 91.

24 César venció a Pompeyo en Farsalia (Tesalia) en el año 48 a. C. Bruto y Casio fueron derrotados por Antonio y Octaviano en Filipos (Macedonia) en el 42 a. C., mientras que Octaviano derrotó a Marco Antonio en la batalla de Accio en el golfo de Ambracia en el año 31 a. C.

25 Germánico, nieto de Augusto e hijo adoptivo de Tiberio, murió en Antioquía en el año 19 d. C. Fue el último miembro de la casa imperial que visitó las provincias orientales del imperio romano.

26 El general romano Corbulón luchó contra los partos en los años 58-59 y 62-63; *cf. Anales* XIII 34-41, XV 1-17, 24-31; R. ASH, «Following in the footsteps of Lucullus? Tacitus' characterization of Corbulo», *Arethusa* 39 (2006), 355-375.

27 Cf. II 4, 3.

28 Eran las legiones *III Cyrenaica y* la *XXII Deiotariana*.

29 Capadocia fue incorporada al imperio romano por Tiberio en el año 17 y el Ponto en el 64 por Nerón; cf. T. B. MITFORD, «Cappadocia and Armenia Minor: historical setting of the *limes*». *ANRW* II 7.2 (1980), 1.169-1.228; A. B. BOSWORTH, «Vespasian's reorganisation of the north-east frontier», *Antichton* 10 (1976), 63-78.

30 El mar Egeo.

31 Vespasiano y demás líderes de su partido; cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 16.

32 Sigo la lectura de algunos manuscritos (*discordiam his ignaviam luxuriem)*; cf. D. C. A. SHOTTER, «A note on Tacitus *Hist*. 2.7.1 », *Class. Philol*. 63 (1968), 267; M. G. MORGAN, «Tacitus, *Histories* 2,7,1», *Hermes* 123 (1995), 335-340.

33 El falso Nerón, producto de la fuerza que llegaron a tener los rumores en aquella época, surgió entre febrero y abril del año 69; cf. M. G. MORGAN, «The three minor pretenders in Tacitus *Histories* II», *Latomus* 52 (1993), 769-796; P. A. GALLIVAN, «The false Neros: a re-examination», *Historia* 22 (1973), 364-365; C. J. TUPLIN, «The false Neros of the first century AD», en C. DEROUX, ed., *Studies in Latin literature and Roman history*, V, Bruselas, 1989, págs. 364-404; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 156-157; ASH, *The Histories*, pág. 274. Más tarde, Tácito cuenta otra historia similar de un falso Druso; cf. *Anales* V 10; BASSOLS, *Tácito II*, pág. 18.

34 Nerón se había suicidado sobre el 10 de junio del 68; cf. SUETONIO, *Nerón* 47-50; DIÓN CASIO, LXIII 27, 3-29

35 Se trata de una pequeña isla de las Cícladas; cf. ASH, *Histories I*, pág. 98.

36 Cf. I 54, 1; BASSOLS, *Tácito II*, pág. 19; P. BOYANCÉ, «La main de *Fides», Hommages à J. Bayet*, Bruselas, 1964, págs. 101-113.

37 Sobre la fama, cf. VIRGILIO, *Eneida* IV 173-190; OVIDIO, *Metamorfosis* XII 39-63.

38 Nonio Calpurnio Asprenate fue cónsul *suffectus* entre el 70 y el 74 y llegó a ser procónsul de África en el 83; cf. CHILVER, *Historical Commentary I-II*, págs. 172-173; ASH, *Histories II*, pág. 100.

[39] Galacia y Panfilia, en el Asia Menor, se unieron en una sola provincia (Galacia) en tiempos de Augusto; cf. R. SYME, «Pamphilia from Augustus to Vespasien», *Klio* 30 (1937), 227-231; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 157.

[40] Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.661-1.662.

[41] Vibio Crispo, procedente de de *Vercellae* (norte de Italia) fue cónsul *suffectus* en los años 61, 74 y 83, procónsul de Africa con Nerón y legado en la Hispania Tarraconense en los años 71-73; cf. A. B. BOSWORTH, «Vespasian and the provinces: some problems of the early 70s AD», *Athenaeum* 51 (1973), 49-78; cf. CHILVER, *Historical Commentary I-II*, págs. 173-174; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 158; ASH, *Histories II*, págs. 102-104.

[42] Tal vez era un antepasado de la esposa del emperador Antonino Pío (86-161 d. C.), marido de Annia Galeria Faustina la Mayor.

[43] El hermano de Crispo era Vibio Secundo, procurador de Mauritania en el año 60; ASH, *Histories II*, pág. 104.

[44] En este capítulo se vuelve a la narración de los hechos dejados en I 90, 1 y, tras el paréntesis dedicado a los Flavios, se regresa a Otón; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 51-55; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 159-160; ASH, *Histories II*, pág. 105.

[45] A mediados de marzo del 69.

[46] Eran las legiones *VII Galbiana, XIII Gemina, XI Claudia Pia Fidelis* y *XIV Gemina*; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 160-161; cf. ASH, *Histories II*, págs. 105-106.

[47] La revuelta de Boudicca en el 60 fue sofocada por Suetonio Paulino en el 61; cf. *Agrícola* XV-XVI, 3; *Anales* XIV 29-39; DIÓN CASIO, LXII 1-12; ASH, *Histories I-II*, pág. 106.

[48] La legión *I Adiutrix* o Auxiliadora.

[49] Cf. T. WIEDEMANN, *Emperors and gladiators*, Londres, 1992, pág. 39.

[50] Annio Galo fue cónsul *suffectus* en el año 66 y legado en la Germania Superior en el año 70; cf. I 87, 2; II 33, 1; II 44, 2; IV 68, 1; PLUTARCO, *Otón* V 5. Vestricio Espurina fue cónsul *suffectus* con Vespasiano y más tarde en los años 98 y 100. Plinio el Joven nos ha dejado noticias muy positivas de él (*Cartas* II 7, 1; III 1, 7); cf. R: SYME, «Vestricius Spurinna», en A. R. BIRLEY, ed., *Roman Papers VII*, Oxford, 1991, págs. 541-550; CHILVER, *Historical Commentary I-II*, pág. 176; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 161-162; ASH, *Histories II*, pág. 107.

[51] El Po es el río más largo de Italia y se erigía como la defensa natural del norte; cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* III 117-122.

[52] Sobre la marcha de Cécina, cf. I 67-70; CHILVER, *Historical Commentary I-II*, págs. 264-265.

[53] Es decir, como un soldado aguerrido. Otón pasaba por ser afeminado; cf. I 22, 1; SUETONIO, *Otón* XII 1: JUVENAL, II 99-109; MARCIAL, VI 32, 2.

[54] Tácito es la única fuente de la expedición de Otón; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 57-64; ASH, *The Histories*, pág. 275.

[55] Augusto creó la pequeña provincia de los Alpes Marítimos, que junto a la de los Alpes Cotios al norte formaban un colchón entre la Galia Narbonense e Italia; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 177; ASH, *Histories II*, pág. 110.

[56] Cf. A. L. F. RIVET, *Gallia Narbonensis*, Londres, 1988.

[57] Sobre Suedio Clemente, Antonio Novelo y Emilio Pacense, cf. I 87, 2.

[58] Era frecuente aludir al impacto que causaba la guerra sobre la agricultura; cf. VIRGILIO, *Geórgicas* I 506-507; OVIDIO, *Fastos* I 697-700.

[59] Sobre Mario Maturo, del orden ecuestre, cf. R. SYME, «Ministers of the Caesars», en A. R. BIRLEY, *Roman Papers*, VII, Oxford, 1991, pág. 530.

[60] *Albintimilium* o *Intimilium*, la moderna Ventimiglia, era un pueblo de la costa Liguria, al que se llegaba a través de la *via Iulia Augusta*, cf. ESTRABÓN, IV 6, 2 (202 C); ASH, *Histories II*, pág. 112.

[61] Tácito se detiene con frecuencia en señalar este vicio tanto en personajes (Galba, Fonteyo Capitón, Tito

Vinio, Calpurnio Pisón, Vespasiano y otros), como en pueblos y bandos (vitelianos, flavianos, germanos, emperadores, romanos); cf. ASH, *Histories II*, pág. 113; A. FELDHERR, «*Caeci avaritia*: avarice, history and vision in Livy V», en C. DEROUX, ed., *Studies in Latin literature and Roman history*, Bruselas 1997, págs. 268-277.

62 La ejemplaridad era un elemento frecuente en la historiografía antigua; cf. E. AUBRION, *Rhétorique et histoire chez Tacite*, Metz, 1985, págs. 237-246.

63 Cf. I 87, I. Sobre Valente, cf. I 7, 1.

64 Las colonias serían *Narho Martins* (Narbona), *Forum Iulii* (Frèjus), *Aquae Sextiae* (Aix-en-Province), *Arelas* (Arlés). *Baeterrae* (Béziers), *Carcaso* (Carcassonne), *Arausio* (Orange), *Valentia* (Valence), *Vienna* (Vienne); cf. CHILVER, *Historical Commentary I-II*, págs. 178-179; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 163.

65 Cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 30. Julio Clásico era un noble procedente de *Augusta Trexirorum* (Trier); cf. IV 55, 1.

66 Es la actual Fréjus, ciudad situada en la costa de la Galia Narbonense. La colonia se fundó para los veteranos de la legión *VIII Hispana*; cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* III 35.

67 Sobre la descripción de esta batalla, léase a M. G. MORGAN, «Tacitus, *Histories* 2,14,2», *Würzburger Jahrbücher für Altert*, 20 (1994-1995), 225-231; CHILVER, *Historical Commentary I-II*, págs. 179-180; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 164; ASH, *Histories II*, págs. 116-117.

68 La guardia pretoriana constaba de nueve cohortes pretorianas con una dotación de mil soldados de infantería y un escuadrón de caballería; cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 31.

69 Desde *Forum Iulii*; cf. II 14, 1.

70 La moderna Antibes en la Riviera francesa; cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* III 35, XXXI 94; MARCIAL, XIII 103.

71 La actual Albenga; cf. *CIL* V 2, pág. 892.

72 Tácito se desvía algunas veces del hilo de su narración para entretener y llamar la atención sobre algunos acontecimientos menores, pero que eran indicios de que incluso en lugares menos importantes se quebraba la normalidad en aquellos tiempos de guerra civil. Similares digresiones se dan en II 58-59 (asesinato de Albino, gobernador de Mauritania); II 85, 2 (intento de asesinato de Tetio Juliano, legado de la legión *VII Claudiana* en Mesia; IV 48-50, 3 (asesinato de Lucio Pisón, procónsul de África); cf. ASH, *Histories II*, pág. 119.

73 Córcega y Cerdeña se convirtieron en provincias senatoriales en el año 27 a. C.; cf. CHILVER, *Historical Commentary I-II*, pág. 181; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 165.

74 Se trataba de naves pequeñas de una o dos filas de remos; cf. S. PANCIERA, «*Liburna*: rassegna delle fonti, caratteristiche della nave, accezioni del termine», *Epigraphica* 18 (1956), 130-156.

75 Los lugares más usuales para cometer un asesinato eran el baño o durante un banquete; cf. R. A. S. SEAFORD, «The last bath of Agamemnon», *Class. Quarterly* 34 (1984), 247-254.

76 En I 70, 1.

77 Este regimiento de caballería debe probablemente su nombre a G. Silio, gobernador de la Germania Superior en tiempos de Tiberio; cf. I 70, 1; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 132.

78 Cf. I 70, 2; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 228-229.

79 Léase a M. G. MORGAN, «Cremona in AD 69. Two notes on Tacitus's narrative technique», *Athenaeum* 84 (1996), 381-403; cf. CHILVER, *Historical commentary II*, págs. 182-183; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 166.

80 Sobre esta floreciente colonia latina, la actual Piacenza, cf. M. L. PAGIANI, *Piacenza*, Roma, 1991; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 166.

81 Ticino se hizo tristemente famosa por la derrota de los romanos ante Aníbal en el año 218 a. C. Más tarde se convirtió en una de las ciudades más prósperas de la Galia Transpadana, entre los ríos Ticino y Po.

82 Cf. II 11, 2.

83 La mayoría procedía de la legión *XXI Rapax* (I 61, 2) con base en Germania; cf. ASH, *Histories II*, pág.

125.

[84] Léase a BASSOLS, *Tácito II*, pág. 38.

[85] En cada cohorte había seis centuriones, dos por cada uno de los tres manípulos. La legión disponía de seis tribunos que dependían directamente del comandante de la legión; BASSOLS, *Tácito II*, pág. 38.

[86] Cf. II 11, 2; K. WELLESLEY, «*Suggestio falsi* in Tacitus», *Rhein. Museum* 103 (1960), 272-288.

[87] El río Po desaparecía brevemente de la vista desde Piacenza, colonia romana fundada en el año 219 a. C.; cf. CHILVER, *Historical Commentary I-II*, pág. 184; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 167-168.

[88] En el texto latino aparece una fuerte silepsis o zeugma complejo, por el que los verbos se emplean con sentidos diferentes para *arma* y para *obsequium et parendi amor*; cf. SÖRBOM, *Variatio sermonis Tacitei…*, págs. 75-76; LAUSBERG, *Elementos de retórica literaria…*, págs. 159-162.

[89] Cf. I 67.

[90] Es decir a ciudadanos romanos, pues la toga era el símbolo de la romanidad y también de la paz; cf. C. VOUT, «The myth of the *toga*: understanding the history of Roman dress», *Greece & Rome* 43 (1996), 204-220.

[91] Los pantalones *(bracae)* eran usados por galos, medos y sármatas; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 90-91.

[92] Sobre el gusto de Tácito por las sentencias, léase a R. KIRCHNER, *Sentenzen in Werk des Tacitus*, Stuttgart, 2001, esp. pág. 167. También se hizo tópica la envidia que produce la excelencia de otros; cf. ASH, *Histories II*, págs. 130-131.

[93] Cf. PLUTARCO, *Otón* VI 1-4; cf. M. G. MORGAN, «Caecina's assault on Placentia: Tacitus *Histories* 2.20.2-22.3», *Philologus* 141 (1997), 338-361.

[94] Placencia mantenía una rivalidad especial con Cremona; cf. la rivalidad entre Lugduno y Vienne (I 65, 1), Puteólos y Capua (III 57, 1) o Leptis y Ea (IV 50, 4).

[95] Del anfiteatro de Placencia no queda nada, por lo que no se puede constatar la veracidad de Tácito. Los anfiteatros de mayor capacidad en Italia eran el Coliseo (50.000), el de Pola (22.000), el de Verona (30.000) y el de Aquileya (26.000); cf. J.-C. GOLVIN, *L'amphithéatre romain*, París, 1988, págs. 284-288; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 186; ASH, *Histories II*, págs. 133-134.

[96] Cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 48.

[97] Los vitelianos se apoyaban en el fuerte ejército de Germania, mientras los otonianos se ufanaban del prestigio de las cohortes pretorianas de Roma, que no tenían experiencia en el campo de batalla ni en el asedio de ciudades; cf. H. FREIS, *Die cohortes urbanae*, Colonia, 1967, págs. 36-46.

[98] En realidad, solo estaba la legión *XXI Rapax*; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 65 y 186.

[99] BASSOLS, *Tácito II*, pág. 45. El tricolon o estructura de tres miembros *(subruit… instruit… molitur)* suele ser asindético en Tácito; cf. D. FANETTI, «Esame statistico e interpretazione del tricolon in Tacito», *Annali Fac. Lett. E Filos. dell'Università di Siena* 4 (1983), 1-39.

[100] Turulio Cereal solo es nombrado aquí. El batavo Julio Brigántico era sobrino de Civil, contra quien luchó a las órdenes de Petilio Cereal; cf. IV 70, 2; V 21, 1; HEUBNER, *Historien II*, págs. 96-97; ASH, *Histories II*, pág. 138.

[101] El primipilar era el centurión veterano de mayor rango; cf. B. DOBSON, «The significance of the centurión and *primipilaris* in the Roman army and administration», *ANRW* II 1 (1974), 392-434.

[102] Se trataba de la legión *I Adiutrix*, reclutada por Nerón; cf. I 6, 2; 31, 2; 36, 3.

[103] Verona, ciudad del norte de Italia, se encontraba en el cruce de cinco caminos de paso desde el norte hacia Italia; cf. WELLESLEY, *Histories III*, págs. 239-240.

[104] *Bedriacum* se hizo famosa por las dos batallas que tuvieron lugar en sus alrededores, una el 14 de abril del 69 y otra los días 24 y 25 de octubre del mismo año. Estaba situada en la vía Postumia a unos 65 kilómetros de Verona y a unos 35 kilómetros de Cremona; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 171-172.

[105] Marcio Macro *(PIR[1]* M 258) fue un soldado valiente y con iniciativa, a quien Otón había postulado para el consulado del año 70 (II 71, 2), pero alcanzó el cargo tras la victoria de Vitelio. Pero este breve episodio no se encuentra en ninguna otra fuente; cf. M. G. MORGAN, «Martius Macer's raid and its consequences: Tacitus,

Histories, 2.23», *Class. Quarterly* 55 (2005), 572-581.

[106] Paulino fue gobernador en Britania en el año 58, a sus órdenes sirvió Agrícola, suegro de Tácito y cónsul en el 66 *(Anales* XVI 14, 1); cf. ASH, *Histories II*, pág. 141.

[107] Mario Celso fue comandante de la legión *XV Apollinaris* en Panonia y Siria. Se mantuvo siempre leal a Otón y llegó a gobernar Siria en el año 73; cf. ASH, *Histories I*, págs. 141-142.

[108] El hermano de Otón, L. Salvio Otón Ticiano había quedado al cargo de la seguridad en Roma (I 90, 3). Fue cónsul en el año 52 y procónsul en Asia en los años 63-64; cf. *Anales* XII 52, 1. Plutarco sitúa el cambio en el mando después de la derrota de Cástores; cf. PLUTARCO, *Otón* VII 6; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 172; ASH, *Histories II*, págs. 142-143.

[109] Cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 99-104.

[110] Cf. II 23, 3-5.

[111] La emboscada en Cástores (plural por Cástor y Pólux), paraje situado en la vía Postumia entre Cremona y Bedriaco, a 18 kilómetros de Cremona, contra el viteliano Cécina tuvo lugar sobre el 5 de abril del año 69; cf. PLUTARCO, *Otón*, VII 2; SUETONIO, *Otón* IX 2; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 189-191; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 173; MURISON, *Galba, Otho and Vitellius…*, págs. 107-110.

[112] Las legiones mencionadas en este párrafo son la *XIII Gemina y* la *I Adiutrix*.

[113] La legión *I Adiutrix*.

[114] G. Julio Antíoco Epífanes era hijo del rey de Comagenia (Siria), Antíoco IV (cf. II 81, 1); cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 192; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 175; ASH, *Histories II*, pág. 147.

[115] Es el campamento principal de Vitelio en Cremona a unas 12 millas; cf. II 22, 3.

[116] Solo es nombrado aquí. El comandante del campamento *(praefectus castrorum)*, un oficial veterano, se encargaba de todas las actividades que se llevaban a cabo dentro del campamento (construcción, entrenamiento, disciplina, abastecimiento, asistencia médica y pagos); cf. VEGECIO, II 10; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 192.

[117] Cf. I 20, 3.

[118] Las tropas de Valente, tras llegar a Ticino sobre el 6 de abril, se encontraban a 50 millas de Cremona y del campamento de Cécina; cf. ASH, *Histories II*, pág. 149.

[119] Cf. II 18-19 (motín en el bando de Otón). Otros motines narrados por Tácito se encuentran en I 80-85; II 51; 68-69, III 10-11; 12, y pequeñas revueltas en II 30, 1; IV 48, 1. Sobre los problemas de cronología de este motín (ocurrido realmente antes de la emboscada de Cástores), léase a HEUBNER, *Historien II*, págs. 109-111; ASH, *Histories II*, pág. 150.

[120] Cf. I 6, 2; 59, 1; II 43, 2; 66, 1-2; IV 19, 2.

[121] Tácito se refiere al período que transcurre entre mayo y junio del 68, cuando Víndice, gobernador de la Galia Lugdunense, se levantó contra Nerón; cf. R. SYME, «The colony of Cornelius Fuscus: an episode in the *bellum Neronis*». *Amer. Jour. Philol*. 58 (1937), 7-18; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 11-12; MURISON, «The Historical Value of Tacitus' *Histories*», págs. 1.689-1.693; MURISON, *Galba, Otho and Vitellius…*, págs. 1-26.

[122] La legión *XIV Gemina*.

[123] Valente.

[124] Cf. II 14, 1.

[125] En efecto, ocho cohortes con un total de unos 3.840 hombres, eran una fuerza nada despreciable, si actuaban juntos; cf. ASH, *Histories II*, pág. 153.

[126] La Galia Narbonense, creada por Augusto. La lectura *sin victoria incolumi in Italia verteretur* del texto latino se debe a una enmienda de W. S. HADLEY («On Tac. *Hist*. II.28 *fin*.». *Class. Rev*. 13 [1899], 368); cf. K. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories* II.28.2», *Class. Rev*. 23 (1973), 6-7.

[127] La metáfora usual era considerar al general como la cabeza del ejército y a los soldados como el cuerpo; cf. DIONISIO DE HALICARNASO, I 48; PLUTARCO, *Galba* IV 5; CURCIO RUFO, VI 9, 28; SILIO

ITÁLICO, X 309-11. En Tácito se silencia la cabeza y se considera a las tropas auxiliares como los miembros y a los legionarios como el tronco. Sobre el texto, cf. K. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories* II. 28, 2», *Class. Review* 87 (1973), 6-7; Ash, *The Histories*, págs. 275-276.

[128] Eran los escoltas de los magistrados curules (cónsules y pretores) que actuaban de policías para asegurar el orden.

[129] Colonia latina establecida por Julio César en el 50 a. C., con el nombre de *Colonia Iulia Vienna*, a orillas del Ródano al sur de Lyon.

[130] Cf. I 66, 2. Valente pasaba por ser un general avaricioso; cf. II 56, 2; PLUTARCO, *Otón* VI 7; DIÓN CASIO, LXIV 15, 3; BASSOLS, *Tácito II*, pág. 56.

[131] Alfeno Varo (*PIR*^{2} A 522) mandó las tropas auxiliares batavas en la batalla de Bedriaco (II 43, 2; PLUTARCO, *Otón* XII 7) y fue nombrado por Vitelio prefecto del pretorio en Roma (III 36, 2); cf. III 55, 1; 61, 3; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 194-195.

[132] Los toques de trompeta militares serían los de diana (amanecer), fagina (comidas), guardias y retreta (sueño); cf. VEGECIO, II 22.

[133] Sobre las fluctuaciones emocionales del pueblo, cf. I 69, 80, 2; V 8, 3; LIVIO, II 7, 5.

[134] Eran las águilas de la legión *V Alaudae* (I 61, 2) y la de la *I Italica* (I 64, 3); ASH, *Histories II*, pág. 156.

[135] Cécina se encontraba en Cremona y Otón en Placencia. Valente y sus hombres llegaron sobre el 7 de abril; cf. ASH, *Histories II*, pág. 157.

[136] Tácito se vale de las comparaciones, típicas en historiografía (cf. LIVIO. XXII 27-30: Marco Minucio y Fabio Máximo), entre un general joven y otro viejo para resaltar las diferencias entre Cécina, joven, arrogante y carismático, y Valente, mayor, avaro e impopular. Después de esta *sýncrisis* o comparación. Tácito pasa a la de Otón y Vitelio; cf. M. G. MORGAN, «Rogues' march: Caecina and Valens in Tacitus, *Histories* I 61-70», *Mus. Helv*. 51 (1994), 103-125: ASH, *Histories II*, págs. 156-157.

[137] Cf. M. G. MORGAN, «Recriminations after *ad Castores*: Tacitus, *Histories* 2.30», *Class. Philol*. 91 (1996), 359-364.

[138] A Otón se le criticaba su afeminamiento y hedonismo; cf. I 22, 1; 30, 1; 50, 1; II 31, 1); a Vitelio se echaba en cara su afición a la bebida y su glotonería; cf. SUETONIO, *Vitelio* XIII 2; BASSOLS, *Tácito* II, págs. 59-60; ASH, *Histories II*, págs. 160-161.

[139] Cf. I 41; PLUTARCO, *Galba* XXVII 1-4; SUETONIO, *Galba* XIX 2-20; DIÓN CASIO, LXIV 6.

[140] La asamblea militar habría tenido lugar sobre el 10 de abril. Otras asambleas militares aparecen en I 32-33, III 1-2 (cf. también II 1, 3; 16, 2; 81, 3). El peligro de la precipitación en acciones militares en lugar de la prudente espera era un tópico historiográfico; cf. CÉSAR, *Guerra de las Galias*, V 28-30: LIVIO, XXII 14, 4-15. Paulino asume aquí el papel del buen consejero militar; cf. R. LATTIMORE, «The wise advisor in Herodotus», *Class. Philol*. 34 (1939), 24-35.

[141] Cf. II 23, 4.

[142] El discurso de Paulino es recogido por Tácito en estilo indirecto, mientras que los discursos de Otón (II 47) y de Muciano (II 76-77) los transmitió en estilo directo. Cf. HEUBNER, *Die Historien II*, págs. 119-124; ASH, *Histories II*, págs. 162-163.

[143] Solo quedaban dos legiones, la *VI Victrix* y la *X Gemina*, puesto que Galba se había llevado con él a la *VII Galbiana*; cf. ASH, *Histories II*, pág. 164.

[144] La idea de que los pueblos de norte no soportaban el calor del sur era tópica en historiografía; cf., p. e., LIVIO, V 48, 3; XXVII 48, 17.

[145] Los otonianos contaban con las siguientes legiones: la *VII Galbiana* y la *XIII Gemina* (Panonia), la *XI Claudia* y la *XIV Gemina* (Dalmacia) y la *III Gallica, VII Claudia y* VIII *Augusta* (Mesia); cf. ASH, *Histories II*, pág. 166.

[146] Cf. II 17-20, 1.

[147] Era el comandante de la guardia imperial con amplios poderes; cf. BASSOLS, *Tácito* II, pág. 68.

[148] *Brixellum*, la moderna Brescello, estaba situada a unas veinte millas de *Bedriacum*, donde tenía lugar la asamblea militar; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 197-198; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 181.

[149] Esta batalla o maniobra de distracción supuso una simple escaramuza antes de la batalla de Bedriaco. Una situación similar se produjo en la batalla de Cannas (LIVIO, XXII 47-49), que estuvo precedida por la pequeña batalla de Trasimeno (LIVIO, XXII 4-6); cf. PLUTARCO, *Otón* X 2-5; HEUBNER, *Historien II*, págs. 128-133; ASH, *Histories II*, págs. 170-171.

[150] Se refiere a los hombres de Marcio Macro; cf. II 23, 3.

[151] Cf. PLUTARCO, *Otón* X 5. Según CHILVER *(Historical commentary I-II*, pág. 199). la isla, hoy desaparecida, habría estado al sudoeste de Cremona; cf. P. TOZZI, «Tacito e la geografia della valle del Po», *Athenaeum* 48 (1970), 104-136.

[152] La contemplación de una batalla o un combate singular se hizo tópica en historiografía, porque añadía *enárgeia* a la narración; cf. QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* VI 2, 32; TUCÍDIDES, VII 71; J. DAVIDSON, «The gaze in Polybius' *Histories*», *Journ. Rom. Stud*. 81 (1991), 10-24; A. D. WALKER, «*Enargeia* and the spectator in Greek historiography», *Trans. Amer. Philol. Assoc*. 123 (1993) 353-377; ASH, *Histories II*, pág. 175.

[153] No es el hermano de Vespasiano, sino hijo de su hermano y, por tanto, su sobrino; cf. K. GILMARTIN WALLACE, «The *Flavii Sabini* in Tacitus», *Historia* 36 (1987), 343-358

[154] Tácito se toma un respiro con estas digresiones antes de la primera batalla de Bedriaco (39-45); cf. PLUTARCO, *Otón* IX; SUETONIO, *Otón* IX; HEUBNER, *Historien II*, págs. 139-144; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 200-202. ASH, *Histories II*, págs. 176-177.

[155] Cluvio Rufo, Fabio Rústico y Plinio el Viejo; cf. G. B. TOWNEND, «Cluvius Rufus and the *Histories* of Tacitus», *Amer. Journ. Philol*. 85 (1964), 337-377; SYME, *Tacitus*, págs. 674-676.

[156] Otón fue declarado emperador por el Senado el 15 de enero del 69 (I 47, 1), mientras que Vitelio fue saludado como emperador en Germania sobre el 2 o 3 de enero (el Senado lo reconoció así el 19 de abril tras el suicidio de Otón; cf. II 52, 2; ASH, *Histories II*, pág. 178.

[157] En los tres años (58-61 d. C.) que estuvo de gobernador allí; cf. A. R. BIRLEY, *The Fasti of Roman Britain*, Oxford, 1981, pág. 55.

[158] Nótese la figura de la *antimetabolé* o repetición de palabras en casos o tiempos diferentes para conseguir el sentido contrario, como en «hombre de todas las mujeres y mujer de todos los hombres» (SUETONIO, *Divino Julio* LII, 3) o «no vivo para comer, sino como para vivir»; cf. H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria*, Madrid, 1967, II, págs. 219-220.

[159] Para un análisis literario de los capítulos 38-39, léase a N. P. MILLER y P. V. JONES, «Critical Appreciations III: Tacitus:, *Histories* 3.38-39», *Greece and Rome* 25 (1978), 70-80.

[160] Hay una clara referencia a la muerte de Tiberio Graco en el año 133 por enfrentarse a los patricios.

[161] G. Mario (157-86 a. C.) llegó a las máximas magistraturas romanas siendo un *homo novus* o sin ascendientes patricios.

[162] L. Cornelio Sila (138-78 a. C.) fue famoso por la crueldad que desplegó durante su dictadura y sus famosas proscripciones del año 82 a. C.

[163] Gneo Pompeyo Magno (106-48 a. C.) fue un famoso general romano, miembro del primer triunvirato y enemigo de César, por quien fue vencido en Farsalia en el año 48 a. C.; cf. *Anales* III 28, l.

[164] Cf. PLUTARCO, *Otón* XI-XII; SUETONIO, *Otón* IX 2; DIÓN CASIO, LXIV X, 3; A. PASSERINI, «Le due battaglie presso Bedriacum», *Studi di Antichità classica offerte a Emmanuele Ciaceri*, Gênes, 1940, págs. 178-248; SYME, *Tacitus*, págs. 162-165, 676-682; E. KOESTERMANN, «Die erste Schlacht bei Bedriacum 69 n. Chr.», *Riv. Cult. Class. Mediev*. 3 (1961), 16-29; E. R. SCHWINGE, «Die Schlacht bei Bedriacum», en M. von ALBRECHT-E. HECK, eds., *Silvae*, Tubinga, 1970, págs. 217-232; K. WELLESLEY, *The year of the four emperors*, Londres-Nueva York, 2000, págs. 74-89; ASH, «Epic encounters? Battle narratives and the epic tradition», en D. S. LEVENE-D. P. NELIS, eds., *Clio and the poets: Augustan poetry and*

the tradition of ancient historiography, Leiden, 2000, págs. 253-273; HEUBNER, *Historien II*, págs. 149-166: ASH, *Histories II, págs*. 183-184.

165 Tácito se refiere al grupo que estaba en *Brixellum* con Otón (II 33, 3) y al que se encontraba cerca de Cremona con Flavio Sabino (II 36, 2).

166 El texto es muy dudoso. Adua o Arda son dos afluentes del Po. Léase a K. WELLESLEY, «A major crux in Tacitus: *Histories* II 40», *Journ. Rom. Stud*. 61 (1971), 28-51; id., «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.664-1.665; ASH, *Histories II*, pág. 186.

167 A unos 24 km; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 186-188.

168 Jinetes númidas se empleaban como correos durante el imperio; cf. SÉNECA, *Epístolas morales a Lucilio* CXXIII 7; MARCIAL, X 14, 2.

169 El 14 de abril del año 69.

170 Se trataba de la legión *I Italica*, reclutada por Nerón en el 66 o 67; cf. I 64, 3; III 18, 1; 22, 2; 35, 1; ASH, *Histories II*, pág. 189.

171 Los bagajeros *(lixae)* eran civiles que acompañaban al ejército para vender comida o alquilar carruajes. Tácito tiene muy mala opinión de ellos; cf. II 87, 1; III 33, 1; IV 20, 2.

172 Era la vía Postumia (Génova-Piacenza-Verona-Aquileya).

173 Sobre la desconfianza de los otonianos en sus oficiales, cf. I 80, 2; II 18, 2; 23, 4; 26, 1; 33, 3; 44, 1; 44, 3.

174 Cf. VEGECIO, *Compendio de técnica militar* III 19.

175 Significa «Arrebatadora», porque arrasaba con todo lo que se le ponía a mano; cf. I 52; 61, 2; 67, 1. Pero la realidad es que sus legionarios ya eran muy veteranos; cf. PLUTARCO, *Otón* XII 5.

176 O «Auxiliadora»; cf. II 11, 2.

177 El águila, el animal asociado con Júpiter, era el símbolo de la legión; cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 70; ASH, *Histories II*, pág. 193.

178 Se trataba de la legión *V Alaudae* con base en Vetera (Xanten), la *XIII Gemina* y la *XIV Gemina*; cf. ASH, *Histories II*, págs. 193-194.

179 Cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 175-178.

180 La legión *XIII Gemina*; cf. III 7, 1; 11, 4

181 Cf. PLUTARCO, *Otón* XIII 3-11.

182 Cf. II 11, 2.

183 El águila de la legión *XXI Rapax*; cf. 43, 1.

184 Ejemplo de silepsis, pues se pasa de lo físico (armas) a lo abstracto (victoria); cf. ASH, *Histories II*, pág. 198.

185 Cf. CÉSAR, *Guerra civil* I 74; LUCANO, IV 168-205; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 193.

186 El suicidio de Otón tuvo lugar en la mañana del 16 de abril del 69; cf. PLUTARCO, *Otón* 15-17; SUETONIO, *Otón* IX 3-XII 2; DIÓN CASIO, LXIV 11-15; HEUBNER, *Historien II*, págs. 181-190; ASH, *Histories II*, págs. 199-200; cf. B. F. HARRIS, «Tacitus on the death of Otho», *Class. Journal* 58 (1962), 73-77: P. SCHUNK, «Studien zur Darstellung des Endes von Galba, Otho und Vitellius in den Historien des Tacitus», *Symb. Osloenses* 39 (1964), 38-82: R. EDWARDS, «*Devotio*, Disease, and *Remedia* in the *Histories*», PAGÁN, ed., *A Companion to Tacitus*, págs. 237-259.

187 Cf. I 46, 1: 82, 2.

188 Probablemente las legiones *VII Galbiana* y *XI Claudia Pia Fidelis*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 193-194.

189 Cf. PLUTARCO, *Otón* XV 4-8; DIÓN CASIO, LXIV 13; Los mismos tópicos y consejos se encuentran en los discursos anteriores de Otón (I 21, 37-38, 83-84); cf. E. KEITEL, «Otho's exhortations in Tacitus' *Histories*», *Greece and Rome* 34 (1987), 73-82.

190 El hermano era Lucio Vitelio; cf. I 88, 1; PLUTARCO, *Otón* V 2. Tácito debe de referirse a la segunda esposa de Vitelio. Galeria Fundana (cf. SUETONIO, *Vitelio* VI), de la que tuvo dos hijos; cf. ASH, *Histories II*,

págs. 205-206.

[191] Es el tratamiento amigable del buen príncipe hacia los inferiores; cf. A. WALLACE-HADRILL, «*Civilis princeps*: between citizen and king», *Journ. Rom. Stud*. 72 (1982), 32-48.

[192] Cf. PLUTARCO, *Otón* XVII 2; SUETONIO, *Otón* X 2; B. F. HARRIS, «Tacitus on the Death of Otho», *Class. Journal* 58 (1962), 73-77; M. G. SCHMIDT, «Othos letztes Geldgeschenk», *Philologus* 139 (1995), 163-166.

[193] Domiciano ordenó su muerte por celebrar el cumpleaños de su tío; cf. SUETONIO, *Domiciano* X 3; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 212; ASH, *Histories II*, pág. 208.

[194] *Servius* era el *praenomen* de Galba, que cambió a *Lucius* hasta que llegó a ser emperador; cf. SUETONIO, *Galba* IV 1; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 213.

[195] Verginio Rufo nació en *Mcdiolanum* (Milán) en el año 14. Fue cónsul en el año 63 *(Anales* XV 23, 1) y gobernador de Germania Superior en el 67. Venció a Víndice en Vesontio el año 68 y llegó a ser cónsul por tercera vez a la edad de 83 años en el 97; cf. ASH, *Histories II*, págs. 210-211.

[196] Cf. SUETONIO, *Domiciano* XVII 2; HEUBNER, *Historien II*, págs. 198-199.

[197] Cf. SUETONIO, *Otón* XI 2; MARCIAL, VI 32, 5-6.

[198] Señal de la valentía de Otón.

[199] Como sucedió en los casos de Galba, Pisón y Vinio; cf. I 44, 2; 47, 2; 49, 1; PLUTARCO, *Galba* XXVIII 2-3; SUETONIO, *Galba* XX 2.

[200] Cf. PLUTARCO, *Otón* XVII 10; SUETONIO, *Otón* XII 2; DIÓN CASIO, LXIV 15; J. C. RICHARD, «Les aspects militaires des funérailles impériales», *Mémoire de l'École Française de Rome* 78 (1966), 313-25; ASH, *Histories II*, pág. 213.

[201] Otón, que había nacido el 28 de abril del año 32, se suicidó en la mañana del 17 de abril del 69. Contaba con 36 años de edad; cf. PLUTARCO, *Otón* XVIII 3; SUETONIO, *Otón* XI 2; DIÓN CASIO, LXIV 15.

[202] Era una ciudad etrusca situada a unas cuarenta millas al norte de Roma. Sobre los obituarios, cf. I 48, 1.

[203] Su padre L. Salvio Otón fue procónsul de África y Dalmacia. Su abuelo, M. Salvio Otón, era de clase ecuestre; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 214; ASH, *Histories II*, pág. 214.

[204] Su madre era Albia Terencia; cf. SUETONIO, *Otón* I 3,

[205] Cf. I 13, 3.

[206] Tácito se refiere al asesinato de Galba y al propio suicidio, cometidos por Otón.

[207] Sin embargo. Tácito entretiene con las historias del ave Fénix en Egipto (*Anales* VI 28) o las serpientes que custodiaban a Nerón niño (*Anales* XI 11, 3).

[208] La ciudad, fundada por Emilio Lépido en el año 187 a. C., estaba situada a veinticuatro millas al sur de Bedriaco en la vía Emilia. Sobre el augurio, cf. M. G. MORGAN, «TWO omens in Tacitus's *Histories* (2.50.2 and 1.62.2-3)», *Rhein. Museum* 136 (1993), 321-329.

[209] El ave apareció el 14 de abril, día de la batalla, y desapareció el 17, fecha del suicidio de Otón; cf. DIÓN CASIO, LXIV 10, 3; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 199.

[210] Sobre Alieno Cécina, cf. I 52, 3; de Fabio Valente, cf. I 7, 1.

[211] Rubrio Galo, hombre hábil y escurridizo, llegó a ser gobernador de Mesia en el año 70. Estuvo entre los íntimos de Vespasiano y Domiciano. JUVENAL (IV 105) no lo deja bien parado: «Y con no mejor cara, aunque plebeyo, iba Rubrio, reo de una ofensa antigua y nefanda, y pese a todo más indecente que un maricón que escribiera sátiras» (trad. de F. Socas, *Juvenal, Sátiras*, Madrid. 1996, pág. 121); sedujo, al parecer del escoliasta, a Domicia niña, futura esposa de Domiciano; cf. E. COURTNEY, *A commentary on the Satires of Juvenal*, Londres, 1980, pág. 220.

[212] Cf. II 33, 3.

[213] Cf. 36, 2. Las tropas eran los gladiadores de Marcio Macro.

[214] Cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 203-205.

[215] El 14 de marzo del 69; cf. I 90, 1.

[216] Ciudad del norte de Italia, la actual Módena. I 50, 2; II 52, 1; 54, 2.

[217] Padres conscriptos era el apelativo que recibía los senadores aludiendo a su origen: «patricios y plebeyos agregados».

[218] Licinio Cécina es nombrado por Plinio el Viejo como expretor *(Historia natural* XX 199). Eprio Marcelo, mejor que Marcelo Eprio, fue cónsul *suffectus* en el año 62 y famoso delator de Trásea Peto *(Anales* XVI 33, 2). Llegó a ser gobernador de Asia en los años 70-73 en tiempos de Vespasiano; cf. J. N. ADAMS, «Conventions of naming Cicero», *Class. Quarterly* 28 (1978), 145-166; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 215-216; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 201; ASH, *Histories II*, pág. 221.

[219] Sobre el doble discurso de los políticos, cf. S. BARTSCH, *Actors in the audience: theatricality and doublespeak from Nero to Hadrian*, Cambridge, Masachusetts, 1994, págs. 63-71.

[220] Bononia, la actual Bolonia, se encuentra a 40 kilómetros de Módena en la vía Emilia. Marcial la llama la culta Bononia (III 59, 1).

[221] Tal vez se trataría de Julio Secundo, secretario *ab epistulis* de Otón; cf. PLUTARCO, *Otón* IX 3.

[222] Cf. I 86, 6; II 47, 2.

[223] Era la legión *XIV Gemina,* especialmente leal a Otón;cf.HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 201-202.

[224] Los *Ludi Ceriales o Cerealia* se celebraban entre el 12 y el 19 de abril; cf. OVIDIO, *Fastos* IV 393-416, 681-682 y E. FANTHAM, *Ovid, Fasti, book IV*, Cambridge, 1998, págs. 167-173; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 217; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 202-203.

[225] Es el hermano mayor de Vespasiano; cf. I, 46, 1; III 65, 2; 75, 1; K. GILMARTIN WALLACE, «The *Flavii Sabini* in Tacitus», *Historia* 36 (1987), 343-358; ASH, *Histories II*, pág. 220.

[226] Fue el lugar (cf. LIVIO, VII 6, 1-6; NASH, *Pictorial Dictionary…*, I, págs. 542-544) donde Galba fue asesinado; cf. I 41, 2; SUETONIO, *Galba* XX 2; PLUTARCO, *Galba* XXVII 1; BASSOLS, *Tácito II*, pág. 99.

[227] Eran Celio Sabino y Flavio Sabino, sobrino de Vespasiano; cf. ASH, *Histories II*, pág. 228.

[228] El cuadro que pinta Tácito se parece a la actuación de un ejército enemigo en tierra extranjera; cf. ASH, *Histories II*, pág. 231.

[229] Tácito cuenta la marcha de Vitelio a Roma en dos secciones (II 57-73 y 87-89), interrumpiendo la narración con otros acontecimientos digresivos, como un asesinato en Mauritania (58-59, 1), un pretendiente al trono en la Galia (61), la ejecución de Dolabela (63-64) y la huida de un esclavo (72). Otros capítulos que median entre las dos secciones están dedicadas a la proclamación de Vespasiano como emperador (74-86) en Alejandría el 1 de julio. Vitelio se enteró sobre el 20 de abril de su victoria en *Andematunnum*, adonde llegó sobre el 23 de mayo. Desde allí se encaminó hasta Roma, sin que se sepa la fecha exacta de su llegada, que no pudo ser después del 18 de julio. Cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 213-220; ASH, *Histories II*, págs. 231-232.

[230] Cf. I 61; BASSOLS, *Tácito II*, pág. 101; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 204.

[231] Eran la *I Germanica* con base en Bonna, la *IV Macedonica* con sede en *Mogontiacum*, la *XV Primigenia* asentada en Vetera y la *XVI Gallica* destacada en *Novaesium*; cf. ASH, *Histories II*, pág. 232.

[232] Cf. 19, 1; PLUTARCO, *Galba*, XVIII 8.

[233] Las legiones de Britania eran la *II Augusta*, la *IX Hispana* y la *XX Valeria*.

[234] SUETONIO (*Vitelio* XII) lo considera amante de Vitelio; cf. II 95, 2 y IV 11, 3

[235] Cf. I 13, 1; H. C. NUTTING, «Tacitus, *Histories* I. 13», *Class. Quarterly* 22 (1928), 172-175, esp. 174.

[236] El emperador Claudio dividió la provincia de Mauritania en dos: la Tingitana al oeste y la Cesariense al este, pero Galba volvió a unirlas en una sola provincia; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 220; ASH, *Histories II*, págs. 234-235.

[237] Luceyo Albino *(PIR[1]* L 500) había sido gobernador (especialmente corrupto) de Judea y de la Mauritania Cesariense; cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos* II 272-276; *Antigüedades* XX 199-203; ASH, *The Histories*, págs. 279-280.

[238] El estrecho de Gibraltar. La Bética, una provincia cercana y muy rica en minerales, productos agrícolas

y ganaderos, era un lugar atractivo para hacerse fuerte en una guerra civil.

[239] Cf. I 8, 1; ASH, *Histories II*, pág. 236.

[240] Era la legión *X Gemina*. Cluvio Rufo se acordaba de la invasión de Hispania llevada a cabo por Sertorio desde el norte de África en los años 70 a. C.; cf. PLUTARCO, *Sertorio* XI.

[241] Fue rey de Numidia desde el año 25 a. C. hasta el 23 d. C. Introdujo la cultura romana en su reino e hizo prosperar a la capital Cesarea; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 221; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 205; ASH, *Histories II*, pág. 237.

[242] Tácito parece evocar las muertes de Pompeyo al desembarcar en Egipto (cf. LUGANO, VIII 567) y la de Protesilao, primer guerrero muerto al llegar a Troya (cf. CATULO, LXVIII 73-130).

[243] El actual Saona, afluente del Ródano.

[244] Cf. I 59, 2; III 38-39

[245] Vitelio llegó a Lugdunum sobre el 1 de mayo después de recorrer 166 millas desde *Andematunnum*, la actual Langres; cf. P. FABIA, «Vitellius à Lyon», *Revue d'Histoire de Lyon* 2 (1903), 89-105; MURISON, *Galba, Otho and Vitellius…*, pág. 154.

[246] La silla curul, símbolo del poder del Estado, era usada por los magistrados superiores (cónsul, pretor y edil curul); léase a O. WANSCHER, *Sella curulis*, Copenhague, 1960.

[247] Su hijo tenía entonces 6 años, ejecutado más tarde por Muciano (IV 80, 1); cf. M. G. MORGAN, «An heir of tragedy: Tacitus *Histories* 2.59.3», *Class. Philology* 86 (1991), 138-143.

[248] Las insignias imperiales eran la silla curul *(sella curulis)*, el manto de general *(paludamentum)*, la corona de laurel, el anillo imperial y el puñal *(pugio)*, símbolo del poder sobre la vida y muerte de los ciudadanos; cf. S. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, Oxford, 1971, págs. 270-276.

[249] El hijo de Vitelio fue asesinado por orden de Vespasiano un año después; cf. IV 80, 1.

[250] Serían las siguientes: *XIV Gemina* en Damacia, *XIII Gemina* en Panonia, *VII Galbiana* en Panonia y *XI Claudia* en Dalmacia; cf. ASH, *Histories II*, pág. 241.

[251] Sobre Suetonio Paulino, cf. II 23, 4, y sobre Licinio Próculo, cf. II 33, 1.

[252] Cf. II 23, 5.

[253] Cf. II 23, 4.

[254] Fue procónsul de Cerdeña en los años 67-68 y cónsul con Quinto Ático a finales del 69; cf. III 68, 2-3; DIÓN CASIO, LXV 17, 1; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 207.

[255] Cf. II 47, 2.

[256] Galerio Tracalo procedía de *Ariminum*, la actual Rímini, al norte de Italia, llegó a ser orador y cónsul en el año 68 con Silio Itálico, y más tarde procónsul en África bajo Vespasiano; cf. I 90, 2; QUINTILIANO, *Instituciones oratorias*, X 1, 119; XII 5, 5; ASH, *Histories II*, pág. 243.

[257] Eran celtas que habían emigrado al norte de Italia sobre el 400 a. C. y fueron derrotados por los romanos el año 191 a. C.; cf. LIVIO, XXXVI 39. Sobre Marico, cf. M. G. MORGAN, «The three minor pretenders in Tacitus *Histories* II», *Latomus* 52 (1993), 769-796; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 223; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 207.

[258] Sería *Augustodonum* (Autun); cf. *Anales* III 43, 1.

[259] El castigo de las fieras *(damnatio ad bestias)* se reservaba para las clases bajas, esclavos y no ciudadanos; cf. K. COLEMAN, «Fatal charades: Roman executions staged as mythological enactements», *Journ. Rom. Stud*. 80 (1990), 44-73.

[260] Era raro que los romanos acomodados no hicieran testamento desde edad temprana, pero aquí se trata de jóvenes que no esperaban morir tan pronto; cf. J. CROOK, «Intestacy in Roman Society», *Proc. Cambridge Philol. Society* 199 (1973), 38-44.

[261] Cf. I 62, 2; SUETONIO, *Vitelio* XIII.

[262] Tácito se detiene en la glotonería y el lujo como símbolos de la decadencia moral de Roma; cf. PETRONIO, CXIX 27-38; ASH, *Histories II*, pág. 247.

[263] Vitelio había rechazado *(recusatio imperii)* el título de César (I 62, 2; cf. PLUTARCO, *Galba* XXII 11),

pero luego aceptó el de Augusto (II 90, 2); cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 110.

[264] La expulsión de astrólogos era relativamente frecuente en Roma: 139 a. C. (VALERIO MÁXIMO, I 3, 3), 33 a. C. por Agripa (DIÓN CASIO, XLIX 43), 16 d. C. por Tiberio (*Anales* II 32, 3; SUETONIO, *Tiberio* XXXVI), 52 d. C. por el Senado (*Anales* XII 52, 3); cf. I 22, 1: SUETONIO, *Vitelio* XIV 4; ASH, *Histories II*, pág. 249.

[265] Miembros de las clases altas se convertían, pese a ser estigmatizados socialmente, en gladiadores por dinero o por deseo de aventuras fuertes; cf. T. WIEDEMANN, *Emperors and gladiators*, Londres, 1992, págs. 108-110; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 225; ASH, *Histories II*, pág. 249.

[266] Lucio Vitelio (cf. II 47, 2) se había unido a la marcha triunfal de su hermano en *Lugdunum*; cf. II 54, 1.

[267] Cf. I 88, 1. Aquino era una ciudad del Lacio a 75 millas de Roma y se tenía por la ciudad natal del poeta satírico Juvenal (60-128 d. C.).

[268] Cf. I 88, 1. La noticia llegó a Roma sobre el 18 de abril durante la celebración de las fiestas en honor de Ceres (II 55, 1).

[269] M. Plancio Varo llegó a ser procónsul en Bitinia en los años 70; cf. G. W. HOUSTON, «M. Plancius Varus and the events of AD 69-70», *Trans. Amer. Philol. Assoc*. 103 (1972), 167-180; S. MITCHELL, «The *Plancii* in Asia Minor», *Journ. Rom. Stud*. 64 (1974), 27-39.

[270] Cf. II 55, 1.

[271] Cf. I 80, 1. Claudio había estacionado una cohorte en Ostia para combatir los incendios; cf. SUETONIO, *Claudio* XXV 2.

[272] Cf. III 77, 3; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 209.

[273] Petronia era la primera esposa de Vitelio; cf. Cf. SUETONIO, *Vitelio* VI; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 226; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 210.

[274] Cf. T. ASHBY-R. A. L. FELL, «The Via Flaminia», *Journ. Rom. Stud*. 11 (1921), 125-190.

[275] Terni en la actualidad.; cf. III 61, 1; 63, 1. Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», págs. 1.666-1.667.

[276] Cf. II 47, 2; 60, 2.

[277] Sextilia era el prototipo de la matrona romana, una mujer digna y austera. Los ejemplos famosos de matronas romanas son los de Cornelia (ca. 189-110 a. C.), madre de los Gracos, y la Cornelia esposa de Paulo (PROPERCIO, IV 11); cf. III 67, 1; SUETONIO, *Vitelio* III; ASH, *Histories II*, pág. 254.

[278] Sería a principios de mayo del 69; cf. MURISON, *Galba, Otho and Vitellius*…, págs. 146-147.

[279] Cf. II 58, 2.

[280] Hílaro («Gracioso») habría sido *procurator* o administrador en la Hispania Tarraconense; cf. HEUBNER, *Historien II*, pág. 235.

[281] vitelio se había proclamado emperador en Germania el 2 o 3 de enero del 69 y Otón en Roma el 15 del mismo mes.

[282] L. Arruncio había sido nombrado por Augusto gobernador de la Hispania Tarraconense, pero fue retenido en Roma por Tiberio durante diez años; cf. *Anales* VI 27, 3; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 227-228; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 211; ASH, *Histories II*, pág. 256.

[283] Una versión diferente se ofrece en *Anales* VI 27, 3; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 227.

[284] Trebelio Máximo, hijo de un comandante legionario (*Anales* VI 41, 1), fue nombrado gobernador de Britania en el año 63; cf. *Agrícola* XVI 3-4; I 60, 1.

[285] Vetio Bolano gobernó Britania en los años 69-71 y llegó a ser procónsul de Asia en el 76; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 228; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 211; ASH, *Histories II*, pág. 258.

[286] Eran las legiones *I Adiutrix, VII Galbiana, XI Claudia, XIII Gemina, XIV Gemina*.

[287] La legión *XIV Gemina*, muy leal a Otón; cf. II 54, 1.

[288] Cf. nota anterior.

[289] La actual Turín. Fue fundada como colonia por Augusto en el año 25 a. C.; cf. PLINIO, *Historia*

natural III 123.

[290] Cf. I 65-66.

[291] El fuego causaba grandes destrozos en las ciudades antiguas; léase, p. e., *Anales* XV 38-40; JUVENAL, III 197-222; ASH, *Histories II*, págs. 260-261.

[292] DIÓN CASIO (LV 23) habla de una paga de 20.000 sestercios; cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 118; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 212.

[293] Era la *legio prima Adiutrix*; cf. II 11, 2-3. En Hispania estaban la *VI Victrix y* la *X Gemina*, que fueron enviadas al Rin poco después; cf. IV 68, 4; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 229.

[294] La legión *XI Claudia* estaba asentada en *Burnum* (Dalmacia) y la *VII Galbiana* en *Carnutum* (Panonia). La legión *XIII Gemina* estaba de vuelta en Panonia en el mes de agosto; cf. II 86, 1; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 229.

[295] La actual Pavía; cf. II 17, 2.

[296] La legión *V Alaudae*; cf. I 55, 2; II 43, 1.

[297] La escena recuerda el famoso episodio del combate singular entre Manilo Torcuato y un galo, narrado por Claudio Cuadrigario; cf. GELIO, IX 13 y LIVIO, VII 9, 6-10, 14; cf. S. P. OAKLEY, *A commentary on Livy books VI-X*, vol. II, Oxford, 1998, págs. 113-148; ASH, *Histories II*, pág. 265.

[298] La legión *XIV Gemina*.

[299] Verginio había rechazado un intento de los soldados de nombrarlo emperador; cf. II 51; PLUTARCO, *Otón* XVIII 4-7; B. LEVICK, «L. Verginius Rufus and the year of the four emperors», *Rhein. Museum* 128 (1985), 318-346.

[300] Sería en el mes de mayo, pues Vitelio estuvo visitando el campo de batalla de Cremona sobre el 23 de este mismo mes; cf. ASH, *Histories II*, pág. 268.

[301] Allí se encuentran en IV 15, 1.

[302] Tácito alude a la revuelta de Civil, jefe de los batavos; cf. IV 12-37, 54-79, V 14-26; P. BRUNT, «Tacitus on the Batavian revolt», *Latomus* 19 (1960), 494-517; L. BESONE, *La rivolta Batavica e la crisi del 69 d. C.*, Turín, 1972.

[303] Cf. I 57, 2, donde se alude a los habitantes de Colonia, de Trier y a los lingones.

[304] La frase es un eco de ENNIO, fr. 156 Skutsch *(moribus antiquis stat res Romana virisque)*, recogida también por LIVIO, VIII 7, 16 *(disciplinam militarem, qua stetit ad hanc diem Romana res)* y OVIDIO, *Met.* XIV 809 *(res Romana valet)*.

[305] Cf. DIÓN CASIO, LXV 1, 3; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 231.

[306] Los generales acostumbran a visitar el escenario después de las grandes batallas, como Aníbal en Cannas (LIV. XXII 51, 5-9; SILIO, X 449-453) o César en Farsalia (LUCANO, VII 786-796); cf. SALUSTIO, *Cat*. LXI, *Iug*. CI 11; V. PAGÁN, «The mourning after: Statius 12», *Amer. Journ. Philol*. 121 (2000), 423-452; E. MANOLARAKI, «A picture worth a thousand words: revisiting Bedriacum (Tacitus *Histories* 2.70)», *Class. Philology* 100 (2005), 243-267; ASH, *Histories II*, págs. 270-271.

[307] Léase a A. J. WOODMAN, *Tacitus Reviewed*, Oxford, 1998, págs. 70-85; E. KEITEL, «*Foedum spectaculum* and related motifs in *Histories* 2-3», *Rhein. Museum* 135 (1992), 342-351.

[308] Cremona fue destruida después por las tropas flavianas; cf. III 33.

[309] Cf. VIRGILIO, *Eneida* I 462: *Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt*; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 215.

[310] El detalle de Tácito enfatiza la crueldad de Vitelio, pues incluso Aníbal, el enemigo por antonomasia de Roma, había permitido que se enterraran a los caídos en Cannas (216 a. C.); cf. LIVIO. XXII 52; SILIO ITÁLICO, X 558-575. Léase a M. G. MORGAN, «The smell of victory: Vitellius at Bedriacum (Tac. *Hist.* 2.70)», *Class. Philology* 87 (1992), 14-29.

[311] Cf. SUETONIO, *Vitelio* X 3.

[312] Cf. II 67, 2.

[313] Cf. II 95, 1; SUETONIO, *Vitelio* XI 2; DIÓN CASIO, LXV 7, 3.

[314] Durante la época imperial el consulado duraba menos de un año, muchas veces solo cuatro meses; cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 127; G. B. TOWNEND, «The Consuls of A. D. 69/70», *Amer. Journ. Philology* 83 (1962), 113-129.

[315] Cf. II 23, 3.

[316] Léase la lista de cónsules en ASH, *Histories II*, pág. 278.

[317] Tras este desaire, Valerio Marino se marchó a Alejandría para unirse a Vespasiano; cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XIX 3.

[318] Cónsul romano, solo nombrado aquí.

[319] Léase a M. G. MORGAN, «The three minor pretenders in Tacitus *Histories* II», *Latomus* 52 (1993), 776-781.

[320] Escriboniano Camerino era hijo de M. Licinio Craso Frugi, cónsul en el año 64 d. C., y sobrino de Pisón Liciniano, adoptado por Galba. Su familia descendía de Pompeyo; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 232; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 216-217; ASH, *Histories II*, pág. 279.

[321] Es decir, con la crucifixión, la forma habitual de ejecutar a los esclavos; cf. CICERÓN, *Defensa de Cluencio* 187; LIVIO, XXII 33, 2; SUETONIO, *Domiciano* X 1; A. WATSON, *Roman slave law*, Baltimore, 1987, págs. 129-133.

[322] Cf. SUETONIO, *Calígula*, XLIV; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 232.

[323] Vespasiano y Muciano habían dejado la guerra para el momento oportuno (II 7). Y ahora que había quedado solo Vitelio consideraron que era el momento de actuar. Tácito retoma, pues, la narración de los hechos que había dejado en el capítulo 7. Léase a HEUBNER, *Historien II*, págs. 248-263.

[324] Cf. I 10, 1; II 5, 1.

[325] Cf. M. G. MORGAN, «Vespasian's Fear of Assassination (Tacitus, *Histories* 2.74-75)», *Philologus* 138 (1994), 118-128.

[326] La provincia de Egipto era gobernada por un ciudadano del orden ecuestre. Allí estaban apostadas dos legiones, la *III Cyrenaica* y la *XXII Deiotariana*, que apoyaban a Vespasiano. Tiberio Julio Alejandro era natural de Alejandría de una rica familia judía; fue el primer gobernador que se declaró a favor de Vespasiano el 1 de julio del 69; cf. V. BURR, *Tiberius Iulius Alexander*, Bonn, 1955; E. TURNER, «Tiberius Iulius Alexander» *Journ. Rom. Stud*. 44 (1954), 54-64; ASH, *Histories II*, pág. 286.

[327] Eran la *XIII Gemina y* la *VII Galbiana* de Panonia y la *XI Claudia* de Dalmacia.

[328] La expresión latina dice *horridi sermone* («horribles en el habla»), donde el adjetivo *horridi* («de apariencia horrible») se aplica al habla ronca y gruñona por sinestesia o combinación de dos imágenes o sensaciones procedentes de dos dominios sensoriales diferentes; cf. LUCRECIO, 6.932-6.933, *et omnia semper / cernere odorari licet et sentire sonare*.

[329] Las mismas dudas tuvo César antes de pasar el Rubicón (PLUTARCO, *César* XXXIII) o Alejandro Magno antes de entrar en Babilonia (SÉNECA EL VIEJO, *Suasorias* IV); cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 218; ASH, *Histories II*, pág. 283.

[330] Vespasiano había nacido el 17 de noviembre del año 9, su hijo Tito el 30 de diciembre del 39 y Domiciano el 24 de octubre del 51.

[331] Vespasiano había sido legado de una legión en Germania durante el principado de Claudio y había mandado la legión *II Augusta* en la invasión de Britania; cf. SUETONIO, *Vespasiano* IV 1. Después fue procónsul en África (SUETONIO, *Vespasiano* IV 3) y se le encargó acabar con el levantamiento de los judíos contra Roma. Cf. B. LEVICK, *Vespasian*, Londres, 1999, págs. 14-39; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 218-219; ASH, *Histories II*, pág. 288.

[332] Léase a M. G. MORGAN, «Vespasian's fears of assassination: Tacitus, *Histories* 2.74-75», *Philologus* 138 (1994), 118-128.

[333] Arruntio Camilo Escriboniano, gobernador de Dalmacia, se rebeló contra Claudio en el año 42 con dos legiones; cf. SUETONIO, *Claudio* XIII 2; XXXV 2.

[334] DIÓN CASIO, sin embargo, dice (LX 15) que Escriboniano huyó a la isla de Isa en el mar Adriático,

donde se suicidó. De Volaginio no se sabe nada, aunque pudo tratarse de un soldado que asesinara, según Tácito, a Escriboniano y ascendiera a centurión de primer rango *(primus pilus)*; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 234.

[335] El discurso de Muciano (cf. JOSEFO, *La guerra de los judíos*. IV 592-600) para disipar las dudas de Vespasiano, recuerda al de Fabio Valente a Vitelio (I 52, 3-4). El discurso exhortatorio viene a ser una suasoria deliberativa. Cf. E. AUBRION, *Rhétorique et histoire chez Tacite*, Metz, 1985, págs. 384-390; ASH, *Histories II*, págs. 283-284.

[336] Gneo Domicio Corbulón fue un general del ejército en tiempos de Nerón. Fue obligado a suicidarse por haber participado en una misteriosa conspiración contra el emperador. Su hija, Domicia Longina, se casó con Domiciano sobre el año 70. Cf. DIÓN CASIO, LXIII 17; WELLESLEY, *Histories III*, pág. 229; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 220; R. ASH, «Following in the footsteps of Lucullus? Tacitus' characterisation of Corbulo», *Arethusa* 39 (2006), 355-375.

[337] Vespasiano contaba con las siguientes legiones: *III Gallica* en Mesia; *IV Scythica, VI Ferrata* y *XII Fulminata* en Siria; *X Fretensis, V Macedonica y XV Apollinaris* en Judea; *III Cyrenaica* y *XXII Deiotariana* en Egipto; cf. ASH, *Histories II*, pág. 296.

[338] Vespasiano disponía de las flotas del Ponto, Siria y Egipto, mientras que Vitelio mandaba sobre las de Ravenna y Miseno, que cambiaron de bando por la traición de Lucilio Baso; cf. II 100, 3.

[339] Eran Antíoco IV, rey de Comagene, Sohemo, rey de Emesa, y Agripa II, rey del este de Palestina.

[340] Vespasiano había ganado los honores del triunfo por sus campañas en Britania en tiempos de Claudio, cuando mandaba la legión *II Augusta*; cf. III 44; *Agrícola* XIII 3; SUETONIO, *Vespasiano* IV 2; DIÓN CASIO, LX 20, 3.

[341] Se alude a Tito, de 29 años de edad, y a Domiciano, de 17. Tito había destacado como tribuno militar en Germania y Britania; cf. SUETONIO, *Tito* II; DIÓN CASIO, LX 30, 1.

[342] La lectura *tuos honores* es preferible a la enmienda *omnes honores* de A. B. CERNJAK, «Quelques problèmes de critique textuelle chez Tacite (*A*. XI. 18.1, *Hist*. II.6.1 et II.77.2)», *Quaderni Istit. Filol. Latin*. 4 (1976), 99-111; WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…»; ASH, *Histories II*, pág. 299.

[343] El discurso de Muciano termina con un epifonema o *sententia* final que viene a servir de resumen de todo lo anterior; cf. QUINTILIANO, *Instituciones oratorias* VIII 5, 1.

[344] Léase a M. G. MORGAN, «Vespasian and the omens in Tacitus, *Histories* 2.78», *Phoenix* 50 (1996), 41-55.

[345] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* V 4; DIÓN CASIO, LXVI 1; ASH, *Histories* II, pág. 303.

[346] Vespasiano obtuvo los honores del triunfo entre los años 44 y 47, el consulado en el año 51 y venció a los judíos en el 68, aunque el final de la guerra se alargó unos años; cf. ASH, *Histories* II, págs. 303-304.

[347] La écfrasis topográfica también se lee en SUETONIO, *Vespasiano* V 6; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs. 274-275.

[348] Unos creen que este sacerdote es el mismo que aparece en el templo de Serapis junto a Vespasiano en IV 82, mientras que otros piensan que se trata de un sacerdote local; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 238; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 223-224; ASH, *Histories* II, pág. 305.

[349] Antioquía, actual Antakya, fue fundada por Seleuco I, aliado de Alejandro Magno en el año 300 a. C. e incorporada al imperio romano por Pompeyo en el año 64 a. C.; cf. C. KONDOLEON, *Antioch: the lost city*, Princeton, 2000. Cesarea fue fundada por Estratón, rey de Fenicia, en el siglo IV a. C. en la costa de Judea. Pompeyo la incorporó a Roma en el año 63 a. C.; cf. ASH, *Histories II*, págs. 307-308.

[350] La ciudad de Alejandría, famosa por el puerto, la Biblioteca y el Faro, fue fundada por Alejandro Magno en el año 331 a. C. y fue convertida en provincia romana por Augusto.

[351] Eran la *III Cyrenaica* y la *XXII Deiotariana*, asentadas en Nicópolis.

[352] Estaba compuesto por las legiones *V Macedonica, X Fretensis* y *XV Apollinaris.*

[353] SUETONIO (*Vespasiano* VI 3) señala el día 11 de julio.

[354] Cf. SUETONIO, *Vespasiano* VI 3.

[355] La metáfora y el lenguaje elevado es propio de la épica; cf. ASH, *Histories* II, pág. 312.

[356] Las legiones *IV Scythica, VI Ferrata* y *XII Fulminala*.

[357] El teatro, hoy desaparecido, había sido construido por Julio César en el año 47 a. C.

[358] El bilingüismo (latín y griego) era moneda común entre los romanos cultos; cf. F. BIVILLE, «The Graeco-Romans and Graeco-Latin: a terminological framework for cases of bilingualism», en J. N. ADAMS, M. JANSE y S. SWAIN, eds., *Bilingualism in ancient society: language contact and the written word*, Oxfrod, 2002, págs. 77-102.

[359] Los soldados no pudieron contraer matrimonio legal con las mujeres locales hasta la época de Septimio Severo, aunque mantenían relaciones con ellas y llegaban a tener hijos, reconociendo luego la ciudadanía romana a las viudas e hijos; cf. S. E. PHANG, *The marriage of Roman soldiers (13 BC-AD 235): law and family in the imperial army*, Leiden, 2001.

[360] Algunas legiones estaban en Siria desde la época de Augusto; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 226; ASH, *Histories* II, pág. 314.

[361] Esta era la razón principal para la fundación de colonias en los mismos lugares de los campamentos militares

[362] Sohemo era rey de Emesa al norte de Siria; cf. A. A. BARRET, «Sohaemus, King of Emesa and Sophene», *Amer. Journ. Philol*. 98 (1977), 152-9; D. SULLIVAN, «The dynasty of Emesa», *ANRW* II 8 (1977), 198-219: CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 241; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 227; ASH, *Histories II*, pág. 315.

[363] Antíoco IV fue convertido en rey de Comagene por Calígula en el año 38. Vespasiano incorporó su reino al imperio romano en el año 72. Se enfrentó a los romanos y, vencido, fue trasladado a Roma, donde vivió confortablemente; cf. D. SULLIVAN, «The dynasty of Commagene», *ANRW* II 8 (1977), 732-98; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 242; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 227; ASH, *Histories* II, pág. 315.

[364] Julio Agripa era rey de Judea; cf. D. SULLIVAN, «The dynasty of Judaea in the first century», *ANRW* II 8 (1977), 296-354; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 242; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 227; ASH, *Histories II*, pág. 316.

[365] Cf. II 2, 1 y nota.

[366] Berytus, la actual Beirut, era colonia romana *(Colonia Iulia Augusta Felix Berytus)* desde el año 15 a. C.; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 228; F. MILLAR, «The Roman *coloniae* of the near east: a study of cultural relations», en H. SOLIN y M. KAJAVA, eds., *Roman eastern policy and other studies in Roman history*, Helsinki, 1990, págs. 10-23.

[367] Las *praefecturae* otorgaban mando militar o civil al comandante o *praefectus* y a veces los *praefecti* gobernaban provincias pequeñas dependientes del emperador. Las *procurationes* concedían poder económico y administrativo a los *procuratores* o agentes de la administración imperial; cf. ASH, *Histories II*, pág. 320.

[368] Cf. C. S. WALTON, «Oriental Senators», *Journ. Rom. Studies* 19 (1929), 38-66.

[369] Como habían hecho Germánico (*Anales* I 36), Tiberio (SUETONIO, *Tiberio* XLVIII 2) o Calígula (DIÓN CASIO, LIX 2, 1); cf. ASH, *Histories* II, pág. 321.

[370] Los puertos de Alejandría y Peluso; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 229.

[371] En realidad, las fuerzas que lucharon en la segunda batalla de Bedriaco (III 33, 1) sumaron 40.000 hombres; cf. ASH, *Histories* II, pág. 323.

[372] La marcha de Muciano desde Antioquía hasta Roma se extendió desde agosto hasta diciembre del año 69. Unos hablan que llegó hasta Bizancio y por mar se encaminó hacia Italia; otros creen que desde Bizancio recorrió las provincias del Danubio hasta Aquileya y desde allí al norte de Italia. Lo único seguro es que estaba en Roma sobre el 25 de diciembre del 69. Cf. R. SYME, «The march of Mucianus», *Antichton* 9 (1977), 78-92 (= A. R. BIRLEY, ed., *Roman Papers VII*, Oxford, 1984, págs. 998-1.013); M. G. MORGAN, «Tacitus, *Histories* 2.83-84: content and positioning», *Class. Philology* 89 (1994), 166-175; ASH, *Histories* II, págs. 323-324.

[373] La legión *VI Ferrata*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 229.

[374] El ejército ascendería a 18.000 (SYME, «The march of Mucianus…, pág. 81) o a 13.000 hombres

(CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 244).

375 Puerto situado en el Epiro frente a Bríndisi en la costa italiana, en Albania, la actual Durazzo; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 230.

376 La frase, griega (DIÓN CASIO, LXVI 2, 5), se hizo tópica; cf. II 32, 2: «Podían acudir a recursos públicos y privados y a grandes sumas de dinero, de más peso que la espada en las discordias civiles»; CICERÓN, *Filípicas* V 5: *nervos belli, pecuniam infinitam*; OTTO, *Die Sprichwörter*…, pág. 242.

377 El Ilírico comprendía las provincias del Danubio: Panonia, Dalmacia y Mesia; cf. P. FABIA, «L'adhésion de l'Illyricum à la cause flavienne», *Rev. Étud. Ancienn*. 5 (1903), 329-382.

378 La *III Gallica*, la *VIII Augusta* y la *VII Claudia*.

379 En el noreste de Italia.

380 Otón se había suicidado el 17 de abril; cf. II 46, 3.

381 Cf. SUETONIO, *Vespasiano* VI 2-3; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 231.

382 Estaba constituido por las legiones *VII Galbiana* y la *XIII Gemina*.

383 Aponio Saturnino fue cónsul *suffectus* en tiempos de Nerón y llegó a ser procónsul de Asia en el año 73. Cf. I 79, 5; léase a R. D. MILNS, «The career of M. Aponius Saturninus», *Historia* 22 (1973), 284-294.

384 Juliano fue pretor en el año 70 y cónsul *suffectus* en el 83; cf. ASH, *Histories* II, pág. 333.

385 Es la actual cordillera Stara Planina (monte Balkan), en Bulgaria. En la mitología Hemo se unió incestuosamente a su hermana Ródope, como Júpiter y Juno; cf. OVIDIO, *Metamorfosis* VI 88.

386 Vespasiano se trasladó desde Antioquía hasta Alejandría, donde se encontraba a mediados de octubre del 69; cf. DIÓN CASIO, LXV 9, 2; ASH, *Histories* II, pág. 334.

387 Se trata de la legión *XIII Gemina*, partidaria de Otón, que había intervenido en la primera batalla de Bedriaco.

388 Antonio Primo nació sobre el año 20 y procedía de Tolosa en la Galia (MARCIAL, IX 99, 3; SUETONIO, *Vitelio* XVIII). Tácito lo pinta como un militar competente, pero de una moral más que dudosa. Tras la victoria de Vespasiano regresó a su ciudad natal. Marcial le dedicó un poema (X 23) con motivo de su 75 cumpleaños. Cf. M. TREU, «M. Antonius Primus in der taciteischen Darstellung», *Würzburger Jahrbücher für die Altert*. 3 (1948), 241-262; T. A. DOREY, «Tacitus' treatment of Antonius Primus», *Class. Philology* 53 (1958), 244; D. C. A. SHOTTER, «Tacitus and Antonius Primus», *Liv. Class. Monthly 2* (1977), 23-27; R. ASH, «Antonius Primus», en *Ordering anarchy: armies and leaders*…, págs. 147-165; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 3-5; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 231; ASH, *The Histories*, pág. 282.

389 Se le condenó al exilio en el año 61; cf. III 13, 3; *Anales* XIV 40; DIÓN CASIO, LXV 9, 3.

390 La legión *VII Galbiana*.

391 Tampio Flaviano fue cónsul *suffectus* sobre el año 45, procónsul de África en tiempos de Nerón y cónsul *suffectus* por segunda vez en el año 76. Pompeyo Silvano *(PIR[1]* P 495) fue cónsul *suffectus* en el año 45, procónsul de África sobre el 55 y cónsul por segunda vez en el 76. Cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 247-248; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 237-238; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 232; ASH, *Histories II*, pág. 338.

392 Cornelio Fusco fue gobernador del Ilírico en el año 68 y llegó a ser prefecto del pretorio con Domiciano a partir del año 83. Murió en la campaña contra los dacios en el año 87; cf. MARCIAL, VI 76; H. HILL, «Tacitus, *Histories*, II. 86», *Class. Review* 41 (1927), 124; J. COLIN, «Le préfet de prétoire Cornelius Fuscus, un enfant de Pompéi», *Latomus* 15 (1956), 57-82; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 248-249; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 233; ASH, *Histories II*, pág. 339.

393 No se sabe con certeza a qué colonia se refiere Tácito. Se han sugerido Pompeya, Vienne, Córdoba, Aquileya y *Forum Iulii*; cf. R. SYME, «The colony of Cornelius Fuscus: an episode in the *bellum Neronis», Amer. Journ. Philol*. 58 (1937), 7-8; *Tacitus II*, 683-4; CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 248-9.

394 Eran las legiones *XIV Gemina y* la *I Adiutrix*; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 234.

395 Tácito, tras describir los preparativos de Vespasiano para asumir el poder, vuelve a Vitelio (87-101), que se comporta como un emperador degenerado y sin control sobre sus tropas; cf. HEUBNER, *Historien II*, págs.

290-9; ASH, *Histories II*, págs. 341-342.

[396] Los *calones* o asistentes de los soldados eran esclavos que seguían a sus dueños para ayudarles en la guerra, mientras que los *lixae* eran gente de condición libre que seguían a los ejércitos para vender víveres a los soldados; cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 158.

[397] Los amigos y consejeros más cercanos a Vitelio eran Lucio Vitelio, Cécina Aljeno, Fabio Valente, Publilio Sabino, Alfeno Varo y Julio Prisco; cf. F. MILLAR, *The emperor in the Roman World (31 BC-AD 337)*, Londres, 1977, págs. 110-122; ASH, *Histories II*, pág. 343.

[398] Sobre los parásitos urbanos de aquella época, léase a E. S. RAMAGE, «Denigration of predecessor under Claudius, Galba and Vespasian», *Historia* 32 (1983), 201-214; P. CORBETT, *The scurra*, Edimburgo, 1986.

[399] Cf. II 68-69, 1.

[400] Vitelio salió de Bononia (II 71), atravesó los Apeninos (SUETONIO, *Vitelio* X 3) y se dirigió a Roma por la vía *Cassia* (desde Roma hasta *Arretium)*; cf. ASH, *Histories II*, pág. 345.

[401] Para un soldado romano la peor desgracia que podía pasarle era la pérdida de su espada, cf. APULEYO, *Metamorfosis* IX 4, 2.

[402] El texto latino *animus* sustituye como colectivo singular a los soldados; cf. ASH, *Histories II*, pág. 346.

[403] En el lago Curcio; cf. II 55, 1.

[404] Sobre las calles, sucias y muy transitadas, de Roma, cf. JUVENAL, III 243-248; MARCIAL, III 36, 3-4.

[405] Por el puente Milvio se cruzaba el Tíber viniendo por la vía Flaminia a dos millas al norte de Roma. Vitelio entraría en Roma, primero, por la puerta Flaminia y, después, por la puerta *Fontinalis* hasta el Capitolio; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 236; Ash, *Histories II*, pág. 348.

[406] Sobre el tópico de la llegada triunfal de un general o emperador a Roma, cf., p. e., CICERÓN, *Contra Pisón* LI; LIVIO, XXIV 16, 16; ASH, *Histories II*, pág. 348.

[407] Es la toga *praetexta* blanca con bordes de púrpura y símbolo del poder civil de los magistrados y senadores dentro de Roma; BASSOLS, *Tácito II*, pág. 162.

[408] Tácito describe minuciosamente el desfile militar de Vitelio al entrar en Roma. Alude, primero, a las legiones *I Italica, V Alaudae, XXI Rapax, XXII Primigenia*, y, después, a la *I Germanica, IV Macedonica, XV Primigenia* y *XVI Galilea*. Cf. SUETONIO, *Vitelio* XI 1.

[409] Las condecoraciones de los soldados eran las *phalerae* o pequeños discos de metal que llevaban los soldados prendidos en el pecho y los *torques* o collares de oro y plata que colgaban del cuello; cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 163; E. SANDER, «Die Kleidung des römischen Soldaten», *Historia* 12 (1963), 144-166; ASH, *Histories II*, pág. 350.

[410] Sobre la juntura latina *decora facies*, cf. FLETCHER, *Annotations on Tacitus*, pág. 74.

[411] Sextilla; cf. I 75, 2; II 64, 2; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, págs. 236-237.

[412] No se sabe con certeza la fecha de la llegada de Vitelio a Roma, pero no debió ser después del 18 de julio, cuando ya era *Pontifex maximus* (II 91, 1); cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 252; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 237; ASH, *Histories II*, pág. 350.

[413] Sobre augurios y prodigios durante esta época, léase a G. M. MORGAN, «Omens in Tacitus' *Histories* 1-3», en R. L. WILDFANG y J. ISAGER, eds., *Divination and portents in the Roman world*, Odense, 2000, págs. 25-42.

[414] La familia de los Fabios fue derrotada por soldados etruscos de Veyes en el río Crémera el 18 de julio del año 477 a. C. (LIVIO, VI 1, 1; cf. OVIDIO, *Fastos* II 193-242). Los galos derrotaron a los romanos en Alia el año 390 a. C. Por eso el 18 de julio era tenido como un día infausto, en el que no se podían ofrecer sacrificios a los dioses ni emprender ningún negocio (GELIO, IV 9, 5). Léase a A. T. GRAFTON y N. M. SWERDLOW, «Calendar dates and ominous days in ancient historiography», *Journ. Warburg and Courtauld Instit.* 51 (1988), 14-42; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 237; ASH, *Histories II*, págs. 352-353.

[415] Vitelio confiaba especialmente en Asiático; cf. II 57, 2.

416 Vitelio era un seguidor de los Azules en el circo; cf. SUETONIO, *Vitelio* VII 1;DIÓN CASIO, LXV 5, 1. Domiciano, sin embargo, apoyaba a los Verdes; cf. A. CAMERON, *Circus factions: Blues and Greens at Rome and Byzantium*, Oxford, 1976, pág. 54; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 238; ASH, *Histories II*, pág. 354.

417 Helvidio Prisco era un filósofo estoico, procedente de *Cluviae* del sur de Italia. Fue tribuno de la plebe en el año 56 y estuvo exiliado en el 66. En tiempos del imperio de Vespasiano tuvo de enemigo a Eprio Marcelo, el responsable de la condena e Trásea Peto. Terminó en el destierro y fue ejecutado sobre el año 75; cf. IV 5-6; 53, 3-4; SUETONIO, *Vespasiano* XV; DIÓN CASIO, LXVI 12, 2; J. MELMOUX, «Helvidius Priscus, disciple et héritier de Thrasea», *Parola del Pasato* 30 (1975), 237-240; J. MALITZ, «Helvidius Priscus und Vespasian. Zur Geschichte der 'stoischen' Senatsopposition», *Hermes* 113 (1985, 231-246; LEVICK, *Vespasian*, págs. 82-9; ASH, *Histories II*, pág. 354.

418 Clodio Trásea Peto (*PIR*^{2} C 1187) fue otro filósofo estoico, cónsul en el año 56 durante el imperio de Nerón. Perseguido por alta traición, fue obligado a suicidarse y así lo hizo siguiendo el modelo de Catón de Útica (PLUTARCO, *Catón el Joven* XXXVII 1). Cf. *Anales* XIII 49, XIV 48-49, XV 20, 23; J. GEIGER, «Munatius Rufus and Thrasea Paetus on Cato the Younger», *Athenaeum* 57 (1979), 48-72; M. GRIFFIN, «Philosophy, Cato and Roman suicide II», *Greece and Rome* 38 (1986), 192-202; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 239.

419 Sabino terminó en prisión por su amistad con Cécina (III 36, 2) y Julio Prisco acabó suicidándose (IV 11, 3).

420 Cf. II 30, 3; II 70-1.

421 Esta y otras ideas se leen ya en HERÓDOTO, III 80.

422 Entre estos derechos figuraba la asistencia material en caso de que los patronos se encontraran sumidos en la indigencia. Cf. *Digesto* XXV 3.5, 19; XXXVII 14, 4; BASSOLS, *Tácito II*, pág. 169; HEUBNER, *Historien II*, pág. 309; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 254.

423 «La aserción de Tácito es paradójica. Normalmente se dice que el *otium* estropea el *animus* y las *libidines* el *corpus*. Es una suerte de quiasmo semántico» (F. SOCAS). Las distracciones de los soldados cuando llevaban una vida disoluta eran, según LIVIO (XXX 18, 12), «el sueño, el vino, los banquetes, las prostitutas, los baños y la ociosidad». Los soldados vitelianos estuvieron en Roma desde finales de junio hasta mediados de septiembre del 69. Cécina abandonó Roma sobre el 17 de septiembre (II 99-100), mientras que Valente lo hizo sobre el 25 del mismo mes (III 36, 1); cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 195.

424 En tiempos de Tiberio había en Roma nueve cohortes pretorianas de quinientos o mil hombres *(Anales* IV 5, 3). a las que Sejano añadió otras tres cohortes. Con Vitelio el número ascendió a dieciséis cohortes de mil hombres cada una; cf. CHILVER, *Historical commentay I-II*, págs. 16-22 y 255; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 241. Según WELLESLEY (*Histories III*, pág. 220) en Roma había en el otoño del año 69 siete cohortes de vigilantes, cuatro cohortes urbanas al mando del *praefectus urbi* y dieciséis cohortes pretorianas.

425 Se refiere tanto a las cohortes pretorianas como a las urbanas.

426 Asiático, Flavio y Rufino solo son citados aquí. G. Julio Víndice, gobernador de la Galia Lugdunense, fue vencido por Verginio Rufo, gobernador de Germania Superior, en Vesontium a mediados de mayo del año 68; cf. ASH, *Histories II*, pág. 363.

427 DIÓN CASIO (LXII 14, 3) cuenta que Palas, liberto de Claudio, murió con 400 millones de sestercios de patrimonio; cf. ASH, *Histories II*, pág. 363.

428 Se trata del *Circus Flaminius*, levantado el año 221 a. C. y situado al sur del Campo de Marte; cf. HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 242.

429 Vitelio nació el 7 o el 24 de septiembre del año 15 (SUETONIO, *Vitelio* III 2), por lo que ahora tenía 54 años, edad también de su muerte (DIÓN CASIO, LXV 22), aunque también se decía que murió a los 56 años (III 86, 1; SUETONIO, *Vitelio* 18); cf. ASH, *Histories II*, pág. 364.

430 Tiberio fundó en el año 14 d. C. los *Sodales Augustales*, 21 sacerdotes que se encargaban del culto de Augusto y de la dinastía *Iulia*; cf. *Anales* I 54, 1; SUETONIO, *Claudio* VI 2; J. SCHIED, «Les prêtres officiels sous les empereurs julio-claudiens», *ANRW* II 16.1 (1978), 610-654; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág.

243.

[431] El rey Tito Tacio (murió en el 745 a. C.), que compartió un tiempo el trono con Rómulo, instauró el sacerdocio de los Augustales para conservar los ritos latinos, según el mismo Tácito (*Anales* I 54, 1). Tacio (cf. LIVIO, I 10-14; DIONISIO DE HALICARNASO, II 53) acabó siendo asesinado durante una visita a *Lanuvium*. Ha quedado un célebre verso que Ennio (fr. 104 Skutsch) puso en boca de Rómulo: *O Tite, tute, Tati, tibi tanta, tyranne, tulisti*, «¡Oh Tito Tacio, tirano, tan grandes desgracias tú mismo te has atraído para ti!»; cf. J. MARTOS, *Ennio, Fragmentos*, Madrid, 2006, pág. 93.

[432] Sobre Asiático, cf. LVII 2. Políclito y Patrobio, libertos muy influyentes de Nerón, fueron ejecutados por Galba; cf. PLUTARCO, *Galba* XVII 2, XX 2; DIÓN CASIO, LXIV 3; TÁCITO, I 37, 4; 49, 1; *Anales* XIV 39, 1

[433] Tácito parece que está parodiando el *carpe diem* de los epicúreos; cf. ASH, *Histories II*, pág. 366.

[434] Se trataba ya entonces de una suma enorme de dinero; léase a W. SCHEIDEL, «Finances, figures and fiction», *Class. Quarterly* 46 (1996), 222-238.

[435] Tito Vinio había sido asesinado en el Foro (cf. I 48, 2-4), como se hizo con el liberto de Galba Ícelo (I 46, 5), y la misma suerte encontró Asiático un poco más tarde (IV 11, 3).

[436] Sobre Muciano, cf. II 5, 1 y sobre Eprio Marcelo, cf. II 53, 1.

[437] Era la legión *III Gallica* estacionada en Mesia, donde Aponio Saturnino era gobernador. La carta a Vitelio cayó más tarde en manos de las legiones de Mesia (III 11), por lo que Saturnino fue acusado de traición y se vio obligado a dimitir de su puesto (III 11, 3-4); cf. HEUBNER, *Historien II*, pág. 315; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 257; ASH, *Histories* II, págs. 367-368.

[438] Cf. I. SHATZMAN, «Tacitean rumours», *Latomus* 33 (1974), 549-578.

[439] Sobre la revuelta de los batavos, cf. IV 12-37, 54-79, V 14-26.

[440] Sobre Hordeonio Flaco, cf. I 9, 1; II 57, 1; sobre Vetio Bolano, cf. II 65, 2.

[441] Vitelio había sacado ocho mil hombres de las legiones *II Augusta, IX Hispana* y *XX Valeria* apostadas en Britania (II 57, 1); cf. ASH, *Histories* II, pág. 369.

[442] Eran la *I Adiutrix*, la *X Gemina* y la *VI Victrix*.

[443] Era la *I Macriana*, de corta vida (ASH, *Histories II*, pág. 370). Clodio Macro se había rebelado en abril del 68 contra Nerón, nombrándose a sí mismo propretor de la provincia. Acabó ejecutado por el gobernador de África, Trebonio Garutiano, a principios del invierno del 68; cf. I 7, 1; 11, 2; SUETONIO, *Galba* 11; PLUTARCO, *Galba* XV 3.

[444] Valerio Festo era el comandante de la legión *III Augusta*. Llegó a ser legado de Panonia y de la Hispania Tarraconense. Parece que se suicidó a comienzos del imperio de Domiciano; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, págs. 258-259; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 245; ASH, *Histories* II, págs. 369-370.

[445] La ruta llevaba desde Aquileya en el noreste de Italia hasta Petovio en Panonia, donde estaba acantonada la legión *XIII Gemina* (III 1, 1).

[446] Los vientos etesios soplaban favorablemente en verano, facilitando la navegación hacia el este; cf. *Anales* VI 33, 3; AULO GELIO, 11 22; cf. CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 259.

[447] Tácito se inspira en la imagen de debilidad y relajamiento que ofreció el ejército de Aníbal después de su retiro en Capua; cf. LIVIO, XXIII 18, 14.

[448] Tácito insinúa sin pruebas estas maquinaciones de Cécina para debilitar al ejército; cf. I. S. RYBERG, «Tacitus' art of innuendo», *Trans. Amer. Philol. Assoc*. 73 (1942), 383-404; D. SULLIVAN, «Innuendo and the 'weighted alternative' in Tacitus», *Class.* Journal 71 (1975-76), 312-26; R. DEVELIN, «Tacitus and the techniques of insidious suggestion», *Anlichton* 17 (1983), 64-95.

[449] Cf. I 46, 1; II 55, 1.

[450] Cécina salió de Roma sobre el 17 de septiembre del 69 y recorrió las 345 millas que hay desde Roma a Hostilia en unos veinte días; cf. WELLESLEY, *Histories III*, pág. 195; ASH, *Histories* II, pág. 376.

[451] Eran las legiones *I Germanica, IV Macedonica, XV Primigenia* y *XVI Gallica*.

[452] Se trataba de la V *Alaudae* y la *XXII Primigenia*; cf. ASH, *Histories* II, pág. 376.

[453] Las legiones *II Augusta, IX Hispana* y *XX Valeria Victrix*; cf. HEUBNER, *Historien II*, pág. 321; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 247.

[454] Sobre el texto latino, cf. WELLESLEY, «Tacitus, *Histories*: A Textual Survey…», pág. 1.669.

[455] Fueron enviadas a Cremona las legiones *I Italica y XXI Rapax*, mientras que se despacharon a Hostilia unidades de las legiones I *Germanica, IV Macedonica, XV Primigenia, XVI Galilea, II Augusta, IX Hispana, XX Valeria*, además de las legiones completas *V Alaudae y XXII Primigenia*; cf. ASH, *Histories* II, pág. 377.

[456] Ravenna, fundada por los etruscos, está situada junto al mar Adriático. Augusto la eligió como la base de la flota imperial; cf. SUETONIO, *Augusto* XLIX 1; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 235-236.

[457] Cf. R. H. MARTIN, «Caecina's Meeting with Bassus», *Eranos* 49 (1951), 174-176.

[458] Sexto Lucilio Baso, comandante de caballería, fue puesto al frente de las flotas de Ravenna y Miseno por Vitelio, a quien traicionó pasándose al bando de Vespasiano. Llegó a ser gobernador de Judea en el año 71 y murió en el 72 o 73; cf. III 12, 3; IV 3, 1; JOSEFO, *La guerra de los judíos*, VII 163-209; CHILVER, *Historical commentary I-II*, pág. 261; WELLESLEY, *Histories III*, págs. 232-233; HELLEGOUARC'H, *Histoires II-III*, pág. 248; ASH, *Histories* II, pág. 378.

[459] En su lugar fueron nombrados Publilio Sabino y Julio Prisco; cf. II 92, 1.

[460] Posible alusión a PLINIO EL VIEJO (III 28, 1) y a VIPSTANO MESALA (III 25, 2; 28, 1); cf. BASSOLS, *Tácito II*, pág. 183. Tácito termina el libro segundo con una digresión que enlaza con el comienzo de la obra (I 1, 1-2) sobre las dificultades de escribir una historia objetiva, defendiendo irónicamente su supuesta objetividad frente a los historiadores de su época.

[461] El libro «which began by looking to the near future (2.1.1) ends by glancing back to the recent past» (ASH, *Histories II*, pág. 381).

ÍNDICE GENERAL

Índice